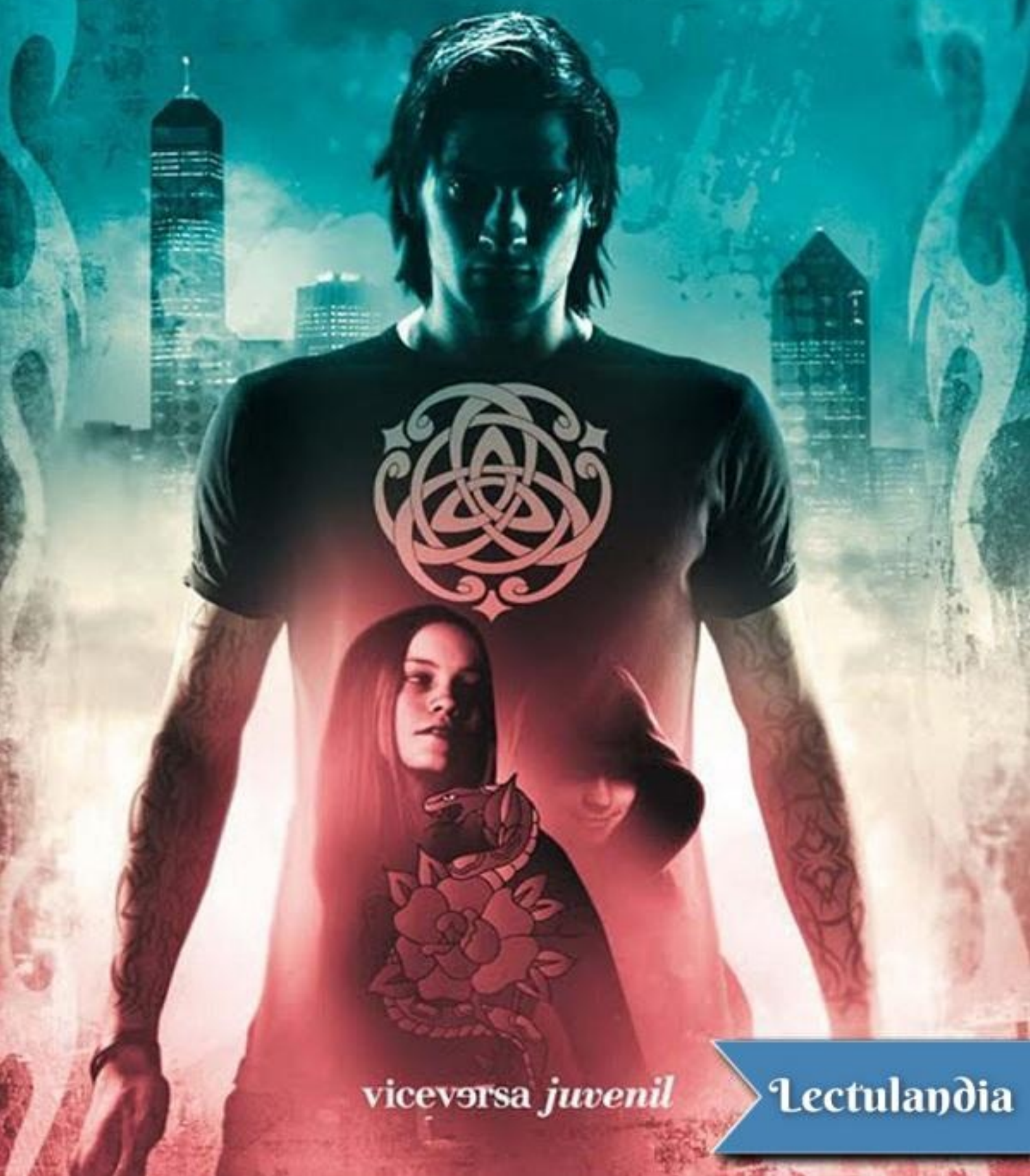


ANA ALONSO Y JAVIER PELEGRÍN

# TATUAJE



*viceversa juvenil*

Lectulandia

Algunos tatuajes son algo más que un simple adorno en la piel. Su magia podría unirte para siempre a la persona que deseas... O impedir que la toques y convertirse en tu peor pesadilla.

Álex tiene dieciséis años y está perdidamente enamorado de una misteriosa chica de su clase, Jana. Nunca podría haber imaginado que, tras seguirla después de una fiesta, su vida cambiaría tanto. Jana, huérfana de padres, vive con su hermano, el esquivo David, y se rumorea que ambos sobreviven gracias a un extrañísimo oficio: el de los tatuajes mágicos. Álex no tardará en comprobar su poder, que le llevará a descubrir la existencia de los clanes medu. Estos inquietantes seres han vivido mucho tiempo infiltrados entre los humanos y enfrentándose entre sí, pero ahora saben que deben unirse para derrotar a su más temido adversario: el Último Guardián, destinado a borrar a los clanes de la faz de la tierra.

Lectulandia

Ana Alonso, Javier Pelegrín

# Tatuaje

Tatuaje I

ePUB v1.0

rodricavs 07.08.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Tatuaje*  
Ana Alonso y Javier Pelegrín, 2009

Editor original: rodricavs (v1.0)  
ePub base v2.0

# **LIBRO PRIMERO**

**Jana**

# Capítulo 1

No iba a ser una noche como las otras. Lo supo en cuanto abrió la puerta de su casa y se encontró a Erik al otro lado, con los ojos pintados de negro y una sonrisa retadora en el semblante. Detrás de él, junto al deportivo de su padre (que Erik solo tomaba prestado en ocasiones especiales) esperaban dos chicas vestidas de tiros largos. Álex identificó enseguida a la más alta; era Marta, la eterna incondicional de Erik. A la otra, una pelirroja de ojos grandes y asustados, no la había visto nunca.

—No voy a aceptar un no, así que ni lo intentes —le espetó Erik, colándose en el vestíbulo sin ceremonias y buscando con la mirada la cazadora de su amigo en el perchero—. Es la fiesta del Molino Negro, me llamaron esta tarde... Este año se ha adelantado para evitar que coincida con el principio de curso. No puedes perderte la fiesta del Molino Negro. Además, va de rollo emo, así que seguro que te gusta.

Mientras hablaba, Erik había localizado la cazadora de Álex debajo de un abrigo de su madre y se la había tirado a la cara. Incapaz de oponer resistencia a la arrolladora seguridad de su amigo, Álex se la puso maquinalmente y lo siguió a la calle. Las dos chicas le saludaron con la mano. Él les devolvió el saludo y luego volvió la vista hacia el interior iluminado de la casa, sin decidirse a cerrar la puerta.

—Erik, ni siquiera sé si me apetece —acertó a protestar—. Además, no le he dicho nada a mi madre, y se preocupará si llega y no me encuentra...

—No seas idiota, Al. Ni siquiera se dará cuenta de que no estás. ¿Alguna vez entra en tu cuarto al volver del laboratorio?

—Se fía de mí —repuso Álex sonriendo, aunque con un relámpago de advertencia en la mirada—. Ya no soy un crío.

—No se dará ni cuenta de que no estás —resumió Erik—. Oye, nos vamos a quedar aquí parados toda la noche? No quiero llegar tarde...

Álex siguió al muchacho hasta el flamante BMW metalizado. Marta ya se había subido al asiento del copiloto, y la otra chica esperaba indecisa, con la puerta de atrás abierta.

—Esta es Irene —dijo Erik, deslizando una rápida caricia por el cabello de la pelirroja—. Irene, este es Álex. No te fíes de su cara de alelado, es un disfraz... En el fondo es un verdadero tiburón, así que ten cuidado con él si no quieres que te devore. ¿O sí quieres?

Riéndose de su propio chiste, Erik se subió al asiento del conductor mientras los otros dos, algo incómodos, ocupaban los asientos traseros. Marta se giró para saludar a Álex con una deslumbrante sonrisa en su rostro mofletudo y grotescamente maquillado para la ocasión.

El coche arrancó con un gruñido suave y enfiló la carretera de la Ciudad Vieja. Fuera, las siluetas oscuras de los árboles se sucedían a toda velocidad, entremezclándose en algunos tramos con los porches iluminados de las casas.

—Te voy a pintar —dijo de pronto Irene. Su voz tenía un timbre levemente metálico, que sonaba como el de una mujer mayor—. No puedes plantarte en una fiesta emo sin maquillaje. Suerte que me lo he traído todo. A ver... ¿Cómo te sientes hoy? Deja que lo adivine. Lo malo es que no te veo bien...

Sin aminorar la velocidad, Erik abrió la guantera, sacó una linterna de bolsillo y la lanzó por encima de su hombro. El artilugio rebotó en la falda negra de Irene, que lo encendió y lo enfocó directamente sobre el rostro de Álex quien cerró los ojos y gimió como un niño.

—Eres guapo —dijo Irene en voz alta, para que la oyeran los de delante—. Pero no tan guapo como tu colega.

Marta soltó una breve risita, mientras su amiga agarraba con fuerza el mentón de Álex y, con una sombra de ojos, comenzaba a maquillarle los párpados.

Álex se dejó hacer con una mezcla de inquietud y excitación que ni él mismo comprendía. Las fiestas del Molino Negro solo se celebraban una vez al año y eran míticas en la ciudad. Los jóvenes propietarios del viejo molino invitaban para la ocasión a varias bandas de rock y de hip-hop y creaban distintos ambientes en el recinto ruinoso de la granja. Durante toda la noche, los invitados deambulaban en la oscuridad de una habitación a otra, de un patio a otro, bailando como sonámbulos y bebiendo sin parar. Eso era, al menos, lo que le habían contado a Álex, porque hasta entonces nunca había tenido la suerte de asistir a una de aquellas fiestas.

—Me dejarán entrar? —preguntó.

Sentía las uñas largas de Irene firmemente clavadas en su mejilla mientras ella intentaba mantener firme el pulso para aplicarle la máscara de pestañas.

Estás de broma? —Gruñó Erik—. Vas conmigo.

Sí, había sido una pregunta estúpida. Después de todo, él era el amigo de Erik, y Erik podía entrar en todas partes. Era desenvuelto, era inteligente, era rico. Y, sobre todo, era insultantemente guapo, y jamás aceptaba un «no» por respuesta.

El coche abandonó la carretera principal y se internó en un polígono industrial abandonado. Era un atajo perfecto para llegar hasta la playa. Las sombras rectangulares de las fábricas se sucedían unas a otras, iluminadas brevemente por los haces de luz de los faros. Erik maniobraba sin vacilaciones por aquel laberinto de calles perpendiculares, todas vacías y desangeladas. Parecía saber perfectamente adonde se dirigía.

Cuando Irene terminó con los ojos, revolvió en su neceser floreado buscando el colorete. Álex observó las formas casi indistinguibles de los tubos y cajitas que componían el arsenal de su joven maquilladora. Del neceser emanaba un olor

desagradable a talco y a perfume barato.

Pronto sintió la caricia de una suave brocha en su mejilla derecha, deslizándose rítmicamente desde el borde externo del pómulos hasta la comisura de los labios. Tratando de no pensar en nada más, cerró los ojos y se entregó por completo al infantil placer de aquel cosquilleo. Una chica le estaba pintando la cara; una chica que no estaba nada mal, por lo poco que había podido ver hasta entonces, y que además parecía bastante interesada en él, y bastante lanzada. Y, por otro lado, al fin iba a poder ver con sus propios ojos lo que era una fiesta en el Molino Negro... No, decididamente no iba a ser una noche cualquiera.

Entonces, de repente, se acordó de Laura.

—Tendría que haber avisado a mi hermana —dijo, buscando la mirada de Erik en la penumbra del retrovisor—. Ni siquiera me he despedido...

—Ya la he avisado —contestó Erik, con los ojos fijos en la carretera—. Le mandé un SMS diciéndole que te había secuestrado. Y me contestó... Léelo, anda.

Álex cogió el móvil que le tendía Erik y apretó el icono de los mensajes. Sí, allí estaba el mensaje de Laura. «Estupendo —decía—. Cuídalo». Álex arrojó el teléfono sobre el asiento de mal humor. ¿Desde cuándo su hermana pequeña y su mejor amigo conspiraban para organizarle la vida a sus espaldas?

—Estate quieto ahora —le susurró Irene con voz insinuante—. Voy a pintarte los labios de rojo sangre. En una fiesta emo todo el mundo tiene que llevar los labios pintados del color de su corazón. Y eso va por ti también, Erik... Cuando paremos, tienes que dejar que Marta te los pinte.

—Marta no va a pintarme los labios, a que no, preciosa?

Marta emitió un gorjeo confuso a modo de respuesta. Álex chasqueó la lengua lo suficientemente alto para que Erik pudiera oírlo. No le gustaba que su amigo utilizase la adoración que Marta sentía por él de esa manera. Marta era un poco pesada y un poco cotilla, pero de todas formas no se merecía aquello. Ella se habría dejado matar por Erik, y él, que lo sabía, insistía en invitarla a salir una y otra vez, cuando en realidad no le interesaba en absoluto aquella relación.

Marta sacudió su media melena de un lado a otro con brusquedad. Era como si quisiese deshacerse de un mal pensamiento.

—Sabéis quién va a venir a la fiesta? —dijo con su timbre infantil de niña malcriada—. No os lo podéis ni imaginar. Jana...

A Álex le dio un vuelco el corazón. De modo que era eso. Jana. Jana iba a ir a la fiesta. Y allí estaba él, pintado como un payaso, junto a una chica a la que acababa de conocer y que un momento antes incluso le había parecido atractiva.

Un violento acelerón lo arrojó contra el respaldo del asiento. La barra de labios de Irene resbaló sobre su piel, desde la boca hasta la mejilla.

—Qué haces, Erik? —preguntó Irene, indignada—. Casi le saco un ojo al pobre



Álex.

—Llegamos tarde —replicó Erik con frialdad.

Siguió apretando el acelerador hasta dejar atrás el polígono industrial y llegar a las primeras urbanizaciones turísticas. Dentro del coche reinaba un incómodo silencio. En un principio, Irene había decidido dejar el trazo de pintalabios sobre la mejilla de Álex, para darle un toque más original a su creación. Pero luego, después de estudiar con detenimiento el rostro del muchacho, cambió de opinión y le limpió la mejilla.

—Mírate —le susurró—. Estás muy cambiado...

Álex se miró en el espejito polvoriento que le tendía la chica. Aquel rostro pálido y demacrado, con grandes sombras negras alrededor de los ojos y la boca ensangrentada, parecía salido de un videoclip de los años ochenta. El resultado no le desagradó tanto como había previsto. Al contrario... Se preguntó qué pensaría Jana cuando lo viera.

—Con quién va a ir? —preguntó de repente Erik.

Álex supo de inmediato a quién se refería. Y, por el silencio de Marta, intuyó que ella lo sabía también.

—Ella nunca va a ninguna fiesta —insistió Erik—. O casi nunca... Alguien ha tenido que invitarla.

—No sé quién la ha invitado —contestó Marta en tono monocorde—. Solo sé que va a venir... Me llamó para preguntarme si tenía invitación, y me ofreció una.

Habían llegado al antiguo paseo marítimo, al final del cual se encontraba la carretera sin asfaltar que conducía hasta el molino. Un par de motos los adelantaron, y empezaron a oír acercarse otros coches procedentes de distintas direcciones. En la carretera del viejo molino, pasaron junto a varios grupos de jóvenes que se dirigían andando hacia la fiesta.

Erik encontró un sitio perfecto para aparcar, a la entrada del huerto.

Un rítmico fondo de percusión los saludó al abrir la puerta, mezclado con murmullos de voces y risas. La brisa del mar, fría y húmeda, los abofeteó en el rostro. Los cuatro se quedaron parados un momento, contemplando los fascinantes juegos de luces que bailaban sobre las copas de los frutales. A la izquierda, el edificio principal del molino emitía un suave resplandor rojo a través de sus ventanas.

Por dónde entramos? —preguntó Marta, tirando hacia abajo de su top de lentejuelas grises para ajustarse el escote—. En la parte de atrás, que era la herrería, me han dicho que toca Betadine. ¿Os gusta Betadine?

—Podemos entrar por el huerto y recorrerlo todo —sugirió Erik.

Las chicas asintieron encantadas y caminaron delante hasta el boquete en la tapia por el que se accedía al huerto. Álex iba a lanzarse tras ellas cuando el brazo largo y musculoso de Erik lo detuvo.

—Si hubiera sabido que Jana iba a venir, no te habría traído —dijo gravemente. Álex se le encaró con una sonrisa más irritada que alegre.

—Por qué? Crees que va a hacerme algo? —preguntó con ironía.

Trató de reemprender la marcha, pero Erik volvió a impedirselo.

—No seas idiota, Álex. Te complicaría la vida. Es esa clase de chica, no sé cómo no te das cuenta. La sonrisa se fue borrando lentamente de los labios de Álex.

—Veo a Jana todos los días en el colegio —dijo con frialdad—. Así fue el curso pasado, y así volverá a ser este año. Vamos a la misma clase y sigo estando entero, ¿ves? No me ha devorado todavía.

—Álex, estoy hablando en serio. Sé lo que te pasa con Jana, he ido viendo cómo te obsesionaba cada día más, y no me gusta. No me gusta porque no es propio de ti. Tú siempre has tenido muy claro lo que quieres y lo que no quieres...

—Y si la quisiera a ella? —dijo Alex de pronto.

Su propia pregunta le calentó por dentro como un trago de licor, de esos que se te suben instantáneamente a la cabeza.

Erik no contestó inmediatamente. Durante unos segundos, los dos escucharon sin prestar atención el hipnótico ritmo de la música resonando al otro lado de la tapia.

—Estás confundiendo las cosas —dijo Erik al fin—. No creas que no lo entiendo, fue esa maldita coincidencia entre la muerte de tu padre y la de los suyos... Sin darte cuenta, te convenciste a ti mismo de que eso había creado un lazo entre vosotros. Un lazo que cada vez se va volviendo más fuerte... Pero no te equivoques, Álex. Ella no es como tú crees que es. Es mucho más peligrosa.

Álex clavó sus ojos claros en los de su amigo. Estaba empezando a perder la paciencia.

Y tú qué sabes de ella? —preguntó, desafiante—. En el colegio nunca le diriges la palabra. Erik desvió la mirada.

—No me gusta —murmuró—. Es preciosa, desde luego, pero hay algo en ella que no me gusta. Oye, solo te pido que tengas cuidado...

—Pues vale, muchas gracias por la advertencia. Y ahora, si no te importa, ¿puedes dejarme entrar en la fiesta, o me has traído aquí solo para sermonearme?

Erik le pasó un brazo sobre los hombros y lo zarandeó cariñosamente. Era un poco más alto que él.

Le prometí a tu hermana que te cuidaría —replicó con suave ironía—. Y me matará si no lo hago.

Los dos rieron, y el nudo de tensión que se había creado entre ellos se disolvió al instante. Marta e Irene, desde la entrada del huerto, les hacían gestos de impaciencia.

—Marta se ha quitado el piercing de la nariz —observó Álex mientras caminaban a su encuentro—. Se lo has pedido tú?

—Claro que no; pero me dijo que lo había hecho por mí. Sabe que odio los

piercings, supongo.

—Cualquier cosa para agradarte, no? —dijo Álex en tono malicioso.

Estaba decidido a tomarse la revancha bromeando un poco sobre la relación entre Marta y su amigo, pero, de pronto, sus ideas tomaron un rumbo diferente.

—Es curioso —murmuró—. Jana y Marta eran bastante amigas hasta que ella se hizo el piercing. Entonces se distanciaron... Marta me dijo un día que había sido por culpa de esa estupidez. Por lo visto, Jana también odia los piercings. Qué coincidencia, ¿no? Como tú, la misma manía...

Erik estaba a punto de contestar cuando la música se transformó bruscamente en un conocido tema de hip hop. Los ojos intensamente azules del muchacho brillaron un momento antes de que todo su cuerpo comenzase a moverse al ritmo de la música, en una improvisada coreografía de impresionante precisión y elegancia. Cuando Erik bailaba, era como si el mundo se detuviese a su alrededor. Resultaba imposible no admirar los armónicos movimientos de sus largos brazos, la forma en que su torso acompañaba los cambios de ritmo de los pies, sin esfuerzo, como si cada centímetro de su cuerpo fuese elástico.

Álex escuchó divertido los aplausos espontáneos que estallaron alrededor de su amigo. La sonrisa obnubilada de Marta era todo un poema, e incluso Irene lo observaba fascinada... No había una chica en el mundo que no sucumbiera ante el hip hop orgulloso y masculino de Erik.

Cuando el tema terminó, la gente que los rodeaba volvió a aplaudirle. Erik ejecutó una irónica reverencia y luego se encaminó tranquilamente hasta donde le esperaba Álex. Pero, antes de que pudiera llegar a su altura, Marta se abalanzó sobre él y lo abrazó.

—Eres fantástico —dijo, casi llorando de histeria—. En serio, eres fantástico...

Y, poniéndose de puntillas, le estampó un beso en el pequeño escorpión que el muchacho llevaba tatuado en la nuca, antiguo y olvidado como una cicatriz.

## Capítulo 2

Empezaba a perder la esperanza de ver a Jana esa noche cuando la descubrió al fondo de una habitación llena de humo, inmóvil entre un montón de gente que bailaba. Álex llevaba ya unas cuantas cervezas encima, y había besado a Irene durante un bis de Betadine, en la antigua herrería. Al terminar el concierto, ella había intentado arrastrarlo a un rincón para continuar con las caricias, pero él se había escabullido. Aún notaba un agradable cosquilleo en el cuello, donde Irene le había rozado con sus negras uñas de vampiresa... Se sentía absurdamente alegre y absurdamente desesperado a la vez. Se sentía, sobre todo, inexplicablemente ligero, porque el peso que suponía el tener que engañarse constantemente acerca de Jana había desaparecido como por arte de magia.

Si, la quería, la quería para él. Había sido capaz de decírselo a Erik, y, de esa forma, se lo había confesado por primera vez a sí mismo. Estaba harto de controlarse, de burlarse de sus propios sentimientos como si fuesen estúpidos. No lo eran. Quería a Jana para él, y la tendría... No sabía nada de ella, no sabía si tenía novio o si había salido alguna vez con alguien del colegio. Solo sabía que llevaba demasiado tiempo pendiente de cada uno de sus movimientos en clase, mirándola angustiada cuando se encontraba cerca, conteniéndose para no rozarle la mano al pasar junto a su pupitre... Y ya estaba bien. No eran unos críos, y no podían seguir así toda la vida. De modo que iba a ser esa noche. Si ella aparecía, claro... Le diría lo que no le había dicho nunca a ninguna chica. La acariciaría, la besaría, suplicaría si hacía falta. No quería asustarla, desde luego... Aunque algo le decía que Jana no era de las que se asustan con facilidad. Todo en ella irradiaba seguridad, sosiego. Su sonrisa... Había algo insultantemente inalcanzable en aquella sonrisa.

Pero él estaba dispuesto a intentar alcanzarlo. Y, a la quinta cerveza, había llegado a convencerse de que lo conseguiría. Aun en la distancia, se dio cuenta enseguida de que no llevaba maquillaje. Eso era precisamente lo que la hacía resplandecer como un faro en medio de todas las mascararas emo que la rodeaban. Con una punzada de dulzura, Álex comprendió la audacia de aquella decisión de Jana. Ella no necesitaba cubrirse con un complicado maquillaje para expresar sus sentimientos, porque su cara lo decía todo: lo que sentía..., pero también lo que no sentía. Con sus labios perfectos y sus aterciopelados ojos Castaños, aquel semblante ofrecía una curiosa mezcla de pasión y frialdad. Atreverse a exhibir al desnudo unos rasgos tan seductores y a la vez tan distantes suponía todo un acto de valentía en una fiesta emo.

Sin embargo, Jana no parecía en absoluto consciente de su hazaña. Sonriendo levemente, escuchaba en silencio los ruidosos chistes de uno de los chicos del grupo

con el que había venido. Llevaba un sencillo vestido negro que se ajustaba a la cintura y luego caía con un gracioso vuelo hasta la parte superior de las rodillas. Era mucho más recatado que la mayoría de los modelos que circulaban por la fiesta... Sin poder apartar la vista de aquel vestido, Álex comenzó a abrirse paso entre la multitud, caminando como un sonámbulo. Ni siquiera oía ya la música, ni las voces. El viejo granero, de pronto, le parecía extraordinariamente grande.

Tenía la angustiosa sensación de que nunca iba a llegar hasta donde Jana le esperaba sin saberlo, maravillosa y perfecta como una criatura mágica. Acelero el paso, sin perderla de vista en ningún momento. Y entonces, la vio sacar el móvil del bolso y llevárselo a la oreja. Sus labios se movieron y una leve expresión de enfado altero la serenidad de sus facciones. Haciendo un gesto con la mano, se aparto de sus amigos para dirigirse al fondo del granero, probablemente con la intención de alejarse de los altavoces del equipo de música y poder oír mejor lo que le decían.

Un grupo de chicas muy maquilladas se cruzo entonces en el camino de Álex, estorbándole por un momento la visión. Cuando volvió a mirar hacia el fondo del granero, Jana había desaparecido. Sencillamente, se había esfumado... O quizá solamente había salido por la puerta trasera.

La puerta daba a un callejón maloliente, con un par de contenedores de basura atravesados en el asfalto y una farola rota al final, iluminando una escalera de piedra adornada con geranios que ascendía hacia la Antigua Colonia. Jana tenía que haber subido por allí, de modo que Álex, sin pensárselo mucho, la siguió procurando no hacer ruido con sus pisadas. Cuando llegó al último escalón, vio la silueta de la muchacha atravesando una rotonda desierta.

Esperó a que se introdujera en una de las empinadas calles del otro lado para ir tras ella. El ruido de la fiesta ya no era más que un eco lejano mezclado con la rítmica respiración del mar. Ahora, a pesar de la distancia que los separaba, los pasos de Jana resonaban con nitidez delante de él, seca y metálica. Llevaba tacones... Y todo el cuerpo de Alex respondía con una intensa vibración a cada uno de aquellos pasos, acelerando los latidos de su corazón y el torbellino de sus pensamientos. Se sentía como un cazador al acecho de su presa, buscando el mejor momento para caer sobre ella y atraparla... Aunque, al mismo tiempo, lo único que quería era protegerla, envolverla en un cálido abrazo y permanecer así mucho tiempo, pegado a ella, sin hacer preguntas.

Caminaba con rapidez, disfrutando de la brisa tibia que le azotaba la cara, sin prestar apenas atención a la melancolía de los lugares que iba atravesando. La Antigua Colonia era un laberinto de calles serpenteantes aferradas al acantilado, con edificios en otro tiempo lujosos que, desde hacía décadas, languidecían abandonados tras sus diminutos jardines polvorientos. Al otro lado de aquellas fachadas amarillas y

azules (resultaba difícil distinguir sus deslustrados colores a la luz de las farolas), con sus porches de altas columnas y sus miradores acristalados, malvivían aun algunos ancianos, herederos de las ruinas de un esplendor olvidado. Era una lastima... El gran terremoto de los años ochenta había acabado para siempre con la ya escasa vitalidad del barrio, por lo que algunas familias que aun resistían en él habían decidido instalarse en las nuevas urbanizaciones que se estaban construyendo a lo largo de la playa, más seguras y menos cargadas de recuerdos.

Corrían muchas leyendas sobre la Antigua Colonia. Se consideraba casi milagroso que sus edificios se mantuviesen en pie, dados los importantes daños estructurales que habían sufrido la mayoría de ellos durante el terremoto. Rara era la casa que no exhibía alguna grieta de un extremo a otro de la fachada, o un agujero en el tejado, o una columna rota en el pórtico, o cualquier otra herida provocada por el sismo. Sus antiguos habitantes las habían abandonado porque amenazaban con derrumbarse y, sin embargo, allí seguían, intactas... Parecían viejos fantasmas arquitectónicos, espectros inmóviles y amenazadores de un pasado que se resistía a morir. Pero su incomprensible solidez no constituía el único misterio de aquel lugar. ¿Quién, sin ir más lejos, renovaba los parterres de geranios y petunias cada primavera, sustituyéndolos por pensamientos al llegar el otoño? ¿Por qué los cipreses y eucaliptos de los descuidados jardines seguían creciendo como si nada hubiese sucedido? Los servicios municipales se habían desentendido hacía tiempo de aquella parte de la ciudad, que siempre había gozado de una autonomía especial. Sin embargo, la basura no se apilaba en las calles, y solo algunas rodadas ocasionales en el asfalto ponían de relieve la acumulación de arena y polvo sobre ellas, el caso era que Álex llevaba años sin pisar la Antigua Colonia.

En toda su vida no debía de haber entrado allí más que una o dos veces, de pequeño. Recordaba vagamente una de aquellas ocasiones, con su padre... Entonces había sentido miedo. Y ahora también lo sentía; pero no eran los decadentes edificios ni las calles desiertas los culpables de aquella sensación. No, la culpable era Jana... ¿Adónde iba tan deprisa, a aquellas horas, en un lugar semejante? ¿Viviría allí?

Los pasos de la chica sonaban ahora algo más lejanos, y la había perdido momentáneamente de vista. Por primera vez desde el inicio de la persecución, Álex se detuvo a tomar aliento y miró a su alrededor. Se encontraba en una encrucijada, y los muros de piedra del parque de San Antonio, que coronaba el punto más alto de la Colonia, se erguían al final de una de las tres calles que le rodeaban. Más allá de los muros, la torre de la iglesia del cementerio perforaba el cielo estrellado con su silueta oscura. El parque estaría cerrado a esas horas... Y sin embargo, Alex estaba seguro de que Jana se había metido por la calle del parque, aunque hacía rato que no oía sus pasos.

La brisa se enredó en la copa de un magnolio altísimo, que sobrevivía

milagrosamente con la mitad de sus ramas clavadas en la casa vecina. Cuando sus pesadas hojas dejaron de agitarse, se hizo un profundo silencio. Con la ferocidad de un depredador frustrado, Álex se lanzó a la carrera por la calle del parque, jadeando a medida que la pendiente se hacía más pronunciada. Las suelas de goma de sus zapatillas producían un chasquido elástico al rebotar en el empedrado, y las piernas le ardían por el esfuerzo. Al llegar arriba se detuvo, exhausto... La puerta metálica que daba acceso al parque estaba cerrada.

Había empezado a bordear el muro en busca de otra entrada cuando oyó un ruido a sus espaldas. Al volverse, vio un gato siamés encaramado a una montaña de escombros, observándole atentamente con sus ojos como linternas verdosas. El montículo de piedras rotas se hallaba pegado al muro, un poco más allá de la puerta, y, por encima de él, Alex descubrió una melladura en la pared de piedra, como si un gigante le hubiese pegado un mordisco justo en aquel lugar. Con un poco de habilidad, se podía escalar el montículo de escombros y encaramarse a la pared rota. El gato emitió un aullido metálico cuando Álex se le acercó, y luego se escabulló calle abajo, mientras el muchacho se agachaba para observar el amasijo de tierra y piedras rotas adosado al muro.

Un agujero. Había un agujero muy estrecho y bastante profundo en la tierra, como el que podría haber hecho un tacón de aguja al clavarse sobre el montículo... Álex no se lo pensó dos veces y retrocedió para tomar impulso. De un par de saltos, se plantó en lo alto de los escombros, y desde allí, ayudándose con las manos, logró izarse hasta el borde erosionado de la cerca de piedra. Antes de descender, trató de sondear la oscuridad del parque en busca de la silueta de Jana. Ni rastro. Solo árboles susurrantes y el crujido de las primeras hojas secas arrastrándose sobre la arena de los senderos. A lo lejos, el rumor de una fuente... Y aquí y allá, alguna que otra escultura silenciosa.

Por un momento se quedó inmóvil, desorientado. Recordaba haber estado una vez en aquel parque para ver de cerca, junto con sus compañeros de clase y bajo la supervisión de su profesora, los árboles exóticos que el Ayuntamiento había ordenado plantar en conmemoración del décimo aniversario del terremoto. Entonces debía de tener nueve o diez años, y el lugar le había parecido siniestro. Sobre todo por el viejo cementerio que ocupaba toda la parte oriental del parque, detrás de la iglesia. Cientos de tumbas diseminadas bajo los cipreses y los tejos, todas resquebrajadas y desgastadas por el paso de los años. Intentó distinguir las cruces erguidas bajo los árboles, pero la masa oscura del solitario templo ensombrecía todo lo que se encontraba tras ella.

Entonces le pareció oír una risa que procedía justamente de aquella zona, y, sin pensárselo dos veces, saltó al césped. En cuanto logró recuperar el equilibrio, corrió por la hierba hasta llegar a un descuidado sendero de arena que conducía

directamente hasta la iglesia del cementerio. La subida por aquel camino resultaba más fatigosa de lo que se había imaginado... Acababa de detenerse para recuperar el resuello cuando vio salir a un tumultuoso grupo de uno de los laterales de la iglesia.

Instintivamente, se echó a un lado y se agazapó tras unos arbustos con el fin de no ser descubierto. A pesar de la distancia y de la oscuridad de la noche, se dio cuenta enseguida de que aquellos tipos eran muy extraños. Se movían con una elasticidad felina, y hablaban entre ellos intercalando gruñidos en sus expresiones, como si aquello fuese la cosa más natural del mundo. Antes incluso de distinguir sus caras, Álex comprendió que pertenecían a la tribu urbana de los ghuls, una panda de freakies que practicaban la modificación corporal extrema para asemejarse lo más posible a ciertos animales.

Preocupado por Jana, el muchacho gateó hasta la verja exterior del cementerio y se detuvo justo enfrente de la rectoría, que ocupaba la parte posterior de la iglesia. Los ghuls seguían parados ante su puerta, palmeándose unos a otros en la espalda y despidiéndose con frases inconexas, como si acabasen de salir de una fiesta. De cerca, su aspecto resultaba francamente perturbador. Algunos se habían operado la mandíbula para darle un aspecto más protuberante, otros tenían la frente huidiza y las cejas abultadas, y más de uno exhibía una antinatural abundancia de vello oscuro en los brazos desnudos.

El que parecía officiar como anfitrión, sin embargo, era muy diferente de los otros. Mientras permanecía sonriente en el umbral de la rectoría, esperando a que sus invitados se dispersaran, Álex tuvo tiempo de estudiar con detenimiento sus facciones. Lo cierto era que, si llevaba alguna prótesis implantada en el rostro, apenas se le notaba,.. Su apariencia era la de un hombre bastante apuesto, aunque inequívocamente agresivo. Lo que más destacaba de sus rasgos eran sus ojos almendrados, de un inquietante color dorado. Por lo demás, el único rasgo reseñable de su rostro eran las pobladas patillas grises que cubrían buena parte de sus mejillas.

De modo que eran okupas. Estaba claro que unos cuantos se habían instalado en la rectoría del cementerio de forma permanente, porque, cuando los invitados se fueron, ellos se retiraron al interior del edificio como si se tratase de su casa. Por lo que le habían contado, Álex sabía que en la Antigua Colonia habían unos cuantos edificios ocupados por okupas, pero le sorprendía que algunos hubiesen tenido la osadía de instalarse en la iglesia.

Después de todo, era un lugar demasiado público.

Cuando finalmente llegó hasta la verja, miró a su alrededor. A esas alturas había perdido completamente la pista de Jana. Si la muchacha había atravesado el parque, probablemente ya habría salido de él hacía tiempo. Por mucho que se empeñara, ya no la encontraría... No conocía aquella parte de la ciudad, y, ahora que había dejado de oír sus pasos, no tenía sentido seguir buscándola.



Por un instante pensó en volver a la fiesta, pero enseguida desechó la idea. ¿Para qué iba a volver? Jana ya no estaba allí, sino muy cerca de él, en alguna de las ruinosas calles que descendían por la ladera sur de la Antigua Colonia. Aunque no llegase a encontrarla, caminar por aquellas calles, con su olor a cipreses y a rosas marchitas, le haría sentirse más cerca de ella. En cierto modo, sería como invadir a escondidas su intimidad... Aquella idea le produjo un leve y agradable cosquilleo en la nuca.

Sin embargo, al franquear la verja entreabierta del cementerio sus ánimos flaquearon. La calle en la que se encontraba no tenía ninguna farola, y el único signo de vida que conservaba eran los raíles metálicos de una antigua línea de tranvía incrustados en el empedrado de la calzada, que brillaban de un modo extraño bajo el resplandor anaranjado del cielo nocturno.

Álex comenzó a descender siguiendo la línea ligeramente curva de los raíles. De vez en cuando llegaba hasta sus oídos el ruido lejano de algún coche, pero el resto del tiempo reinaba un opresivo silencio. El muchacho caminaba con los ojos fijos en las ruinosas fachadas de color pastel, tratando de descubrir alguna señal de actividad tras los cristales rotos de los miradores o en las oscuras ventanas de las torres. Quizá Jana estuviese detrás de alguna de aquellas puertas que en otra época habían sido blancas, pero ¿Cómo saberlo? Se le ocurrió que podía preguntar una por una en todas las casas. Los deslustrados llamadores en forma de león o de mano cerrada que brillaban sobre las puertas parecían invitarle a romper aquel silencio tan angustioso... Sin embargo, resistió la tentación de utilizarlos.

Hacia la mitad, la calle por la que estaba bajando dibujaba una pronunciada curva hacia la izquierda. Justo en aquel lugar, la acera de la derecha se interrumpía, dejando paso a una barandilla metálica que formaba una especie de mirador sobre la parte baja de la ciudad.

Álex se asomó a la barandilla y contuvo el aliento. A sus pies brillaban las luces de los rascacielos del centro financiero, apiñados en lo que, desde arriba, parecía un espacio bastante reducido, aunque no lo era. Allí estaba la torre Sharpe, con su forma de vela hinchada al viento, y el edificio de la compañía Barnett, cuya estructura, en forma de pirámide invertida, constituía una verdadera hazaña arquitectónica, según les habían explicado en clase. La torre Landis, las oficinas de los estudios Maverick, la silueta cilíndrica y achaparrada del auditorio...

Conocía muy bien todos aquellos edificios, pero nunca los había visto así, desde las alturas, reducidos a pequeñas figuras geométricas que brillaban como joyas resplandecientes en medio de la noche.

Un ruido de pasos en la distancia le hizo volverse con brusquedad. Sonaban rápidos y decididos, y pertenecían a una rajar calzada con tacones, no había duda. Parecían venir de la parte alta de la calle, pero, al mirar en esa dirección, Álex no vio

a nadie.

Quizá procediesen de alguna de las calles adyacentes. Atravesando la calzada, buscó con la mirada una bocacalle en la acera opuesta. Un poco más abajo, efectivamente, descubrió una; le faltó tiempo para lanzarse en aquella dirección, pero cuando se encontró en la nueva vía, mucho más estrecha que la anterior; descubrió que también se hallaba desierta. Los pasos seguían oyéndose, aparentemente a su espalda. Quizá fuese un efecto del eco, porque ya había comprobado que no podían venir de allí.

Desconcertado, Álex continuó caminando por aquella calle oscura y llana, tropezando de vez en cuando en los adoquines desencajados del suelo. Los pasos cada vez sonaban más cerca, pero, en las dos ocasiones en que se volvió a mirar no vio a nadie, y el sonido cesó. ¿Acaso se habían cambiado las tornas, y ahora era Jana quien lo seguía a él? La creía perfectamente capaz de hacer algo así, sin duda. Y si lo que quería era hacerle sentir la incomodidad de sentirse espiado por alguien que no desea dar la cara... Bueno, desde luego, lo estaba consiguiendo.

Al llegar al final de la calle, se encontró con que desembocaba en una casa más grande que las otras, con una torre de tres pisos colgada directamente sobre el acantilado. Por allí no se podía seguir, de modo que tendría que volver por donde había venido.

Al detenerse, le pareció que los pasos sonaban ahora más cerca que nunca a sus espaldas. La tenía muy cerca, estaba seguro. En cuanto se diera la vuelta, la vería avanzando hacia él, probablemente sonriendo con expresión burlona. Se giró con brusquedad... Y dejó escapar una maldición al ver que la calle continuaba vacía—. Me estabas siguiendo? —dijo una voz detrás de él. Álex volvió a girarse lentamente sobre sus talones, Apoyada en la historiada reja de la casa que cerraba la calle, Jana lo miraba sin sonreír. La blancura de su rostro resplandecía como un faro en la oscuridad.

—Me estabas siguiendo —repitió, esta vez sin entonación interrogativa—. Sería una estupidez que lo negaras.

La verdad es que, al final, he tenido la sensación de que eras tú quien me seguía a mí.

En serio? —Jana lo miró con curiosidad—. Estas calles son extrañas. El eco... Ya sabes.

Sí, supongo que habrá sido eso.

Álex dio un paso hacia la chica. Jana no se movió. La brisa agitaba levemente el borde de su vestido negro alrededor de sus piernas, y también sus cabellos.

Y por qué me seguías? pregunto ella en voz baja.

¿Era necesario explicarlo?

—Hace tiempo que te sigo —contestó Alex, lanzándose al vacío—. Con la

mirada.

Siempre que puedo... Lo abras notado, en el colegio...

Ella tardó un momento en contestar.

—Todo el mundo me mira —repuso, clavando sus ojos oscuros y salvajes en los de él—. Lo habrás notado, en el colegio... Álex asintió, resistiendo su mirada.

Sí. Pero no te miran como yo.

Le pareció que ella se estremecía imperceptiblemente.

—Eso es cierto —dijo.

Sus ojos se desviaron un momento hacia la calle vacía y oscura, a sus espaldas.

Y ahora qué? —Preguntó en tono desafiante—. Qué se supone que tiene que pasar?

Álex pensó un momento su respuesta.

—No lo sé —admitió al fin—. Lo que tú quieras. Solo lo que tú quieras.

Ella le dio la espalda y empezó a caminar por la acera, acariciando con la mano extendida los barrotes de la reja de hierro en la que un momento antes se apoyaba.

—Esta es mi casa —dijo, deteniéndose y volviéndose una vez más a mirarle—. Qué te parece?

Álex alzo la mirada hacia la torre de color azul pálido, con sus tres pisos de galerías blancas. La pintura no parecía demasiado envejecida. Junto a la torre, al otro lado de la reja, crecía una palmera escuálida, de una altura inverosímil.

—Es un sitio extraño para vivir —dijo con sinceridad—. Has vivido aquí siempre? —Siempre. Al menos es la única casa que recuerdo.

Álex volvió a avanzar dos pasos hacia ella y se detuvo. No trato de sonreír. No quería fingir que no pasaba nada, que no estaba asustado, ansioso por acariciarla, dispuesto a cualquier cosa con tal de estar cerca de ella. No quería engañarla. Era mejor que ella supiese que iba en serio.

—Estás muy raro con el maquillaje. Te hace parecer... no sé, más triste.

Álex se limpio mecánicamente el parpado derecho y sintió la picazón del rímel al deslizarse en el interior del ojo. Que absurdo... Se había olvidado por completo de que iba maquillado.

—Ahora se te ha corrido toda la pintura. Esta horrible —dijo Jana, sonriendo por primera vez.

Fue ella quien, entonces, avanzo hacia él, para detenerse justo a un paso del muchacho. Al menos era diez centímetros más baja que Álex, a pesar de los tacones.

Sabes? De noche, por esta zona, suele haber bandas de pandilleros.

Te refieres a los ghuls? Los he visto hace un rato, en el viejo cementerio. Sin saberlo, me guiaron hasta la salida. Pero luego volví a perderme... Este barrio parece un laberinto, por eso me he retrasado un poco. Dijo aquello como dando por sentado que ella había estado esperándole, aunque Jana no pareció fijarse. Y tampoco lo

miraba con preocupación, a pesar de su alusión a los ghuls... Más bien con una intensa curiosidad.

Sin embargo, no hizo ninguna pregunta.

—Ellos odian el maquillaje —explicó—. Lo consideran una especie de burla... Veo que no te ha ido mal en el primer encuentro, pero, por si acaso, yo en tu lugar me lavaría un poco antes de volver a casa. Esos tipos están más locos de lo que parece.

Alzó los ojos hacia Álex y sonrió de nuevo. Esta vez había cierta timidez en su sonrisa.

—Me estas invitando a entrar a tu casa para lavarme? —preguntó el muchacho, incrédulo.

Ella rebuscó en el bolsillo de su chaqueta negra y sacó una llave diminuta.

—Si —dijo, dándole la espalda mientras introducía la llave en el candado de la verja—. Te estoy invitando a entrar.

## Capítulo 3

El interior de la casa olía a fuego de leña y a pintura fresca, o quizá a algún tipo de barniz. Los ojos de Álex tardaron unos segundos en habituarse a la penumbra del vestíbulo, iluminado por una pequeña lámpara de cristales multicolores situada sobre una consola descascarillada, en el descansillo de la escalera. Se notaba enseguida que aquella casa había sido lujosa en otro tiempo. La desgastada alfombra persa que protegía los peldaños de madera, el balaustre de caoba labrada, los pesados marcos dorados de los cuadros... Todo tenía un aire refinado y decadente, acentuado por la mezcla de reflejos verdosos y rosados de la lámpara. No se veían telas de araña, ni el más leve rastro de tamo gris... Pero aquella limpieza resaltaba de un modo extraño el desgaste de los materiales del suelo y las paredes.

—Ven conmigo. El único cuarto de baño que funciona está arriba —dijo Jana en voz baja.

Empezaron a ascender en silencio. Detrás de Jana, Álex subía con los ojos clavados en la figura de la chica, fijándose en cada uno de sus movimientos. Le fascinaban la perfección de sus caderas y la delgadez de su cintura. Resultaba delicioso poder recrearse en aquellos detalles así, sin ser visto, sin tener que dar explicaciones, ni siquiera con la mirada... Cuando llegaron al descansillo, ella se detuvo de pronto y, volviéndose, deslizó sus dedos por el brazo de Álex en una larga caricia hasta llegar al cuello. Después, lo atrajo muy despacio hacia sí. Se besaron... Los labios de Jana ardían, húmedos y tentadores como un fruto prohibido.

Al cabo de un instante perfecto e infinito, ella se despejó lentamente de él y lo miró a los ojos. Sus dedos seguían jugueteando sobre su nuca.

—Nunca había besado a nadie con tanto maquillaje —dijo sonriendo.

Álex intentó abrazarla de nuevo; pero Jana lo detuvo con un gesto. Metió la mano en un bolsillo del vestido y sacó un pequeño teléfono que no dejaba de zumbar. La luz verdosa del móvil iluminó un segundo su rostro, donde la sonrisa había dejado paso a una leve mueca de fastidio.

—Sera mejor que te quites todo eso de la cara cuanto antes le dijo, y se giró para subir el segundo tramo de escaleras.

Álex la siguió, todavía aturdido por el cosquilleo del beso de Jana en su boca. Al llegar arriba tropezó con un objeto metálico que cayó al suelo con gran estrépito. Sobresaltado, lo observó rodar sobre las tablas del suelo. Era un paraguero de bronce.

—Espero no haber despertado a nadie —susurró.

—No te preocupes. Mi hermano nunca está dormido a estas horas.

Álex tragó saliva, incomodo. Se había olvidado completamente del hermano de

Jana... De modo que estaba en la casa... La perspectiva de tener que saludarle no le hacía ninguna gracia.

Mientras él enderezaba el paragüero, Jana abrió una puerta al final del pasillo y encendió una luz. Se trataba de un cuarto de baño bastante grande, con un lavabo de mármol blanco y un espejo rodeado de bombillitas doradas, como los de los antiguos camerinos.

—Entra. En el armario de la esquina hay toallitas limpiadoras, y también un desmaquillador para los ojos. Supongo que no necesitaras mi ayuda, ¿no?

—Creo que podré hacerlo solo, pero gracias.

Jana se apartó de la puerta para dejarle pasar. El muchacho abrió el grifo del agua fría y metió la nuca debajo. El contacto del agua helada le erizó la piel. Cerró los ojos y suspiró profundamente, aliviado. Cuando alzó la cabeza se encontró con los ojos de Jana en el espejo, que lo observaban con aire divertido.

—Puedes usar esa toalla de ahí —dijo, señalando un amasijo de felpa roja amontonado sobre un taburete de madera, junto a una de las patas doradas de la bañera—. Es la mía... Te dejo solo. Jana cerró la puerta tras ella, y Álex escucho inmóvil sus tacones alejándose sobre el suelo de madera hasta detenerse en algún rincón remoto de la casa. Después, cogió la toalla y se frotó el pelo.

Antes de volver a dejarla sobre el taburete, hundió la cara en ella y aspiró largo rato su olor. Olía a suavizante de lavadora perfumado de manzana y a nada más, pero, aun así, sabía que era su toalla, que había estado en contacto con sus mejillas, con sus manos. La cabeza le daba vueltas, como si acabase de probar un licor desconocido, más fuerte y peligroso que todo lo anterior.

Al cabo de un momento se dio cuenta de que había manchado la toalla de maquillaje. Eso le recordó que estaba allí para quitarse toda aquella pintura de encima. Aunque no tenía ninguna practica en el asunto, había visto a su madre desmaquillarse alguna que otra vez, así que extrajo las toallitas del armario y se froto sin piedad la frente, los labios y las mejillas, hasta no dejar ni rastro de cosmético sobre su piel. Luego, vertió un poco de desmaquillador de ojos sobre un disco de algodón y se limpio las pestañas y los parpados.

Cuando termino, se miró al espejo y sonrió con escepticismo. Su pelo mojado apenas parecía rubio, y sus mejillas estaban anormalmente sonrosadas por la violencia del ritual higiénico que acababan de sufrir, pero sus ojos eran los de siempre, limpios, azules e intensamente atentos, unos ojos que parecían permanentemente alerta, dispuestos a encajar cualquier imagen; en su campo de visión, por insólita que fuera. Ojos serios y cálidos eso decía siempre su madre... En realidad, eran lo mejor que tenía.

Oyó pasos que se acercaban por el pasillo y, dando por terminado su examen, busco el interruptor de la luz y lo pulso, al tiempo que abría la puerta. Justo enfrente

de él, apoyado en la pared, había un muchacho de unos quince años. Álex lo recordaba perfectamente del colegio, a pesar de que lo habían expulsado el invierno pasado. Era David, el hermano de Jana.

—Qué tal? —le saludo el chico, sin moverse—. Jana me ha dicho que estabas aquí.

—Hola, David, cuánto tiempo.

Nunca habían sido amigos. Se conocían solo de vista, del patio del colegio. Álex sabía por su hermana Laura que David había sido durante años el alumno más brillante de su clase, pero después de la muerte de sus padres todo cambio. Se volvió desafiante, se metió en un par de broncas a la salida de clase... Y la dirección de Los Olmos no toleraba ese tipo de cosas.

—Jana tardara un rato en volver. Esta con un cliente... Dice que, si quieres, puedes esperarla en la biblioteca. Ven, te enseñaré donde está.

David echo a andar por el pasillo, pero Álex le puso una mano en el hombro para detenerlo. El muchacho se dio la vuelta y lo miro con frialdad. Álex no había olvidado aquellos ojos verde azules, rasgados, que solían traer de cabeza a todas las chicas de Los Olmos, y que armonizaban de un modo perfecto con las mejillas pálidas y hundidas de David y con sus labios finos y bien dibujados.

—De qué cliente hablas? —Preguntó Álex en voz baja, casi temblando.

David sonrió burlonamente.

Por qué te pones tan dramático? Es que Jana no te ha dicho nada?

Álex negó lentamente con la cabeza, intentando dominarse.

—Tenemos un taller de tatuaje. Es de lo que vivimos... Ella hace los diseños y yo les pongo el toque artístico. Y los paso a la piel, claro. Esa parte también es importante. David se había puesto en marcha de nuevo, y esta vez Álex lo siguió sin protestar.

—Sabía que a Jana se le daba bien el dibujo, pero no tenía ni idea de que se dedicaba a los tatuajes —comentó mientras avanzaban por el pasillo.

—Solo desde que murieron mis padres. De algo tenemos que vivir... Y somos buenos. Más que buenos. Formamos un gran equipo—. Pero Por qué a estas horas? Es un poco raro, ¿no?

—Nosotros no hacemos tatuajes corrientes. Son... Especiales. Y la hora es importante. De día no saldrían bien. Subieron un tramo más de escaleras, y David se detuvo junto a una recia puerta de madera que parecía cerrada con llave. En lugar de abrirla, apoyó la espalda en ella y se quedó mirando a Álex con una fría sonrisa.

—Te interesan los tatuajes? —pregunto, en tono irónico.

—Ahora si —repuso Álex sin inmutarse. También hacéis piercings?

La sonrisa se borro del rostro de David.

—No —dijo con sequedad. No nos gustan los piercings. Es exactamente lo

contrario de lo que nosotros hacemos... Una especie de mutilación. Nosotros manipulamos el cuerpo para darle..., a ver cómo te lo explico... Para darle otras alternativas, y no para arrebatarse lo que ya tiene.

David no parecía estar bromeando. Álex sostuvo un momento su mirada.

—La verdad es que no entiendo lo que quieres decir —confesó.

David se metió las manos en los bolsillos, como si se dispusiera a recitar una lección.

—En algunas culturas el tatuaje se considera algo mágico —explicó sin dejar de mirarle—. Te concede la fuerza o la destreza de lo que dibujas. En cierto modo, consigue que cohabiten en tu alma los distintos seres que pueblan tu piel. En cambio, un piercing sería lo contrario de un tatuaje; te quita una parte de ti, crea un vacío, te desposee de algo que ya tienes.

Álex se imaginó al muchacho soltando aquel pequeño discurso delante de sus potenciales clientes. Seguro que lo había repetido muchas veces.

—No sé si te he entendido bien —dijo, sin dejar de mirarle—. Me estás dando a entender que lo que vosotros hacéis son tatuajes mágicos?

—Depende de cómo lo mires. En realidad, no se trata exactamente de magia...

Nosotros no les damos a nuestros clientes nada que no tengan ya. Álex estudió un momento los rasgos elegantes y levemente crueles del hermano de Jana.

—Me estas tomando el pelo, verdad? preguntó, sonriendo. David se encogió de hombros. —Eso depende de quién seas en realidad murmuró.

—Puedo entender que, para vosotros, los tatuajes tengan un significado espiritual, pero de ahí a admitir que influyan en el estado de ánimo de la gente... Es pasarse un poco, ¿no?

—Y tú qué sabes? —repuso David en tono cortante—. Estas hablando sin tener ni idea.

El muchacho se volvió y, sacándose una llave del bolsillo de los vaqueros, la introdujo en la cerradura de la puerta. Álex se dio cuenta de que estaba realmente irritado. Sin embargo, el tema le interesaba demasiado como para no insistir.

Y qué está haciendo Jana ahora mismo con ese... «cliente»? —preguntó.

David forcejeó un instante con la cerradura, hasta lograr que la llave girara.

—Ya te lo he dicho: le está diseñando un tatuaje... Algo muy personal, una especie de amuleto que solo puede llevar él.

—Ya.

El escepticismo de Álex hizo que David se volviera una vez más a mirarle.

—Tendrías que verla trabajando —dijo, y sonrió ampliamente por primera vez, enseñando sus blanquísimos dientes—. Es el alma de este negocio. Deja a los clientes boquiabiertos, y se creen todo lo que les dice. Al final, llegan al taller como en trance, y ni siquiera se quejan cuando empiezo a trabajar... Bueno, tu ya lo sabes, te seduce



sin tan siquiera mirarte. Álex experimento de pronto una oleada de celos al pensar en aquellos clientes con los que Jana se encerraba a solas, tratando de plasmar algo de su espíritu en un dibujo.

—Nunca había pensado en hacerme un tatuaje murmuró, pero estoy empezando a cambiar de opinión.

David se quedó mirándolo un buen rato, como especulando con aquella posibilidad. Después, sin decir nada, entró por fin en la habitación que acababa de abrir y encendió una lámpara de pie que había a la izquierda de la puerta antes de invitarle a pasar.

—Esta era la biblioteca de mis padres. Tuvimos que vender un montón de libros cuando murieron, para pagar las deudas. Aun así, todavía conservamos bastantes. Álex observo con asombro las estanterías de caoba, tras cuyos cristales se alineaban millares de libros de todos los grosores y tamaños, todos encuadernados lujosamente en cuero y con relieves en oro. Era cierto que en las librerías se veían algunos huecos, pero, con lo que quedaba, probablemente habría suficiente como para pasarse leyendo toda una vida.

—Es fantástica —murmuró, admirado—. Tus padres debían de ser gente muy especial, para haber reunido todo esto... En realidad, la mayoría de los libros eran de mi abuelo materno. Pero, de todas formas, es cierto que mis padres eran gente muy especial.

Fue una pena lo del accidente murmuró Álex con torpeza.

Fue más que una pena. Fue una tragedia —dijo David con voz apagada—. Una pérdida irreparable.

—Yo también perdí a mi padre, supongo que lo sabes. Álex se arrepintió inmediatamente de haber mencionado aquello. Nunca hablaba de la muerte de su padre con nadie, nunca, ni siquiera con su madre o con su hermana. Y David no era, precisamente, alguien que le inspirase confianza.

El hermano de Jana acarició con aire distraído un par de volúmenes posados sobre el escritorio que ocupaba el centro de la habitación.

—Lo que has dicho hace un momento sobre hacerte un tatuaje, iba en serio? —preguntó de pronto.

Álex lo pensó durante unos segundos.

—Sí, por qué no? —contestó, sonriendo—. Me gustaría ver cómo trabaja Jana.

Te interesa mucho Jana?

Era una pregunta muy directa. Y la respuesta también lo fue.

—Me interesa mucho, si.

Se hizo un incómodo silencio, que David aprovechó para recoger la media docena de cuadernos de bocetos que yacían esparcidos por el suelo de la biblioteca.

—Quizá pueda convencerla de lo del tatuaje —dijo, poniendo los cuadernos sobre

la mesa.

Álex se había dejado caer sobre un sillón de cuero rojo y lo observaba sin perder detalle de sus movimientos.

—Te lo agradecería mucho.

—Sera mejor que vaya a ver si ya ha terminado su parte. A los clientes no les gusta que los hagan esperar, y este, en particular; es bastante impaciente. Puedes echar un vistazo a los libros, si quieres... No creo que Jana tarde mucho.

Álex asintió y alzó una mano en señal de despedida. Sin devolverle el saludo, David se quedó un instante observándolo con atención desde el umbral de la habitación. Luego salió, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

Álex se puso en pie y dio un par de pasos para desentumecer las piernas. El hermano de Jana le hacía sentirse incómodo, aunque no entendía por qué. En realidad, se había mostrado bastante cortés, incluso amigable. Quizá; lo que le desconcertaba era su desenvoltura, que le hacía parecer mayor de lo que en realidad era. Hablaba y se movía como si siempre supiera con exactitud lo que estaba haciendo y adónde quería ir a parar, y miraba a los demás como si dudase seriamente de que ellos lo supieran.

Para dejar de pensar en David y en el extraño imprevisto que le había apartado de Jana, Álex se acercó a uno de los estantes de la biblioteca y empezó a examinar los libros. Había títulos de todo tipo, aunque predominaban los de contenido filosófico y etnológico. No faltaban los grandes clásicos de la literatura, en lujosas ediciones antiguas, y también abundaban los libros de arte bellamente ilustrados. Álex sacó uno del estante inferior y lo hojeó: Retablos del Renacimiento... Cada reproducción estaba protegida por una lámina de papel de seda, cuya ligereza contrastaba de un modo curioso con el papel de debajo, grueso y levemente satinado.

Muchos de los retablos que figuraban en el libro no se encontraban en ningún museo ni en iglesias célebres, sino en pequeñas parroquias rurales europeas donde el abandono y la desidia de las autoridades contribuían a su progresivo e irremediable deterioro. Eso, al menos, podía leerse en la introducción. Al devolver el pesado volumen a su lugar Álex se fijó en otro libro igual de grueso, pero evidentemente más antiguo. El cuero repujado del lomo exhibía un velero de tres palos estampado en oro debajo del título. Sorprendido, el muchacho se arrodilló junto a la estantería y lo examinó más de cerca. No era la primera vez que veía aquel anagrama. También figuraba en un viejo libro de su padre, lo recordó de repente. Y, simultáneamente, le vino a la memoria una imagen en la que su padre cerraba de golpe aquel grueso mamotreto con el barco de oro en el lomo justo en el momento en que él, entonces un niño de ocho o nueve años, irrumpía gritando en su despacho. La escena debía de haberle sorprendido, no recordaba por qué. Quizá por la expresión agobiada con que su padre depositó el libro sobre la vieja mesa de lectura al verlo aparecer... En

cualquier caso, no se trataba de la misma obra. Para asegurarse, Álex lo extrajo del estante y acarició pensativamente la cubierta. Si, el tacto resbaladizo del cuero verde era similar, pero el tema no coincidía. El libro de su padre trataba de astronomía, mientras que aquel llevaba por título Leyendas y tradiciones de los pueblos celtas. Sin embargo, había un detalle curioso: al velero dorado del anagrama le faltaba un trozo en la popa, un pequeño fragmento en forma de medialuna. Exactamente igual que al del libro de su padre... Álex no sabía mucho sobre las técnicas antiguas de estampación del cuero, pero pensó que tal vez los dos grabados se hubieran realizado con el mismo sello defectuoso. No se le ocurría otra explicación... Interesado, busco en las primeras páginas del volumen la fecha de publicación. Enero de 1887. Y el libro había sido impreso en Venecia, aunque no estaba escrito en italiano. Tendría que comprobar el lugar y la fecha de impresión del ejemplar de astronomía de su padre.

Oyó ruido de pisadas en el pasillo y se incorporó sin soltar el viejo volumen sobre las tradiciones celtas. La sonrisa de anticipación se le borró de golpe al comprobar que se trataba nuevamente de David y no de Jana, como había supuesto. Le pareció que el muchacho estaba más pálido aún de lo habitual, y notó por primera vez las dos medialunas moradas que oscurecían su piel, justo debajo de los ojos.

—Pasa algo? —preguntó, sin pararse a pensar.

—Jana ha temido que salir —repuso el chico con voz apagada—. Te pide disculpas, ha sido un imprevisto.

Algo relacionado con el trabajo?

David sonrió con cansancio.

—Más o menos. Espero que no tarde mucho, no me gusta que salga a estas horas. El barrio... Ya sabes. Álex asintió, incomodo. A él tampoco le gustaba la idea de que Jana hubiese salido ella sola a la oscuridad de aquellas calles siniestras colgadas sobre el acantilado. No conseguía imaginar qué podía ser tan urgente como para obligarla a abandonar su casa de ese modo, cerca de las cinco de la madrugada, y justo después de haberle invitado a entrar con ella. Todo aquello era de lo más extraño... Pero si se podía sacar alguna conclusión, era que para Jana había cosas mucho más importantes que atender a su invitado, a pesar de la pasión con que le había besado unos minutos antes.

—Creo que será mejor que me vaya a casa —dijo—. Espero encontrar el camino...

—No—le interrumpió David con viveza— Jana quiere que duermas aquí. Para alguien que no conoce la Colonia, sería peligroso volver a la calle a estas horas. Aunque supongo que, si quiere que te quedes, no será solo por eso... ¿Tienes que avisar a tu familia?

—Le dejaré un mensaje a mi hermana para que no se preocupe. Pero, de todas formas, no sé si es muy buena idea...

—Hacer lo que Jana quiere que hagas? Si estás interesado en ella, es buena idea, créeme.

Álex sonrió y se encogió de hombros.

—De acuerdo, entonces acepto.

—Ven, te enseñaré donde está el cuarto de invitados.

Álex devolvió el libro que estaba hojeando a la estantería.

Sabes que en la biblioteca de mi padre hay un libro muy parecido a este? Tiene el mismo barco en el lomo, con la misma melladura en forma de medialuna. ¿A que es curioso?

—Sí, lo es —dijo David, mirándolo con atención.

—Pero el contenido es diferente. Este trata de las tradiciones celtas, y el de mi padre creo recordar que iba sobre astronomía. Supongo que los publicaría el mismo editor en fechas cercanas.

—Me gustaría ver la biblioteca de tu padre, algún día murmuro sonriendo el hermano de Jana. Había algo sombrío en aquella sonrisa, una especie de desconfianza repentina que sorprendió a Álex.

—Te interesan los libros antiguos? —preguntó.

—Solo algunos fue la respuesta del muchacho.

Luego, sin añadir nada más, se dio la vuelta y salió de la biblioteca para guiar a su huésped hasta la habitación de invitados. Álex lo siguió, intrigado.

—Un nudo celta sería perfecto para tu tatuaje —dijo sin volverse—. Se lo comenté a Jana antes y la idea le encantó. Mañana, si quieres, podemos hacértelo... Solemos tener bastante trabajo los sábados, pero a los clientes no les gusta madrugar así que a primera hora estaría bien.

Habían llegado al final del pasillo. David abrió una puerta blanca y apretó el interruptor de la luz. Álex parpadeó mirando a la lámpara esmaltada del techo, con sus tres pequeñas pantallas blancas y media docena de lágrimas de cristal colgando de sus brazos.

La habitación estaba decorada con un papel de bandas de color marfil y azul celeste. Su único mobiliario se componía de una cama de forja con una vieja colcha de patchwork y una cómoda de madera con una jarra y una palangana encima, al estilo de los viejos lavabos.

—Eso de ahí es un aseo —dijo David, señalando a una puerta corrediza situada en la pared del fondo, junto a la cómoda—. Puedes usarlo para ducharte por la mañana.

Hay toallas debajo del lavabo, en el armario... ¿Qué más? La cama está hecha, has tenido suerte.

Tienes un despertador? No me gustaría que se me pegaran las sábanas... David puso una mano sobre el radiador que había bajo la ventana y la retiró enseguida, complacido. Al parecer, estaba suficientemente caliente.

—No te preocupes por eso dijo— Jana dormirá hasta tarde. Cuando te despiertes, vete a buscarme al taller. Está en el piso de abajo, al final del pasillo. Hay un vestíbulo con un cuadro muy gracioso de mi bisabuela... La puerta de enfrente.

Estarás allí?

—Sí. Despertaremos a Jana y, después de desayunar, nos pondremos con tu nudo celta. ¡Qué duermas bien! Espero que no te den miedo los fantasmas... Álex oyó la risa de David mientras se alejaba por el pasillo, dejándolo solo en aquella habitación. Casi inmediatamente, apago la luz. Sin saber porque, también él, entonces, se echó a reír. La ventana daba al exiguo jardín de la casa. Álex se aproximó a ella, la abrió y, al tercer intento, consiguió desatranchar los postigos de madera. El tronco de la palmera que había visto al entrar ascendía hacia el cielo, recto y flexible, a muy poca distancia de la habitación. El viento jugaba con las hojas largas y crujientes de la copa, y a lo lejos, como un eco, se oía el rumor del mar mezclado con el de los coches en la autopista. Sacando medio cuerpo al exterior, Álex alzo la mirada para atisbar un retazo de cielo. Allá arriba, como un gajo de plata, brillaba la luna. Respiró hondo un par de veces, se estiró como un gato y, tras quitarse las zapatillas, se tendió vestido sobre la cama. Estaba en casa de Jana, escuchando la brisa que se enredaba en la palmera de su jardín, y Jana le había besado.

Pronto volvería a verla, y dejaría que ella eligiese un tatuaje que lo marcara para siempre, que le recordase durante toda su vida aquella extraña noche en la Antigua Colonia... Toda su piel se estremeció de placer. Recordó los ojos grandes y serios de Jana, la humedad de sus labios, la perfección rosada de sus uñas, y por un momento imaginó que aquellas uñas dibujaban sobre su espalda una especie de flor de pétalos redondos, clavándose en su piel a medida que avanzaban hasta hacerle daño. Nunca antes se había hecho un tatuaje. ¿Qué se sentiría?

Pensando en ello, se quedó dormido.

## Capítulo 4

Al salir de la habitación, a la mañana siguiente, le llegó un agradable olor a café y a pan tostado. Mecánicamente, se pasó los dedos de ambas manos por el pelo húmedo, echándoselo hacia atrás, y se dirigió a las escaleras. Abajo hacía más frío que en el piso de arriba. A través de la puerta de la cocina, la luz del sol bañaba el pasillo, clara y helada. Álex avanzó hasta el vestíbulo que le había indicado David la noche anterior y se detuvo ante el cuadro de la bisabuela de los dos hermanos, boquiabierto. Aquella joven de cabellos cortos, medio desnuda bajo un chal de colores salvajes y sentada de espaldas a una ventana, tenía exactamente los mismos rasgos que Jana. En realidad, si David no le hubiese explicado quién era, habría jurado que se trataba de ella. Por lo demás, el cuadro, que recordaba el estilo de Matisse, era de gran calidad, o al menos eso le pareció al muchacho. Sus jóvenes dueños debían de tenerle un gran aprecio, de lo contrario, lo habrían vendido... Le pareció oír un ruido a sus espaldas y se volvió bruscamente, como si le hubiesen sorprendido haciendo algo malo. Sin embargo, no vio a nadie... Las tres puertas que daban al distribuidor se hallaban cerradas. Una de ellas tenía un cristal polvoriento en la parte de arriba, a través del cual se filtraba la luz de la mañana. A su derecha había un espejo ovalado, sin marco.

Alex se miró un momento y en su rostro apareció una sonrisa irónica. Lo cierto era que no tenía muy buen aspecto. Aunque se había duchado, la ropa arrugada e impregnada aun del humo de la fiesta le hacía sentirse sucio, y el color ceniciento de su cara parecía reflejar la mugre de las paredes que le rodeaban. Intentando quitarse aquella impresión de encima cuanto antes, Álex llamó a la puerta que había frente al cuadro, suponiendo que era la del taller. Pasados unos segundos, como no le llegaba ninguna respuesta, empujó el picaporte hacia abajo y entró.

Dentro de la habitación reinaba una penumbra espesa a la que sus ojos tardaron en acostumbrarse. Cuando lo hicieron, Álex retrocedió un par de pasos, aturdido. Se había equivocado... Aquello no era el taller de David, sino un dormitorio, y sobre la cama dormía una chica completamente desnuda.

Estaba de espaldas, pero, aun así, Álex supo inmediatamente que se trataba de Jana. Sus largos cabellos castaños, esparcidos sobre la almohada, apenas dejaban entrever su perfil, su respiración suave y acompasada era como la de un niño pequeño. La sabana, enroscada a sus pies, parecía haberse enganchado en la ajorca de plata que rodeaba uno de sus tobillos. Y sobre su espalda, descendiendo desde la base del cuello hasta la parte inferior de la espina dorsal, refulgía el tatuaje de una serpiente larga y sinuosa, una serpiente dibujada hasta en sus mínimos detalles, con

miles de escamas perfectamente definidas reflejando la escasa luz que se filtraba a través de los postigos cerrados.

Álex se quedó un buen rato contemplando fijamente aquel tatuaje, paralizado. Sobre la piel blanca de Jana, el cuerpo interminable del reptil refulgía en ondas doradas que casi parecían vivas.

La danza del sol sobre las escamas transformaba su aspecto a cada instante, dando la impresión de que se estaban moviendo. El muchacho se pasó una mano por los ojos para obligarse a dejar de mirar. Luego, caminando de espaldas, buscó el picaporte de la puerta y salió bruscamente, haciendo más ruido del que habría querido.

En el vestíbulo, apoyado en la pared del cuadro, David lo observaba sin sonreír.

Qué estabas haciendo? Te dije la puerta junto al cuadro, recuerdas?

Álex cerró la puerta del cuarto de Jana con suavidad, sin apartar los ojos de David.

—Me dijiste la puerta de enfrente —repuso en voz baja.

La expresión de gravedad de David se disolvió en una sonrisa burlona.

Estás seguro? No sé, puede que me equivocara. El taller es este.

Abrió la puerta que tenía a su derecha y se dirigió al fondo de la estancia para subir las persianas. Álex lo siguió, todavía intensamente turbado por la imagen de Jana desnuda sobre la cama, con aquel extraño tatuaje que parecía vivo. Observó a David mientras el muchacho tiraba de las cuerdas de las persianas sin prestarle atención. Era muy raro... ¿Por qué lo había guiado a propósito hasta el cuarto de su hermana?

La habitación no tardó en inundarse de luz. Era un espacio amplio, acristalado y decorado con plantas, la mayoría bastante escuálidas y polvorientas. Contenía varias estanterías, un par de caballetes, mesas de dibujo y una especie de banco de masaje forrado de cuero rojo, que tenía un taburete y varias mesitas de distintas alturas, cubiertas de juegos de agujas y tinteros, junto a la cabecera.

—No la despertamos? —pregunto Álex sin moverse de la puerta.

David había cogido una bata negra de un perchero y se la estaba poniendo.

A Jana? No sé, si quieres... Pero, si es por el diseño, no hace falta. Ayer cuando volvió, le dije lo de tu tatuaje y se vino aquí directamente. Estaba agotada, pero dijo que le había venido una idea y que sabía exactamente lo que quería para ti. Se empeñó en acabarlo antes de acostarse, dijo que si no se le iría la idea. Ha debido de quedarse hasta las tantas... Pero lo ha terminado, ¿ves? Es este. Un tatuaje muy especial... Un nudo de amor celta. David avanzó hacia Álex y le tendió un papel vegetal con un pulcro dibujo en su centro. Se componía de tres círculos oscuros imbricados entre sí, el del medio algo más grande que los dos de los lados. Les tres estaban unidos por un complejo diseño de curvas interiores de color marfil. No era la

primera vez que Álex veía aquella clase de símbolos tribales heredados de uno de los más antiguos pueblos europeos. Sin embargo, el dibujo de Jana le pareció mucho más complejo y hermoso que los que él conocía.

—Creí que tenía que quedarse a solas con el cliente un buen rato para hacerle un diseño a su medida —dijo, defraudado.

—Normalmente, si. Pero, por lo visto, a ti te conoce bien.

A Álex le vino a la memoria el cuerpo desnudo de Jana tendido sobre las sabanas, con la serpiente dorada dormida sobre su piel.

Era absurdo. Deseaba volver a ver aquella serpiente más que nada en el mundo. Necesitaba quitarse esa idea de la cabeza cuanto antes.

No desayunamos antes de empezar? —preguntó, por decir algo—. Puede que, mientras tanto, Jana se despierte.

David se dirigió a uno de los muebles de cajoncitos y extrajo un par de frascos de tinta. Luego, empezó a examinar varios tipos diferentes de agujas. Todas se encontraban empaquetadas en envoltorios de celofán transparente.

—Qué pasa? Tienes miedo? —preguntó, decidiéndose por uno de aquellos punzantes objetos después de examinarlo atentamente al sol.

Alex no se esperaba aquella pregunta.

—Por qué iba a tenerlo? —dijo, sonriendo.

David alzó sus ojos verde azules hacia él y le devolvió la sonrisa.

—Es un tatuaje mágico... No quieres saber lo que hace?

—Sí, claro. Espero que no me convierta en un sapo, ni nada por el estilo.

—No, no te preocupes. Jana no querría eso para ti.

El muchacho había logrado despertar la curiosidad de Álex. No se había tomado en serio lo de la magia de los tatuajes en ningún momento, pero le divertía la insistencia algo cínica con la que David defendía su historia. Si quería que le siguiera el juego, se lo seguiría.

—Has dicho que se llama un 3nudo de amor —comenzó, el hermano de Jana asintió con la cabeza.

—Es un diseño muy poderoso. He estado puliéndolo un poco antes de que llegaras.

Ya te dije que Jana hace el trabajo psicológico y yo el artístico... No es que ella no dibuje bien, pero yo soy mejor.

Y quién hace la magia? —Preguntó Álex, luchando por permanecer serio—. Bueno..., los dos. Cada parte del proceso tiene su lado mágico.

Con un gesto, David lo invitó a tenderse sobre la camilla de cuero. Álex obedeció y se tumbó boca abajo. Ahora, los frascos de pigmento de la mesita auxiliar se encontraban justo a la altura de sus ojos, y podía observar los colores que contenían y los rótulos de sus etiquetas. «Verde agua», «Rosa seco», «Naranja pastel», «Marfil»,



«Azul jeans», «Gris plata»... Todas las etiquetas tenían una cabeza de dragón dibujada, y los nombres de los pigmentos estaban impresos en letra gótica.

—En serio, yo en tu lugar me lo pensaría antes de tatuarme esto —dijo David—. Por cierto, no me has dicho donde lo quieres... Qué tal en el hombro? —Preguntó Álex, incorporándose sobre el codo derecho—. Quedará bien. Anda, quítate la camiseta.

El muchacho obedeció y volvió a tumbarse. Un instante después, sintió el contacto de las manos de David sobre su espalda, impregnadas de una sustancia fría y gelatinosa.

—Pomada antiséptica. Es mejor no correr riesgos.

Álex cerró los ojos y se concentró en los movimientos firmes y suaves de las manos de David sobre su espalda. De nuevo recordó el cuerpo desnudo de Jana, la serpiente.

—Entonces, qué me va a pasar? —Murmuró.

David no contestó de inmediato.

—Si funciona, quedaras unido para siempre a la persona en quien estés pensando mientras te hago el tatuaje.

—Haga lo que haga esa persona?

—Haga lo que haga.

De modo que era eso. Los dos hermanos se habían puesto de acuerdo para ponerle a prueba. Bueno, si querían jugar fuerte, jugaría. Tal vez se tratase de una especie de ritual para ser admitido en la intimidad de aquella extraña familia. Además, habría aceptado incluso si lo de la magia fuera cierto. Quería a Jana, la deseaba, pero no le tenía miedo, y no le asustaba la posibilidad de quedar unido a ella para siempre, significasen lo que significasen esas palabras.

—Muy bien. Pues adelante —dijo—. Estoy preparado.

Las manos de David se apartaron de su piel. En el silencio que siguió, Álex oyó la respiración algo agitada del muchacho.

—No te dolerá le dijo—. La verdad es que lo de las agujas es solo para cubrir las apariencias. Los tatuajes mágicos se hacen con otra técnica. No las necesitamos.

Los dedos de David se posaron nuevamente en la espalda de Álex y, a continuación, se deslizaron hacia el hombro derecho. Álex sintió un golpeteo rápido y muy suave progresando en círculos sobre su piel. Era relajante.

—También hacéis tatuajes normales? —preguntó.

David siguió trabajando sobre su hombro, con toques rítmicos cada vez más leves.

—Claro. Este tipo de encargos son algo muy especial. Se pagan muy bien, pero tenemos que completar lo que ganamos con otros trabajos menos... artísticos.

Alguna vez has tatuado a Erik? Tienes que conocerlo del colegio... Tiene varios

tatuajes, pero nunca le he preguntado donde se los hacía. Los dedos de David se pararon en seco. Tardaron más de un minuto en reanudar su tarea.

—Erik no viene aquí —dijo en tono apagado—. Se los hace en otro sitio.

No había duda. Los dedos de David estaban ahora mucho más fríos que antes, y sus toques sobre el hombro, aunque suaves, resultaban extrañamente dolorosos. Álex podía sentir una ira sorda y contenida en aquellos breves contactos. ¿Qué había pasado? Tal vez la alusión a Erik le hubiese recordado algún estudio de tatuaje rival... En cualquier caso, se notaba que algo lo había enfurecido.

Poco a poco, sin embargo, se fue calmando. Los toques sobre la piel de Álex volvieron a ser suaves y rítmicos como antes. Después de unos minutos, los veloces golpeteos de los dedos de David en su hombro empezaron a ejercer una especie de efecto hipnótico sobre el muchacho. Con los ojos cerrados, se recreo deliberadamente en el recuerdo de la espalda de Jana, de sus cabellos castaños esparcidos sobre la almohada, de la serpiente dorada sobre su piel... Quiera tocar aquella serpiente. Necesitaba tocarla. Ojala fuese cierta aquella absurda historia de David, ojala el tatuaje fuese mágico y lo uniese para siempre a aquella maravillosa y seductora criatura. Jana... Jana quería atarlo a ella con aquel nudo simbólico, y él lo había aceptado. Incluso si el tatuaje no era mágico, lo llevaría el resto de su vida, como un recordatorio de que era suyo, de que había aceptado pertenecerle. Jana, su cuerpo desnudo, sus cabellos, la serpiente dorada. Jana... Alguien le zarandeo con brusquedad sobre la camilla.

—Te has dormido? Pregunto David—. Ya puedes levantarte he terminado!

Álex se desperezó y se incorporo en la camilla, algo avergonzado. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? No tenía ni idea.

—Ven aquí, al espejo. Así lo veras mejor... Ha quedado muy bien, Álex. Estoy muy contento.

De pie junto a la camilla, David lo miraba con ojos brillantes y una sonrisa casi tímida. La transformación que se había operado en su rostro resultaba desconcertante. De pronto parecía más joven, o, más bien, aparentaba la edad que realmente tenía. Todo vestigio de cinismo había desaparecido de sus facciones... Su expresión era la viva imagen del entusiasmo.

Álex lo siguió hasta un espejo grande que había sobre un lavabo, en la pared de la puerta. Cogió el espejo de mano que le tendía David y, poniéndose de espaldas al espejo grande, se miro el reflejo del hombro en el espejo pequeño, como suele hacerse con los cortes de pelo en las peluquerías.

—Es estupendo, David —dijo, impresionado—. En serio, es precioso... Sabía que te iba a gustar. Ha sido un buen trabajo. Al otro lado de la puerta resonaron unas pisadas suaves y rápidas. Los chicos se miraron. Puedo ponerme ya la camiseta, o tengo que esperar? —pregunto Álex.

—No, no, pónstela ya. Y oye, no se lo enseñes a Jana enseguida.

Mejor que sea una sorpresa.

El entusiasmo de David era contagioso. Álex se puso ágilmente la camiseta mientras se dejaba invadir por una agradable sensación de complicidad con el artista. Porque David era todo un artista, de eso no había duda...

De pronto le asalto la sospecha de que Jana no había tenido nada que ver en todo aquello. David quería hacerle un tatuaje a toda costa, y se había inventado toda aquella historia para que aceptase. En cierto modo, después de ver su trabajo podía entenderlo, La gente que tiene un talento especial a veces actúa de un modo egoísta. Hace lo que sea con tal de poder desplegar ese talento... Álex miró de nuevo a David y sonrió con indulgencia.

—No me duele nada —comentó—. Puedo mojarlo, o tengo que esperar unos días?

—No, no, puedes ducharte ahora mismo, si quieres. No hay problema... Pero, oye, tengo que advertirte una cosa. Hasta que cicatrice, es mejor que no toques a la persona en la que has estado pensando mientras te lo hacía.

Álex se dio cuenta, por el tono de voz del muchacho, de que su humor había cambiado repentinamente. Volvía a ser el de siempre... Lúgubre, cínico y desconfiado.

—Ahora que ya has conseguido lo que querías, puedes dejar ya la broma, David —dijo Álex, poniéndose serio—. El tatuaje está hecho, no necesitas seguir. No tiene gracia... David se encogió de hombros.

—Como quieras. Ven, te enseñaré dónde está la cocina.

Mientras salían al vestíbulo, Álex recordó algo.

—Oye, no me has dicho cuanto te debo...

—Bah... Nada. Regalo de la casa. Es por ahí, a la derecha.

Yo voy a quedarme recogiendo un poco todo esto.

Álex caminó como sonámbulo hacia la puerta acristalada que David le había señalado, dejándose seducir por el olor a café y a pan caliente. Entró sin llamar, sorprendiendo a Jana en el momento en que se agachaba para coger unas tazas de la estantería más baja del aparador. Al oír la puerta, la chica se volvió a mirarlo, bañándolo en su cálida sonrisa. Se habían puesto unos vaqueros y una camiseta gris que se fruncía justo debajo del pecho.

—Buenos días. Me alegro de que te hayas quedado. Siento lo de ayer, surgió de repente. David te lo explico, ¿no? Alex asintió, tratando desesperadamente de concentrarse en la pregunta de Jana y no en su voz grave y aterciopelada, que sonaba extrañamente incongruente en la fría claridad de la cocina. Era una voz hecha para la noche, y no para la luz... Pero tenía que contestar algo, y contestó.

—Sí, me dijo lo de los tatuajes. Suena un tanto... Extraño. Según él, son mágicos.

Jana se incorporo con dos tazas en la mano y las depositó sobre la encimera de mármol. Eran de una porcelana muy fina, amarillenta, con diminutos tréboles verdes y dorados justo debajo del borde.

—Ya sé que suena raro, pero no estamos locos, en serio. Intentamos ver dentro de la gente, ¿entiendes? Captar su interior su espíritu. Y luego nos inspiramos en lo que hemos visto y creamos un diseño que, a su vez, los inspire a ellos. Es como cerrar el círculo... Pero no todo el mundo puede aceptar esta clase de cosas.

Álex la miro con atención. Se dio cuenta de que, hasta entonces, había tenido la esperanza de que Jana desmintiese las afirmaciones un tanto desconcertantes de David, de que le diese alguna explicación más plausible. Pero estaba claro que no iba a hacerlo... Sin embargo, lo que más le turbaba no era eso, sino el tono calculadamente místico del discurso que acababa de oír.

—No me lo creo —dijo simplemente.

Jana, que había cogido la cafetera metálica del fuego, se volvió para mirarle.

Piensas que somos unos farsantes?

Álex se lo pensó un momento antes de contestar.

—No os estoy juzgando. Solo digo que no me creo todo eso del círculo espiritual, aunque suene muy bonito. Por un momento, en los ojos de Jana apareció un destello de desafío, que se disolvió enseguida en la luz pálida de la cocina.

—Bueno, afortunadamente no todo el mundo es como tú. El cliente de anoche me pago el diseño que le hice con un cheque de tres ceros. Puedo enseñártelo, si no me crees...

—Quizá no te pago solo por el diseño.

Jana terminó de verter el café en las tazas antes de mirarlo de nuevo.

Qué quieres decir?

—Puede que solo quisiera estar contigo, pasar un rato contigo a solas. Qué edad tenia?

Jana sonrió.

—No sé. Treinta y tantos. Un tipo con dinero, agente de bolsa o algo así... Es el segundo tatuaje que le hacemos.

Y porque tuvo que ser en mitad de la noche? Por qué no vino aquí?

Álex cogió la taza que Jana le tendía mientras ella metía una jarra de leche en el microondas.

—Tenía que ser en su casa para que hiciese efecto —explico con cansancio. La magia es así... Todo tiene su momento y su lugar. Es la primera regla.

Esperaron en silencio a que el microondas se apagase. Jana saco un par de mantelitos de bambú del cajón del aparador y los puso sobre la mesa. Después metió dos rebanadas de pan en el tostador y mordisqueo otra, ya untada de mermelada y

mantequilla, que había dejado directamente sobre la encimera. Se sentaron frente a frente con el humo de los cafés entre ellos, incómodos y malhumorados. Álex se maldijo interiormente por su torpeza. Debería haber mostrado algo más de sensibilidad... Después de todo, Jana y David solo eran dos críos huérfanos tratando de sobrevivir como fuera.

Lo siento —dijo—. La verdad es que no sé nada de tatuajes ni de magia. Pero lo del cliente nocturno y todo eso... Qué quieres, me siento celoso.

Una preciosa sonrisa ilumino el rostro de Jana.

—No te preocupes, estas perdonado —dijo.

Las tostadas emergieron con un brusco salto del resorte de la tostadora, y ella se levanto para depositarlas en un plato. Al volver a la mesa, rozo con una leve caricia la nuca de Álex... El muchacho dejo escapar un aullido de dolor. Era como si una medusa hubiese descargado un violento latigazo eléctrico sobre su espalda.

—Álex... Álex, qué te pasa?

Jana se había apartado como si la descarga también la hubiese alcanzado a ella. El dolor fue calmándose poco a poco. Solo la zona del tatuaje seguía ardiendo, como una quemadura.

Después de un par de minutos, Álex consiguió dominarse lo suficiente como para esbozar una sonrisa. Quería tranquilizar a Jana, pero se había puesto blanco como el papel, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir una oleada de nauseas.

—Creo que es un castigo —murmuró—. Por increíble... David me lo advirtió, pero yo me reí.

Los ojos de Jana se habían agrandado de terror. Álex nunca la había visto así, tan inquieta, tan lejos de su serenidad habitual. Su reacción hizo que se sintiese halagado. ¡Estaba preocupada, preocupada por él!

—Álex, no te entiendo —dijo la muchacha, espaciando sus palabras—. Qué... qué te ha hecho David?

Por toda respuesta, Álex se puso en pie y, con teatral lentitud, empezó a quitarse la camiseta.

Cuando Jana vio el tatuaje de su hombro, retrocedió un par de pasos. Su boca se abrió, emitiendo una especie de quejido silencioso.

Alex dejó de sonreír. El tatuaje le seguía quemando. Por primera vez en su vida, sintió miedo. Un miedo profundo, animal, que no le dejaba pensar con claridad.

—Dijo que era un nudo de amor celta, y que tú lo habías diseñado para mí —explicó con rapidez—. Dijo que me uniría a ti para siempre...

La expresión aterrada de Jana fue transformándose en una mueca de furia. Sus mejillas, tan pálidas de ordinario, se volvieron de repente más rosadas, más vivas. Parecía dispuesta a lanzarse sobre la primera criatura que se cruzase en su camino y a despedazarla, como una pantera herida.

—David! gritó salvajemente—. David!

Arrojó al suelo la taza de café y se precipitó fuera de la estancia. Álex se quedó un momento mirando los fragmentos de porcelana desparramados en un charco burbujeante de café sobre las baldosas de arcilla. Luego salió corriendo detrás de Jana. La alcanzó cuando estaba llegando al vestíbulo del cuadro e intentó detenerla asiéndola por un brazo.

Ella se revolvió como un animal acorralado.

No me toques! —chilló— No se te ocurra tocarme!

Pero era demasiado tarde. Un infierno de fuego y dolor se había desatado en el cuerpo de Álex, royéndole cada pequeña porción de su carne, cada músculo, cada víscera, hasta los mismos huesos.

Era como si toda su piel se hubiese incendiado, como si sus brazos y su torso y sus piernas estuviesen en llamas... Un instante después, todo quedó sumido en la oscuridad y el silencio. No me habría atrevido a decirlo abiertamente, pero ya no me importa: soy por lo menos rara.

## Capítulo 5

La luz intentaba colarse entre sus párpados, blanca e hiriente como un cuchillo. Álex luchó un momento para mantenerlos cerrados, pero al final los abrió. Tardó unos segundos en distinguir las hojas cobrizas de la hiedra de Virginia sobre la pared que tenía enfrente. Delante de la pared había un banco de jardín rodeado de arbustos de madreSelva, y en el banco, sentada, estaba Jana.

La muchacha se levantó en cuanto le vio abrir los ojos y caminó hacia él. Se encontraba reclinado en una tumbona, y sentía sobre la piel de sus antebrazos la aspereza de la colchoneta de lona, su contacto firme y basto, la deformación elástica del relleno justo debajo de su codo. Nunca se había fijado en esa clase de sensaciones, que, de pronto, le parecían abrumadoras. Era como si la tumbona estuviese empeñada en ocupar una parte de su conciencia, en no pasar desapercibida. Absurdo... Pero no se trataba solo de la tumbona. También la hierba, con su olor ácido a verdor y sus hojas erguidas y desafiantes, reclamaba su atención. Y las hormigas... Había un par de ellas moviéndose sobre la tierra, bajo las sombras puntiagudas del césped. Pequeñas, de color chocolate, el abdomen largo y elegante, las patitas frágiles y rápidas.

—Álex, me ves? —preguntó Jana, que se había parado a un par de pasos de la tumbona.

Álex la miró detenidamente, como nunca la había mirado antes. Se fijó en sus ojos profundos y acogedores, en la blancura de su esbelto cuello, en los cabellos castaños que le caían en desorden sobre los hombros. ¿A qué olía? Era una mezcla de jabón natural y manzanas y quizá algo más intenso y secreto, un vestigio de perfume caro en sus muñecas, que no había desaparecido en la ducha.

Después de un momento, el muchacho cayó en la cuenta de que aquel escrutinio al que estaba sometiendo a Jana no era demasiado cortés, así que se incorporó en su asiento para dejarle sitio a su lado. Ella siguió de pie, mirándolo con expresión preocupada.

—Estás bien? —pregunto, Álex asintió, sonriendo. Que si estaba bien? En realidad se sentía mejor que nunca. Más despierto, mas alerta, más vivo. Entonces se acordó del tatuaje y comprendió inmediatamente por qué Jana no quería sentarse junto a él.

—Así que es cierto lo de que no puedo estar junto a ti hasta que el tatuaje cicatrice? —pregunto, risueño. El crujido de una hoja que acababa de caer de la enredadera lo distrajo por un momento. Era una hoja roja, perfecta, con gotas de rocío sobre el frágil cobre de su superficie. A pesar de la distancia, le pareció captar su olor

ligeramente metálico.

Después volvió a prestar atención a Jana. Bajo su apariencia grave y contrariada noto algo más; una especie de irritación sorda, contenida a duras penas. Y también una determinación absoluta.

—Qué fue exactamente lo que te dijo David? —preguntó, arrodillándose sobre la hierba en el mismo lugar en el que estaba.

«Distancia de seguridad», pensó Álex, sorprendido. Tenía que tratar de concentrarse en la conversación y olvidarse de las hojas y las hormigas y el césped, de toda esa vida silenciosa y perfecta que les rodeaba y que antes nunca le había interesado.

—Me dijo eso, que no me acercase a la persona elegida hasta que el tatuaje cicatrizase. Y la persona elegida eres tú... Me dijo que el tatuaje me uniría a ti para siempre, independientemente de lo que tú sintieras.

—Te dijo eso, y aun así te lo hiciste? preguntó Jana con brusquedad—. Eres un loco.

Alex dejó de sonreír.

—No fue tan heroico, Jana. En realidad me creí muy poco de lo que me contó. Aunque ahora no sé qué pensar. Ahora lo veo todo distinto —exclamó mirando a su alrededor—. Todo ha cambiado —continuó, aunque quizá era él el que había cambiado.

Jana lo miró largo rato, aparentemente tranquila. Sin embargo, Álex podía notar la rapidez con que se sucedían los pensamientos detrás de aquella frente en calma, especulando, haciendo cábalas, sopesando las diferentes alternativas.

Lo dices por lo del desmayo? —preguntó al final, como si la idea fuese tan absurda que hasta entonces no se le hubiera ocurrido pensar en ello—. Pero, Alex, no puedes estar hablando en serio...

Por qué no? Tu misma lo has visto... Además, hace un rato intentaste convencerme de que la magia existe.

—Yo no dije eso —se defendió Jana—. Dije que hay formas de actuar sobre el espíritu, de dirigirlo en una determinada dirección. No es lo mismo.

—Pero vosotros les cobráis una pasta a vuestros clientes haciéndoles creer que vuestros tatuajes son mágicos... ¿O no es así?

De nuevo, la mente de Jana se puso en movimiento, sondeando, indagando, tratando de buscar una salida.

La autosugestión es la magia más poderosa que existe —contestó—. Si tú te convences de que ese tatuaje te une a mí, te sentirás unido a mí, aunque el tatuaje no haya hecho nada. Eso es lo que nosotros hacemos...

—Os aprovecháis de la credulidad de la gente para sacarles el dinero.

Había hablado de aquel modo tan insultante a propósito, para ver lo que respondía



Jana.

—Estas simplificando mucho las cosas —dijo ella, en tono de excusa—. Lo que hacemos no es ilegal, ni siquiera inmoral. Les damos algo que no tienen, o, mejor dicho, que creen no tener. Contribuimos a mejorar sus vidas. No era la respuesta que Álex esperaba. Había dicho aquello con la idea de desencadenar una reacción de indignación... El hecho de que no se hubiese producido le daba mucho que pensar. Además, Jana seguía allí quieta, a metro y medio de él, evitando cuidadosamente acercársele.

—O sea, que no hay magia —dijo—. Qué decepción! Jana se echo a reír. Una carcajada breve, de alivio.

—Lo siento murmuró, inclinando la cabeza hacia un lado para mirarle—. Te habría gustado que fuese una especie de bruja?

Él se lo pensó durante un momento.

—No me habría importado. Te quiero, seas lo que seas. Aunque por las noches salgas en tu escoba a volar por los aires. Ella río de nuevo, cada vez más relajada.

—Dime una cosa. Si te hubieses creído de verdad lo que te dijo David del tatuaje, te lo habrías hecho?

Álex dejó de sonreír.

—Por supuesto que sí —contestó. Crees que me da miedo atarme a ti? No soy una persona cobarde, Jana. Ya te darás cuenta.

Puedo sentir muchas cosas por ti, pero no miedo. Captó el estremecimiento interno de Jana, la mezcla de sensaciones que sus palabras habían provocado. Nunca antes había podido leer en el rostro de una persona como estaba leyendo en el de ella... A pesar de la oscuridad que lo habitaba.

—Pues es mejor que no te ates a mí, ahora te lo digo en serio. Soy una persona difícil... Quedas avisado. Ahora estaba siendo sincera. O, al menos, lo estaba intentando.

—Deja que eso lo decida yo, de acuerdo? —repuso, cortante—. Tú puedes hacer lo que quieras; en lo que se refiere a mí... Pero mis sentimientos son míos, y no tienes derecho a opinar sobre ellos. Sin esperar a que ella contestara, se puso en pie, decidido a abrazarla pasase lo que pasase. El tatuaje empezó a dolerle como una quemadura. Necesitaba acariciar su pelo, deslizar los dedos por su cuello perfecto, suave y blanco como el de un ángel... Pero ella se escabulló con agilidad.

—Eso se acabó, Álex. Lo siento —dijo atropelladamente—. A mí también me gustas, ya lo sabes. Pero lo que tú sientes me asusta un poco, y no quiero seguir adelante. Vas demasiado deprisa, estás... estás demasiado seguro, y yo no soy como tú. A mí sí me da miedo atarme a alguien, ¿entiendes? Soy demasiado joven para eso.

El retrocedió y volvió a sentarse en la tumbona, mirándola con fijeza.

—No me mires así —le exigió Jana, nerviosa—. No soy tuya, qué te ha hecho

pensar otra cosa? Lo de ayer surgió así, sin más.

Estabas ahí solo, un par de besos... No sé, me dejé llevar. Pero eso no te convierte en mi dueño.

—No pretendo ser tu dueño. Solo quiero llegar a conocerte.

Por primera vez, la vio genuinamente asustada. Quizá por eso, tardo bastante rato en encontrar una respuesta.

—De acuerdo, Álex, pero tienes que entender que te estás precipitando —dijo finalmente—. No... No sé lo que piensas de mí, pero no soy de las que se lanzan al vacío en una relación. Lo siento si eso te decepciona, pero es que yo no soy así.

«De eso estoy seguro —se dijo Álex, sonriendo para sus adentros—. Lo piensas todo, lo calculas todo, intentas controlarlo todo».

—Podemos empezar siendo amigos —propuso—. Quiero decir hasta que tú estés segura.

—Pero perderás el tiempo conmigo, y yo no puedo prometerme nada...

—Vamos, Jana. Estar contigo, aunque sea como amigo, no es perder el tiempo, y tú lo sabes. Deja de preocuparte tanto por ser justa conmigo. No me vas a destruir la vida, si es eso lo que estas pensando.

Aquella respuesta dejó algo confundida a la muchacha. Todo resultaba muy extraño, porque, en el fondo, Álex sentía que ella no estaba tratando de ser justa con él, ni de protegerse, ni nada por el estilo. No le temía, ni tampoco le importaba demasiado que él sufriera. No; no se trataba de eso...

Se trataba del tatuaje. El tatuaje era lo que se interponía entre ellos, y Jana lo sabía. David no había mentido: el tatuaje era mágico, o al menos ella lo creía así, a pesar de que poco antes había asegurado lo contrario. Pero quizá, quizá había algo más. Porque, si lo que el hermano de Jana le había dicho era cierto, solo tendría que evitar acercarse a ella durante uno o dos días, hasta que el tatuaje cicatrizase. Y, en ese caso, no había necesidad de que Jana se inventase toda aquella pantomima de sus temores y sus dudas para mantenerlo físicamente apartado de ella...

A menos que el tatuaje no cicatrizase nunca. Se pasó una mano por la frente. Quería concentrar sus pensamientos, olvidarse de la hiedra de Virginia, del olor a humedad del desconchado de la pared, de la madera húmeda de la puerta que comunicaba el jardín con la cocina. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué, de pronto, sus sentidos se habían agudizado hasta lo insoportable, haciéndole percibir la realidad como nunca la había percibido antes?

Entonces comprendió que todo estaba relacionado. Su olfato y sus oídos tensos como cuerdas de violín, reaccionando a la menor vibración, la agonía de estar cerca de Jana y no poder acariciarla; la incómoda sensación de poder leer, hasta cierto punto, sus pensamientos... Era el tatuaje, la magia del tatuaje. Y Jana se empeñaba en negarlo. Tal vez ni ella misma fuese consciente de la violencia de sus efectos sobre él,

del modo en que lo había cambiado. Cómo se os ocurrió esto de los tatuajes? —preguntó, tratando de parecer despreocupado—. No es un negocio muy habitual...

—Bueno, en nuestro caso teníamos ventaja. Mi madre nos enseñó la técnica, una técnica especial, según habrás podido comprobar. La aprendió de su madre, y esta a su vez de la suya. Mi bisabuela materna pasó buena parte de su juventud en Nueva Zelanda, estudiando a los maoríes.

La mujer del cuadro? Se dedicaba a estudiar a los maoríes, en esa época?

—Iba con su primer marido. El caso es que aprendió mucho sobre la dimensión espiritual del tatuaje, y creía, hasta cierto punto, en su fuerza, en su significado. Luego, mi abuela le enseñó la técnica a mi madre, y mi madre nos la enseñó a nosotros. Como ves, es una tradición de familia.

—Una tradición un poco rara —no pudo menos de observar Álex—. No sé, no es como cultivar rosas o hacer ganchillo... Y no parece la clase de cosa que una madre les enseña a sus hijos.

—Pues a nosotros nos ha venido muy bien que lo hiciera. Gracias a eso podemos vivir sin apuros. Y creo que hasta mi bisabuela se sentiría orgullosa si pudiera ver lo que hemos conseguido hacer David y yo.

La serpiente de tu espalda es obra de David?

Había preguntado aquello sin pensar dejándose llevar por la imagen obsesiva que una y otra vez le acudía a la mente, mezclándose con el rumor del viento en el follaje y con el olor de Jana y de la hierba. En los ojos de Jana apareció un destello de inquietud.

Cómo sabes lo de la serpiente? —preguntó—. No puedes haberla visto...

—Me equivoqué cuando estaba buscando el taller de David, y entré por error en tu cuarto. No pude evitar verte... Lo siento. No lo sentía en absoluto, y Jana se dio cuenta. Inexplicablemente, sonrió.

—Es un buen trabajo —dijo—. Uno de los mejores que hemos hecho... El diseño es mío, y David le dio el toque final. Ya habrás visto que él se considera «el artista». Su rostro cambió de pronto, ensombreciéndose.

—De todas formas, habría preferido que no la vieras. Quiero decir, no todavía...

—Eso significa que, algún día...

—No intentes confundirme, Álex. Todo esto del tatuaje ha sido muy desagradable. Sé que te prestaste a ello porque pensaste que me gustaría, pero la forma en que David te ha sugestionado... No sé, habría preferido empezar de otra forma. Álex se dio cuenta de que decía la verdad. Sí, la historia del tatuaje había torcido los planes de Jana. Ella quería otra cosa, pero ¿qué? Quizá, sencillamente, lo quería a él, y David les había jugado aquella mala pasada para impedir que se tocasen, que estuviesen juntos. Pero, en ese caso, ¿por qué Jana no estaba más... más hundida? Su sentimiento predominante era de furia, y no de tristeza.

Tal vez estuviese pensando en cómo deshacer lo que había hecho David, en cómo romper el hechizo. Álex sonrió interiormente ante aquella idea. Un hechizo. Un hechizo a través de un tatuaje... Jana se había esforzado mucho en convencerle de que todo había sido una pantomima, pero estaba mintiendo. Él lo sentía, lo sentía hasta la médula de sus huesos. El tatuaje le había transformado, ya nunca volvería a ser el mismo... El mundo no volvería a ser el mismo. Odiaba admitirlo, pero aquello era magia.

—Quizá sería mejor que te pidiera un taxi para que te fueras a tu casa —dijo Jana, caminando hasta la puerta de la cocina y esperándole allí, en el umbral—. Por aquí no hay transporte público, y andando tardarías un siglo... Voy a telefonar. Álex espero en el interior de la cocina mientras la oía alejarse por el pasillo y hablar casi en susurros con el radio taxi. Sus ojos se fijaron de pronto en el café derramado en el suelo, en los pedazos cortantes de la taza. Sintió un agudo dolor por el objeto roto, por aquellas lascas de finísima porcelana con sus diminutos tréboles verdes y dorados, y como en un fogonazo lo vio todo, el taller inglés donde una mano femenina había trazado sobre la porcelana aquellos dibujos usando los pinceles más finos, el proceso de secado, y luego una mujer, una mujer en una especie de mirador sobre el mar sosteniendo el asa entre el pulgar y el índice, trasladando a la taza una parte infinitesimal de lo que sentía en ese momento, dejándolo grabado en el objeto para siempre. Un profundo dolor como un desgarró que nada ni nadie podría reparar. Los ojos derrotados, silenciosos, clavados en las olas. Unos ojos muy parecidos a los de Jana... La voz de la muchacha le sobresalto.

—Tardará unos quince minutos —dijo, reapareciendo en la puerta del pasillo—.

Siempre tardan mucho en dar con la casa... Esperaremos aquí, si quieres.

—Me gustaría despedirme de David.

Jana hizo un gesto negativo con la cabeza.

Lo siento, ha salido. Es un crio, Álex. Te pido perdón en su nombre. Toda esta broma no ha tenido ninguna gracia. Álex asintió y se dejó caer en la silla que había ocupado antes de que todo ocurriera, durante el desayuno. Allí seguía la tostada que Jana le había servido, todavía sin mantequilla, helada. Maquinalmente, la cogió y le pegó un mordisco. El sabor del pan le hizo oír; repentinamente, el jugueteo de la brisa entre las espigas doradas. Un inmenso campo de trigo con todos los matices del amarillo entremezclados, desde el oro maduro hasta el claro color maíz, pasando por infinidad de tonos intermedios. Sin darse cuenta, había cerrado los ojos.

—Te sientes bien? —pregunto Jana.

Despego los parpados con brusquedad.

Sí, sí. Es solo que me siento... Iba a decir que se sentía un poco raro, pero se interrumpió al notar la ansiedad de Jana, su curiosidad, las docenas de preguntas que pugnaban por salir de sus labios y que ella retenía con voluntad de hierro. Estaba

preocupada; habría dado cualquier cosa en ese instante por saber exactamente lo que él sentía. Y, justo por eso, decidió que no iba a decírselo. Mientras Jana no confiase en él, él tampoco confiaría en ella.

—Me siento mal por todo lo que ha pasado —terminó, improvisando con agilidad—. —

Por haber caído en la trampa del tatuaje... Y, sobre todo, por haberme dejado suggestionar. Una sombra de sospecha atravesó el semblante de Jana. Álex no estaba acostumbrado a mentir... Quizá su explicación no había sonado demasiado sincera. Oyeron un coche rodando lentamente sobre el desigual empedrado de la calle. Álex se levantó de la silla y sofocó una vez más su deseo de acercarse a Jana, de hundir su rostro entre sus cabellos castaños.

—Oye, Álex, quiero pedirte una cosa. Todo esto de los tatuajes... Prefiero que no se lo comentes a nadie. Sobre todo a nadie del colegio. No quiero mezclar las cosas, ¿entiendes? Y en especial, toda esta historia de los tatuajes mágicos...

—No te preocupes, guardaré el secreto.

Se sonrieron. El taxi se había detenido junto a la puerta, y no tenía sentido alargar la despedida.

—Nos veremos el lunes en la inauguración del curso —dijo Álex—. Irás, supongo.

—Sí. Si, por supuesto. Pero, oye, todavía no tengo claro si quiero que nos vean hablando o no. Estoy hecha un lío, necesito tiempo... Álex sondeó la oscuridad aterciopelada de sus ojos.

Lo que tú quieras. Si así vas a sentirte más cómoda... Decide tu cuando quieras que volvamos a hablar... Y dónde. En la sonrisa de Jana se leía una gratitud que, esta vez, no tenía nada de fingida.

—Gracias, Álex. Me sorprendes. No esperaba que fueras tan... tan comprensivo.

Álex apretó los labios. En ese instante, su deseo de tocar a Jana era casi incontrolable.

—No soy comprensivo —dijo—. No se trata de eso. Se trata de que te quiero, y de que estoy dispuesto a todo para conseguirte, incluyendo el parecer comprensivo, si eso es lo que tú quieres. Jana se apoyó en la puerta principal, como dudando si dejarle marchar o no. Se la veía turbada, complacida. Juegas muy fuerte murmuró.

—Tú también.

Jana giró el pestillo de la puerta a su espalda y se apartó para dejarle pasar. La luz del exterior, otoñal, amarillenta, ponía de relieve el deterioro de las casas que se alineaban a ambos lados de la calle. El taxista tocó el claxon, impaciente, para que Álex entrase de una vez en el coche.

Lo último que vio de Jana fue su camiseta gris ondeando en la brisa y dejando al descubierto, por un instante, su cintura y su ombligo. Después, cerró los ojos. El taxi

rodaba a una velocidad excesiva, teniendo en cuenta el mal estado del firme y las curvas y pendientes de las calles.

—No me gusta venir aquí —dijo con aspereza el taxista—. No me gusta nada venir aquí, y a todos mis compañeros les pasa lo mismo. Es un laberinto endemoniado. Nunca sabes por dónde tirar. Para llegar a tu casa, chico, he estado dando vueltas casi una hora. Casi una hora... Te va a salir caro, como comprenderás.

Pero ni aun así compensa meterse en este infierno. Álex miró por la ventanilla. Aquellas casas señoriales, con sus porches de columnas y sus terrazas de mármol, no parecían en absoluto el infierno. Estaban abandonadas, sí, y muchas se caían a pedazos... Pero todo tenía un aire apacible, inocuo, incluso levemente melancólico. Jardines salvajes, verjas, fachadas de color pastel... ¿Cómo era posible que un sitio tan tranquilo le pareciese a alguien un lugar de pesadilla? Álex observó la considerable cantidad que marcaba el taxímetro con cierta preocupación. Era muy raro, a él la espera en casa de Jana le había parecido de unos pocos minutos... Y, sin embargo, la cifra del taxímetro indicaba claramente que el taxista no había exagerado al decir que llevaba dando vueltas una hora.

De pronto giraron a la derecha al final de una calle y se encontraron frente a la carretera de la playa, a pocos metros de la rotonda de entrada a la autopista.

—Esto es de locos. Ahora hemos salido en cinco minutos —rezongó el taxista—. En serio, no entiendo que alguien quiera vivir ahí...

—No todo el mundo tiene elección murmuró Álex.

Y notó la quemadura del tatuaje en su hombro, el tatuaje que lo ligaba para siempre a aquella chica misteriosa y extraña que vivía en la Antigua Colonia. Aunque lo que sentía por Jana habría sido lo mismo con o sin tatuaje...

Sin embargo, allí estaba, un dibujo grabado para siempre en su piel para recordarle su necesidad de Jana, su incontrolable deseo. Un dibujo mágico, que con cada metro que se alejaba de ella se volvía más ardiente, más insoportable, abriéndose en la distancia como una flor de sangre, como una negra y profunda herida.

## Capítulo 6

Un pitido agudo e insistente se coló en el sueño de Álex, forzándolo a despertarse. Su mano buscó a tientas los ángulos rectos del despertador sobre la mesilla de noche, pero lo único que consiguió fue derribar un libro. Y el pitido seguía perforándole los tímpanos, implacable ...

Se incorporó irritado sobre un codo y abrió los ojos. A los pies de la cama estaba sentada su hermana Laura, blandiendo con sonrisa de triunfo el estruendoso reloj que lo había devuelto a la conciencia.

Puedes apagarlo por favor? gruñó Álex, dejándose caer nuevamente sobre la almohada.

—Buenos días a ti también —contestó Laura, presionando uno de los botones del artilugio.

El pitido cesó, dejando un desagradable eco en los oídos del muchacho.

—Qué hora es? No recuerdo haber puesto el despertador...

—Lo he puesto yo. Son las dos de la tarde; hora de comer.

—Te has tirado toda la mañana durmiendo.

Álex se sentó de nuevo sobre el colchón y clavó una mirada llena de mal humor en su hermana. A sus doce años, Laura se daba unos aires de adulta que a veces resultaban exasperantes. Pero otras veces, Álex casi se lo agradecía. Después de todo, estaba bien que se preocuparan por uno. Y su madre tenía siempre demasiado trabajo como para prestarles atención... Al menos, esa era su excusa.

El pelo rubio y lacio de Laura le caía sobre el hombro derecho en una gruesa coleta. Llevaba puesto un jersey verde de algodón y unos vaqueros, y en su sonrisa no se leía ningún reproche. El enfado de Álex se fue disipando poco a poco.

—Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó, reprimiendo un bostezo.

—No sé. Cinco minutos más o menos. Verte dormir es muy aburrido, sabes?

—Me lo imagino. Por eso pusiste el despertador?

Laura se encogió de hombros.

—Supongo. Oye, dónde te metiste anoche?

—Te dejé un mensaje... No lo has visto?

Sí. A las cuatro o las cinco de la mañana... ¡Vaya horas para dejarle un mensaje a tu hermana pequeña!

Lo siento. Te desperté? Supuse que mamá no tendría el móvil encendido. Nunca lo tiene. Por cierto, ¿la has avisado?

—De qué? De que no estabas? No ha preguntado, Álex —contestó la niña—. Salió esta mañana a las diez, a poner unos cultivos o no sé qué en el laboratorio. La

sonrisa se había borrado de su rostro. De repente parecía mayor, casi una adulta.

—Un sábado? —preguntó Álex—. Era una pregunta estúpida. Su madre trabajaba todos los sábados, y todos los domingos. En teoría, no tenía ninguna obligación de hacerlo, pero siempre le surgía algo en el último instante que la obligaba a irse a la facultad. Cualquier cosa con tal de no estar en aquella casa que tanto la entristecía... y de evitar los recuerdos.

—Dijo que vendría a comer, pero ya la conoces. Dentro de un rato llamará para decir que se le ha hecho tarde y que pidamos unas pizzas. Lo de siempre.

Álex sacó las piernas de debajo del edredón y buscó con los pies descalzos el contacto suave de sus zapatillas. El tatuaje ya no le dolía, y tampoco le asaltaban aquellas sensaciones visuales y olfativas tan intensas que casi resultaban dolorosas. Sin embargo, allí seguía, sobre su piel... No necesitaba mirarse a un espejo para saberlo.

Se alegró de que la camiseta que llevaba fuese lo bastante cerrada como para no dejar al descubierto el borde de aquel dibujo que David había trazado sobre su hombro. No quería ni pensar en las preguntas que tendría que responder cuando Laura lo viera.

—Todavía no me has dicho dónde estuviste —insistió la muchacha.

Álex, ya calzado, se dirigió a la ventana y, tirando de la cuerda de la persiana, la subió de golpe. El sol de mediodía inundó su habitación, revelando sin piedad el desorden de libros y ropa apilados de cualquier manera sobre las sillas y el escritorio.

—Estuve en casa de Erik —contestó, buscando con la mirada su camisa de cuadros en aquel desbarajuste—. Qué raro, creí que la había dejado por aquí...

—Erik llamó hace un rato para preguntar por ti. Quería saber si anoche habías llegado bien a casa. Parecía preocupado.

Laura se detuvo, esperando una respuesta con la terquedad infantil que a veces la caracterizaba. Álex resopló, incómodo. Habría preferido no tener que dar más explicaciones, al menos de momento.

—Vale, estuve en casa de Jana —farfulló atropelladamente—. Es eso lo que querías saber?

La explosión de reacciones de Laura casi llegó a alarmarle. Palmoteaba, reía con deleite, pero a la vez sus ojos se habían agrandado de preocupación.

Jana! Jana! Lo sabía. Sabía que te gustaba... Bueno, a todos les gusta, pero no es eso. ¿Y ella? No me imaginaba que... O sea que le gustas. ¡Te invitó a su casa! Debes de gustarle mucho para eso.

—No me invitó a su casa, surgió así... Era muy tarde, y estábamos en su barrio. No había autobuses ni taxis para volver... Eso fue todo.

—Ya murmuró Laura, dando a entender que no se creía ni una palabra.

Se había vuelto a sentar en la cama, y miraba a su hermano con una mezcla de



admiración y perplejidad que no dejaba de resultar enternecedora.

—Jana! —Repitió, intentando acostumbrarse a la idea—. Mis amigas se van a quedar de piedra cuando se enteren...

—Laura, ni se te ocurra contarles nada de esto a tus amigas! Ni a tus amigas, ni a Erik, ni a nadie. No hay nada todavía, ¿me entiendes? Solo fue una casualidad, algo que paso.

—¡Todavía! O sea, que lo habrá... ¿Te acostaste con ella, aunque fuese «por casualidad»?

—¡Laura! Tienes doce años, ¿crees que te lo contaría si hubiese pasado?

—O sea, que no te acostaste con ella.

—Álex soltó un bufido, rindiéndose. Con Laura era imposible tener secretos. Extraía tanta información de lo que decías como de lo que no decías.

—Me gusta mucho, pero no la conozco bien —admitió, abandonando todo intento de parecer indiferente—. Es... Es muy especial. Laura soltó una carcajada burlona.

—Especial! Sí, eso puedes jurarlo. Mis amigas dicen que parece una bruja. Aquella observación irritó a Álex más de lo razonable.

—Ya, bueno, teniendo en cuenta que hace unos años llevabais pañales y le escribáis cartas a Papa Noel, no me extraña que todavía creáis en brujas... Se interrumpió, sintiendo que había ido demasiado lejos.

Por qué te pones así? le preguntó Laura, observándole con atención. Es lo que dicen de ella, yo no tengo la culpa. Y no es que yo crea en brujas, pero, Álex... Hay algo oscuro en Jana, ¿no lo has notado? Es como... como si tuviese una sombra por dentro. No sé explicarlo, pero eso es lo que siento cuando la miro.

Álex sintió una violenta punzada en el hombro. Si, él también lo había sentido, allí en el jardín, mientras escuchaba el crujido de la tierra bajo las patas de las hormigas y la música de bronce de las hojas secas. Había sentido su oscuridad como algo inmenso, inabarcable, amenazándolo todo. Y seguía sintiéndolo. Era el único efecto del tatuaje que aún persistía. Lo demás (la agudeza de los sentidos, la nitidez de las imágenes) parecía haberse disuelto en el sueño.

Pero ¿y Laura? ¿Cómo era posible que también lo hubiera notado? Conocía a Jana solo de verla por los pasillos del colegio, y nunca había hablado con ella. Sin embargo, había captado aquella amenaza que, para él, solo se había vuelto perceptible bajo el efecto del tatuaje mágico. La intuición de su hermana nunca dejaba de sorprenderle.

—Jana ha tenido mala suerte, eso es todo —replicó, enfadado consigo mismo por estar ocultándole a Laura sus verdaderos pensamientos—. Perdió muy pronto a sus padres, a los dos... Y luego toda la historia de la expulsión de su hermano. Eso, y su cara... Provoca muchas envidias, es demasiado guapa. Laura asintió pensativa.

—Sí, en eso tienes razón. Hay muchas niñas monas en el colegio, pero ella es guapa de una forma... distinta.

—De una forma <sup>3</sup>Oscura<sup>a</sup> —bromeó Álex.

Sí. De una forma oscura. Oye, ¿te vienes a comer? No vale la pena esperar a mamá, y la pasta se va a enfriar.

Al final has hecho pasta? Creí que íbamos a pedir unas pizzas...

—No podemos vivir de pizzas. Hay que metérselo a mamá en la cabeza. Bueno, ¿vienes?

Álex, que por fin había encontrado su camisa debajo de la mochila del portátil, esbozó una mueca de disculpa.

—Prefiero comer más tarde. Ahora me apetece darme una ducha.

Laura meneó la cabeza con desaprobación.

—Vale, tú mismo. Yo no quiero comerme los macarrones fríos.

Ya estaba junto a la puerta cuando Álex la detuvo, asiéndola por la muñeca.

—Oye, tú sabes donde guarda mamá la llave del estudio? —preguntó.

Laura se desasíó con brusquedad y le miró de arriba abajo.

—Del estudio de papá? —preguntó en voz baja.

—Sí. Quiero buscar un libro, y hace siglos que no entro.

Laura lo observaba con el ceño fruncido.

—No empieces otra vez con eso, por favor murmuró—. Ahora que las cosas están empezando a ser normales...

Se interrumpió, sin saber cómo seguir.

—Que no empiece otra vez? —Repitió Álex, sonriendo con incredulidad—. Pero si yo soy el único que nunca he entrado ahí desde lo de papá...

—Ya lo sé —le interrumpió su hermana—. Justamente por eso. Ahora que mamá está empezando a superarlo, es mejor no volver a removerlo todo. No quiero volver a pasar por lo mismo...

—Estás exagerando un poco, no? Solo voy a buscar un libro. Mamá no tiene por qué enterarse. Lo dejaré todo tal y como está. Tú sabes donde guarda la llave, ¿no? Laura asintió de mala gana.

—Está en el cajón de su mesita, en el joyero de la abuela, dentro de un estuche de pendientes Pero, Álex, que ella no note que has rebuscado...

—No te preocupes, no lo notara. Y de todas formas...

Se detuvo al ver la carita preocupada de su hermana.

—Qué? le apremió ella—. De todas formas...?

—Eso de que está empezando a superarlo es mentira, Laura —concluyó—. Y tú lo sabes.

Laura echó a andar por el pasillo en dirección al dormitorio de su madre, arrastrando los pies.

—Por lo menos, ahora vivimos más tranquilos —dijo—. No lo estropees.

—No lo estropearé. Además, si sabes dónde está la llave, es porque tú también la has buscado, porque has entrado allí. Laura se detuvo y, cuando él llegó a su altura, se apretó cariñosamente contra su brazo. Luego se apartó y lo miró con seriedad.

—Entró de vez en cuando, pero no me gusta. Me pone triste.

Es... es todo lo contrario de como él era. Te acuerdas de cómo era, ¿verdad?

Álex asintió, dubitativo. Se acordaba, por supuesto. Pero era un recuerdo vago, general. Una especie de idealización. Tenía muy pocos recuerdos concretos, de momentos, de imágenes. Era como si el dolor hubiese borrado todas aquellas escenas y hubiese dejado solo su huella en la pared.

—A él no le habría gustado que conservásemos su estudio como un mausoleo —dijo, convencido. Habría querido que leyésemos sus libros, que nos sentásemos a escribir en su mesa... ¿No te parece? Su hermana se lo pensó durante un momento.

—Sí, seguro que sí —decidió al final—. Pero no se trata de él, sino de mamá. De que no sufra más. ¿Tendrás cuidado?

Álex hizo un gesto afirmativo y la observó mientras ella se sentaba en la cama de su madre y abría con cuidado la mesita. Después de rebuscar un momento le tendió la llave, y lo dejó todo como estaba.

—Dámela a mi cuando termines. Yo la guardaré.

Luego se fue, camino de la cocina, a comerse la pasta que había cocinado, aunque no daba la impresión de que, en ese momento, tuviese mucha hambre. Álex vaciló un momento en el umbral del dormitorio de su madre. Tenía la camisa de cuadros en una mano y la llave en la otra. Decidiéndose por fin, se plantó de dos zancadas en el cuarto de baño y colgó la camisa de una percha. Luego volvió a salir como una exhalación y subió de dos en dos las escaleras que conducían al estudio. La ducha podía esperar... Tenía que darse prisa, por si acaso su madre regresaba antes de lo previsto.

La llave giró suavemente en la cerradura y la puerta cedió. Álex se encontró dentro de aquella habitación que tanto había amado en otros tiempos, y que tan bien recordaba. Habría preferido subir las persianas a encender la luz, pero, si lo hacía, su madre podía notarlo desde fuera, así que buscó a tientas el botón de una lámpara de pie que había junto a la chimenea y lo apretó. Afortunadamente, la bombilla todavía funcionaba. Tamizada por la tela amarillenta de la pantalla, su luz acarició con suavidad el sofá de cuero, los dos sillones, la alfombra iraní con su complejo trazado geométrico. También el escritorio, y las estanterías de madera, repletas de libros desde el suelo hasta el techo... Tardaría un rato en encontrar lo que buscaba.

El libro con el logotipo del velero dorado que había visto en casa de Jana le había intrigado. Recordaba muy bien aquel otro libro con el mismo logotipo, que su padre le había enseñado en una ocasión. Un libro sobre las estrellas... Sobre la forma en

que se interpretaba su posición en las civilizaciones antiguas. Antes de empezar a buscarlo, sus ojos tropezaron con la fotografía de su padre que había sobre el escritorio. Un rostro sonriente, lleno de vida, con diminutos pliegues de diversión en las comisuras de los ojos, aquellos ojos grandes, azules y expresivos que tanto se parecían a los suyos. Tenía la mano indolentemente posada sobre el teclado de su ordenador y llevaba puesta una camisa de rayas oscuras que Álex había olvidado. La foto era en blanco y negro, pero, aun así, la camisa le pareció muy bonita... ¿Estaría todavía en alguno de los armarios del vestidor? Quizá, alguna vez, podría ponérsela sin que su madre se diera cuenta. Era informal y a la vez elegante, estaba seguro de que le sentaría bien... Desecho la idea con un suspiro.

Hugo Torres, el triunfador, el hombre que lo había tenido todo. Apuesto, inteligente, siempre alegre. Álex no podía imaginarlo en su trabajo de asesor financiero, donde, según había leído, se comportaba como un auténtico tiburón. O, más bien, como un tigre. Ese era el apodo que le habían puesto sus adversarios. Esperaba el momento sin hacerse notar, tratando de llamar la atención lo menos posible. Luego, un salto preciso, una decisión audaz que nadie se esperaba. Así había ganado millones para sus clientes, y también, probablemente, para sí mismo. Aunque al final no le había servido de nada... Un único error había dado al traste con toda una vida de aciertos. Sin previo aviso, de la noche a la mañana.

Mordiéndose el labio inferior, Álex se apartó de la foto y trató de concentrar su atención en los libros. Los volúmenes se alineaban en los estantes sin seguir, en apariencia, ningún criterio de clasificación. Probablemente, su padre tendría un sistema para encontrarlos, aunque, con su proverbial mala memoria, no le habría venido nada mal consignar su posición en algún tipo de fichas. Sin embargo, siempre se había resistido a hacerlo... Solía decir que una biblioteca ordenada era una biblioteca muerta.

Pese a todo, Álex no tuvo demasiados problemas para encontrar el volumen que le interesaba. Su lomo de cuero azul oscuro, con el barco de oro grabado en la base, destacaba entre los libros en rústica que lo rodeaban como una joya antigua. Era de formato más pequeño que el título de la misma colección que había estado hojeando en casa de Jana, pero, al sacarlo de la librería, comprobó que pesaba bastante.

Con el libro en la mano, se dirigió al sofá de cuero y se sentó en él, cruzando las piernas. No sabía exactamente qué era lo que esperaba encontrar; que él recordara, nunca había visto a su padre contemplando las estrellas. ¿Por qué tenía aquel libro de arqueología astronómica en su biblioteca? Hugo era un hombre práctico, interesado en la sociología y la economía principalmente, tal y como se reflejaba en los volúmenes de las estanterías. También le gustaban las novelas policíacas, y poseía una amplia colección de ese género. Y clásicos, por supuesto: novelas rusas y francesas del siglo XIX, poesía anglosajona, teatro...

¿Qué pintaba aquel libro antiguo y lujosamente encuadernado en medio de todas aquellas ediciones baratas? Y sobre todo, ¿por qué lo recordaba Álex, cuando tantas otras cosas se habían borrado de su memoria? Abrió el libro por una página al azar y leyó algunos de sus párrafos, intentando concentrarse en lo que decían.

Describían una reconstrucción teórica de un observatorio astronómico en la antigua cultura sumeria. Álex siguió recorriendo las páginas, fijándose con atención en cada una de las ilustraciones.

Mapas celestes, constelaciones que en nada se parecían a las nuestras, figuras mitológicas... De pronto, un rectángulo de papel vegetal salió volando de entre las hojas y fue a caer al suelo. Álex lo recogió y lo observó durante un buen rato: parecía un dibujo hecho a mano con un par de bolígrafos corrientes. O, más que un dibujo, un garabato, porque se trataba de un amasijo de líneas que se entrelazaban en unas zonas y se separaban en otras, sin seguir ningún patrón reconocible. Algunos trazos eran azules, y otros rojos. En la parte de arriba del dibujo predominaban los primeros, y en la de abajo los segundos, pero en el centro ambos colores se entremezclaban en idénticas proporciones. ¿Quién habría trazado aquel dibujo, y qué habría intentado representar con él? Tal vez una mano distraída hubiese querido reproducir sobre el papel las antiguas constelaciones descritas en el libro, superponiendo un boceto sobre otro a medida que iba leyendo. Y aquella mano, probablemente, había sido la de su padre... En cualquier caso, nunca lo sabría.

Cuando se levantó para devolver el libro al estante, le llamó la atención otro título. Estaba muy cerca del primero, aunque antes no había reparado en él. Se titulaba El significado espiritual de los tatuajes, y se trataba de un libro en rústica, impreso, a juzgar por el diseño de la portada, a mediados de la década de 1980.

Un libro sobre tatuajes. Álex sintió que el corazón empezaba a latirle con violencia. Lo último que esperaba encontrar en la biblioteca de su padre era un libro sobre tatuajes. Aunque, pensándolo bien, no resultaba tan raro, después de todo... Hugo era un hombre de mente abierta, y si algo le caracterizaba era la curiosidad. Todo le interesaba, desde los nombres de los árboles o de los insectos que se iba encontrando en las excursiones campestres, hasta las variedades de uva que se usaban para fabricar un vino o la cosecha a la que pertenecía. Y todos esos intereses se reflejaban en su biblioteca, que contenía libros de lo más variopintos: guías de campo, tratados de mecánica, biografías de personajes olvidados, incluso una enciclopedia sobre las artes marciales... ¿Por qué, entre todos esos títulos, no iba a figurar uno dedicado a los tatuajes? Al fin y al cabo, se trataba de una manifestación cultural muy antigua, y parecía lógico que el tema hubiese atraído a Hugo en algún momento de su vida. Pero, aun así, la coincidencia resultaba turbadora... Aunque fuese producto de la casualidad.

Álex extrajo el libro del estante y consultó el índice: los orígenes del tatuaje; el

tatuaje en las sociedades primitivas; tatuajes egipcios, chinos y mayas; tatuajes maoríes y polinesios... Las ilustraciones, en blanco y negro, no eran de muy buena calidad. Le llamó la atención un capítulo dedicado a los tatuajes de los antiguos pictos escoceses, con sus extraños pigmentos azules. Todo muy pintoresco, desde luego. Pero no había ningún diseño ni remotamente parecido a su «nudo de amor celta». Intentó empezar a leer, para ver si en algún momento se aludía al uso a lo largo de la historia de tatuajes mágicos. Sin embargo, el enfoque de la obra no tardó en decepcionarle. Los tatuajes siempre se habían considerado formas de reflejar lo espiritual a través de la modificación artística del cuerpo. En algunas civilizaciones se les otorgaba un significado esotérico... Más o menos lo que le había contado Jana.

Aquello no tenía nada que ver con lo que él había sentido justo después de hacerse el tatuaje, mientras hablaba con Jana en la cocina, y más tarde en el jardín. Las sensaciones amplificadas, la capacidad de percibir hasta la más leve inflexión en la voz de Jana y de comprender su significado, el desgarró insoportable que había experimentado al tocarla... ¿Habría algún libro que tratase de todas esas cosas?

Se disponía a abandonar el despacho cuando se fijó en el tablero de ajedrez colocado sobre el escritorio, en el lugar donde normalmente su padre tenía el ordenador. Después de su muerte, la policía había confiscado todos los equipos informáticos de la casa, y nunca los había devuelto. En vida de su padre, el ajedrez no estaba nunca en su despacho, sino en el salón, donde solía jugar con sus hijos. ¿De quién habría sido la idea de confinarlo en el estudio: de su madre o de Laura?

Era extraño como había olvidado las partidas de los sábados por la tarde con su padre, el movimiento de las piezas de madera sobre aquel tablero antiguo, cuyas casillas blancas estaban hechas de nácar. Ahora, sin embargo, empezaron a acudirle por primera vez en mucho tiempo algunas imágenes sueltas a la mente: posiciones del juego que su padre comentaba con aire ensimismado, valorando los diferentes movimientos posibles. «El ajedrez es el arte de predecir el futuro —solía decir—. Un buen jugador es aquel que puede prever las consecuencias de sus decisiones viendo todas las alternativas posibles de la partida a partir de ese momento». Nunca, que él recordara, había conseguido ganarle, pero su padre le alentaba a intentarlo una y otra vez, asegurándole que algún día lo lograría. Ese día, evidentemente, ya no llegaría jamás. Quizá por eso el ajedrez había dejado de interesarle.

Se fijó en las posiciones del tablero. Había una partida empezada, y algunas piezas ya habían sido «comidas». A primera vista, las blancas parecían tener cierta ventaja; pero quizá se tratase de una sensación engañosa.

No se sentía con ánimos para analizar en detalle las posiciones de las piezas, así que deslizó la mirada nuevamente hasta la fotografía de Hugo que le sonreía desde su marco de plata, limpia y radiante. Junto a ella había una carpeta que Álex recordaba bien, aunque habría preferido no hacerlo. Sabía lo que contenía porque, una noche, su

madre los había convocado solemnemente a Laura y a él para enseñárselo. Se trataba de dos informes independientes redactados por detectives privados acerca de las circunstancias que habían rodeado la muerte de Hugo Torres. Ambos habían sido encargados por su esposa... Y los dos coincidían en sus conclusiones, muy semejantes a las que había sacado la policía.

Con mano temblorosa, Álex tiro de las gomas de la carpeta para abrirla. Allí estaban los dos documentos, pulcramente impresos y encuadernados, con sus fotos y sus diagramas y sus informes balísticos. Lamentándolo mucho, los dos detectives habían llegado, de manera independiente, al mismo resultado: Hugo Torres se había suicidado. Así lo demostraban las pruebas, pese a la insistencia de su esposa en que debían demostrar exactamente lo contrario. Por lo visto, no le faltaban motivos para querer quitarse de en medio. Se había arriesgado mucho en sus operaciones bursátiles, arrastrando a la ruina a sus mejores clientes. El mismo lo había perdido todo... Fin de la historia. Incapaz de afrontar el escándalo y la previsible investigación judicial, Hugo prefirió morir. Un disparo en la sien, en su despacho privado de la aseguradora Tecnos, una de las empresas que él había contribuido a hundir. Rápido y eficaz, como todo lo que él hacía.

Solo que no podía ser cierto. Daba igual lo que dijeran los informes policiales y los detectives privados. Hugo Torres jamás se habría suicidado. Amaba demasiado la vida, Y a su familia. Jamás los habría abandonado de esa manera.

Álex se sentó en una esquina de la mesa con uno de los informes en la mano, pasando las hojas hacia delante sin fijarse realmente en lo que ponía. ¿Qué le estaba ocurriendo? De repente le acudían a la memoria un montón de imágenes deslavazadas de su padre: su padre empujando su columpio mientras él gritaba de júbilo; su padre besando a su madre al llegar a casa; la familia entera en un velero, durante las vacaciones estivales... ¿De dónde le venían todos aquellos recuerdos? Y sobre todo, ¿por qué le sorprendían tanto?

Era cierto que, la mayor parte del tiempo, intentaba pensar lo menos posible en su padre. No servía de nada mortificarse inútilmente con recuerdos de un tiempo que ya nunca volvería. Pero también había algo más, algo en lo que, hasta entonces, se había resistido a pensar. Lo cierto era que, cuando hacía esfuerzos conscientes para recordar su vida pasada, el resultado solía ser bastante decepcionante. Lo había olvidado casi todo. Es decir recordaba los hechos, pero no las sensaciones, los olores, los colores, los sentimientos. En realidad se sentía como si le hubiesen robado años enteros de su vida.

Y ahora, de pronto, recordaba. Eran solo visiones sueltas, pero le conmovían. Y eso, a pesar del dolor; tenía algo de reconfortante, porque le estaba devolviendo una parte de lo que había perdido a la muerte de su padre. Una parte infinitesimal, es cierto; pero no por ello menos valiosa... Después de un rato, cobró conciencia de que

había permanecido dentro del estudio demasiado tiempo. Había visto todo lo que quería ver y no tenía sentido continuar allí, arriesgándose a que su madre lo sorprendiera. Colocó los informes de nuevo en la carpeta y la cerró cuidadosamente. Alisó la alfombra con los pies, para deshacer la arruga que habían formado sus zapatillas a escasa distancia del sofá. Ya estaba. Todo intacto, como cuando había entrado...

Reprimió un suspiro mientras cerraba silenciosamente la puerta y giraba la llave en la cerradura. Necesitaba más que nunca ver a Laura. Generalmente, evitaban hablar de los tiempos en que vivía su padre. Pero, esta vez, Álex quería preguntarle si a ella también le sucedía lo que a él, si había olvidado tantas cosas, si cuando recordaba algo le dolía.

La cocina estaba vacía, así que golpeó con suavidad la puerta de su cuarto. No hubo respuesta. Álex giró el picaporte con lentitud y se deslizó en el interior de la habitación. Llevaba la llave en la mano...

Laura estaba encaramada al alféizar de la ventana, contemplando los colores del atardecer con los cascos puestos. No le había oído entrar y eso le permitió a Álex vislumbrar como era su hermana pequeña cuando estaba sola, o creía estarlo.

Parecía muy frágil. Sus ojos no se apartaban del mar; cuyos tonos plumizos se teñían aquí y allá de destellos rosados. Su cabeza seguía distraídamente el ritmo de la música que estaba escuchando, pero sus pensamientos no estaban en la música. Estaban en algún lugar lejano, más allá de la línea del horizonte. Y no eran alegres. Álex titubeó unos segundos. Luego se guardó la llave en el bolsillo y retrocedió de pumillas hasta encontrarse fuera de la habitación. Al cerrar la puerta tras él, pensó con una punzada de dolor en la distancia que lo separaba de aquella niña vivaracha y vulnerable que se guardaba tantas cosas para sí misma.

Por lo general, odiaba dejarse llevar por sus sentimientos. Sin embargo, en aquel momento le habría gustado poder llorar.



## Capítulo 7

Lo directo de la pregunta hizo que David se detuviese en seco y lo mirase a la cara.

—Vas directo al grano, eh? —murmuró—. Qué quieres preguntarme?

Álex chasqueo la lengua con impaciencia.

—Vamos, David, no juegues conmigo. Me has hecho un tatuaje que no me permite tocar a tu hermana sin ver las estrellas. No sé si eso es magia o no lo es, pero, por raro que pueda parecer, la primera opción ya no me parece tan absurda como al principio. Sobre todo, después de ver el empeño que puso Jana en intentar convencerme de que todo eso de la magia eran majaderías. David emitió una carcajada breve y cantarina.

—Veo que empiezas a conocerla —dijo, reanudando la marcha—. No se lo tengas en cuenta, Álex. A su manera, supongo que está intentando protegerte. Y tiene un talento maravilloso para mentir... Me sorprende que te hayas dado cuenta.

—Yo no sé si miente o no miente —replicó Álex, intuyendo que había dicho demasiado—. Lo que sé es que tú me engañaste para hacerme el tatuaje, haciéndome creer que Jana estaba de acuerdo. Y no lo estaba. Sin dejar de caminar, David asintió con la cabeza.

—Es cierto, te engañé —dijo, evitando su mirada—. Pero tenía buenos motivos para hacerlo.

Ah, sí? Qué motivos?

David reflexionó un momento con los ojos clavados en la arena que iban pisando. Luego, miró a Álex de soslayo.

—Tenía que conseguir que confiaras en nosotros —dijo en voz baja.

Aquello era demasiado. A Álex se le escapó una carcajada de incredulidad.

—Que confiara en vosotros —repitió—. Me engañaste para que confiara en vosotros.

Es una estrategia un poco rara, ¿no? David asintió sin dejar de caminar.

Tenía que demostrarte que no estamos locos, que lo de la magia de los tatuajes va en serio. Y sabía que no me creerías si no lo experimentabas en carne propia. Álex no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—O sea, que querías convencerme de que la magia existe. Pues tengo que decirte que lo has conseguido. Nunca me he tomado en serio esa clase de historias, pero lo del tatuaje... La verdad, no sabía que pudieran sentirse cosas así. David se giró hacia él con viveza.

—Entonces, lo has sentido? Qué has sentido exactamente? —preguntó, ansioso

—. Explícamelo, necesito saberlo todo. Álex parecía cada vez más incómodo.

—Oye, qué te pasa? Por qué te interesa tanto lo que yo sienta? Se supone que tenéis un montón de clientes, pregúntaselo a ellos...

En los ojos de David apareció una expresión de suplica que contrastaba del modo más extraño con su cínica sonrisa. Álex, por favor. Colabora un poco... No te he hecho el tatuaje por capricho. Tengo mis razones, y si me das tiempo, te las explicaré. Pero antes necesito saber si ha funcionado. Álex calló durante unos instantes.

—Al principio percibía las cosas con una intensidad que casi me dolía —murmuró por fin—. Los sonidos, los colores, los olores...

Era como si el mundo hubiese cambiado de repente, como si se hubiese vuelto más nítido. Después, poco a poco, el efecto se ha ido pasando... O he aprendido a controlarlo, no sé. Si me concentro, todavía puedo sentir las cosas con la misma intensidad que ayer. Pero solo si me concentro.

David continuaba caminando a su lado con el ceño fruncido y una intensa concentración en la mirada. A la luz del sol, parecía más pálido aún que en la penumbra de su taller de tatuaje.

Y con Jana? —preguntó—. Qué sentiste al tocarla? Sentí como si se hubiese desatado el infierno. Un dolor insoportable, por todas partes... Pero también un desgarró terrible al alejarme de ella. Un deseo constante de volver a verla, de intentar tocarla otra vez. Aunque quizá eso no sea culpa del tatuaje.

—Quizá no —coincidió David—. Álex, respecto a eso, la verdad es que también te mentí...

Álex sintió una piedra en la boca del estómago. Tenía una idea bastante aproximada de lo que David intentaba decirle.

—No es pasajero, verdad? —le ayudó—. No se pasará cuando el tatuaje cicatrice... —David se detuvo y lo miró a los ojos—. Veo que ya lo intuías. Es cierto, no es algo pasajero. El tiempo no hará que mejore... No podrás volver a tocar a Jana. Nunca. Lo siento.

Álex apretó los puños dentro de los bolsillos. La tensión de la piel sobre sus nudillos llegó a ser dolorosa. Por un momento, consideró la posibilidad de liberar aquella tensión descargando un buen puñetazo sobre el atractivo rostro de David.

Pero no podía hacerlo. Era el hermano de Jana. Aceleró el paso para dar salida a su furia.

—Supongo que ahora me explicarás por qué lo hiciste —susurró—. Habrá algún motivo...

—Ya te lo he dicho. Tenía que convencerte de que lo que hacemos Jana y yo es algo fuera de lo normal. Algo mágico y peligroso. Jana quería ir revelándotelo poco a poco, vencer tu resistencia a través de la seducción. Estaba segura de que lo conseguiría. Y yo también, pero habría llevado demasiado tiempo. Y yo estoy

cansado de esperar.

—Pues yo también me estoy cansando, David. Quiero respuestas concretas, y tú no haces más que irte por las ramas. ¿Para qué tanto empeño en convencerme de que vuestros tatuajes son mágicos? Si estáis buscando un socio capitalista para vuestro negocio, os habéis equivocado. Mi familia ya no es rica. Mi padre murió arruinado.

Avanzaron media docena de pasos más por el sendero antes de que David se decidiese a contestar.

—¿Qué sabes de la muerte de tu padre? —preguntó finalmente. Álex ralentizó sus pasos, desconcertado.

—Y eso qué tiene que ver con mi pregunta? —quiso saber—. Tiene mucho que ver.

—¿Sabes cómo murió?

Transcurrieron unos cuantos minutos en silencio.

—Se suicidó —repuso Álex por fin—. Tenía problemas en los negocios... Tú lo sabías?

David asintió.

—Esas fueron las conclusiones de la policía. Si, lo sabía —admitió—. Pero también sé que eso no es cierto.

Un remolino de hojas cobrizas se cruzó ante los muchachos, acariciando la arena mojada antes de remontar el vuelo e ir a caer un poco más allá, sobre la hierba.

—Yo también creo que no es cierto —confesó Álex—. Pero tú qué sabes? Qué tiene que ver contigo la muerte de mi padre?

Por toda respuesta, David se sacó un folio doblado en cuatro del bolsillo del chaquetón y se lo tendió. Álex lo desplegó con impaciencia. Era una fotocopia. Una fotocopia de un informe policial, o de una parte de uno.

—Estas observaciones desaparecieron del informe que elaboró la policía sobre la muerte de tu padre. Tengo clientes con influencias, y a veces no me importa utilizarlas... Léelo, si quieres. Es parte de la declaración inicial del forense. Dice que la muerte de tu padre no se produjo en su despacho de la compañía Tecnos. Dice que lo llevaron allí cuando ya estaba muerto. Álex recorrió a toda prisa los renglones escritos a mano de la fotocopia. En el lenguaje técnico de la policía científica, alguien enumeraba las pruebas materiales que demostraban que el disparo que había puesto fin a la vida de Hugo Torres no se había efectuado en el lugar donde apareció el cadáver. Las salpicaduras de sangre de la pared no coincidían con la supuesta trayectoria de la bala ni con la forma en que esta había irrumpido en el cuerpo. Eran una falsificación... Pura y simplemente.

Álex buscó con la mirada el banco más cercano y, caminando hacia él, se dejó caer sobre el asiento húmedo de rocío. David, después de unos instantes de indecisión, le imitó. Dos palomas se acercaron contoneándose y estiraron el cuello

hacia ellos con la esperanza de obtener algo de comida. Después de revolotear un momento entre sus pies, se alejaron volando, decepcionadas.

Por qué desapareció esta parte del informe final? preguntó Álex, como hablando consigo mismo.

David arqueó las cejas.

—Alguien considero que no debía estar allí —repuso—. Alguien con muchas influencias.

De modo que Hugo Torres no se había suicidado, y allí estaba la prueba. Su esposa casi había enloquecido intentando encontrar evidencias que demostrasen que la hipótesis del suicidio no era la correcta, pero al final se había visto obligada a rendirse sin conseguir nada. Y ahora, de repente, Álex se encontraba con aquella información sin buscarla, casi por casualidad, un domingo por la mañana en un parque cualquiera. Todo gracias a David. ¡Qué extraño!

—Pero si no se suicidó, eso quiere decir que lo mataron...

Álex se interrumpió, tratando de ordenar sus ideas.

—Ahora empiezas a entender —dijo David—. Lo mataron porque sabía demasiado.

Nuevo silencio. Las palomas habían encontrado debajo de otro banco los restos del sándwich de algún ejecutivo apresurado. Por la zona del parque había varias empresas importantes, y no era raro ver a sus empleados consumiendo precipitadamente su almuerzo en cualquier rincón bajo los árboles.

—Qué es lo que sabía? —preguntó Álex al fin, sin creerse del todo que estuviese formulando en serio aquella pregunta.

—Cosas sobre nosotros —replicó David en tono apagado—. Mejor dicho, sobre mi madre. Todo lo que sabemos lo aprendimos de ella... El poder de transformar a los hombres a través de los dibujos que grabamos en su piel. El poder de las brujas agmar. Álex recordó de pronto el libro sobre tatuajes que había descubierto la víspera en la biblioteca de su padre. Alzó la vista hacia un grupo de castaños de Indias cuyas copas amarillas contrastaban con la oscuridad de la tierra debajo de ellos, al otro lado del camino.

—Mi padre no era de esa clase de personas —murmuró, tratando de convencerse a sí mismo—. No le iban nada el esoterismo ni las ciencias ocultas. Era un hombre práctico, apegado a la realidad del día a día. Si es cierto que lo mataron, no creo que tenga nada que ver con vuestros secretos. David se encogió de hombros. La sonrisa cínica había vuelto a aparecer en su rostro.

—El amor cambia a las personas —dijo a la ligera—. No sé lo que hubo entre él y mi madre, pero estoy seguro de que hubo algo. Quedaban en secreto de vez en cuando, en un pequeño hotel de la costa, yendo por la carretera sesenta. Lo descubrí por casualidad... ¿Te sorprende? Álex asintió, incapaz de pronunciar una sola

palabra. Era imposible. Su padre y su madre habían formado la pareja más unida que él había conocido jamás. Resultaba inconcebible que, a espaldas de su familia, Hugo hubiese mantenido una aventura con otra mujer. ¡Y para colmo, de todas las mujeres del mundo habría ido a elegir a la madre de Jana!

Observo a David de reojo. Sus sentidos ya no eran tan receptivos como la mañana anterior, en el jardín, pero, aun así, intento concentrarse en la expresión del muchacho y leer lo que escondía. La conclusión a la que llego fue que David no estaba mintiendo. El creía en la verdad de lo que le acababa de contar. Sin embargo, tenía que estar equivocado.

—A mi madre también la mataron, sabes? —explicó en un susurro el hermano de Jana—. Bueno, a los dos. Mi padre y mi madre tenían un lejano parentesco entre ellos, aunque él no podía hacer lo que hacía ella. Nuestra familia es muy matriarcal, ya te habrás dado cuenta... El poder lo tienen las mujeres. De nuevo callaron durante un rato. Álex arrastro una de sus zapatillas repetidas veces sobre la arena húmeda, hasta formar un pequeño agujero.

—Y, según tú, quién los mató?

La respuesta de David no se hizo esperar. La misma persona que mato a tu padre, Álex. Por eso te necesito. Las piezas de aquel absurdo puzle empezaban a encajar pero la imagen que iba cobrando forma ante los ojos de Álex no era más que una visión incomprensible, una pesadilla sin ningún sentido.

—No sabes quiénes fueron? —preguntó.

Una sombra de miedo atravesó fugazmente el iris verdoso de David. Duró solo un segundo.

—Tengo mis sospechas —dijo—. Pero es pronto para hablar de eso... Antes, tengo que asegurarme de que estás completamente de nuestra parte.

—No te entiendo. Qué quieres de mí?

David se levantó del banco y se quedó mirando a Álex desde arriba. Su sonrisa destilaba odio, y un destello de crueldad iluminaba sus pupilas.

—Quiero venganza, Álex. Quiero que los vengamos, a tú padre y a los míos. Juntos, ¿me entiendes? Juntos hasta el final, hasta conseguir lo que queremos.

Álex sostuvo su mirada sin demostrar la menor turbación. Cuando David terminó, sonrió con frialdad.

Y no se te ha ocurrido que quizá yo no quiera lo mismo que vosotros? Los ojos de David se ensombrecieron.

—No quieres vengarte? —preguntó.

Álex reflexionó un momento.

—Todavía no lo sé —dijo—. Antes tengo que saber. Tengo que entender lo que pasó.

David puso cara de paciencia, como si estuviese siguiéndole la corriente a un niño

desconfiado.

—Está bien. Lo averiguaremos. Estoy seguro de que, cuando lo sepamos todo, querrás lo mismo que nosotros. Venganza.

Eso significa entregar a los asesinos a la policía?

La pregunta pilló a David desprevenido.

—Bueno, quizá... Por qué no? farfulló. Aunque también es posible que la policía no pueda hacer nada en este caso. Nuestros enemigos no son gente corriente.

El dramatismo de aquella declaración obligó a Álex a contener la risa. Ya... ¿Y qué son, entonces? ¿Supervillanos? ¿El lado oscuro de la fuerza o algo así? David frunció las cejas ligeramente.

—No deberías tomártelo a broma. Dices que el tatuaje ha agudizado tus sentidos, que ahora percibes las cosas de otra manera...

¿Por qué no utilizas todo eso para mirar a tu alrededor? ¿De verdad te parece que esta ciudad es un sitio corriente? La Antigua Colonia, por ejemplo, o el parque de San Antonio... ¿No notas su oscuridad, su misterio?

Álex dejó de sonreír. Si, David estaba en lo cierto. Había algo profundamente enigmático en algunos lugares de aquella ciudad, y no hacía falta ningún tatuaje mágico para captarlo. Y luego estaba Jana; su oscuridad, su misterio... Eso sí que lo había captado. Y le dolía.

—Ojalá hubieras dejado que Jana aplicase su sistema —murmuró con cansancio—. Os habría ayudado igual... Ella me interesa de verdad, David. Es terrible lo que me has hecho.

David seguía allí plantado frente a él, con expresión entre burlona y culpable.

—Bueno, ahora ya no tiene remedio. Créeme, Álex, es mejor así... De la otra manera, habrías terminado confundiendo las cosas. Y es mejor que te concentres en esto.

Oyeron voces de niños a lo lejos, y el eco de un balón al rebotar contra el suelo. Muy pronto el parque empezaría a llenarse de animación.

Y crees que esta es la mejor forma de concentrarse? No puedo dejar de pensar un minuto en ella. Es aún peor que antes... En serio, ¿no existe ninguna manera de arreglar esto?

—Quizá exista —replicó David con cautela—. Y si nos ayudas a conseguir nuestro objetivo... Bueno, es posible que podamos hacer algo. Un chantaje. No podía creerlo... ¿David le estaba chantajeando! Por desgracia, lo hacía con tan poca convicción que resultaba difícil confiar en sus palabras.

—No puedo confiar en ti si no me dices toda la verdad, David —dijo con firmeza—. Eso de que querías apartarme de Jana para que me centrara en «tus planes» es una estupidez, y no me lo creo.

David echó a andar por el sendero de arena, y Álex lo siguió. El hermano de Jana

parecía decidido a evitar su mirada. Se le veía irritado, molesto.

—Piensa lo que quieras. Hay cosas que no te puedo explicar todavía. Es mejor ir poco a poco... Solo voy a decirte una cosa, y esta vez más vale que me creas: quiero a mi hermana, Álex. Ella es lo único que tengo en el mundo, y no permitiré que nada ni nadie le hagan daño.

Álex sintió un estremecimiento al oír esas palabras.

Crees que yo le haría dalo? —preguntó, herido—. No intencionadamente. Pero lo que tú eres puede suponer un peligro para ella. Lo siento, Álex, no puedo hablar con más claridad por el momento. Tendrás que confiar un poco en mí, aunque sé que no he hecho mucho por ganarme tu confianza. Por primera vez, Álex notó la intensa emoción de David bajo su máscara irónica.

—Entonces, tú crees que Jana está en peligro? preguntó, buscando su mirada.

David asintió con lentitud.

—Creo que si —murmuró—. Aunque no sé si ella se da cuenta. Siguieron mirándose durante unos segundos.

—Y por qué no has empezado por ahí? —preguntó finalmente Álex, relajando sus facciones.

Eso significa que nos ayudarás?

Esta vez Álex no necesitaba meditar su respuesta.

—Si —dijo casi con alegría—. Por supuesto que sí.

## Capítulo 8

El lunes se inauguraba oficialmente el curso en Los Olmos. A las diez, una ceremonia tan solemne y antigua como el colegio mismo precedería a la presentación de los nuevos profesores y al reparto de aulas. Luego, sin transición alguna, empezarían las clases... Así era todos los años. En Los Olmos no había tiempo para tonterías. Desde el primer día, la exigencia era máxima, y no se toleraba el más mínimo desorden.

Al contrario que la mayoría de sus compañeros, Álex adoraba aquella ceremonia rancia y llena de simbolismo que se celebraba en la antigua capilla. Comenzaba con una interpretación del himno del colegio a cargo del coro infantil, y seguía con media docena de breves y encendidos discursos. Profesores, alumnos, ex-alumnos, patrocinadores, prestigiosas personalidades del mundo de las artes y de la cultura... Todos tenían su momento de gloria, sus cinco minutos ante el viejo atril de madera para ensalzar la grandeza del colegio y lo mucho que contribuía a la formación de las generaciones futuras y a la mejora de la sociedad en su conjunto.

La parte final de la ceremonia era la que más le gustaba. Con todas las luces apagadas y en medio de un sepulcral silencio, el director encendía sucesivamente siete candiles y se los entregaba a siete alumnos de la última fila. Estos, sosteniendo con cuidado sus lámparas, se dirigían lentamente hacia el altar; iluminando para los demás el camino del conocimiento. Una vez allí, sus profesores les entregaban varios objetos en representación de las diferentes ramas del saber: un compás, una tabla y un cincel, una lira, un cordón anudado, un disco celeste, un libro acompañado de una vara y, finalmente, un extraño medallón con una cabeza de perro.

Era un ritual cargado de significado y enraizado en tradiciones tan antiguas que se remontaban prácticamente hasta la Edad Media. El año anterior, él había sido uno de los alumnos seleccionados para la procesión. El objeto que se le adjudicó fue el disco celeste, una representación de las ciencias astronómicas. Este año, sin embargo, no conocía directamente a ninguno de los chicos y chicas encargados de llevar las lámparas. vehicula tortor, eget ullamcorper augue libero quis tortor. Vestibulum est ipsum, placerat porta tincidunt et, rhoncus vitae elit. Quisque ullamcorper eros eget lacus consectetur vel gravida turpis scelerisque. Ut ac egestas felis. Sentado junto a su hermana, que se removía en el banco como una anguila, impaciente por que todo terminase, Álex echó una discreta ojeada a su alrededor. Vio a Erik sentado unas filas por delante, y también a algunos otros amigos dispersos en el amplio recinto de la iglesia. Sin embargo, Jana no estaba. No se la veía por ninguna parte.

Desde el momento en que constató la ausencia de la muchacha, su mente no pudo



volver a concentrarse en la ceremonia inaugural. En Los Olmos, faltar a aquel momento emblemático del curso se consideraba todo un acto de indisciplina. Jana tendría que dar muchas explicaciones para justificarse. Quizá tuviera algún motivo... Tal vez estuviese enferma.

De todas formas, su ausencia empañaba la excitación alegre de aquel primer día de curso. Álex perdió incluso el interés por el ritual de las lámparas, que todos los años le ponía un nudo de emoción en la garganta. Por un momento, se le pasó por la cabeza una idea aterradora: ¿y si Jana no volvía al colegio? ¿Qué pasaría entonces? Quizá nunca volvería a verla... Podría intentar llegar hasta su casa, pero en medio de aquel barrio siniestro en el que vivía, tenía pocas probabilidades de dar con ella. ¿Y si, asustada por lo que David había hecho con su tatuaje, Jana decidía quitarse de en medio y no aparecer nunca más por Los Olmos? Después de todo, ella no tenía padres ni familia alguna, aparte de su hermano; de modo que no necesitaba dar explicaciones a nadie si decidía abandonar los estudios o cambiar de centro.

El ritual terminó con una salva de aplausos poco entusiastas, y los alumnos comenzaron a salir al patio, en espera de que los tutores de cada curso los fueran llamando a sus respectivas clases.

Al salir al patio, Álex se sintió azotado de pronto por una avalancha de sensaciones: el rumor casi imperceptible del aire otoñal en las copas de los cedros, los múltiples crujidos de pisadas en los senderos de gravilla, el chapoteo lejano de una moneda al caer al estanque, olores a hierba cortada, a cuerpos recientemente enjabonados en la ducha, a sudor adolescente y a tierra húmeda... Y sobre todo, los destellos del sol sobre las gotas de rocío en las rosas que bordeaban el camino principal, los destellos que reverberaban en los cristales del edificio y en las hojas amarillentas de los viejos olmos que asomaban sus copas por detrás del tejado, brillantes, plateados y húmedos. Tibios como caricias de luz... Entonces comprendió que había llegado Jana.

Todos sus sentidos se agudizaban en su presencia. Lo veía todo, lo olía todo, no se le escapaba ni el más leve susurro, ni el más insignificante suspiro. Era como sintonizar a la vez todos los canales de la naturaleza y de la mente. Casi podía oír los pensamientos de los chicos y chicas que lo rodeaban.

Pero no quería oírlos. El único pensamiento que le interesaba era el de Jana. Estaba sola, apoyada con indolencia sobre la tapia del patio, muy cerca de la verja de entrada. Sus ojos se encontraron con los de Álex en la distancia. A Álex le parecieron más profundos y acariciadores que nunca. El tatuaje empezó a dolerle brutalmente, como si millares de agujas se le hubiesen clavado de pronto en la piel, formando aquel complicado dibujo. Porque el dolor seguía los contornos del nudo celta que David había trazado sobre su espalda con absoluta precisión, sin apartarse de ellos ni lo más mínimo.

Así sería siempre en adelante. Un sufrimiento mental insoportable en ausencia de Jana, y un dolor físico no menos terrible en su presencia. Bonito regalo el que le había hecho David.

Avanzó lentamente hacia ella, con los ojos fijos en su rostro pálido y delicado, en sus grandes ojos de animal salvaje, en sus labios tentadores como frambuesas. Era dolorosamente consciente de todo lo demás, de los saludos que le dirigían y de los comentarios que provocaba, pero nada de eso le importaba en ese instante.

Con cada paso, las agujas imaginarias del tatuaje se clavaban un poco más en su piel. Y, no obstante, estaba decidido a llegar hasta ella, y a tocarla. Una silueta que conocía bien se interpuso de pronto en su camino.

—Hola, te acuerdas de mí?

Era Erik. Lo miraba desde su impresionante estatura con una mezcla de enfado y preocupación. Se le había plantado delante de tal manera que habría tenido que empujarle para seguir avanzando.

—Luego hablamos, Erik —le dijo, conteniendo a duras penas su impaciencia—. En serio, ahora no puedo.

Sin apartarse ni un milímetro, Erik giró el torso lo suficiente como para ver a Jana apoyada en la tapia. Álex vio los ojos de Jana clavarse un instante en los de su amigo, irritados y desafiantes.

—Es por ella, no? Me he fijado en cómo la mirabas —dijo Erik, asiéndolo por el brazo con firmeza y arrastrándolo hasta el rincón opuesto del patio—. Pero es que te has vuelto loco? ¡Parecías un tigre a punto de caer sobre su presa! Álex se desembarazó de la mano de Erik y lo miró con fijeza.

—No iba a devorarla, no te preocupes le contestó, furioso.

Las miradas de los dos amigos se encontraron. Los ojos de Erik eran tan claros y serenos como siempre. Y sin embargo, había algo nuevo en ellos, algo que Álex no había notado hasta entonces. Un destello remoto de odio. O quizá de miedo. Y también había otra cosa. Algo en su nuca, algo que no podía ver y que le llamaba como una voz, agudizando los cortantes filos del dolor en su tatuaje. Un eco del sufrimiento de su piel en la piel de Erik.

Sin decir nada, Álex pasó un brazo sobre el hombro derecho de su amigo y le tocó la parte posterior del cuello. Estaba ardiendo... Rodeando el cuerpo grande y algo desgarrado de Erik, Alex fijó la mirada en su nuca. Otro tatuaje. No el de siempre, aquel diminuto arácnido desdibujado y apenas visible, sino algo mucho más complicado y llamativo, un gran escorpión de coraza plateada que parecía deslizarse lenta e inexorablemente sobre su piel, como un animal vivo. «Como la serpiente de Jana», recordó Álex, estremeciéndose. Erik, que le había dejado hacer sin apartar los ojos de él, se subió el cuello de la cazadora, dando por terminado el examen.

—Qué te ha hecho, amigo? —preguntó con voz ahogada por la rabia. Necesito

saber qué te ha hecho. Aunque Erik le impedía verla, Álex sabía que Jana seguía apoyada en la tapia, siguiendo cada uno de sus movimientos en la distancia.

Cuándo te has hecho ese tatuaje nuevo en el cuello? —Preguntó Álex—. El viernes no lo tenías...

Erik se quedó mirándolo inmóvil durante varios segundos.

—Te han tatuado murmuró, como si no pudiera creerse sus propias palabras.

¿Cómo se han atrevido? Te han tatuado...

—Yo se lo pedí —le interrumpió Álex, obligándose a sonreír—. Me enteré por casualidad de que hacían tatuajes y les pedí uno. Son muy buenos... ¿Tú lo sabías? Los ojos de Erik le miraban sin verle, desenfocados, ciegos de ira.

—Por eso ibas hacia ella con esa cara. Como si ya no existiese nadie más en el mundo.

Lo había dicho con tanto rencor que Álex sintió un escalofrío.

—Iba hacia ella porque la quiero, Erik —dijo sin alzar la voz—. La deseo, la amo, la quiero para mí. No sé si has sentido algo así por alguien alguna vez... Es terrible, pero a la vez es... es increíble, no hay nada mejor.

Erik le escuchaba con ojos turbios, conteniéndose con dificultad.

Se enrolló contigo? —quiso saber—. Te llevó a su casa? Nunca creí que se atreviera a tanto! ¿Qué hicisteis?

Álex soltó una breve carcajada.

Quién eres? El Gran Inquisidor? No voy a darte detalles, Erik. Sabes que nunca lo haría. No me va ese rollo.

Erik lo empujó hasta una esquina del edificio de ladrillos donde se encontraban la mayor parte de las aulas del colegio. Allí lo acorraló contra la pared. Álex se quedó mirándolo con atención, consciente del tatuaje de plata viva que latía en su nuca, y también de las rápidas sombras que atravesaban la mirada de su amigo, amenazadoras e inexplicables.

—No lo entiendes, verdad? —le susurró Erik atropelladamente—. No entiendes lo que hacen con esos tatuajes. No son tatuajes corrientes, ¿es que no te has dado cuenta? Los utilizan para dominar, para someter... Si no te resistes, estás perdido.

—Un momento, de qué estás hablando? —preguntó Álex.

No sabes nada de su magia? Claro, supongo que no te habrán hablado de ello.

—Me hablaron de las brujas agmar y de la magia del tatuaje. David me dijo que era como un filtro de amor que me uniría para siempre a la persona elegida. La mirada de Erik se perdió unos instantes en las copas doradas de los olmos, por detrás de la tapia del patio. Álex nunca había visto tanta cólera en sus ojos claros, habitualmente tan seguros de sí mismos.

—Necesito saber más, Álex —murmuró—. Necesito saber qué más te dijeron. ¿Te hablaron de los otros clanes? Álex frunció las cejas.

Qué otros clanes? Qué demonios...? Se interrumpió, notando el súbito alivio de Erik, la rapidez con la que trataba de reordenar sus ideas.

—Escúchame, Álex, escúchame con atención. Las brujas agmar son peligrosas, llevan siglos utilizando sus poderes para someter a los seres humanos. Se transmiten su sabiduría de generación en generación. Y Jana es una de ellas. Tú no tienes ni idea... No puedes imaginarte en lo que puede convertirte. ¿Has visto a esos hombres con aspecto de animales, con mandíbulas y garras y dientes de Hera?

Los ghuls? Solo son freakies con implantes en la cara. Crees que Jana me va a pedir que me convierta en uno de ellos? Erik rió con aspereza.

Pedírtelo? No, no creo que te pida permiso. Simplemente lo hará... Si te acercas mucho a ella, te convertirá en su esclavo.

Álex captó la profunda inquietud que latía tras la advertencia de Erik. Había algo de sinceridad en sus palabras, pero también... también había oscuridad, y lagunas, fragmentos de información que le estaba ocultando.

Lo que más le desconcertaba era descubrir que su amigo sabía tanto sobre Jana y sus secretos. Le pareció más que raro, porque, en el colegio, casi nunca se dirigían la palabra... En alguna ocasión había sospechado que a Erik le gustaba tanto Jana como a él, pero nunca se le había pasado por la cabeza la idea de que, en el pasado, hubiese podido existir algo entre los dos. Claro que Erik era muy reservado en lo que a sus relaciones se refería; y a Jana, por otro lado, apenas estaba empezando a conocerla.

Además, estaban los tatuajes. La serpiente de Jana y el escorpión que acababa de descubrir en la piel de Erik, ambos igual de resplandecientes e inquietantes, como si tuvieran vida propia. Se suponía que el tatuaje de Jana era mágico... ¿Y el de Erik? ¿También lo era? David le había asegurado que Erik nunca había sido su cliente. Si era cierto, ¿cómo se explicaba que los dos tatuajes tuviesen tanto en común? ¿Había otros artistas en la ciudad capaces de las mismas proezas que David?

Álex se pasó una mano por el pelo, impaciente. Le habría gustado formular muchas de aquellas preguntas en voz alta, pues estaba seguro de que Erik tenía las respuestas que buscaba; pero, por otro lado, no quería seguir perdiendo el tiempo con él. El dolor del tatuaje lo atraía hacia Jana cada vez con mayor fuerza, como si de una cadena invisible se tratara. No podía seguir resistiéndose a su llamada... Tenía que ir hacia ella cuanto antes.

—Escucha, Erik —dijo de mal humor—. Aunque todo eso que me estás diciendo fuera cierto, ¿crees que me haría apartarme de Jana? Yo ya le pertenezco. Le pertenecía antes del tatuaje, porque la quiero. Y no me da miedo. No me da ningún miedo pertenecerle... Sé lo que soy y sé que ella no podría convertirme en algo que yo no quiera ser, aunque sea una maldita bruja.

—Per... Pero ¿cómo puedes amar a alguien así, a alguien que solo quiere hacerte daño?

La respuesta de Álex fue inmediata.

—Eso no es cierto, Erik. No sé qué es lo que Jana quiere de mi, pero sé cosas de ella que ella misma no sabe, a pesar de todos sus poderes, sean los que sean. Llevo mucho tiempo observándola, sintiendo como crecía en mi interior este... este fuego... ¿Crees que no la conozco? Erik se quedó mirándolo de un modo extraño.

—No lo sé. Quizá tú hayas visto algo que yo no veo. Algunas veces a mí también me ha parecido... Pero vamos a dejarlo.

—Sabes cuál es tú problema, Erik? Tu problema es que no te fías de tus sentimientos. No te abandonas a ellos, no te atreves... Tienes miedo a equivocarte.

Los ojos de Erik se fijaron durante unos segundos en Jana, que sonreía inmóvil como una estatua, todavía pegada a la cerca.

—Quizá tengas razón —dijo, sin dejar de mirarla—. No quiero equivocarme... No puedo permitirme ese lujo.

Volvió a observar a Álex. Una sombra de tristeza oscurecía su rostro.

—Y tú tampoco puedes permitirte, amigo. Créeme. Tienes que creerme... — Álex no contestó. En las escaleras del edificio principal de Los Olmos, los tutores ya habían empezado a llamar a los alumnos de los primeros cursos. Le quedaba muy poco tiempo, y necesitaba hablar con Jana antes de entrar en clase, necesitaba angustiosamente estar lo más cerca posible de ella.

—No te preocupes tanto, Erik. Sé cuidarme —dijo. Y, sin esperar a que su amigo reaccionase, se zafó de él para correr hacia aquella muchacha inmóvil que le esperaba junto a la tapia, muy cerca de la verja.

## Capítulo 9

—Creía que no ibas a venir —le saludó Jana con rostro serio.

—¿Qué te decía Erik?

—Me advertía sobre ti —dijo Álex, sonriendo—. Somos amigos desde hace mucho, pero él tiene más experiencia con las chicas. Supongo que cree que debe «guiarme».

Tan cerca de Jana, el tatuaje le ardía como si alguien le estuviese aplicando un hierro candente. Pero más insoportable que el dolor era la necesidad de tocarla, de rozar con los dedos la piel suave y fresca de sus mejillas.

—A Erik nunca le he caído bien —suspiró Jana—. No sé por qué; nunca me he metido con él, ni nada.

—Puede que le asusten un poco las brujas —bromeó Álex.

La forma en que Jana frunció las cejas le hizo arrepentirse enseguida de sus palabras. Sin embargo, ya era demasiado tarde para rectificar.

—Hablé con David —explicó atropelladamente—. Necesitaba saber algo más sobre el tatuaje... Él me contó lo de vuestra familia. Todo eso de las brujas agmar.

—No deberías tomártelo a risa —murmuró Jana con aspereza—. Estás hablando de mis antepasadas, de mi madre y de mi abuela y de mi bisabuela... Lo que nos han transmitido es cualquier cosa menos ridículo, te lo aseguro. Es más, harías mejor en asustarte un poco, como tu amigo Erik.

Álex resistió su mirada hosca y ofendida.

—Te diré lo mismo que le he dicho a él —repuso, casi con humildad—. Seas lo que seas, no te tengo miedo; lo siento.

La expresión de Jana se dulcificó. Parecía agradablemente sorprendida.

—En realidad, no deberían llamarnos brujas —dijo, sonriendo—. Solo somos las transmisoras de una serie de técnicas espirituales que el resto de la humanidad ha olvidado.

—Me ha sorprendido que Erik supiese tanto sobre tu familia... Cómo puede haberse enterado?

Jana no vaciló ni un instante antes de responder.

—Se lo habrá contado David —aventuró—. Ya has visto que no es muy bueno guardando secretos... Antes de que expulsaran a mi hermano, ellos dos se llevaban bastante bien.

Estaba improvisando, y lo hacía con mucha agilidad. Pero Álex percibía cada matiz de su expresión, cada parpadeo, cada inflexión de su voz, por leve que fuera. Y percibía que estaba mintiendo.

—No recuerdo que fueran amigos —dijo en tono casual—. Pero Erik siempre ha tenido tanta gente alrededor que puede que no me diera cuenta. Además, a él también le interesan los tatuajes...

Iba a añadir que acababa de verle uno nuevo, pero se calló. Sin saber por qué, intuyó que aquella información interesaría especialmente a Jana, y que por eso mismo no debía compartirla con ella.

El olor a champú de hierbas del cabello de Jana le estaba volviendo loco. Cada vez le costaba más trabajo concentrarse en lo que ambos decían. Quería tocar su pelo, sentir el peso sedoso de sus ondas entre sus dedos.

Mientras tanto, los alumnos continuaban subiendo a sus clases. Estaban empezando a nombrar a los de cuarto.

Jana comprendió lo que iba a hacer un instante antes de que lo hiciera.

—Espera —murmuró con voz temblorosa—. No lo hagas, tenemos un trato...

—No quieres ir deprisa. Prefieres guardar las distancias —susurró Álex, acercándose a la muchacha hasta que sus rostros quedaron separados tan solo por unos pocos centímetros—. La otra noche en tu casa, sin embargo, no me dio esa impresión...

Estaba mostrándose avasallador y torpe, pero no podía evitarlo. Lo único que deseaba era rozar su pelo y sus mejillas. Un segundo, solo un segundo.

Jana deslizó la espalda sobre el muro de piedra, intentando zafarse. Pero él fue más rápido y, apoyando las manos en el muro, formó dos barreras con sus brazos a ambos lados de su cuerpo. La tenía atrapada... Si quería escapar, tendría que tocarle, que era precisamente lo que ella intentaba evitar.

—No quiero asustarte, Jana —dijo con toda la ternura de la que fue capaz—. Solo quiero demostrarte que tú me importas más que nada. Más que el dolor, más que el miedo... ¿Lo entiendes? Me da igual la magia, y el tatuaje, y todo lo demás. Lo que yo siento es más fuerte que todo eso.

—Eres tú el que no entiende nada —murmuró Jana con voz entrecortada.

Estaba temblando. Álex no podía soportarlo más. Intentó besarla, pero ella giró la cara, evitando su contacto en el último momento.

—Escucha, Jana —le dijo. También él estaba temblando, pero no le importaba. No le importaba nada en el mundo—. No voy a hacer nada que tú no quieras. Si no quieres que te bese, dímelo. Mírame a los ojos y dímelo. Te prometo que te dejaré en paz. A sus espaldas, sentía un número creciente de miradas clavadas en ellos dos, curiosas y sorprendidas. Jana giró muy despacio la cara hacia él. Estaba mortalmente pálida. Sus ojos se encontraron.

—No lo hagas, Álex. Por favor, no lo hagas...

No quieres que te bese?

Ella bajó los párpados.

Era la respuesta que él había estado esperando. Estremeciéndose de pies a cabeza, Álex inclinó su rostro y, muy delicadamente, rozó los labios de Jana con los suyos.

Una vez más, el infierno se desató a su alrededor. Pero esta vez no estaba solo en la superficie, lamiéndole la piel con sus lenguas de fuego. Estaba también dentro, en su cerebro, una pira voraz y cegadora quemándolo todo, consumiéndolo todo tan deprisa que a los pocos instantes no quedaban más que cenizas y negrura.

Se encontraba en una habitación amplia, de forma octogonal, con el suelo de tablas oscuras, bruñidas por el tiempo. Más allá de las paredes de piedra, a lo lejos, podía oír la respiración del viento entre los árboles. O tal vez fuese su propia respiración... No estaba seguro.

Permanecía tendido de costado en el suelo, con las piernas encogidas. Sentía la mejilla izquierda acartonada contra las desgastadas tablas, y la opresiva sombra de un rectángulo negro justo encima de él, a escasos centímetros de su hombro. Tardó unos segundos en comprender que se hallaba debajo de una cama. Veía la habitación bajo la rendija ondulante que separaba la colcha del suelo.

Había un bulto rígido sobre la madera, a pocos metros de él. Desde su posición no podía distinguir su rostro, pero enseguida comprendió que se trataba de su padre. Y también notó, por la extraña postura de sus piernas y sus brazos, que posiblemente se hallase herido, o quizá muerto. Su cuerpo yacía sobre un complejo entramado de líneas rojas y azules trazadas con tizas sobre el suelo.

Por un momento deseó escapar. No sabía qué lugar era aquel ni cómo había llegado hasta allí, pero quería salir de su escondite y alejarse tan deprisa como le fuera posible. Estaba a punto de intentarlo, cuando se dio cuenta de que había alguien más en la habitación... Una silueta que iba y venía sobre la pared, oscureciendo de cuando en cuando el rectángulo azul de la ventana.

Los minutos transcurrían lentos y vacíos, con aquella silueta sin sombra pasando una y otra vez ante él, deteniéndose de cuando en cuando frente al ventanal, y otras veces acelerando el paso hasta imprimirle un ritmo frenético. En un momento dado, la figura se reclinó sobre el cuerpo inmóvil y permaneció quieta, casi tan rígida como el propio cadáver. Luego, sus manos empezaron a tantear el cuerpo febrilmente, a rebuscar en los bolsillos y en los pliegues de la ropa.

Fue en ese instante cuando Álex pudo ver claramente su aspecto por primera vez. Y lo que vio le dejó sin aliento... Porque la criatura que estaba registrando a su padre no parecía del todo humana. Tenía el rostro de un hombre, eso sí. Un rostro casi irreconocible, protegido por una espesa sombra. Su cuerpo, en cambio, estaba rodeado de una aureola de luz dorada, y dos alas enormes y deslumbrantes brotaban de su espalda.

—Siento que hayamos tenido que llegar a esto, Hugo —dijo la criatura



suavemente—. Todavía puedo salvarte, la herida no es mortal... Pero para eso tienes que decirme quién tiene la piedra.

La piedra azul, Hugo... ¿Puedes oírme? Dime dónde está y evitaré que te desangres. No tienes otra salida...

En el suelo, la cabeza de Hugo se movió hacia un lado y otro. Un movimiento torpe, apenas perceptible, pero con un significado bien claro para quien hubiese oído las anteriores palabras. Estaba diciendo que no... Se estaba negando a colaborar con su asesino, empleando en ello las escasas fuerzas que le quedaban.

Exasperada, la criatura desplegó sus alas; tenía unas alas bellísimas, con cientos de ojos abiertos que se clavaron en el rostro del herido como esquirlas de escarcha.

—Estás siendo un estúpido, Hugo —advirtió con voz helada—.

Y no me dejas elección... De todas formas, es la única salida. Llevas demasiado tiempo jugando con fuego, y si te dejamos seguir, el incendio terminará devorándonos a todos.

Álex intentó moverse, pero le fue imposible. Un agudo dolor le mantenía clavado al suelo, impidiéndole salir de su escondite. Por un lado, tenía la sensación de que todo aquello formaba parte de un sueño; pero, al mismo tiempo, la visión era tan real que no podía sustraerse a su influjo. Por absurdo que pareciera, sentía que tenía que intervenir, que debía hacer algo para apartar a aquel ser de su padre y evitar que cumpliera sus amenazas.

Sin embargo, no pudo hacer nada. La criatura comenzó a moverse lentamente alrededor del cuerpo de Hugo mientras emitía un ronco y ardiente siseo. Al cabo de un tiempo, el muchacho comenzó a distinguir las palabras que componían aquel aterrador sonido. No entendía su significado, pero sus labios las repetían fascinados, vocalizando en silencio, totalmente sometidos a su poder.

Y cada palabra incomprensible se clavaba como una aguja en el cuerpo de Hugo, arrebatándole un pedazo de vida.

El ritual continuó largo rato, hasta que Álex perdió la noción del tiempo. Por fin, el monstruo alado dejó de susurrar y se quedó callado, contemplando su obra. Hugo, a esas alturas, ya no respiraba. No obstante, para asegurarse de que estaba muerto, la criatura le propinó una violenta patada en el costado.

Ninguna reacción. Álex intentó gritar, pero el sonido no llegó a brotar de sus labios. Era como si hubiese perdido el control de su propio cuerpo, como si se hallase separado de él por una barrera mental infranqueable. Y tampoco podía moverse... Se encontraba atrapado dentro de su propio sueño.

Entonces, la criatura alada hizo algo muy extraño. Con un gesto sorprendentemente humano, extrajo un revólver de entre los pliegues de su túnica y disparó. Un solo tiro certeramente dirigido a la sien derecha de Hugo, que estalló en mil burbujas de sangre.

Horrorizado, Álex trató de gritar de nuevo, y esta vez lo consiguió. Un interminable aullido salió de su boca, agudo y cristalino como una música sobrenatural. Un sonido que a él mismo le resultaba insoportable por su intensidad y violencia...

El chillido rasgó como un cuchillo la visión, fragmentándola en mil pedazos. Lo último que vio Álex fue el rostro helado e indiferente del asesino de su padre. Luego, los pedazos luminosos fueron apagándose, como rescoldos de una hoguera moribunda. Y al final, todo volvió a sumirse en la más completa oscuridad.

# **LIBRO SEGUNDO**

## **El desterrado**

# Capítulo 1

Antes de abrir los ojos, supo por el olor que se encontraba en un hospital. Aquella mezcla inconfundible de vapores de alcohol, desinfectante y sopa de pollo se coló en sus fosas nasales como un negro presentimiento.

Al despegar los párpados, sus pupilas tardaron unos instantes en acostumbrarse a la luz otoñal que se filtraba a través del cristal no demasiado limpio de la ventana.

Poco a poco comenzó a adquirir conciencia de su cuerpo. Notó el contacto áspero de la sábana sobre las piernas desnudas, el dolor de sus riñones empotrados contra el colchón, la incómoda inclinación de la parte superior de su cama, que le impedía tanto sentarse como tumbarse completamente. Tenía una vía abierta en el dorso de la mano derecha y conectada mediante una goma a un dispensador de suero. Y el dolor... Un violento dolor en el hombro, donde David le había hecho el tatuaje.

Antes de que pudiera moverse, alguien se había aproximado a su cama, desplazando, en su precipitación, el poste metálico del que colgaba la bolsa de suero.

—Álex, ¡por fin! Me oyes, ¿verdad? ¿Cómo te encuentras?

—Se trataba de Erik. Álex lo miró con extrañeza.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó.

Sentía la boca pastosa, y la debilidad de su propia voz le preocupó. Erik, sin embargo, parecía aliviado.

—Te caíste en el patio del colegio, ¿no te acuerdas? Estabas con Jana.

Álex recordó lo que había pasado. El beso de Jana, la sensación de que iba a morir... Y luego, aquel sueño que, en realidad, había sido algo más que una simple pesadilla.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó, esforzándose por vocalizar con claridad.

—Desde ayer por la mañana. Tu madre ha pasado aquí la noche... Hace diez minutos la convencí de que se fuera a desayunar algo a la cafetería. Siento que se haya perdido este momento. No sabes lo preocupada que está.

—Me lo imagino. ¿Y mi hermana?

—También ha estado aquí esta mañana, pero tu madre la obligó a volver al colegio.

No sabíamos cuánto tiempo podías tardar en despertar... Los médicos dijeron que podían pasar días.

—Tú también deberías estar en el colegio —dijo Álex, sonriendo.

Erik le devolvió la sonrisa.

—Iré dentro de un rato. Álex, de verdad, qué alegría que hayas vuelto... ¿Qué te

pasó?

Álex recordó la breve conversación que había mantenido con su amigo justo antes de besar ajana.

—Tú me lo advertiste —murmuró—. Pero créeme, ella no quería; no quería que esto pasara. Intentó evitarlo... Yo quería demostrarle que no tenía miedo, y que no me creía del todo las historias de David.

—Te he visto el tatuaje —musitó Erik, sombrío—. No vuelvas a tocarla jamás, Álex... Cada vez que lo intentes será peor.

Callaron durante un momento. Álex recordó de pronto el escorpión de plata tatuado sobre la nuca de su amigo, y le asaltó una repentina sospecha.

—¿Lo dices por experiencia? —preguntó, desafiante.

Erik lo miró con sorpresa.

—Pareces saber mucho sobre Jana —prosiguió Álex atropelladamente, sin darle tiempo a contestar—. Me pregunto por qué no me lo habías contado antes. Tú sabías que ella me interesaba... ¿Por qué me ocultaste toda esa historia siniestra de las brujas agmar?

Erik se levantó pausadamente y fue hasta una mesita auxiliar de melamina apoyada contra la pared. Sin apresurarse, vertió un poco de agua mineral en un vaso de plástico. Cuando terminó, regresó a la cabecera de la cama y se lo tendió a Álex.

—Espero que los médicos no me echen la bronca por esto —murmuró—. Creo que te sentará bien.

Mientras Álex bebía a pequeños sorbos, Erik acercó un sillón de plástico negro y se sentó junto a la cama.

—No has contestado a mí pregunta —insistió Álex, devolviéndole el vaso vacío y observando cómo su amigo lo posaba en el suelo—. ¿Por qué no me lo contaste?

Erik lo miró con aire pensativo, como si él mismo se estuviera planteando por primera vez aquella pregunta.

—Pensé que ella te evitaría, que haría todo lo posible por mantenerse lejos de ti —contestó finalmente—. Era lo lógico... Nunca me imaginé que intentarían tatuarte.

Álex lo miró sin comprender.

—¿Por qué tenía que mantenerse alejada? —preguntó—. ¿Tiene algo que ver con la muerte de mi padre?

Había lanzado aquella idea al azar, solo para ver cómo reaccionaba su amigo. Lo último que esperaba era que Erik palidiese de aquel modo y que se quedase todo un minuto mirándolo con ojos vidriosos, sin saber qué contestar.

—Tú sabes más de lo que parece —dijo por fin con una nota de advertencia en la voz—. Álex, cuéntame lo que sabes, por favor. No te conviene tener secretos conmigo, en serio. Lo creas o no, yo estoy de tu lado.

Álex esbozó una sonrisa dolorida. El escozor del tatuaje le impedía concentrarse

del todo en la conversación.

—¿Y quién no está de mi lado, entonces? ¿Jana? —preguntó con desenvoltura.

Advirtió un destello de inquietud en los ojos de Erik, pero esperó en vano a que su amigo le respondiera. Era él quien había pedido antes una respuesta... Y parecía decidido a guardar silencio hasta que Álex se decidiera a hablar.

Mientras estaba inconsciente, he tenido un sueño —dijo el muchacho al fin, con los ojos muy atentos a la reacción de Erik—. Un sueño muy extraño... En realidad, creo que ha sido más bien una especie de visión.

El gesto duro e inexpresivo de Erik no consiguió engañar a Álex. Estaba alarmado, muy alarmado... E inmediatamente se había puesto a la defensiva.

—Una visión sobre mí —aventuró—. Sobre nosotros... ¿Y qué? ¿Has llegado a alguna conclusión interesante?

Álex trató de pensar con rapidez. Recordó lo que Erik le había contado de Jana, y todo lo que parecía saber sobre ella y su hermano. Y una vez más, le vino a la mente la imagen de aquel escorpión tatuado sobre su nuca con pigmentos metálicos, aquel animal que parecía vivo, igual que la serpiente tatuada sobre la espalda de Jana.

—Eres uno de ellos —conjeturó, muy serio—. Por eso sabes tanto. Erik asintió, y los ojos de ambos se retaron en silencio durante unos instantes.

—Cuando ocurrió lo de tu padre, lo sentí muchísimo. Creí que eso iba a separarnos para siempre, que ya no volveríamos a ser amigos. Estabas muy cambiado, y yo tenía la sensación de que habías dejado de confiar en mí... Entonces pensé en contártelo todo. Incluso hice un intento... No sé si lo recuerdas.

La sorpresa de Álex fue mayúscula.

—¿Contármelo todo? —repinó—. Erik, no sé de qué me estás hablando.

Erik lo miró de un modo extraño.

—Supongo que no fui muy claro. Y tú apenas prestabas atención a lo que te decía...

Estabas como ausente. Por eso no volví a insistir.

—Oye, ¿se puede saber a qué te refieres? —preguntó Álex, impaciente—. No recuerdo haber hablado de Jana contigo en esa época, y creo que si me hubieses contado algo sobre ella, lo recordaría...

—¿Recuerdas lo que te dije sobre los clanes?

Era la segunda vez que Erik aludía a los clanes en los últimos días. Pero, al igual que en la primera ocasión, Álex no sabía de qué clanes estaba hablando, así que, tras una breve vacilación, resolvió confesar su ignorancia.

Erik suspiró, indeciso.

—Entonces no fui muy directo, y me imagino que tú debiste de pensar que te estaba contando una leyenda sin ninguna relación con nosotros. Si no, no habrías olvidado aquella conversación tan fácilmente... De todas formas, las cosas han

cambiado mucho desde entonces. No sé, puede que haya llegado el momento de hablar con más claridad —murmuró—. Después de todo, si yo no te lo cuento, otros lo harán... O lo averiguarás tú mismo.

Erik se puso de pie y se dirigió a grandes pasos hasta la puerta de la habitación.

Entreabriéndola, se asomó al pasillo para cerciorarse de que no había enfermeras ni nadie que pudiese oírlo. Antes de sentarse, sus ojos se clavaron en la bolsa de suero conectada a la mano de Erik. Aún estaba medio llena... Disponían de algún tiempo antes de tener que llamar al timbre para que la cambiaran.

Solo después de hacer todas aquellas comprobaciones regresó a su sitio junto a la cama. Alex tuvo la impresión de que había empleado aquellos minutos de preparativos para elegir la información que iba a darle.

—En el patio del colegio te hablé de las brujas agmar —comenzó por fin—. Pero el linaje de Agmar es tan solo uno de los clanes supervivientes de los medu. Es difícil resumir en pocas palabras lo que somos... Con el tiempo, nos hemos vuelto tan parecidos a los humanos que nosotros mismos olvidamos a veces las diferencias.

Álex sintió que la sangre le latía con fuerza en las sienes. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Erik, por favor, ¿no ves cómo estoy? —interrumpió, en tono cansado—. No es momento para bromas... Deja de decir estupideces.

Erik lo miró con tristeza.

—Lo sé. Cuesta admitirlo. Para nosotros también es difícil. Vivimos en un mundo de humanos, ocultándonos permanentemente. Y lo peor es que somos tan parecidos... En realidad, también somos lo que parecemos. Solo que, a la vez, somos algo más.

Álex no se sentía con fuerzas para seguir protestando. La voz de Erik sonaba ominosamente sincera. No sabía si quería oír el resto de lo que su amigo tenía que decirle, pero, en cualquier caso, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

No lo entiendo —musitó, cerrando los ojos—. ¿Qué sois entonces? ¿Espíritus?  
¿Inmortales?

La misma sonrisa triste en los ojos de Erik.

—No, ya no. Al principio todo era diferente, pero cuando elegimos esta forma, lo hicimos con todas las consecuencias. Ahora nacemos, vivimos y morimos como vosotros. Amamos y odiamos, tenemos hijos...

—¿Entre vosotros?

Álex dijo aquello con una punzada de celos. Mientras Erik hablaba, la única idea que martilleaba constantemente en su cerebro era que él y Jana eran iguales, que, fuesen lo que fuesen, estaban ligados por vínculos que jamás le incluirían a él.

Erik pareció captar los pensamientos ocultos de su amigo, y esbozó una sonrisa burlona.

—Entre nosotros, sí, y también con los humanos, aunque eso no sucede con

frecuencia.

—Entonces, si eso es así, ¿por qué diablos insistes en lo de que no sois humanos? ¿Qué os diferencia del resto de la gente? ¿Los tatuajes?

—En cierto modo, sí. Los utilizamos para canalizar la magia. La magia no es algo antinatural, como vosotros creéis, sino todo lo contrario. Está en todas partes, impregna todo el universo, cada fragmento material, cada criatura viva... Vosotros sois la única excepción, los únicos que carecéis de ella. O quizá la tengáis aún, oculta en algún repliegue de vuestra complicada conciencia, solo que habéis olvidado cómo utilizarla. Os habéis distanciado demasiado del resto de los seres, y ya no hay vuelta atrás. Eso es, al menos, lo que cree la mayor parte de los míos. En realidad, tampoco os conocemos demasiado bien.

—Sois como nosotros, vivís entre nosotros pero no nos conocéis —murmuró Álex con cierto sarcasmo—. Y esperas que me lo crea...

—¿De qué te extrañas? Tampoco vosotros os conocéis a vosotros mismos. Además, nuestra historia ha sido muy convulsa. Por el camino, hemos perdido muchas cosas, incluida la memoria de nuestros orígenes. Todo lo que tenemos son leyendas. Al parecer, los clanes surgieron a la vez que las primeras civilizaciones humanas, y su origen está relacionado con la invención de la escritura. Hay quien dice que somos símbolos vivientes... No pongas esa cara de pasmo, al fin y al cabo, también los humanos sois, hasta cierto punto, símbolos. Insignificantes, efímeros tatuajes en la piel del mundo... Nudos de palabras y significados.

Erik volvió a mirar de reojo hacia la puerta cerrada, y luego continuó:

—Lo único que sabemos con seguridad es que los primeros clanes fueron exterminados. Luego resurgieron, y volvieron a desaparecer. Es un ciclo que se repite una y otra vez... Pero algún día lo romperemos.

—¿Y por qué ocurre eso? —preguntó Álex.

Erik lo miró de un modo extraño.

—Tenemos enemigos —dijo con lentitud—. Son pocos, pero tenaces. No descansarán hasta acabar con todos nosotros. Hasta ahora siempre hemos logrado recuperarnos, pero ellos no pierden la esperanza de acabar con los clanes definitivamente.

Recostado sobre la almohada húmeda de sudor, Álex trataba de digerir toda aquella información.

—¿Quiénes son? —preguntó—. ¿Humanos?

Erik hizo un gesto ambiguo con las manos.

—Los llamamos «guardianes» —repuso—. Hay cuatro. Son muy antiguos, tal vez hayan existido siempre... Nadie lo sabe. Lo único que sabemos con seguridad es que su misión consiste en exterminarnos, y que ya han estado a punto de conseguirlo varias veces. Siempre, desde que podemos recordar, hemos estado en guerra con



ellos... Y no se puede decir que vayamos ganando. Su poder es inmenso, nada puede comparársele. Si estuvieran en esta sala, yo ni siquiera podría verlos, a menos que ellos desearan que los viera. Y su solo contacto bastaría para destruirme. No podemos identificarlos, ni reconocerlos..., y mucho menos tocarlos. Así, como comprenderás, es muy difícil plantarles cara... Es una batalla perdida desde el principio.

—Pero, a pesar de todo, habéis sobrevivido.

—Sí... Hasta ahora. Pero es posible que no nos quede mucho tiempo. Existe una leyenda entre nosotros, una especie de profecía, según la cual el Último Guardián es el peor de todos. Nosotros creemos que los cuatro primeros guardianes son inmortales, pero el Último es un hombre. Lo llamamos el Guardián de las Palabras...

Sabemos que ya ha nacido, y, según la profecía, en su decimoséptimo cumpleaños los clanes, sencillamente, se extinguirán. ¡Su odio nos barrerá de la faz de la tierra!

Erik se rió de un modo poco natural para restar dramatismo a su relato. Sin embargo, sus ojos eran más sombríos que nunca.

—¿Por qué quieren destruirnos? —preguntó Álex—. ¿Por qué os odian tanto?

Erik reflexionó un momento antes de contestar.

—Quizá piensan que les hemos arrebatado algo a los hombres, y que, si desaparecemos, lo recuperarán.

—¿Y es verdad?

Erik se encogió de hombros.

—Probablemente —repuso con indiferencia—. Cada símbolo es una simplificación de la realidad. Si es verdad que somos símbolos, supongo que es eso lo que os hemos arrebatado: la comprensión de la verdadera complejidad del mundo, la percepción de cada matiz de color, de cada sonido, de cada sensación, de cada contacto... Puede que ese sea nuestro poder: conservar lo que vosotros habéis perdido.

Álex recordó la avalancha de sensaciones que le habían invadido al encontrarse con Jana, después de que David le hiciese el tatuaje.

Y lo mismo se había repetido la mañana anterior en el patio del colegio, justo antes del beso. Una marea de formas, olores y sonidos tan intensa que apenas se podía soportar.

—Eso es lo que hacen los tatuajes, entonces: devuelven al mundo su complejidad, ¿no? Esa es su magia...

—Y su peligro. Es importante que entiendas bien eso, Álex. Nosotros usamos los tatuajes sobre los humanos en nuestro propio beneficio. Ellos, a cambio, obtienen algo de lo que nosotros tenemos. Sienten más, viven con más intensidad. Pero si se descuidan, todo eso les crea una dependencia insuperable respecto a nosotros. Y entonces se convierten en ghuls.

En silencio, Álex le interrogó con la mirada.

—Los ghuls han perdido por completo su libertad. Son esclavos en cuerpo y alma de los medu. Viven y mueren para nosotros... Cuando lo decidimos nosotros. No todo el que tiene un tatuaje mágico se convierte en un ghul... Pero es el primer paso.

—Entonces, todas esas tribus urbanas que se reúnen en los cementerios y que se implantan prótesis para parecer animales...

Erik asintió.

—Son ellos. Ahora entenderás lo que te dije ayer en el patio sobre Jana: no dejes que te esclavice, Álex. No podría soportar que te hiciera eso... a ti.

Álex observó durante un rato el rostro franco y sombrío de su amigo. ¡Y pensar que, hasta aquella mañana, creía conocerlo bien!

—¿Y tú? —preguntó con curiosidad—. Por lo que me has dicho, también eres uno de ellos... ¿Por qué tendría que fiarme de ti?

Erik no contestó de inmediato.

—Supongo que porque somos amigos —dijo—. Es algo que ni tú ni yo podemos cambiar.

Álex se pasó una mano por la frente y se dio cuenta de que la tenía empapada de sudor. Por alguna razón, lo que Erik le estaba contando no le pillaba enteramente de sorpresa.

Pero, de todas formas, toda aquella historia de los clanes medu desafiaba la lógica, y las preguntas acudían una tras otra a su mente de un modo espontáneo.

—¿Cuántos sois? ¿Estáis dispersos por todo el mundo?

—Actualmente existen siete clanes, con unos cuantos cientos de miembros cada uno, más los ghuls que controlamos. Cada clan tiene su «especialidad mágica», por decirlo de algún modo. El de Jana, como ya sabes, es el clan agmar. El mío es el de los drakul. Los drakul ostentan la jefatura de los medu, y mi padre... Bueno, mi padre es el jefe de los drakul. Eso nos confiere una posición bastante privilegiada entre los medu, pero también supone un especial peligro.

—Y eso ¿por qué?

Erik sonrió sin alegría.

Los jefes de los otros clanes siempre están al acecho, intentando arrebatarnos el poder. Los drakul no fuimos siempre el clan dominante... Eso ocurrió después del exterminio, cuando el Último estuvo a punto de acabar con todos nosotros. Un antepasado mío encontró la forma de vencerlo y arrebatarle su poder. Pero volverá, estamos seguros. Y a los primeros que intentará eliminar será a nosotros.

—Creí que habías dicho que ese Último Guardián era un hombre y que había nacido hace poco. ¿Cómo pudo, entonces, enfrentarse a un antepasado tuyo?

—Entonces también era un hombre... Pero un hombre distinto —repuso Erik, enigmáticamente.

—¿Quieres decir que se reencarna en sucesivos cuerpos?

Erik frunció el ceño.

—No exactamente. Cada ser humano en que el Último se ha encarnado es diferente del anterior. Cada uno posee un cuerpo y un alma diferentes. Lo único que tienen en común es su conocimiento... Y su poder. Es el poder lo que pasa de uno a otro, lo que renace en cuerpos y épocas diferentes.

Erik volvió a levantarse para echar una ojeada al pasillo. Después regresó a ocupar su asiento junto a la cabecera de la cama.

Mientras su amigo iba y venía, la mente de Álex seguía buscando respuestas.

—Dices que solo hay siete clanes, con unos cientos de miembros cada uno. Eso no es mucha gente... Y, sin embargo, ¡yo empiezo a sentirme rodeado de medu por todas partes!

Erik asintió con gravedad.

—En cierto modo, no te equivocas. Los medu no podemos vivir en cualquier sitio.

Hay lugares especiales donde nos sentimos protegidos, y nos concentramos en ellos.

Esta ciudad es uno de nuestros santuarios. Y, dentro de la ciudad, tenemos nuestros lugares privilegiados: la Antigua Colonia y el colegio Los Olmos son dos de ellos.

—O sea, que el colegio... ¿es un santuario vuestro!

Erik sonrió.

—Eso no significa que no haya gente normal en él. La mayoría de los alumnos son humanos... Pero también hay unos cuantos medu, eso es cierto.

—¿Y los profesores lo saben? Quiero decir... ¿Cuánta gente «normal» está al tanto de lo vuestro?

Erik ladeó la cabeza, pensativo.

—No lo sé —admitió—. No mucha, creo. Los clanes saben proteger sus secretos... El director de Los Olmos sí está al corriente, y también algunos de los profesores. Pero ya te dije que Los Olmos, para nosotros, es un lugar muy especial.

Álex se mordió el labio inferior.

—¿Y yo? ¿Y mi padre? ¿Qué tenemos que ver con vosotros?

Una sombra de sospecha atravesó fugazmente el rostro de Erik.

—¿Por qué sacas a relucir a tu padre? —preguntó.

Álex lo miró con curiosidad.

—El también lo sabía todo, ¿no? Por eso murió. Eso fue lo que me dijo David... Que había muerto por saber demasiado. Y que su asesino era el mismo que había matado a sus padres.

Intentó sondear los ojos de Erik, que de pronto había adoptado una expresión impenetrable.

—David te ha engañado, Álex —dijo el muchacho casi con sorna—. El problema no era tu padre, nunca lo ha sido. No pensaba decírtelo todavía, pero es mejor que no te hagas ideas equivocadas. El problema eres tú.

Álex sonrió sin comprender.

—Pero yo solo sé lo que tú me has contado, y lo que mi padre...

—Tu padre solo quería protegerte. Por eso murió. ¿No lo entiendes? Sabemos que el Último Guardián ya ha nacido. La profecía incluía la fecha y el lugar. El lugar es esta ciudad, y la fecha coincide con la de tu nacimiento... ¿Comprendes adonde quiero ir a parar?

Álex sintió un espasmo de vértigo. Por unos instantes, la habitación giró a su alrededor a toda velocidad, obligándole a cerrar los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, el movimiento había cesado.

—Estás loco —musitó—. Debe de haber cientos de personas en esta ciudad que nacieron el mismo día que yo. Además, no tiene ningún sentido...

—Tal vez no. Pero los signos coinciden. Muchos de los nuestros creen que tú eres el nuevo Guardián de las Palabras. Por eso llevamos años vigilándote. Por eso Jana y yo hemos ido a la misma clase que tú desde primaria. Tu padre debió de enterarse, y me figuro que por eso lo mataron.

—¿Te lo figuras? ¿Nada más? —preguntó Álex, casi gritando—. Acabas de decirme que tú eres el hijo del jefe de los medu y que llevas toda la vida vigilándome... ¿Creés que vas a convencerme de que no sabes quién lo mató?

Erik rehuyó su mirada y fijó los ojos en la sucia ventana.

—Piensa lo que quieras. No debería haberte contado esto... Pero antes o después ibas a averiguarlo.

Un pesado silencio se instaló entre los dos amigos, denso como la niebla.

—Y en caso de que fuera verdad... Si yo fuera el que pensáis que soy, ¿qué haríais conmigo?

Erik sostuvo brevemente su mirada.

—Destruirte —dijo, sin el más leve temblor en la voz—. Pero no eres tú, Alex...

Siempre lo he sabido, y ahora estoy más seguro que nunca. Los guardianes no pueden ser tatuados, son invulnerables a nuestra magia. Así que David te ha hecho un favor...

Si ha podido tatuarte, es que no eres el Guardián de las Palabras.

Álex apretó los puños bajo las sábanas. No podía seguir controlando su irritación.

—Qué bien —gruñó—. Es una suerte que no tengas que matarme... Ahora podemos seguir con la farsa de que somos amigos como si nada. Es estupendo tener amigos como tú, Erik.

El aludido lo miró con expresión herida.

—Que haya cumplido con mi misión vigilándote no significa que no sea tu amigo

—dijo en tono dolido—. Te habría protegido si hubiese sido necesario...

—¿Poniendo en peligro a los tuyos?

Erik se había puesto muy pálido.

—No. Eso no —admitió—. Pero siempre he sabido que no tendría que elegir, porque tú no eras el que ellos creían.

Álex giró el tronco sobre la cama y hundió el rostro en el blanco grisáceo de la almohada. Se sentía mortalmente cansado.

—¿Puedes darle a la manivela para bajar esto? —preguntó—. Quiero dormir un poco.

—¿Más? Si ya has dormido casi durante dos días...

La sonrisa amistosa de Erik no encontró ningún eco en el rostro de Álex. Cuando su amigo empezó a girar la manivela de la cama, el muchacho se dio nuevamente la vuelta y se concentró en el movimiento del colchón, que estaba subiendo, y no bajando.

—Del otro lado —murmuró—. Te he dicho bajar...

Entonces se fijó en un libro que reposaba sobre la mesita plegable de las comidas, a los pies de la cama. Antes, cuando se encontraba menos incorporado, no lo había visto.

Era el libro de astronomía antigua que había estado hojeando un par de días atrás en el despacho de su padre; el del logotipo del barco dorado.

Con la mano, le hizo un gesto a Erik para que soltase la manivela.

—¿Qué hace ese libro aquí? —preguntó, sorprendido.

—Lo traje tu hermana esta mañana. Parece que, cuando estabas delirando, no hacías más que pedirlo, así que tu madre la llamó por teléfono para que lo trajera. ¿Soñaste con él?

Álex trató de hacer memoria.

—No, que yo recuerde. ¿Me lo puedes acercar?

Erik le tendió el libro con una sonrisa.

—Antes de que despertases lo estuve hojeando. Hay un papel con unos diagramas muy raros, ¿sabes?

Álex pasó con rapidez las páginas del libro hasta dar con el papel que había mencionado Erik. Era el mismo que él había estado examinando dos días atrás.

—Te refieres a esto, ¿no?

Erik asintió.

—¿Sabes qué significa? —preguntó a su vez.

Alex negó con la cabeza.

—Ni idea.

La puerta de la habitación se abrió en ese momento con mucha suavidad.

—¡Álex, hijo! ¡Has despertado!

Su madre entró como un vendaval, se sentó en el borde de la cama y le cogió ambas manos. En su rostro moreno y expresivo había aparecido una sonrisa radiante. Hacía mucho tiempo que no sonreía así... Estaba contenta de verdad, y aliviada.

—Te dije que me avisaras si había algún cambio, Erik —dijo, volviéndose hacia el amigo de su hijo con expresión de reproche—. ¿Hace mucho que despertó? ¿Cómo te sientes, cariño?

—Estoy un poco mareado, pero bien —dijo Álex, sonriendo—. Siento haberte dado este susto.

—Lo importante es que ya ha pasado. Ahora, a ver qué dice el médico...

—Yo me voy —interrumpió Erik—. Ahora que has despertado, ya no tengo excusa para estar aquí, así que tendré que volver al colegio. Luego llamaré a ver cuándo te dan el alta.

—Gracias por todo, Erik —dijo la madre de Álex, levantándose—. Eres un buen amigo. Álex tiene suerte de tenerte... ¿Eh, Álex?

Los dos muchachos se miraron en silencio durante unos instantes.

—Saluda a Jana de mi parte —dijo Álex en tono retador—. ¿Lo harás?

—Le diré que estás bien —repuso Erik, echándose la cazadora sobre los hombros—.

Supongo que se alegrará.

## Capítulo 2

Helena, la madre de Álex, era una mujer menuda, de pómulos marcados y grandes ojos de color miel que siempre parecían sorprendidos. Mientras sentía sus dedos frágiles y afilados sobre los suyos, Álex la contempló con extrañeza, como si llevase mucho tiempo sin verla.

—No has ido al laboratorio —observó, perplejo.

Una nube de culpabilidad ensombreció aquellos ojos ingenuos que un momento antes parecían llenos de alegría.

—Álex, ¿cómo crees que iba a ir en un día así? He estado muy preocupada, hijo. Ya sé que últimamente paso mucho tiempo en el trabajo, pero eso no significa que no...

Os quiero muchísimo, a Laura y a ti. Sois lo que más quiero en este mundo.

Álex le apretó la mano entre las suyas.

—Ya lo sé, mamá. Y a Laura y a mí no nos importa...

Se interrumpió, sin saber cómo continuar.

—Siempre habéis sido muy independientes; los dos. En eso habéis salido a vuestro padre. Por eso sé que puedo confiar en vosotros. Es un trabajo importante el que hago, hijo. Ya sé que si yo no lo hiciera, otros lo harían, pero tengo la suerte de ser yo quien está ahí para sacarlo adelante, y no perjudico a nadie tomándomelo en serio.

«Demasiadas explicaciones», pensó Álex, sintiéndose mal por ella.

—Claro que no —dijo con calor—. Nosotros lo entendemos. Es lo mejor para ti.

Se miraron un momento sonrientes y a la vez ligeramente incómodos.

—He estado muy preocupada, Álex —dijo su madre, poniéndose seria nuevamente—. Has tenido una fiebre altísima, y los médicos no entendían lo que te pasaba. Anoche te hicieron un escáner cerebral, eso nos tranquilizó un poco... ¿Qué te pasó?

Álex esbozó una mueca infantil. En otro tiempo, su madre solía reírse a carcajadas cuando ponía aquella cara, pero esta vez no se rió. Sus ojos permanecían fijos en él con expresión inquisitiva.

—Estaba hablando con una chica del colegio y, de repente, todo se volvió negro.

Noté que me iba al suelo... Y ya no sentí nada más. Sería un desmayo, no había desayunado mucho...

—Fue algo más que un desmayo —le interrumpió su madre—. Un desmayo no da fiebre... ¿Y lo del tatuaje? ¿Cuándo te lo hiciste? Deberías haberme pedido permiso.

—Lo siento, mamá, fue un impulso.

—¿No sabes lo peligroso que puede ser hacerse algo así en condiciones higiénicas poco seguras? Has cogido una infección, apostarí algo... He pedido que te hagan un cultivo, espero que no sea demasiado grave.

—Yo no creo que haya sido el tatuaje, mamá. El chico que me lo hizo tomó todas las precauciones. Es un profesional, sabe lo que hace.

Su madre arqueó las cejas, enfadada.

—¿Un profesional, a los quince años? Vamos, Álex, no me vengas con cuentos. Sé que te lo hizo el hermano de esa chica, Jana. Erik me lo contó. Es increíble que las autoridades no intervengan; tiene que ser algo completamente ilegal. Son dos menores llevando un negocio, ¡y qué clase de negocio! Pero claro, nadie se mete con ellos. Su familia era toda una institución en esta ciudad, y eso pesa mucho.

—¿Conociste a sus padres? —preguntó Álex con curiosidad.

Helena negó con la cabeza.

—Ellos nunca iban a las reuniones de padres del colegio. Pero he visto fotos de la madre, claro. En los periódicos. Era muy conocida... Una artista, hacía instalaciones y esa clase de cosas.

Álex dudó un momento antes de formular su siguiente pregunta.

—Y papá, ¿la conocía?

Su madre lo miró con el ceño fruncido.

—¿Tu padre? Sí, claro, se conocían del colegio. Los dos estudiaron en Los Olmos...

Ya sabes cómo es ese sitio, solo admiten a gente muy escogida.

Lo dijo como si aquello le repugnase, aunque no se atreviese a declararlo abiertamente. Luego se calló y miró fijamente a su hijo durante unos segundos. Daba la impresión de que no sabía cómo continuar.

—Álex, ¿estás saliendo con esa chica? —preguntó finalmente en voz baja.

El muchacho tardó un momento en contestar.

—No, pero me gustaría —dijo—. ¿Por qué? ¿Es que tienes algo en contra?

Su madre se removió sobre la cama, inquieta.

—No es que quiera meterme en tu vida —se disculpó—. Nunca he sido de esa clase de madres... Pero al menos tienes que escuchar mi opinión. No creo que esa chica te convenga.

—Hablas como si me fuera a casar con ella mañana mismo —bromeó Álex—. En serio, mamá, yo creo que te estás pasando...

—No te lo tomes tan a la ligera. Escúchame, hijo, no es que tenga nada contra Jana; pero creo que eres muy joven para tomarte a una chica tan en serio y... Bueno, está claro que te afecta de un modo bastante negativo.

—Mamá, que me desmayara en el patio mientras hablaba con ella no quiere decir que la culpa fuera suya. Podía haberme ocurrido en cualquier otro sitio...



—Sí, pero te ocurrió estando con ella —insistió su madre con terquedad—. Justo después de que os besarais.

De modo que era eso. Alguien le había ido a su madre con el cuento del beso; probablemente Erik, o quizá Laura.

—Oye, mamá, no creerás que me he desmayado por haber besado a una chica, ¿no? —dijo, sorprendido de su propia desenvoltura—. Eso es ridículo.

—Yo no lo veo tan ridículo —repuso su madre, ruborizándose ligeramente—.

Cuando conocí a tu padre, cuando empezamos a salir... Bueno, nunca llegué a desmayarme de la emoción, pero creo que varias veces estuve a punto. Yo sé lo que es estar enamorada, y por eso no me gustaría que te pasase con la persona equivocada. Es lo único que trato de decirte, hijo... Jana es una chica extraña, siempre lo ha sido. No quiero verte sufrir por su culpa.

Álex la miró con gravedad. Le sorprendía mucho que su madre insistiese tanto en ese asunto, y más en un momento así, cuando acababa de despertarse de un largo periodo de inconsciencia.

—Uno no elige de quién se enamora —murmuró, desviando la mirada—. Es algo que te pasa. Pero si lo que te preocupa es lo de los tatuajes, puedes estar tranquila. No me haré más. No habrá infecciones ni contagios ni nada por el estilo.

Curiosamente, su madre pareció muy aliviada al oír eso.

—Menos mal —resopló, animada—. Tienes que perdonarme, no puedo evitarlo...

Soy microbióloga, y sé demasiado sobre contagios como para no darme cuenta del peligro que has corrido haciendo esa locura. Lo que me sorprende es que tú no lo pensaras... ¿Cómo pudiste ponerte en manos de un chico de quince años? ¿En qué estabas pensando?

Álex sonrió.

—Ya te lo dije, fue un impulso. Pero no volverá a ocurrir, te lo prometo.

En ese momento llamaron tímidamente a la puerta. Helena fue a abrir y se apartó sonriente para dejar entrar a su hija menor.

—¡Has despertado! —gritó Laura, lanzándose como una tromba sobre su hermano.

Antes de que pudieran decirse nada más, entró una enfermera a cambiar la bolsa de suero. Era una mujer adusta, de unos cincuenta años. A Álex le llamaron la atención sus deformados zuecos rojos, que no parecían encajar demasiado bien con el resto del uniforme.

También ella se mostró complacida al verle despierto.

—¿Por qué no han avisado? —dijo, mirando con severidad a Helena—. Voy a llamar al neurólogo, dijo que le tuviésemos al corriente de cualquier novedad... A ver, ponte esto —dijo, encajándole un termómetro de mercurio bajo la axila.

—Volveré dentro de diez minutos a quitártelo y avisaré al doctor —dijo la mujer.

Cuando salió, Laura y Álex se miraron sonriendo, sin prestar demasiada atención a su madre, que se había apartado un poco y permanecía de pie junto a la ventana. La complicidad que existía entre los dos hermanos hacía que a veces Helena se sintiese excluida.

Sin embargo, Álex no tardó en volverse hacia ella.

—He soñado con papá —dijo, pensativo—. Con el día de su muerte... ¿Dónde estaba yo ese día? Me suena que, cuando me lo dijeron, estaba con Erik.

—Habías ido a jugar a su casa —confirmó su madre, mirándolo con atención—. Les telefoneé para que te tuvieran allí hasta la noche. A Laura se la llevó una vecina... A mí estuvieron interrogándome durante horas.

Las manos de Laura se habían crispado sobre la sábana de Álex, y sus ojos interrogaban el rostro del muchacho con una muda expresión de reproche.

Álex trató de transmitirle tranquilidad con su sonrisa. Ya habían callado demasiado, y no por ello habían sufrido menos. El silencio se había convertido en una barrera entre los dos hermanos y su madre. Algún día tendrían que romperla... ¿Por qué no empezar cuanto antes?

Además, sabía que lo que estaba a punto de decir sería un consuelo para Helena.

—¿Sabes, mamá? Después de todo el tiempo que ha pasado, cada vez estoy más convencido de que tenías razón. Siempre la has tenido... Papá no se suicidó; eso es imposible. Alguien lo asesinó.

Se interrumpió, preguntándose si había ido demasiado lejos. Su madre y su hermana lo miraban con los ojos muy abiertos.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo, Álex —murmuró su madre—. Pero no entiendo qué es lo que te ha hecho pensar en eso ahora...

—No lo sé. Supongo que lo que me ha pasado me ha hecho pensar en la muerte. He estado recordando, atando cabos... Papá no era de la clase de personas que se suicidan.

Su madre suspiró y desvió la mirada hacia la ventana.

—Ojalá supiese lo que ocurrió aquel día —murmuró—. Necesito tanto saberlo...

Laura fue hacia ella y le acarició la mejilla, mientras Álex las observaba con un nudo en la garganta.

—No te preocupes, mamá —dijo—. Algún día descubriremos qué fue lo que pasó.

## Capítulo 3

A la mañana siguiente de recibir el alta médica, Álex no acudió a clase. Su madre había insistido en que se quedase en casa un par de días más, hasta estar totalmente recuperado. Incluso había enviado un correo electrónico a su tutora (a quien aún no conocía) para justificar la falta.

Resultaba muy curioso... Lo que Álex había dicho en el hospital acerca de la muerte de su padre había animado muchísimo a Helena, contrariamente a lo que había temido Laura. Aquella misma tarde, después de que el médico examinase a su hijo y decidiese enviarlo a casa, declaró que ya no pensaba volver al laboratorio ese día, y propuso que todos vieran una película juntos. Sus hijos aceptaron, perplejos. Era la primera vez en años que los tres se reunían para algo que no fuera comer o ir de compras. De camino a casa, compraron un DVD de una película antigua y una ingente cantidad de palomitas. Y cuando terminaron de verla, se quedaron todavía un rato charlando los tres frente al televisor apagado. Había sido divertido... Casi como volver a los viejos tiempos.

Quizá por eso, aquella mañana Álex se había levantado de muy buen humor. La oscura historia de los clanes medu que Erik le había contado la víspera seguía martilleándole en algún rincón de su cerebro, pero, a pesar de todo, se sentía animado. Algo había comenzado a cambiar en aquella familia destrozada durante tanto tiempo; quizá estuviesen empezando a recuperar a su madre... En aquel momento, eso le importaba más que el tatuaje y que los clanes.

Cuando sonó el timbre, acudió a la puerta distraído, recordando una escena de la película en blanco y negro que habían visto la tarde anterior. Pero al abrir, todo cambió de golpe. Al otro lado del umbral se encontraba Jana.

—¡Me alegro de que hayas sobrevivido! —dijo la muchacha alegremente, entrando en el vestíbulo sin esperar a que Álex la invitase a hacerlo—. Nos diste un buen susto.

Álex la miró un momento sin saber qué decir.

—¿No deberías estar en clase? —balbuceó por fin.

Los ojos grandes y aterciopelados de Jana le miraron con cierta socarronería.

—No me lo agradezcas, para mí es un placer venir a verte —dijo, ejecutando una parodia de reverencia—. En serio, ¿te encuentras bien?

—Estoy muy bien —se apresuró a contestar Álex—. Ven a la cocina, ¿quieres tomar algo?

Sin esperar respuesta, comenzó a caminar delante de ella por el pasillo. Se sentía bien, era cierto, pero no tan bien como antes de que Jana apareciera. Su proximidad

hacía que los objetos que les rodeaban despertasen a la vida, que le impusiesen sus colores, sus formas y su contacto con una nitidez casi dolorosa. Nunca antes, por ejemplo, había notado el ligero olor a polvo que emanaba de la alfombra del pasillo, ni la minúscula grieta en el cristal de uno de los cuadros enmarcados que decoraban sus paredes grises. Cada detalle se le imponía con angustiosa claridad, impidiéndole concentrarse en sus ideas. Se preguntó si siempre sería así a partir de entonces, si cada vez que Jana se le acercase el mundo se transformaría bruscamente a su alrededor. Y si solo fuera eso... Una vez más, maldijo interiormente a David por lo que había hecho con él.

—La verdad es que no sabía si venir —dijo Jana cuando entraron en la cocina—. Sé que todo esto es muy duro para ti, y lo lamento. Quiero decir, lo del tatuaje, lo de que no podamos tocarnos...

—¿Para ti es duro? —preguntó Álex con brusquedad.

Jana fijó la vista en los fuegos de la vitrocerámica.

—Sí —murmuró con voz casi inaudible.

Luego volvió a mirar al muchacho, y sonrió de un modo casi desafiante.

—¿Tienes café? —preguntó en tono ligero—. Me muero por un café, no he tenido tiempo de desayunar antes de salir de casa.

Álex puso maquinalmente la cafetera en el fuego.

—Está hecho de esta mañana, pero si quieres hacemos uno nuevo...

—No, no, ese servirá.

Mientras el café se calentaba, se sentaron el uno frente al otro. Durante unos segundos guardaron silencio.

—Erik fue a verme al hospital —dijo Álex de pronto—. Me contó muchas cosas sobre vosotros... Sobre ti.

En circunstancias normales, Álex no habría notado el cambio de color en la piel de la muchacha. Pero el tatuaje hacía que, en su compañía, todos los sentidos se le agudizaran al máximo, y eso le permitió captar el levísimo rubor que se había instalado en sus mejillas.

—Tratándose de Erik, me imagino que no te diría nada bueno.

—¿Por qué os odiáis tanto?

Jana le sonrió de un modo extraño.

—¿Crees que Erik me odia? —preguntó en tono burlón—. Bueno, no me sorprendería que él mismo se lo creyera... Pero lo que siente por mí es un poco más complicado que eso.

A Álex no le gustó el deje insinuante que había creído percibir en aquellas últimas palabras.

—¿Estás intentando decirme que a Erik... que le gustas?

—¿Que le gusto? No, no creo que sea eso tampoco. Digamos que le «perturbo»,

que le pongo nervioso. No sabe qué pensar de mí. Le desconcierto, y eso es grave.

Álex se levantó del asiento y fue a retirar la cafetera. No quería que Jana detectase su incomodidad, así que permaneció un rato ocupado, buscando magdalenas y galletas en un armario bajo, de espaldas a ella.

—A mí me dio la impresión de que sí sabía qué pensar de ti —murmuró, sin volverse—. Y no era precisamente halagador.

Jana emitió una risa cristalina.

—¡Pobre Erik! —dijo—. Los celos deben de ser terribles para alguien como él.

Álex se giró hacia ella con un paquete de galletas de chocolate en una mano y una bolsa de magdalenas en la otra. Por unos instantes, ambos se miraron fijamente. No le hacía gracia que Jana se burlase de su amigo... Además, tenía la impresión de que ella solo estaba intentando desviar su atención de lo verdaderamente importante.

—Me contó lo de los clanes —le dijo, sondeando la oscuridad de sus ojos—. Es increíble, tardaré bastante tiempo en asimilarlo. Aunque, en realidad, creo que en cierto modo ya lo sabía; ya sé que suena absurdo, pero es la sensación que tengo.

Una mezcla de enfado e inquietud transformó la mirada de Jana.

—Te habló de los clanes —murmuró, pensativa—. Supongo que lo haría con el permiso de su padre... Tendrá problemas, si no. Implicar a un humano en nuestra historia no es algo que pueda hacerse a la ligera.

—Él no ha sido el que me ha implicado —respondió rápidamente Álex—. Habéis sido vosotros, David y tú. Ahora ya estoy dentro, lo quiera o no. El tatuaje tiene la culpa.

Jana se sirvió un poco de café en la taza que Alex acababa de tenderle. En su boca apareció una mueca de desprecio.

—Vamos, Álex, no seas ingenuo. ¿Crees que la culpa de todo la tiene el tatuaje? Tú ya estabas involucrado en nuestra historia, aunque no lo supieras. ¿O crees que Erik ha estado junto a ti todo este tiempo por casualidad? Todos estos años ha estado vigilándote.

Álex removió ceñudo el café de su taza. Empezaba a tener la impresión de que la rivalidad entre Jana y Erik era más fuerte que lo que ninguno de los dos sentía por él.

—Él dice que, en realidad, ha estado protegiéndome. Me contó lo de la profecía...

Toda esa historia del Guardián de las Palabras.

La sonrisa de Jana se convirtió en una mueca crispada.

—Ese imbécil... Entonces, ¿te lo dijo? ¿Te lo dijo todo?

Álex se bebió un largo sorbo de café antes de asentir. Le complacía tener a Jana así, sobre ascuas, aunque solo fuera por unos instantes.

—Me contó que los medu creéis que yo soy el Último Guardián, o que podría serlo.

Lo que no entiendo es por qué no me habéis destruido ya, si pensáis que puedo ser tan peligroso...

—Destruirte antes de tiempo no serviría de nada —repuso Jana con rapidez—. ¿Eso no te lo dijo? Tendría que ser justo antes de que cumplas los diecisiete años. Durante unas semanas, el espíritu del Último se volverá tan fuerte en ti que casi no parecerás humano, aunque tampoco serás inmortal. Solo en ese momento serás vulnerable... Si murieras antes, el poder del Último no haría más que cambiar de sitio. Pasaría a otro humano, pero no se destruiría. La misión de Erik es vigilarte hasta que llegue el momento clave... Y, entonces, entregarte a los suyos para que te maten. Solo los de su clan conocen el secreto para hacerlo.

Álex sintió un horrible vacío en el estómago. No podía ser que su mejor amigo quisiese acabar con él. Erik le había dicho que no era así, y deseaba creerlo.

—Erik no cree que yo sea el Último —afirmó con aparente tranquilidad.

Aquello pareció desconcertar a Jana.

—¿No lo cree? —repitió—. ¿Y por qué no iba a creerlo? Todos los drakul lo creen, por eso Óber envió a su hijo en persona a vigilarte.

—Pues Erik no lo cree —insistió Álex—. Y es posible que, ahora, el resto de su clan tampoco lo crea. Según me dijo, David me ha hecho un gran favor tatuándome... Se supone que los guardianes no pueden ser tatuados.

Jana jugueteaba en silencio con la cucharilla del café, formando pequeñas olas marrones en el interior de la taza.

—En eso puede que tenga razón —murmuró, pensativa—. Es algo con lo que David debería haber contado. Francamente, no sé si nos conviene... Ahora empezarán a plantearse cosas que antes ni siquiera se les habrían ocurrido.

—Ya veo; o sea, que el hecho de que ya no quieran matarme podría ser malo para ti.

Jana lamió la cuchara lentamente, con una chispa de burla en la mirada.

—No te lo tomes todo como algo personal —contestó—. Esta historia es mucho más complicada de lo que parece, y tú solo eres un peón en un juego bastante complicado entre los clanes. Si fueras el Último la cosa cambiaría, desde luego. Pero yo siempre he sabido que no lo eras... Mi madre tenía pruebas de que no lo eras. Por eso la asesinaron.

Álex se echó a reír sin dejar de mirarla. La frialdad de Jana en un momento como aquel no dejaba de resultar divertida.

—Está bien, no me lo tomaré como algo personal —dijo cuando logró dejar de reírse—. Si intentan matarme, recordaré que solo soy un peón en un juego mucho más importante y que no tengo que tomármelo tan a la tremenda.

De repente sus ojos se ensombrecieron.

—¿Y lo de mi padre? —preguntó—. ¿Eso tampoco tengo que tomármelo como

algo personal? David no parecía pensar de esa forma... Me dijo que me había hecho el tatuaje porque quería convencerme de que colaborase con vosotros para descubrir al asesino de vuestros padres, que también habría matado al mío. Jana se mordió el labio inferior.

—¿Te dijo eso? —preguntó, esforzándose por no parecer excesivamente sorprendida—. Es típico de David...

—Pues es lo único que tiene sentido de todo lo que me habéis contado hasta ahora —la interrumpió Álex con aspereza. Oye, Jana, tú sabes lo que siento por ti, pero eso no significa que esté dispuesto a dejar que juegues conmigo. Tú y Erik estáis intentando utilizarme no sé con qué propósito. Los dos intentáis convencerme de que el otro me considera un gran peligro y quiere matarme. A mí todo eso me suena un poco irreal, qué quieres que te diga... En cambio, David me ha puesto sobre una pista que sí merece la pena. Todo el mundo creía que mi padre se había suicidado, pero tu hermano tiene pruebas de que no fue así. Lo mataron... ¿Ves? Eso sí me interesa. Por eso sí estoy dispuesto a cooperar. Quiero saber lo que pasó, y quiero saber quién lo hizo. Lo demás... Bueno, todo eso de que yo podría ser una especie de ángel exterminador de vuestros clanes es tan ridículo que no entiendo cómo alguien ha podido tomárselo en serio.

Jana lo observó durante unos momentos con expresión calculadora.

—Te sientes demasiado normal, ¿verdad? —dijo en voz baja—. Demasiado corriente como para creer que dentro de ti late algo tan poderoso como el poder del Último. Sin embargo, si fuera cierto, dentro de unos pocos meses empezarías a sentirlo... Las fechas se acercan. Y, Álex, da lo mismo lo que tú creas, lo importante es lo que crean los demás. Yo estoy de tu lado, e incluso es posible que Erik también lo esté, aunque seguro que, cuando llegue el momento, hará lo que su padre le ordene. Pero, de todas formas, hay mucha más gente en los clanes, y tienen miedo... El tatuaje puede ayudar a convencer a muchos de que no eres el que creían, pero no los convencerá a todos.

Sigues estando en peligro, y no deberías tomártelo a risa.

—Muy bien, no me lo tomaré a risa, entonces —replicó Álex—. Pero sigue interesándome más lo otro... El asesinato de mi padre, y la posible conexión con la muerte de tus padres. ¿A ti no te interesa? —preguntó con curiosidad.

—Claro que sí —respondió Jana, sombríamente—. Pero no veo cómo puedes conseguir lo que David y yo no hemos logrado. No te ofendas, pero no eres más que un humano normal y corriente, y no creo que un humano averigüe lo que dos descendientes de Agmar no han podido averiguar.

Álex la miró largo rato a los ojos.

—He visto al asesino —dijo en tono sereno.

Esta vez había logrado sorprender a Jana de verdad. La respiración de la

muchacha se volvió más superficial y agitada. No hacía falta la intensificación de los sentidos provocada por el tatuaje para darse cuenta.

—No te entiendo —murmuró—. ¿Cuándo lo has visto? ¿Cómo sabes que era él?

—Estaba junto al cadáver de mi padre, rebuscando entre su ropa.

La palidez de Jana crecía por momentos.

—¿Estabas allí cuando ocurrió? ¿Por qué no me lo habías contado antes? ¿Por qué no se lo dijiste a David?

—Yo no estaba allí, Jana. Pero tuve un sueño cuando perdí el conocimiento, después de besarte. En realidad, creo que fue más bien una visión. El asesino estaba junto a mi padre, y le disparó. No sé si podría reconocer su cara... Estaba cubierta de sombras.

Pero vi sus alas: dos alas maravillosas, cubiertas de ojos de plata. Fuera lo que fuera esa criatura, no parecía humana.

—Podría ser Ardrach —murmuró la muchacha con los ojos agrandados por el miedo—. Así es como lo describen las crónicas...

—¿Quién es?

—Un antiguo demonio alado, un ser de otra era. Dicen que Drakul, el fundador del clan al que pertenece Erik, lo invocó para vencer al Último Guardián, salvando así a los medu de una destrucción completa. Pero no sabía que... No imaginaba que hubiera vuelto.

Álex removió con la cucharilla el azúcar pegado al fondo de su taza de café, concentrado en controlar el temblor de su mano.

—¿Crees que lo envió alguien?

Jana soltó una risita apagada.

—Claro que lo envió alguien. Ardrach está ligado a los drakul desde hace siglos...

Tuvieron que ser ellos.

Álex levantó la vista de la taza de café y la fijó en el rostro marmóreo de Jana.

—Otra vez Erik —dijo en voz baja.

—Él era muy joven cuando tu padre murió. Puede que ni siquiera sepa lo ocurrido...

No, más bien échale la culpa a su padre, Óber. Él es el jefe actual de los drakul, y está convencido de que el destino lo ha elegido para derrotar al Último, como hizo su antepasado.

—O sea, que mi padre habría muerto por intentar protegerme. Pero ¿por qué ese monstruo no acabó conmigo, en lugar de tomarla con él? Le habría resultado muy fácil, entonces solo era un niño indefenso...

—Ya te lo he explicado —replicó Jana con cierta impaciencia—. Si hubieses muerto entonces, el poder del Último habría pasado a otra persona. Era mejor tenerlo



localizado hasta que el momento llegara.

Los dos callaron durante unos minutos, cada cual sumido en sus pensamientos.

—Esa cosa habló —dijo Álex de pronto.

Jana arrugó la frente.

—¿Recuerdas lo que dijo? —preguntó—. Puede ser importante...

Álex dudó antes de contestar. Era consciente de que Jana le había mentado ya en varias ocasiones, y no quería correr riesgos innecesarios revelándole información que ella desconocía. Pero, por otro lado, sabía que, si quería avanzar en el esclarecimiento de lo que le había ocurrido a su padre, necesitaba contar con ella.

—Habló de una piedra —confesó por fin—. Le exigió a mi padre una piedra azul a cambio de su vida... Pero, a pesar de todo, él no se la dio.

Jana se había levantado como movida por un resorte. Apoyándose con las manos en la mesa de la cocina, se inclinó hacia el muchacho con los ojos brillantes.

—Una piedra azul. Claro, tenía que ser eso —murmuró casi sin vocalizar. Aparentemente, no le preocupaba demasiado si Álex la oía o no la oía—. Por fin empieza a encajar todo. Todas las piezas del puzle...

—¿Sabes qué piedra es? —preguntó Álex, asombrado.

Por toda respuesta, Jana se llevó una mano al cuello y acarició con dos dedos una zona de su piel situada justo en el centro, entre las dos clavículas.

Entonces sucedió algo increíble. Allí donde los dedos de Jana habían frotado, se materializó una pequeña piedra ovalada e intensamente azul. Al principio solo fue un fragmento, y luego, poco a poco, fue creciendo hasta adquirir su tamaño final. Por último, un rizo de plata se engarzó a la gema y, a ambos lados, uno por uno, fueron apareciendo los diminutos eslabones de una cadena de plata alrededor del cuello de la muchacha.

—La Luna Azul de Sarasvati —murmuró ella, sin dejar de acariciar la joya—. Esto era lo que el monstruo quería. Por eso mató a tu padre.

Álex se preguntó si estaba viendo un espejismo. Por un momento, cerró los párpados con fuerza, hasta que la oscuridad se pobló de destellos rosados. Cuando abrió los ojos de nuevo, la piedra seguía allí.

—¿Qué es? —acertó a preguntar.

—No lo sé exactamente —musitó Jana—. Mi madre sí debía de saberlo, pero murió demasiado pronto y no tuvo tiempo de trasmitírnoslo ni a David ni a mí. La encontré en su habitación, oculta bajo un hechizo muy poderoso... El mismo que empleo yo ahora para llevarla siempre encima sin que nadie la vea.

—Pero ¿tiene algún significado? ¿Por qué querría alguien matar por ella?

Jana se encogió de hombros.

—Cada clan medu tiene una especialidad en el mundo de la magia. En el clan de Agmar, esa especialidad son las visiones. Podemos ver algunas cosas que no han

sucedido todavía, y eso nos permite actuar para que sucedan o para que jamás lleguen a suceder, según lo que nos convenga. Pero las visiones duran poco, y no siempre son claras. A veces las protegemos encerrándolas en un objeto, donde pueden permanecer durante mucho tiempo. Yo sospecho que esta piedra contiene una visión, una visión muy importante... Pero, por más que lo he intentado, todavía no he logrado extraerla.

Lo único que sé es que lleva tu nombre, como una llave sonora que controla su secreto.

—Entonces, ¿contiene una visión de tu madre?

Jana asintió.

—Probablemente, una visión relacionada contigo.

La mente de Álex trabajaba a un ritmo vertiginoso.

—Quizá la prueba de que yo soy el Último —dijo, y sonrió pensativo—. O eso creía el padre de Erik, y por eso le interesaba tanto conseguirla.

—No, no puede ser eso —dijo Jana—. Mi madre no creía que tú fueras el Último Guardián. De lo contrario, no lo habría ocultado. Proteger al Último Guardián supondría colaborar en la destrucción de los medu, y mi madre jamás habría hecho eso. A no ser que...

—A no ser... ¿qué?

—Mi madre, en los últimos tiempos antes de su muerte, había desafiado abiertamente a Óber. Quizá la visión tenga algo que ver con eso.

—Ya..., pero ¿por qué esa cosa creía que mi padre tenía la piedra?

—Quizá la piedra fuera de tu padre, y se la diese a mi madre para que la protegiese con un hechizo. Puede que ese fuera el motivo de que tu padre viniese a casa unas cuantas veces por aquella época. David y yo nos acordamos muy bien, las visitas de humanos corrientes a nuestra casa no eran nada frecuentes. Tu padre se encerraba con mi madre en la biblioteca y permanecían allí varias horas, hablando.

—¿Tu padre no participaba? Jana negó con la cabeza.

—No. Mi padre era un miembro del clan de los drakul que cayó en desgracia al casarse con mi madre. Óber nunca se lo perdonó, y se las ingenió para arrebatarse todos sus poderes. Por eso, él generalmente se mantenía al margen de todo lo que tuviera que ver con los clanes. Lo que sí recuerdo es que, cuando tu padre venía, se encargaba de controlarnos a David y a mí para que no aporreásemos la puerta de la biblioteca.

Álex sonrió al recordar su conversación con David en el parque.

—Tu hermano intentó convencerme de que entre mi padre y tu madre había «algo». Parecía insinuar que eran amantes... Sonaba bastante increíble.

Jana hizo una mueca.

—David quería que nos ayudases sin contarte nada realmente importante —contestó—. Está obsesionado con la venganza. Lo único que parece importarle en

este mundo, aparte de sus malditos tatuajes, es destruir a los asesinos de nuestros padres. Hay que ponerse en su lugar; estaba muy unido a mi madre, para él fue un golpe tremendo... —¿Más que para ti? La pregunta cogió a Jana por sorpresa.

—No, no quiero decir eso. Yo también estaba muy unida a mi madre, y ella me transmitió todo lo que sé de magia. Pero con David tenía una afinidad especial...

Supongo que es el arte. Para David, sus tatuajes son un fin en sí mismos. No le importan las consecuencias que puedan traer; son desafíos, retos que se plantea. Mi madre también era un poco así... Yo, en eso, no me parezco a ellos. Utilizo los tatuajes para conseguir lo que quiero. Es lo único que me interesa.

—En todo caso, David se alegrará cuando le cuentes lo de mi visión. Al final se ha salido con la suya... Me ha sacado la información que buscaba.

Jana asintió sin mucho entusiasmo.

—Es un primer paso —dijo—. Pero mientras no averigüemos el secreto que contiene la piedra, no nos servirá de mucho.

—Al menos sabéis quiénes fueron los culpables de la muerte de mi padre, y probablemente de los vuestros...

—Eso ya lo sospechábamos desde hacía tiempo. ¿Quién podía ser si no Óber?

El pesimismo de Jana era contagioso.

—¿Y no hay ninguna manera de extraer esa visión de la piedra? Quiero decir... Si vosotros no podéis, alguien tiene que ser capaz.

—¿Crees que le confiaría algo tan importante a alguien que no fuera de mi familia? —preguntó Jana, sonriendo desdeñosamente. No; algún día podremos hacerlo.

Tenemos que mejorar nuestros poderes... Eso es todo.

—Puede que aún seáis demasiado jóvenes. Aquello hizo reír a Jana.

—¿Demasiado jóvenes? —repitió—. No, créeme, ese no es el motivo.

Álex sintió un repentino vacío en el estómago.

—No irás a decirme que tienes mil años, o algo así...—musitó Jana volvió a reír, esta vez con más ganas aún que la primera.

—¡Qué disparate! No, claro que no. Mi vida es igual que la de cualquier humano, Álex. Tengo la edad que aparento tener, y soy tan «material» como cualquier persona. Creí que ya te habías dado cuenta de eso la otra noche, cuando empezamos a besarnos...

Se interrumpió, algo arrepentida de haber sacado aquel tema.

—Sí, me pareciste muy humana —dijo Álex, mirándola con ojos como brasas.

El tatuaje había comenzado a arderle como una quemadura, recordándole lo peligroso que podía ser para él seguir avanzando en esa dirección.

Sin embargo, el deseo de volver a tocar a Jana, aunque solo fuese por un instante, era más intenso y devorador que el dolor del tatuaje.

—No he debido recordártelo —se reprochó Jana, leyendo en su mirada—. Lo que quería decir era que, si no hemos podido extraer el secreto de la piedra, no es porque seamos demasiado jóvenes. David y yo hemos crecido con la magia, hemos aprendido a practicarla al mismo tiempo que a hablar, así que no se puede decir que seamos inexpertos. Pero esta piedra tiene algo especial... Algún día averiguaremos qué es.

Álex seguía mirándola con ojos de fuego, escuchando solo a medias lo que decía.

—Hazme una demostración —pidió de pronto.

La chica lo miró perpleja.

—¿Una demostración? ¿De qué?

—De tu magia. De tu poder con las visiones. Muéstrame algo del futuro, algo que tú puedas ver y yo no.

Jana lo contempló, dubitativa.

—La cosa no funciona así. Las visiones no vienen del futuro, sino de uno de los infinitos futuros posibles. Y a veces proceden del presente, o del pasado... No se puede controlar su contenido.

—Entonces, ¿no puedes tener una visión sobre mí?

Jana meneó la cabeza con tristeza.

—Para eso tendría que tocarte, y el idiota de David se ha encargado de que no pueda hacerlo.

—¿Lo lamentas? —preguntó Alex poniéndose de pie y avanzando lentamente hacia la muchacha.

Ella retrocedió hasta la pared y se quedó allí pegada, mirándolo con ojos empañados de deseo.

—Si te digo que sí, ¿te quedarás dónde estás? Álex sonrió.

—No —repuso, dando un paso más hacia ella—. Álex, por favor. Si vuelves a tocarme, podrías morir... No es posible, ¿entiendes? Nunca será posible.

Alex se detuvo a unos veinte centímetros de ella. Sentía un cosquilleo en los labios al tenerla tan cerca, y el dolor del tatuaje se había vuelto insoportable.

—¿No hay ninguna manera? —preguntó débilmente—. ¿Algún hechizo contrario?

¿Alguna forma de borrar el tatuaje?

Jana lo miraba como hipnotizada, acorralada contra la pared y totalmente incapaz de escabullirse.

—Quizá los drakul puedan hacer algo —murmuró—. Su magia es mucho más antigua que la nuestra.

—Se lo pediré a Erik —dijo Álex, alzando la mano como si fuera a acariciar el cabello de Jana y dejándola unos instantes inmóvil en el aire—. Le diré que, si no me ayuda, me moriré, lo cual es la pura verdad. Si quiere demostrarme que es mi amigo,

esta será una buena ocasión...

—No te ayudará, Álex —susurró Jana con voz desfallecida—. Si quieres poner a prueba su amistad, pídele cualquier cosa menos eso. Llevamos años yendo a la misma clase, y he visto cómo me mira. Puede que ni siquiera se lo confiese a sí mismo, pero está obsesionado conmigo. Sabe que nuestros clanes son enemigos, y que nunca podremos estar juntos, claro. Sin embargo, no puede soportar la idea de que no sea suya. Lo leo en sus ojos, en su voz, en todo lo que dice y hace para intentar demostrar que me odia. Lo que me sorprende es que tú no te hayas dado cuenta.

Mientras Jana hablaba, Álex había retrocedido unos pasos y la contemplaba con fijeza.

—Pues si él no quiere ayudarnos, se lo pediremos a Óber. Le daremos la piedra a cambio, le daremos lo que nos pida. ¿Qué te parece?

La expresión de Jana se endureció.

—No pienso hacer eso —dijo—. No pienso hacer ningún trato con él. Trataría de engañarnos, y probablemente lo conseguiría.

Su sonrisa se había enfriado, y la de Álex, mientras la escuchaba, fue volviéndose más irónica.

—Lo primero es lo primero —dijo con lentitud—. Y eso no me incluye a mí, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros, despectiva.

—Piensa lo que quieras. Tengo unos deberes para con mi clan, y hay en juego cosas mucho más importantes que lo que tú y yo sintamos o queramos. No voy a traicionar el legado de mi madre a cambio de un poco de diversión, eso puedes tenerlo claro.

Un destello de cólera atravesó los ojos del muchacho.

—¿Eso es lo que sería para ti? ¿Solo eso, diversión?

Jana se mordió el labio inferior sin dejar de sonreír, en un gesto de provocación.

—¿Por qué? ¿Te molestaría?

Álex la miró en silencio durante unos segundos.

—No intentes jugar conmigo, Jana —dijo finalmente en voz baja—. No te va a funcionar. Tengo muy claro lo que siento por ti, y me da igual si a ti todo esto te da miedo. Si no quieres ayudarme a librarme de este regalito de tu hermano, me las arreglaré solo. Y después, cuando lo haya conseguido, si lo que quieres es solo diversión, nos divertiremos. Y si quieres algo más, estaré en condiciones de dártelo.

Tú decides.

Jana había dejado de sonreír. La expresión dura y reconcentrada de su rostro indicaba que estaba librando una dura batalla en su interior.

—Quizá haya otras maneras —dijo de pronto.

Esperó a que Álex reaccionara, pero él se limitó a mirarla con ojos interrogantes.

—Hace un momento querías que te hiciera una demostración de mis poderes — continuó la muchacha—. Pues bien, voy a hacértela... Y quizá logre convencerte de que no necesitamos a Óber para... para vencer la barrera del tatuaje. Existen otras formas de tocarse, de sentir el contacto del otro.

Un destello de esperanza iluminó los ojos de Álex.

—Me estás diciendo que...

—Tú espera y verás —le interrumpió Jana—. Solo necesito algo tuyo, un objeto que hayas tocado recientemente. Pero no basta con que lo hayas tocado, tienes que haber concentrado en él toda tu atención, aunque sea por un periodo muy corto de tiempo.

Una idea empezó a abrirse camino en la mente de Álex.

—¿Un libro servirá? —preguntó, dejando traslucir su excitación.

Jana volvió a sonreírle, esta vez abiertamente.

—Claro, si le has prestado atención hace poco...

—Espera, vuelvo ahora mismo.

Álex salió en tromba de la cocina, dejando a Jana apoyada contra la pared de azulejos, turbada y pensativa.

Regresó al cabo de un momento con un libro en la mano. Se trataba del ejemplar que su hermana le había llevado a la clínica, el viejo volumen con un barco dorado grabado en el dorso.

Jana lo observó con curiosidad.

—Se parece a un libro que hay en mi casa. Tiene el mismo logotipo...

—Lo sé —dijo Álex, tendiéndole el volumen y observándola mientras ella lo hojeaba—. Lo vi en vuestra biblioteca y me acordé de que aquí teníamos otro parecido. Por eso, al volver a casa, lo estuve buscando hasta dar con él... Es interesante, trata sobre la astronomía en las civilizaciones antiguas.

Jana había llegado a la página donde se encontraba el papel vegetal que contenía aquel dibujo incomprensible que tanto había intrigado a Erik.

—¿Qué es esto? —preguntó, desplegando el papel sobre la mesa de la cocina.

—No lo sé. Un garabato de mi padre. Puede que estuviese intentando dibujar una de las constelaciones que aparecen en el libro y que trazara varios bocetos, uno sobre otro. La verdad es que no tengo ni idea.

Jana observó atentamente el dibujo durante un par de minutos. Cuando finalmente alzó la vista, sus ojos brillaban de un modo extraño.

—¿Tienes un bolígrafo negro? ¿Te importa que lo use en este papel?

Álex rebuscó en un cajón hasta encontrar lo que buscaba.

—Mi madre los guarda por todas partes —dijo, tendiéndole un bolígrafo transparente en cuyo interior se veía un tubito lleno de tinta negra—. Se los da alguien del trabajo, y los distribuye por toda la casa para tenerlos siempre a mano.

¿Vas a dibujar sobre el dibujo de mi padre?

—Quiero comprobar una cosa. Espera un momento.

Álex observó cómo los dedos de Jana temblaban al sostener el bolígrafo sobre la hoja de papel, sin llegar a rozarla. Nunca, desde que la conocía, la había visto tan alterada.

Era como si temiera hacer lo que estaba a punto de hacer, pero aun así estuviese decidida a hacerlo. Al notar que Álex la miraba con cierto asombro, no obstante, se terminaron sus vacilaciones, y el bolígrafo comenzó a trazar una línea negra siguiendo algunas de las líneas rojas ya trazadas en el dibujo.

Realizaba aquella minuciosa tarea con lentitud, esforzándose al máximo por controlar el temblor de su mano. Pasados los primeros instantes, Álex dejó de mirarla y se concentró en la figura que iba apareciendo en el papel. Despacio, pero con una sorprendente seguridad, Jana iba eligiendo en la maraña de trazos que componían el boceto aquellos que significaban algo para ella, y los marcaba con su bolígrafo.

Cuando terminó, se apartó de la mesa y se quedó un buen rato mirando en silencio el resultado de su trabajo. Las líneas negras que había destacado en el boceto componían una figura que recordaba vagamente la silueta de una cabeza de caballo vista de perfil. Los ojos de Álex iban y venían una y otra vez desde el dibujo al rostro de Jana, intentando extraer de todo aquello algún significado.

—Quizá sería mejor que trajeses otra cosa para invocar la visión —dijo la chica por fin con voz apagada—. No sé si quiero saber lo que hay detrás de esto.

Alex sonrió con una mezcla de asombro y escepticismo. Le costaba trabajo creer que Jana pudiera renunciar a saber lo que ocultaba el dibujo. Lo que ocurría era que no estaba segura de querer compartir aquel conocimiento con él... Sin embargo, no iba a tener más remedio que hacerlo.

—¿Conoces ese símbolo? —preguntó el muchacho—. Parece una cabeza de caballo, ¿no? Jana asintió con la cabeza.

—El garabato de tu padre está formado por dos dibujos superpuestos. El que no he marcado, como ves, tiene una forma bastante irregular, con muchas líneas abiertas; unas rojas y otras azules... La verdad es que no creo que signifique nada. Es demasiado raro, demasiado asimétrico. El otro, en cambio...

—El otro, ¿qué?

En lugar de terminar su frase, Jana empezó a mordisquear el extremo del bolígrafo con los ojos fijos en Álex, calculando las diferentes posibilidades que el descubrimiento que acababa de hacer abría ante ella.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? —preguntó muy seria—. Los otros clanes se me echarán encima si te lo cuento. Se supone que es un secreto que nos pertenece solo a los medu, y que los humanos deberían ignorar...

—¿Quieres decir que, si me lo cuentas, estaré en peligro?

Jana hizo un gesto ambiguo con los hombros.

—Es posible —admitió.

—Si a ti no te importa correr el riesgo, a mí tampoco —dijo Álex, sosteniéndole la mirada.

Jana frunció el ceño y, a la vez, esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Está bien —dijo—. Si es eso lo que quieres... Este es el símbolo del Desterrado, y encierra una larga historia. Quizá no te interese conocerla...

Álex la interrumpió con un gesto de la mano.

—Déjate de excusas —dijo con firmeza—. Estoy listo para escuchar.



## Capítulo 4

La leyenda del Desterrado es una de las más antiguas de los medu —comenzó Jana, eligiendo con cuidado sus palabras—. Se remonta a los tiempos anteriores a la última aparición del Guardián de las Palabras, es decir, a la última gran destrucción. En esa época había siete clanes...

—¿Cuántos hay ahora?

Jana frunció el ceño, molesta por la interrupción.

—También hay siete, pero no son los mismos de entonces. Como te decía, había siete clanes, y la jefatura de todo nuestro pueblo la ostentaba una dinastía perteneciente al clan de los kuriles, el más poderoso y antiguo de todos.

Jana cerró los ojos por un momento, como intentando hacer memoria.

—Los kuriles poseían el don de ver lo que aún no había ocurrido, pero a cambio tenían que pagar un alto precio: habían renunciado a recordar su pasado para dominar el futuro, pues solo liberándose del lastre de la memoria podían elevarse sobre los meandros del tiempo. A ese arte lo llamaban «cabalgar en el viento del futuro», y nunca se lo enseñaron al resto de los clanes. Según parece, cabalgar en el viento era sumamente difícil, y requería un largo y penoso aprendizaje. El problema era que el conocimiento que los magos kuriles tenían del futuro a menudo lo modificaba. ¿Te acuerdas del principio de incertidumbre que nos explicaron el año pasado en física?

Álex asintió.

—Lo de que no se puede conocer a la vez la velocidad y la dirección de una partícula subatómica, porque al medir una cosa modificas la otra. Era algo así, ¿no?

—Más o menos, sí. Pues algo parecido les ocurría a los jinetes del viento. El futuro que veían en cada ocasión solo era el más probable de los futuros posibles; sin embargo, su propia visión alteraba a menudo los índices de probabilidad relacionados con el suceso que estaban estudiando. Eso significa que debían tener mucho cuidado para no modificar el futuro que contemplaban. Siempre, claro está, que no quisiesen modificarlo... Porque a veces veían cosas tan intolerables que todos sus esfuerzos se encaminaban a evitar que ocurrieran.

»Era difícil decidir en cada caso si había que respetar el contenido de una visión o, por el contrario, intervenir para modificar las probabilidades relacionadas con ella. Y las cosas no siempre les salían como ellos querían... Pero, a pesar de todo, los magos fueron aumentando sus ambiciones generación tras generación, hasta trazar un plan tan ambicioso que abarcaba el destino entero de los hombres y de los medu. Su poder era tal que nadie podía detenerlos, e incluso los guardianes tuvieron que renunciar a derrotarlos cuando comprobaron que los jinetes del viento se adelantaban

a todos sus movimientos y eran capaces de adivinar hasta el más pequeño de sus propósitos. La verdad es que la época de los kuriles fue la más próspera de toda la historia de los medu... Lástima que terminara de un modo tan horrible. Y lo más curioso es que todo comenzó con un acontecimiento bastante insignificante...

Jana hizo una pausa para respirar. Al soltar el aire, su garganta emitió un gemido casi inaudible. Alex la observó con atención: se había puesto muy blanca, y parecía tener dificultades para mantenerse erguida en la silla. Daba la sensación de que, de un momento a otro, su cuerpo iba a caer al suelo como un fardo. Sus ojos se habían empañado, y Alex no estaba demasiado seguro de que ella, en ese instante, pudiera verlo.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó, preocupado—. Escucha, no hace falta que sigas ahora con esa historia, ya terminarás de contármela en otro momento...

—No es eso —le interrumpió Jana con una voz susurrante, que de pronto parecía venir de muy lejos—. Es que se trata de una leyenda muy poderosa, y ha atraído una visión. La siento acercarse...

Su mano derecha ascendió hasta la piedra azul que colgaba de su cuello. Cuando cogió el colgante entre el dedo índice y el pulgar, el zafiro emitió una luz cegadora.

Alex se levantó de su asiento y dio un paso hacia ella, asustado. La muchacha había cerrado los párpados.

—Jana, ¿estás bien? Si hay algo que pueda hacer...

—Siéntate —oyó que le decía en su interior la voz imperiosa de la muchacha. La visión se acerca. Te he contado una parte de la historia. El resto vas a contemplarlo con tus propios ojos... No tengas miedo, yo estaré contigo.

Álex notó en ese instante una brisa helada que le puso la carne de gallina. Los muebles de la cocina se fueron difuminando en una oscuridad violácea, tan densa que no tardó en borrar todos los contornos. Y luego, casi sin transición, el vacío púrpura estalló en un millar de fragmentos diminutos que giraron en torbellino a su alrededor para posarse a continuación unos sobre otros, componiendo una imagen perfecta.

Álex contuvo el aliento, sobrecogido. Se encontraba al fondo de una especie de templo, un edificio de altas bóvedas encaladas bañado en el resplandor lechoso que se filtraba a través de los grandes ventanales de alabastro. Delante de él se apretujaban cientos de personas ataviadas con trajes muy parecidos a los que pueden verse en algunas pinturas del Renacimiento. Los hombres llevaban pesados jubones negros con adornos de piel en el cuello, y las mujeres, suntuosos vestidos de brocado azul y hermosos chales de encaje sobre los hombros. Todos guardaban un respetuoso silencio, y de vez en cuando se empujaban suavemente o se ponían de puntillas para ver mejor la ceremonia que se desarrollaba en la cabecera del templo, ante el altar.

La mano de Jana lo asió por la manga con cuidado de no rozarle la piel y, suavemente, tiró de él. Ambos se deslizaron como sombras entre los mudos

espectadores, asombrados de que nadie pudiera verlos ni sentir su contacto. De ese modo consiguieron situarse en primera fila.

—Es una boda —le susurró Jana a Alex—. Una boda entre una princesa kuril y un joven jefe medu de una familia menor. El acontecimiento insignificante del que te hablaba...

Alex echó una ojeada cautelosa a su alrededor para cerciorarse de que nadie les prestaba atención. Todavía no se había hecho a la idea de que, para toda aquella gente, ellos dos no estaban allí.

—No parece tan insignificante —se atrevió a replicar—. Ha venido un montón de gente a verlo, y todos parecen muy bien vestidos...

—La novia pertenece al linaje del rey. Mira a tu derecha. El anciano de la capa blanca y el birrete negro es el rey mismo. He visto alguna representación antigua, lo reconocería en cualquier parte.

—Parece inquieto... No hace más que mirar hacia atrás.

—Sí, no está muy pendiente de la ceremonia que digamos. Espera a alguien... A su hijo Céfiro. Pero su hijo no va a venir.

Álex observó durante unos segundos el perfil severo y tenso del rey, cuya mirada permanecía ahora fija en los novios.

—Su hijo Céfiro, el príncipe heredero de los kuriles, ha hecho todo lo posible por impedir esta boda —continuó explicando Jana a media voz—. Avisó a su padre de que, si este matrimonio llegaba a celebrarse, provocaría una concatenación de sucesos que terminaría conduciendo a los otros seis clanes a destruir a los kuriles. Dice haberlo descubierto leyendo el futuro en uno de sus libros mágicos, pero nadie le cree. Ningún otro kuril ha tenido esa misma visión, y, además, es de todos sabido que Céfiro ama en secreto a la novia desde que ambos eran unos crios... En resumen, tanto el rey como sus consejeros están convencidos de que Céfiro intenta impedir este matrimonio por celos. ¡No saben cuánto se equivocan!

Álex observó a la novia y al novio, que escuchaban frente al público una larga salmodia pronunciada con los ojos cerrados por una mujer pelirroja de mediana edad que parecía officiar como sacerdotisa. La novia llevaba una toca blanca en la cabeza y un largo vestido del mismo color. El novio, por su parte, iba enteramente vestido de color pardo, excepto por el bonete de terciopelo negro que le cubría la cabeza. Ambos eran apuestos y muy jóvenes, tanto que parecían dos adolescentes... La muchacha, de piel muy blanca y largas pestañas rubias, guardaba un cierto parecido con Jana.

Detrás de ellos, la sacerdotisa, sin dejar de cantar, avanzó un par de pasos y unió con las suyas las manos de los contrayentes. De entre sus dedos surgió una diminuta serpiente dorada que reptó silenciosamente hacia la mano de la muchacha. Allí enroscó su delgado cuerpo en el anular de la joven mientras su cabeza se deslizaba hacia el mismo dedo del novio. Ambos dedos quedaron así entrelazados por un ocho

refulgente como el oro y en continuo movimiento, que a Álex le hizo pensar en el símbolo matemático del infinito.

Pronunciando una larga fórmula en un idioma incomprensible, la sacerdotisa retiró entonces la toca que cubría la cabeza de la joven. Los cabellos rubios de esta cayeron como una cascada sobre sus hombros, y al mismo tiempo la seda semitransparente de su vestido comenzó a cubrirse de bordados de ramas verdes que crecían en todas direcciones, como si el motivo vegetal realmente perteneciese a un organismo vivo.

A Álex le pareció incluso que algunos de los zarcillos de aquella enredadera se salían de la tela para proyectar sus sombras sobre la delicada piel de la muchacha. Se volvió hacia Jana, intrigado. Ahora que la larga cabellera de la novia había sido liberada, el parecido entre las dos no había hecho sino aumentar.

En ese instante, dos hileras de ancianos cubiertos de lujosos mantos carmesíes comenzaron a avanzar desde la entrada del edificio hacia el altar mientras entonaban un sombrío canto. Todos ellos portaban lámparas de aceite que ardían con una débil llama verdosa. Cuando llegaron a la altura de los novios, se quedaron callados y alzaron las lámparas a la altura de su rostro. Entonces, la pequeña serpiente de oro descendió desde las manos de los novios hasta el suelo, reptando sobre el vestido de la joven.

—El matrimonio ha sido sellado conforme a la antigua costumbre —musitó Jana.

Álex no podía apartar la vista de los dedos de los recién desposados, donde refulgían dos tatuajes idénticos en el mismo lugar donde un momento antes se hallaba la serpiente. Anillos grabados en la piel... El muchacho se estremeció al pensar que un vínculo sellado mediante símbolos tan poderosos no podría romperse fácilmente.

—Observa al rey —oyó que le susurraba Jana—. Está muy alterado... Acaban de comunicarle que su hijo no aparece.

Alex observó que, en efecto, el rey no parecía estar prestando ninguna atención a la ceremonia. Una mujer de cabellos grises y espalda encorvada hablaba con él en voz baja, y era evidente que lo que le estaba diciendo acrecentaba por momentos la zozobra del soberano.

Los ancianos de las túnicas ya habían reanudado sus cantos cuando, sin previo aviso, el monarca alzó una mano e interrumpió el ritual con voz grave y temblorosa.

—Súbditos y amigos, me informan de un suceso que ninguno de nosotros había visto en los libros. Mi hijo, el príncipe Céfiro, ha abandonado el reino. Los rastreadores han perdido su pista en las faldas del monte Cardack, y todos sabemos lo que eso significa. La Frontera Invisible... Podría habérselo ocultado, pero no he querido hacerlo.

Varias voces se alzaron desde distintos rincones del templo.

—¿Qué significa? —preguntaban en diferentes tonos, oscilando entre el miedo y

la incredulidad.

—Lo que significa lo sabéis muy bien —repuso el rey, acallando las voces con un gesto impaciente de la mano derecha—. El vio lo que ninguno de nosotros alcanzó a ver. Predijo la ruina de nuestra estirpe si este matrimonio se celebraba, y el terrible paso que acaba de dar demuestra que no hablaba a la ligera. Si se ha arriesgado a cruzar la Frontera Invisible, poniendo en peligro su propia vida, ha sido para convencernos de la importancia de su profecía. Y a mí me ha convencido.

La algarabía que se produjo al oír la conclusión del monarca fue ensordecedora. En aquella confusión de gritos e imprecaciones, Álex no consiguió descifrar ninguna frase coherente. Lo único que pudo concluir al observar los rostros acalorados de cuantos lo rodeaban fue que las palabras del soberano no habían dejado indiferente a nadie.

—Pero el matrimonio ya se ha celebrado —dijo la voz de la sacerdotisa, alzándose sobre las demás—. Ni vos ni nadie puede disolverlo...

El rey arqueó las cejas y sonrió con frialdad.

—¿Quién más lo dice? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Yo —repuso al instante un joven de largos cabellos negros y mirada penetrante que llevaba el emblema de un dragón bordado en su casaca negra.

—Y yo —le apoyó un anciano canoso desde las últimas filas.

Otros muchos hombres y mujeres se atrevieron a secundar el desafío de aquellos dos súbditos. Muy pronto, el alboroto reinante en el interior del templo fue tal que a Álex le resultó imposible entender lo que ocurría.

Como si la confusión de sonidos hubiese empapado la atmósfera, el aire comenzó a llenarse de vapores rojos y púrpuras que lentamente fueron engullendo los detalles de la visión.

—Ese fue el comienzo del fin —dijo la voz de Jana desde algún lugar distante e impreciso—. Los kuriles, asustados por la desaparición de su príncipe, insistieron en romper el matrimonio recién celebrado, pero los otros clanes se negaron. Y tres días después de la boda, el joven novio apareció degollado... Nadie pudo encontrar a su esposa. Fue como si se la hubiese tragado la tierra.

Alrededor de Álex, el humo rojizo comenzó a dispersarse, revelando fragmentos de un campo de batalla. Los ojos del muchacho tardaron en acostumbrarse a los sombríos colores de la escena. Los tonos plomizos del cielo parecían prolongarse en los metales deslucidos de las armaduras, en las grupas polvorientas de los caballos y en la tierra agrietada y cenicienta. Solo los disparos ocasionales de algún cañón lejano hacían estallar aquí y allá pequeñas llamaradas de color que no tardaban en extinguirse.

Álex no sabía mucho acerca de la historia de las artes militares, pero le pareció, por la indumentaria de los soldados y el armamento que llevaban, que la batalla podía

estar desarrollándose en algún momento de la época renacentista. Cuando sus ojos lograron acostumbrarse a la penumbra y al humo, distinguió a pocos metros de él un destacamento de caballería que intentaba repeler a la desesperada el ataque de un nutrido grupo de soldados de a pie. Estos últimos llevaban larguísimas picas con las que hostigaban a los caballos de sus enemigos, llegando en ocasiones a desmontar a los jinetes. El distintivo que ondeaba en sus banderas era un dragón rampante de color rojo, el mismo que campeaba en el centro de sus corazas plateadas. Pero lo más curioso era que algunos guerreros llevaban el mismo símbolo tatuado en el rostro, lo que les daba un aspecto extrañamente inhumano.

En el otro bando, el emblema que decoraba las lujosas armaduras negras de los jinetes era la cabeza de un caballo con las crines al viento. Todos se cubrían la cabeza con yelmos coronados por largos penachos de plumas rojas, pero cuando una de las picas del enemigo alcanzó al que parecía liderar la compañía, este alzó la visera protectora y Álex pudo distinguir en su rostro macilento la mirada penetrante del rey de los kuriles.

—Los derrotaron, ¿no? —se oyó decir con una voz que no parecía la suya.

—Los aniquilaron —confirmó Jana en tono apagado—. Los principales jefes kuriles murieron, y muchos otros languidecieron en prisión hasta su vejez. El clan fue disuelto, y sus bibliotecas, quemadas. Drakul, el general que los había vencido, pasó a ocupar la jefatura de los medu, y desde entonces esta ha permanecido en su familia.

—¿Y qué ocurrió con Céfiro? ¿No regresó nunca?

Las imágenes de la batalla habían comenzado a palidecer hasta extinguirse por completo. En cuestión de segundos, la sangrienta visión se había fundido con las siluetas mudas y acogedoras de los muebles de la cocina.

Mareado por la rápida sucesión de escenas, Álex se agarró a la mesa para no perder el equilibrio y consiguió volverse hacia donde suponía que se encontraba Jana. Ella seguía allí, en efecto, meditando la respuesta a su pregunta.

—En realidad, eso es lo más intrigante de todo —murmuró, pensativa—. Parece ser que Céfiro y la viuda del jefecillo asesinado, convertida ahora en su prometida, regresaron mucho más tarde, cuando Drakul se había convertido en jefe de los medu y estaba tratando de derrotar al Último. Céfiro le ayudó a conseguirlo, a derrotar a los guardianes... Pero los drakul temían su poder y, terminada la guerra, lo desterraron.

Por eso se le conoce como el Desterrado.

—O sea, que este símbolo que has trazado en negro es el símbolo de Céfiro.

Jana asintió.

—Habrás visto que el emblema de los kuriles era una cabeza de caballo que miraba hacia la derecha. Céfiro adoptó el mismo símbolo, pero vuelto hacia la izquierda. Es posible que Drakul le obligara a cambiarlo, no lo sé... El caso es que el caballo que mira hacia la izquierda se considera desde entonces un emblema de mal

augurio entre los de nuestro pueblo.

—Pero no tiene sentido. En realidad, por lo que dices, Céfiro fue bastante generoso...

—Es cierto, pero todos los medu sienten un temor casi supersticioso al oír su nombre —explicó Jana, arqueando las cejas—. Supongo que se trata simplemente de un sentimiento de culpa mal digerido... Por dos veces, Céfiro trató de ayudar a los medu.

La primera vez le ignoraron, y la segunda lo condenaron al exilio. Después, nadie volvió a verlo... Fue una gran pérdida para nosotros. Tras el exterminio de los kuriles, él era el único que aún dominaba el arte de cabalgar en el viento. Drakul debería haberle permitido reconstruir su clan, nos habría sido de gran ayuda. Pero era demasiado cobarde como para correr ese riesgo.

—Ese Drakul... Por lo que has dicho, supongo que fue el fundador del clan que lleva su nombre.

—Así es. El clan al que pertenece Erik. Los drakul temen más que nadie el símbolo del Desterrado. No tocarían un objeto con ese símbolo ni por todo el oro del mundo.

—Pero tú no eres una drakul —observó Alex, retándola con la mirada.

Jana observó durante unos segundos la cabeza de caballo trazada en negro con una mezcla de terror y fascinación. Por un momento, Alex creyó ver de nuevo un halo rojizo a su alrededor, y temió que las visiones comenzaran de nuevo.

—En cierto modo, sí lo soy —precisó la muchacha—. Ya te dije que mi padre era un drakul... Solo que Óber lo expulsó de su clan.

Alex temió de pronto que todo aquello estuviese yendo demasiado lejos. Las visiones no habían sido agradables, sino horriblemente vividas y turbadoras. Le había pedido a Jana que le hiciese una demostración de sus poderes... Pues bien, con lo que acababa de ver ya tenía bastante. No deseaba que la exhibición de magia recomenzara, de modo que, con decisión, le arrebató a Jana el papel que tenía entre las manos.

—Si de verdad tienes algo de sangre drakul en tus venas, será mejor que no toques esto —se justificó, antes de que ella pudiese protestar—. No quisiera que te pasase nada, créeme. Imagínate que provocas la aparición del Desterrado y que él decide vengarse de tus antepasados drakul convirtiéndote en una rana...

—No deberías bromear con esto —gruñó Jana, desviando la mirada hacia la ventana de la cocina—. Es más serio de lo que tú piensas.

—Lo siento, no pretendía bromear. Solo quería convencerte de que no hace falta que corras ningún riesgo por mí. Lo que he visto me ha convencido de que eres una bruja... No me hacen falta más pruebas.

Frunciendo el ceño, Jana alargó la mano y le arrancó suavemente el papel de entre

las tuyas.

—Hay riesgos que merecen la pena —dijo, clavándole sus grandes ojos aterciopelados—. Escucha, lo que has visto no es nada comparado con lo que puedo hacer. Una cosa es tener una visión que no has provocado tú deliberadamente y otra muy distinta poner toda tu voluntad en el empeño. Si me esfuerzo, puedo hacerte experimentar cosas tan reales que lograrán confundir tus sentidos. Créeme, no te arrepentirás...

Álex cerró los ojos y tragó saliva. Le iba a costar mucho trabajo resistirse a una invitación como aquella. Aun así, lo intentó.

—De acuerdo —dijo—, pero no utilices ese papel. Usa otra cosa menos peligrosa para ti, algo que no tenga nada que ver con el Desterrado...

Jana esbozó una sonrisa que él no supo interpretar.

—Eres tú el que tiene miedo —murmuró—. Miedo de saber... ¿No te das cuenta de que este papel podría ser la puerta que nos lleve a alguna visión realmente importante? Podría revelarnos algo relacionado con la muerte de mis padres, o del tuyo...

—¿Y crees que eso me da miedo? —preguntó Alex sombríamente—. Si hay algo que me interesa averiguar en este momento, por encima de todas las cosas, es qué fue lo que le ocurrió a mi padre. Y también qué relación tenía con los medu, y en particular con tu madre... ¿Por qué ella le dio un libro de su biblioteca? ¿Por qué mi padre incluyó entre sus páginas este garabato, si es que lo hizo él? Y si no lo hizo él, ¿por qué estaba en su poder? Esa es la clase de cosas que me gustaría saber.

Jana le miró con un aire entre pensativo y calculador.

—Álex, tienes que entender que yo no soy una maga kuril. El arte de cabalgar en el viento se perdió para siempre, y lo que hacemos los miembros del clan agmar es, como mucho, una versión degradada de aquel arte. Tenemos visiones, pero no podemos elegir las, y tampoco somos capaces de influir en lo que vemos. Yo, por ejemplo, nunca he conseguido invocar a mi madre en una visión, a pesar de que lo he intentado cientos de veces.

Jana se interrumpió, y sus ojos permanecieron ausentes por un momento. Álex tuvo la impresión de que aquella incapacidad para invocar la imagen de su madre le resultaba más dolorosa de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Decidió volver al tema de su padre para distraerla de aquellos desagradables pensamientos.

—De todas formas —dijo—, ¿no es posible que, si utilizas ese papel para tu visión, invoques una imagen relacionada con la persona que hizo el dibujo...? es decir, ¿con mi padre?

—Es muy probable, sí. Pero, Álex, no será más que una ilusión, una especie de espejismo. Si lo vemos, no podrás comunicarte con él.



—Con verlo me conformo. Quizá descubramos algo más acerca de la criatura que lo perseguía. Que lo persiguió hasta matarlo... Si a ti no te da miedo, a mí tampoco.

—Esta vez será algo más que una visión —le interrumpió Jana con un brillo extraño en la mirada—. La magia trasladará mi espíritu a algún momento del pasado relacionado con este papel, y puedo conseguir que me acompañes. Estaremos juntos, pero tienes que entender que no seremos nosotros realmente, sino una especie de proyecciones mentales. Aun así, podremos ver, tocar y sentir esas imágenes de nuestros cuerpos como si fuesen auténticas... No sé si ves adonde quiero ir a parar.

Sí, Álex veía adonde quería ir a parar.

—Eso quiere decir que podremos tocarnos —murmuró.

Jana le obsequió con una seductora sonrisa.

—Allí el tatuaje no tendrá ningún efecto, porque nuestros cuerpos no serán reales, sino virtuales. Nunca he hecho algo así con nadie, pero me gustaría probarlo.

—¿De verdad no lo has hecho nunca con nadie? —preguntó Álex, agradablemente sorprendido.

—Bueno, el curso pasado le gasté una pequeña broma a Erik, solo para probar. Fue con una gorra suya que se dejó en clase. La cogí y, cuando fui a devolvérsela, invoqué una visión... Lo arrastré conmigo y jugamos un rato. Solo quería ponerle un poco nervioso, ver hasta dónde era capaz de llegar... Pero tuve que dar marcha atrás, porque él no cooperaba.

Álex intentó no dejar traslucir los celos que sentía.

—¿Quieres decir que intentaste jugar con Erik... de esa forma? ¿Y que él no te dejó? —preguntó atropelladamente.

Jana lo miró divertida.

—Al principio sí que me dejó, pero luego... Quiso que dejara de ser un juego. El también tiene poderes, poderes bastante impresionantes. Me di cuenta de que iba a utilizarlos conmigo, para apoderarse de mi visión e imponer él las reglas. Y entonces lo devolví a la realidad de golpe, antes de que pudiera actuar.

Álex miró con fijeza a la muchacha, esforzándose por controlar la irritación que empezaba a dominarle.

—Estás mintiendo —dijo con una fría sonrisa—. Solo quieres ponerme celoso... Jana suspiró con fingida resignación, como si no valiese la pena defender su inocencia.

—Pregúntaselo a Erik la próxima vez que lo veas. Y ahora, si quieres, podemos probar contigo...

Álex asintió, mirándola con dureza. En aquel momento había dejado de pensar en el símbolo del Desterrado y en el enigma que suponía encontrarlo en un libro de su padre, e incluso en la posibilidad de ver a su padre a través de la magia que Jana estaba a punto de hacer con el papel. Únicamente podía pensar en Erik y en su

maldita gorra, en que él y Jana habían estado juntos a través de la magia... No era como si hubiera habido algo real entre ellos, claro. No se trataba más que de una alucinación. Pero había sido una alucinación compartida, y esa idea bastaba para hacerle perder la cabeza.

—¿No podemos ir a un sitio algo más... íntimo? —preguntó Jana—. No sé cuánto tiempo va a durar el trance, pero, por si acaso, preferiría que nadie nos viera.

—Vamos a mi habitación.

Todavía ceñudo, Álex guió a la muchacha hasta su dormitorio, un cuarto amplio y soleado en el primer piso, con carteles de coches de carreras en las paredes y libros apilados en desorden sobre la mesa de escritorio y en las estanterías. Se sintió algo molesto al ver que Jana observaba con sorna el edredón de su cama, que reproducía en vivos tonos a uno de los héroes de su infancia, un coche rojo de carreras protagonista de una película de animación.

—Qué bonito —dijo, sonriendo—. Y qué tierno...

—A mí me gusta —replicó Álex con sequedad—. Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Hay que encender velas, quemar incienso y esas cosas?

Jana se sentó al estilo indio sobre la única alfombra que había en la estancia, y que representaba una especie de mapa del tesoro.

—No será necesario —dijo, imitando con un gesto a Álex para que se sentase a su lado—. ¿Estás listo?

Sentado a la derecha de Jana, Álex observó cómo la chica arrugaba entre sus manos con lentitud el papel que contenía el diagrama del Desterrado. Estaba observándolo fascinado cuando, de pronto, el papel comenzó a arder. Sus bordes crepitaron y se ennegrecieron al instante, volando en decenas de fragmentos quebradizos. Mientras el papel se quemaba entre sus dedos, Jana, con los ojos cerrados, pronunciaba en voz baja largas frases incomprensibles.

Un momento después, Álex notó que todo había cambiado a su alrededor. La vieja alfombra de su habitación había sido sustituida por un suelo de madera oscura, y, al mirar en torno a él, descubrió que se encontraba en una estancia de forma octogonal muy similar a la que había visto en su sueño mientras estaba inconsciente en el hospital. Esta vez, él y Jana ocupaban el centro geométrico de la habitación. Justo delante de ellos, a cierta altura, se alzaba una ventana a través de la cual el muchacho distinguió algunos de los edificios rodeados de árboles del campus de Los Olmos. De modo que aquella torre estaba dentro del campus, y, a juzgar por lo que veía del paisaje, debía de ser bastante alta... Se preguntó a sí mismo qué aspecto tendría vista desde fuera, pero inmediatamente desechó aquella ocurrencia. La torre no existía realmente, no debía olvidarlo... Todo aquello formaba parte de una visión.

Armándose de valor, se volvió a mirar a Jana. Estaba exactamente igual a como la había visto un minuto antes, en su cuarto. Inmóvil, con los párpados bajos y una leve

sonrisa en los labios, parecía una antigua diosa de marfil. Cediendo a un impulso, Álex se arrastró hasta ella por el suelo y, al llegar a su altura, se alzó sobre sus rodillas y la besó. Los labios de Jana se entreabrieron, húmedos y apetecibles, recibiendo su beso sin oponer la menor resistencia. Un momento después, los dedos de la muchacha recorrieron el cuello de Álex y se detuvieron sobre su nuca, donde jugaron largo rato con sus cabellos. Ahora era ella quien le estaba besando, y, mientras lo hacía, su cuerpo esbelto y grácil como el de una bailarina comenzó a buscar el suyo, a apretarse contra su pecho, a frotarse dulcemente contra él. Era como para volverse loco... Álex se puso de pie y tiró de ella hasta que sus cuerpos se encontraron adheridos el uno contra el otro. Podía sentir la aspereza de los vaqueros de Jana, la fina tela de algodón de su camiseta, que apenas suponía una barrera para notar la calidez de su piel.

Durante unos minutos, las manos de Álex vagaron de un lugar a otro sin descanso, enredándose en los rizos de Jana, demorándose en su cuello, tocándole la mejilla, descendiendo luego hasta apretarle levemente sus senos pequeños y firmes, metiéndose por debajo de su camiseta y acariciándole la cintura... Era maravilloso poder tocarla sin sufrir la dolorosa advertencia del tatuaje, poder disfrutar de aquel momento sin pensar en el futuro, aunque todo estuviese sucediendo en sus mentes y nada fuese real. Porque, si de algo estaba seguro Álex, era que Jana estaba sintiendo lo mismo que él en ese instante, y eso le bastaba.

Entonces oyó un cascabeleo suave y prolongado; un sonido salvaje, más propio del desierto o de la jungla que de un lugar habitado por el hombre. Instintivamente, se apartó de Jana y miró desconcertado a su alrededor.

—Una chica muy guapa, pero peligrosa —dijo a sus espaldas una voz que casi había olvidado—. No te fies de ella, recuerda lo que te estoy diciendo... ¿Lo recordarás?

Álex, sé que te están pasando muchas cosas y que todo es muy confuso para tí, pero esto tienes que recordarlo. Sobre todo, no le digas que estamos en la torre de los Vientos... Por favor, hijo, recuérdalo.

Álex se volvió muy lentamente, con ojos a la vez ávidos y angustiados. Por unos segundos pudo ver ante él el rostro apuesto e inteligente de su padre tal y como lo recordaba. Aquellos ojos claros que parecían penetrar en el interior de las personas, aquella sonrisa algo arrogante...

Sin embargo, mientras se miraban, la sonrisa fue transformándose gradualmente en un rictus de amargura y sus ojos se empañaron de pesadumbre. Un instante después, había desaparecido... No poco a poco, sino de golpe, sin dejar el menor rastro, como si nunca hubiese estado allí.

Álex dejó escapar un suave gemido.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Jana, apremiante—. ¿Has visto algo raro?

Álex se giró de nuevo hacia la muchacha y tuvo que ahogar un grito. Jana se había quitado la camiseta y lo contemplaba con una mezcla de sensualidad e irritación. No parecía consciente de que, alrededor de su cintura, una serpiente dorada deslizaba sus viscosos anillos. Su cola descansaba sobre la cremallera de su pantalón, en tanto que la cabeza asomaba sobre el hombro y se iba deslizando poco a poco hacia abajo, sobre el seductor encaje negro del sujetador.

El cascabeleo volvió a oírse, más cercano e insistente que antes. Era el sonido de la serpiente que había visto tatuada sobre la piel de Jana y que ahora, misteriosamente, parecía haber cobrado vida.

—Se termina —dijo Jana, mirándolo con tristeza—. Las últimas brasas del papel se están consumiendo...

Un instante después, todo había concluido. Los dos se hallaban de nuevo sobre la vieja alfombra del cuarto de Álex, y Jana sostenía en una mano un montoncito de cenizas negras que olía intensamente a papel chamuscado.

Los ojos de ambos se encontraron. En los de Jana podía leerse una cierta decepción.

—¿Qué te pasó al final? ¿Por qué dejaste de prestarme atención? —preguntó en tono ligero, fingiendo que la respuesta no le importaba demasiado—. ¿Es que viste algo?

—Vi a mi padre —contestó Alex con aire ausente—. Estaba allí, muy cerca de nosotros.

Jana palideció instantáneamente.

—¿Tu padre estaba allí? —preguntó con incredulidad—. ¿Cómo es posible que yo no lo viera? ¿Te dijo algo?

Alex calló un momento antes de contestar.

—No, no me dijo nada mintió por fin —. Solo se quedó allí parado, mirándome con tristeza.

Jana se estremeció visiblemente.

Bueno, no me extraña que eso te «desconcentrara» —dijo casi con amabilidad—. De todas formas, la visión no podía durar mucho más... El papel se ha consumido más deprisa de lo que yo esperaba.

—A pesar de todo, ha sido maravilloso —dijo Alex con sinceridad.

La muchacha sonrió, complacida.

—Para mí también —admitió—. ¿Ves como tenía razón? No hace falta que te quiten el tatuaje, hay otras formas de... de vencer las barreras.

—Sí, pero preferiría que fuese real —dijo Alex.

Se puso de pie con brusquedad y descargó un puñetazo seco sobre el marco de la puerta que sorprendió a Jana por su vehemencia.

—Al menos te he demostrado que puedo hacer magia —dijo la chica, poniéndose

en pie también y mirando con intensidad a su compañero—. Eso, desde luego, ha valido la pena.

Se observaron durante un buen rato sin saber qué decir.

—Me pregunto por qué ese trozo de papel nos ha llevado a un lugar tan extraño —murmuró finalmente Jana—. Esa habitación octogonal... ¿Te fijaste en las vistas?

Se veían un par de pabellones del colegio. Qué raro, ¿no? No recuerdo ningún edificio desde el que se pueda tener esa vista, y a esa altura. ¿Tú sabes dónde hemos estado?

La respuesta acudió a la mente de Alex de inmediato. «La torre de los Vientos — se dijo con absoluta seguridad—. Ese es el lugar donde hemos estado. La torre de los Vientos...».

Estuvo a punto de repetir aquel nombre en voz alta, pero en el último instante recordó la advertencia que un momento antes le había hecho su padre, y calló.

## Capítulo 5

Aquella tarde, desobedeciendo las instrucciones de su madre, que, como todos los días, se había quedado a comer en el laboratorio, Álex decidió ir al colegio.

La torre de los Vientos le obsesionaba. Después de lo que le había dicho su padre durante la visión, estaba convencido de que se trataba de un lugar real y no de un simple escenario creado por su fantasía. Recordaba perfectamente haber visto algunos edificios anejos de Los Olmos a través de la ventana, y, puesto que era la única pista de que disponía, estaba decidido a empezar su búsqueda por allí.

Sus compañeros de clase lo acogieron con calor y le acribillaron a preguntas.

Contestó a la mayoría con toda la amabilidad de que fue capaz, pero su mente estaba en otra parte. Erik, a diferencia de los demás, se limitó a sonreírle desde lejos, y no le dirigió la palabra en toda la tarde. Probablemente había resuelto darle tiempo para asimilar todo lo que le había contado acerca de los medu antes de intentar reanudar su amistad.

Jana, por su parte, no apareció por la clase. En Los Olmos, las asignaturas que se impartían por la tarde eran de asistencia voluntaria, aunque en la práctica casi todos los alumnos acudían a ellas. Aquel día tocaba clase de teatro y de programación informática. En circunstancias normales, Álex se habría concentrado completamente en las actividades de ambas materias, que le interesaban de un modo especial. Sin embargo, aquel día no lograba prestar atención a lo que le decían. Las dos profesoras, suponiendo que su distracción se debía al malestar de la convalecencia, optaron por dejarle en paz y no hacerle preguntas. Álex, interiormente, se lo agradeció... Si le hubiesen interrogado, no habría sabido qué contestar.

A pesar de la ausencia de Jana, durante toda la tarde sintió un dolor constante en la zona del tatuaje, como le ocurría cuando ella estaba cerca. Al mismo tiempo, notó aquella agudeza de los sentidos que solía acompañar al dolor. La única conclusión posible era que Jana se encontraba en el colegio, aunque no hubiese ido a clase. Tal vez estuviese estudiando en la biblioteca... O quizá, pensó Álex de pronto, estuviese buscando la torre, como pensaba hacer él. Ella también había visto el paisaje a través de la ventana, y probablemente habría llegado a las mismas deducciones. Sí, estaba seguro: mientras él intentaba diseñar el programa de una estúpida aplicación para teléfonos móviles, Jana merodeaba a escasa distancia de la clase, tratando de encontrar una torre invisible. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no dejarlo todo y salir corriendo a buscarla. En realidad, probablemente lo habría hecho, de no ser por un pensamiento que le asaltó en el último instante: estaba claro que Jana no quería compartir su búsqueda con él, puesto que no le había invitado a acompañarla.

No solo eso; en realidad, Álex, en el fondo, no deseaba encontrar la torre cuando ella estuviese presente. No había olvidado la advertencia que su padre le había hecho durante la visión, y aunque Jana seguía interesándole tanto como siempre, era consciente de que debía actuar con prudencia.

Hacia el final de la segunda clase, Álex notó que el dolor del hombro comenzaba a debilitarse, al igual que la agudeza de sus percepciones. Jana se había alejado.

¿Habría encontrado lo que buscaba? Si todo iba bien, pronto lo sabría.

Cuando sus compañeros salieron del aula, él se dirigió muy decidido al piso de arriba, donde se encontraban los departamentos de los profesores. Para gran alivio suyo, ninguno de sus cantaradas le preguntó adonde iba. Durante la subida, Álex se concentró en los restos de dolor que aún sentía, aferrándose a ellos como si no quisiera dejarlos escapar. Mientras conservase aquel dolor, también conservaría su especial sensibilidad al entorno, y tal vez pudiese captar cosas que, de otro modo, le habrían pasado desapercibidas.

Pronto descubrió que el dolor aumentaba o disminuía según la dirección que tomaba.

Era como si Jana hubiese dejado un rastro a su paso, un rastro que él podía reconocer y seguir gracias a la quemazón del tatuaje. Ojalá aquel rastro no le condujese hasta la torre, pensó el muchacho con una punzada de recelo. Eso significaría que Jana la había encontrado... y, por lo tanto, que se le había adelantado.

Dejándose guiar por la intensidad de su dolor, Álex recorrió el pasillo de los departamentos hasta el final y, abriendo una puertecilla metálica, descendió por unas escaleras de emergencia exteriores hasta un patio interior de planta rectangular que nunca había visto antes. Las ventanas que rodeaban el patio, altas y estrechas, estaban protegidas con persianas. El muchacho supuso que debían pertenecer a alguna de las muchas oficinas que había en la planta baja. Por lo demás, el patio, con su suelo de cemento sucio de excrementos de pájaros, era un lugar completamente desangelado...

Lo único que pudo deducir con total certeza era que los pasos de Jana se habían detenido allí durante un buen rato, pues el dolor del hombro se le intensificó al situarse en el centro del patio.

Descubrió otra puertecilla de hierro pintada de blanco en el extremo de una de las paredes más largas, e inmediatamente fue en esa dirección. Le sorprendió encontrarla abierta... Pero le sorprendió aún más el que Jana no hubiese salido por allí. El tatuaje se lo decía con claridad: la muchacha no había abandonado el patio por ese camino.

En lugar de eso, había vuelto sobre sus pasos... Lo que quería decir que, o bien había encontrado en aquel patio lo que buscaba, o bien era allí donde se había dado por vencida.

Decidió volver al centro del suelo de cemento y concentrarse al máximo. Con los ojos cerrados, dejó que el lúgubre silencio del lugar penetrase en su cerebro,

aquietando sus pensamientos hasta que su mente se quedó en blanco. El tatuaje le dolía ahora más que al principio. Algo le estaba ocurriendo, algo que ni él mismo podía comprender. Sintió un torbellino en los oídos y vio una miríada de luces blancas en la negrura de sus párpados cerrados. De pronto comprendió que lo que le estaba sucediendo no se debía únicamente a las misteriosas reacciones del tatuaje, sino que surgía de lo más profundo y secreto de su propio espíritu. Era como si hubiese invocado una fuerza brutal y desconocida en su interior, una fuerza que, por primera vez en su vida, estaba manifestándose tal y como era.

Abrió los ojos. Lo que estaba ocurriendo a su alrededor le dejó sin habla. Las paredes del patio se volvieron gradualmente más blancas y esplendorosas, las manchas de humedad y de guano desaparecieron. Luego, como si se tratase de una película rodada a cámara rápida, vio desaparecer la pintura blanca, dejando los ladrillos desnudos, que, a su vez, comenzaron a desmontarse hasta que las paredes desaparecieron por completo. Ahora podía ver algunos de los edificios más antiguos del colegio, y también un par de construcciones que no conocía. Claro que aquella imagen permaneció inmóvil tan solo unos segundos... Enseguida, ocho paredes de piedra comenzaron a alzarse hacia el cielo, creciendo con vertiginosa rapidez. Aquel octógono que le rodeaba no tardó en convertirse en una torre hueca cuya parte superior quedaba oculta por una alta bóveda grisácea.

Cuando los objetos dejaron de moverse, Álex se frotó los párpados, aturdido. No sabía si lo que acababa de contemplar había sido una visión o una rápida transformación mágica del mundo. Después de unos instantes de indecisión, se fijó en una escalera de piedra que ascendía hacia el piso de arriba, pegada a la pared. Sin pensárselo dos veces, se dirigió tambaleándose hasta ella y subió los peldaños con precaución, pues aún se sentía mareado y temía perder el equilibrio.

Al final de las escaleras se encontró con una habitación de forma octogonal que reconoció de inmediato. Era la misma estancia que había visitado durante la visión que había compartido con Jana, solo que ahora podía distinguir claramente algunos detalles que anteriormente le habían pasado desapercibidos. Por ejemplo, bajo la ventana había una mesa de ajedrez de aspecto antiguo, y en la pared opuesta destacaba un extraño artilugio de madera pintado de dorado y azul que le recordó un reloj. El aparato tenía un complejo mecanismo de ruedas dentadas conectado a una varilla, la cual, a su vez, se encontraba clavada en un corcho que flotaba en el agua de una gran vasija transparente.

—¿Te gusta? —dijo una voz cálida a su espalda—. Es una clepsidra. Siempre ha habido una clepsidra en esa pared, aunque no en todas las épocas ha tenido el mismo aspecto. Sabes lo que es una clepsidra, ¿no? Es un reloj de agua.

Temblando de emoción, Álex se giró con lentitud hacia la escalera. Allí, de pie sobre el último peldaño, un hombre le sonreía amistosamente. Un hombre al que



conocía a la perfección... O eso había creído durante mucho tiempo.

—Papá —acertó a susurrar, mirando al recién llegado con los ojos muy abiertos—. —

Papá... ¿Estoy soñando?

—No, Alex, esto no es un sueño —repuso su padre, avanzando hacia él con su luminosa sonrisa—. Ni tampoco una visión, como la que tuviste estando con Jana.

Estoy aquí realmente... Estamos juntos, hijo.

Alex se apartó el pelo de la frente. Las piernas apenas lo sostenían.

—Papá. No puede ser; tú... tú estás muerto —balbuceó, con una mezcla de esperanza y tristeza—. No puedes ser tú... ¡Sería un milagro!

—Por desgracia, no. Me temo que, para ti, estoy muerto, y en cuanto salgas de esta torre volveré a estarlo. Pero al menos disponemos de unos minutos para hablar tranquilamente. Hijo... ¡Hay tantas cosas que quiero decirte!

Se miraron un instante con timidez, y luego, sin ponerse de acuerdo, se fundieron en un abrazo. Cuando se separaron, Álex notó que tenía la mejilla húmeda, no sabía si por sus propias lágrimas o por las de su padre.

Volvieron a contemplarse en silencio, esta vez sonriendo. Álex era consciente de que debía aprovechar aquel encuentro mágico para formular todas las preguntas que desde hacía tiempo venían angustiándole y que solo su padre podía responder. Sin embargo, al mismo tiempo, algo en su interior se resistía a preguntar, pues sentía que, en cuanto empezase a plantear sus dudas, la alegría que en ese momento le inundaba comenzaría a disiparse.

Al notar su vacilación, fue Hugo quien se atrevió a romper el hielo.

—Supongo que querrás saber qué lugar es este —dijo, guiñándole uno de sus expresivos ojos azules—. Ya te dije su nombre, se llama la torre de los Vientos...

También se la conoce como el Horologion de Andrónico. Supuestamente, se construyó en Atenas en el siglo I antes de Cristo, y sus ruinas aún pueden contemplarse en el ágora romana de esa ciudad.

Álex miró a su padre con los ojos muy abiertos.

—Pero si se encuentra en Atenas, ¿cómo he llegado hasta ella? Hace un momento estaba en el colegio, andando por los pasillos...

—La torre de los Vientos es una encrucijada en el espacio y en el tiempo. En ella confluyen muchos lugares y épocas diferentes... Por eso es el único lugar del planeta donde un hombre muerto puede conversar con su hijo. Es curioso que su secreto haya permanecido oculto tanto tiempo para los seres humanos normales. La gente cree que existen varias copias de la torre. Por ejemplo, sitúan una en Sebastopol y otra en un cementerio de Londres. No se dan cuenta de que, en realidad, todas las torres son la misma.

—Entonces, ¿es un lugar mágico? —La curiosidad de Álex le hizo olvidar

momentáneamente su emoción—. ¿Quiénes la construyeron? ¿Los medu?

Su padre entrecerró los ojos, como si tratase de distinguir un barco lejano en el horizonte.

—En realidad, nadie sabe quién construyó la torre. Puede que fuese ese tal Andrónico, aunque yo creo que existía desde mucho antes. Es posible, incluso, que haya existido siempre. Quizá no de esta forma, ni con este aspecto, pero estaba ahí...

Los kuriles la utilizaron durante siglos para encontrarse entre sí e intercambiar información. No sé si sabes ya quiénes fueron los kuriles.

—Uno de los clanes medu, sí. Eran capaces de ver los distintos futuros posibles, y de cambiarlos. Me lo contó Jana.

Hugo asintió con la cabeza. Había dejado de sonreír.

—La vida de los kuriles no era fácil —murmuró, mirando fijamente a su hijo—. El precio que tenían que pagar por sus visiones del futuro era el de olvidar el pasado. No te puedes imaginar lo duro que puede llegar a ser eso, hijo mío. Aunque, al final, uno llega a acostumbrarse. Pierde los recuerdos de las personas a las que quiere en el pasado, pero, a cambio, recuerda sus relaciones con ellas en el futuro. Por eso puede seguir queriéndolas.

—No me puedo imaginar una vida así —reconoció Álex.

Su padre sonrió con amargura.

—Quizá yo pueda ayudarte a hacerte una idea. Cuando cumpliste dos años, yo no recordaba nada de lo ocurrido el día anterior, pero sabía cómo iba a ser el día siguiente. Sabía que ese día, probablemente, te subirías a la mesa de la cocina y te caerías de bruces al suelo. Por eso, junto con los otros regalos de cumpleaños, te regalé una chichonera. Era una especie de banda de gomaespuma que se ponía en la cabeza. A tu madre le pareció una tontería, pero a ti te hizo mucha gracia y no te la quitaste en varios días... Fue una suerte, porque al día siguiente, como yo esperaba, te caíste de la mesa de la cocina.

Mientras su padre hablaba, Álex había palidecido.

—No entiendo —murmuró—. ¿Estás intentando decirme que tú... que tú...?

—¿Que yo soy uno de ellos? —dijo su padre, terminando la frase por él—. Sí, Álex, yo soy, hasta el momento, el último de los kuriles. Céfiro fue antepasado mío.

Cuando los drakul lo desterraron, se ocultó de los medu y fundó una familia entre los humanos. Enseñó a sus hijos el arte de cabalgar en el viento, y estos a su vez se lo transmitieron a sus hijos. Así fue pasando de una generación a otra, hasta llegar a mí.

Mi padre y mi abuelo conocían el arte, pero jamás lo utilizaban. Temían ser localizados por los drakul si aplicaban sus conocimientos mágicos. A mí, en cambio, no me quedó más remedio que cabalgar en el viento hasta convertirme en un kuril de los pies a la cabeza. Los tiempos habían cambiado, se acercaba el momento del regreso del Último, y quería protegeros a Laura y a ti. Espero haberlo conseguido...

Odiaría que mi sacrificio no hubiese servido para nada.

Cientos de preguntas acudían a la vez a la mente de Álex. Había tantas cosas que no comprendía, que no sabía por dónde empezar.

—Si puedes ver el futuro, ¿cómo es posible que no sepas si has conseguido protegernos o no? —preguntó por fin.

Su padre meneó la cabeza con impaciencia.

—Yo no veo «el» futuro, sino muchos futuros posibles. Lo que hacemos los kuriles es estudiar las probabilidades de esos futuros y el modo de cambiarlos. Yo he visto diferentes futuros para vosotros. Algunos me gustan y otros no. He decidido hacer todo lo que pueda para aumentar las probabilidades de aquellos futuros que más me gustan. Pero nuestro arte no es infalible... No puedo predecir con absoluta certeza lo que pasará.

Álex calló por un momento, abrumado.

—Según los medu, en uno de esos futuros posibles, yo podría convertirme en el Último —musitó finalmente—. Supongo que eso es lo que tú has querido evitar.

Su padre lo miró de un modo enigmático.

—Sentémonos allí —dijo, señalando las dos sillas que había junto a la mesa de ajedrez. Estaremos más cómodos... Los kuriles solían jugar al ajedrez para entrenarse en el arte de cabalgar en el viento. Para jugar al ajedrez, hay que ser capaz de ver todos los futuros posibles de una determinada partida. Hay que estudiar las probabilidades de esos futuros y tratar de modificarlas a nuestro favor. Se parece mucho a lo que nosotros hacemos con nuestras vidas.

Álex siguió a su padre hasta la mesa de ajedrez. Las piezas de madera esmaltada estaban situadas en sus casillas de salida sobre el tablero. Hugo se sentó en el lado de las piezas negras, dejando a su hijo las blancas.

—¿Quieres jugar? —preguntó su hijo, sorprendido.

—A ver si recuerdas algo de lo que te enseñé —contestó su padre, recuperando la sonrisa—. Vamos, te vendrá bien practicar. Seguro que hace siglos que no juegas.

Sin mucha convicción, Álex adelantó dos casillas el peón de rey. Su padre replicó al instante con un movimiento idéntico.

—¿Sabes que vas a morir? —preguntó el muchacho, casi sin pensarlo.

Al momento se arrepintió de su falta de tacto. Su padre, sin embargo, no parecía impresionado.

—Sí, esa es una de las pocas cosas que sé con seguridad. Pero eso es porque se trata de algo que depende enteramente de mí.

Álex alzó los ojos hacia él, mientras su mano derecha sostenía en el aire el peón de reina.

—Entonces, después de todo, ¿era verdad lo que dijo la policía? ¿Piensas suicidarte?

Su padre emitió una alegre carcajada.

—¡Claro que no! Pero, de todas formas, sé que moriré... Porque el futuro que yo quiero para ti y para Laura es un futuro en el que yo no estoy. No debo estar en él, ¿comprendes? Y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que ese futuro se cumpla.

—Pero van a matarte, papá —insistió Álex, olvidándose de la partida—. ¿No puedes decirme quién va a hacerlo? Necesito saberlo. Necesito que paguen por ello...

Hugo le indicó a su hijo con un gesto que depositase el peón en el tablero. Álex obedeció sin tan siquiera mirar las casillas. No podía apartar los ojos del rostro de su padre.

—No voy a decirte quién terminará con mi vida, Álex —repuso Hugo con firmeza—.

No voy a decírtelo, porque eso te condicionaría. Y eso es justamente lo que yo deseo evitar.

—Pero, papá, necesito que me cuentes lo que sabes. Ahora mismo no sé muy bien quién soy, ni en qué voy a convertirme. No quiero ser el Último, eso sería lo peor que podría pasarme. No quiero destruir a los medu... Y menos ahora que sé que, en cierto modo, soy uno de ellos.

El padre adelantó otro de sus peones y miró pensativamente a su hijo.

—Tú no eres uno de ellos, Álex. Hay muchos humanos corrientes en tu linaje, empezando por tu madre y tu hermana.

—Entonces, no soy como tú —dedujo Álex, visiblemente aliviado—. No puedo ver el futuro, ni cabalgar en el viento, ni nada de eso.

Hugo arqueó las cejas.

—Creo que en eso te equivocas —dijo—. En mi opinión, puedes llegar a ser muy bueno cabalgando en el viento. Tienes todas las condiciones necesarias para ello. Si te concentras y practicas, estoy seguro de que podrías llegar a aprender tú solo el arte de los kuriles.

Álex calló durante unos instantes.

—Bueno —suspiró—, entonces eso significa que no soy el Último.

La mirada seria y triste que le dirigió Hugo le alarmó.

—No... ¡No me digas que sí lo soy!

Acababa de mover uno de sus caballos. Su padre respondió a su jugada mecánicamente. Era mucho mejor jugador que Álex.

—En realidad, tú eres algo distinto. Algo diferente, algo que no ha existido nunca. O al menos puedes llegar a serlo, si ocurren una serie de cosas. Algunas dependen de mí... Y otras de ti. Pero es posible que existan otros factores que ni tú ni yo podamos controlar.

—No acabo de entenderte —murmuró Álex—. Explícame cómo es ese futuro que

a ti te parece el mejor... Así sabré de qué estamos hablando.

—No puedo decirte mucho —repuso Hugo—. Solo que es un futuro en el que tú eliges. Un futuro en el que eres libre, Álex. En el que tú decides en qué quieres convertirte... Eso es lo que yo quiero para ti.

Álex lo miró con perplejidad.

—¿Eso es lo que has visto? —preguntó en un susurro—. ¿Eso es posible?

Su padre asintió vigorosamente.

—Es más que posible. Puede ser una realidad. Depende de ti y de mí, al menos en parte... Aunque hay algo que me inquieta.

Hugo dijo estas últimas palabras señalando con la mano derecha el hombro de su hijo.

—No necesito ver tu piel para saber lo que llevas ahí —continuó, mientras su rostro se ensombrecía—. Distingo un tatuaje agmar en cuanto lo tengo cerca. Agudiza mis sentidos, cambia mis percepciones. ¿Quién te lo hizo? ¿El hijo de Alma?

Álex asintió. Sus mejillas se cubrieron de rubor.

No deberías haberle dejado que lo hiciera —musitó su padre, ensimismado—. Ese pequeño detalle podría cambiarlo todo. En esa visión de tu futuro que yo deseo que se haga realidad, tú no llevabas ningún tatuaje. Quizá el tatuaje no sea compatible con ese futuro que quiero para ti.

Álex tamborileó con los dedos sobre el tablero de ajedrez, reflexionando.

—¿Y cómo son los otros futuros que puedo tener? —preguntó—. ¿Los has visto todos?

Por primera vez en su vida, Álex vio dudar a su padre.

—Quizá todos no, pero sí he visto unos cuantos. No voy a describírtelos, no tenemos tiempo. Pero sí te diré lo que todos tenían en común: en ninguno de ellos eras libre.

Álex tragó saliva.

—Entonces, yo también quiero ese único futuro en el que puedo elegir —afirmó—.

Dime lo que tengo que hacer para que se cumpla.

Su padre movió el caballo de rey antes de hablar.

—Cuando los kuriles eran el clan dominante entre los medu, poseían inmensas bibliotecas —explicó—. Los libros kuriles eran libros mágicos, pues consignaban los hechos del pasado que los propios kuriles iban olvidando al aprender el arte de cambiar el futuro. Pero los libros tenían voluntad propia: no recogían todo lo que los kuriles olvidaban, solo una parte. Lo que los propios libros consideraban importante para la historia del clan. Álex arqueó las cejas, asombrado.

—¿Unos libros con voluntad propia? ¿Cómo se las arreglaban los kuriles para

fabricarlos?

—No está claro que fuesen ellos quienes los fabricaban —repuso Hugo—. Lo cierto es que mi padre y mi abuelo no sabían nada sobre el origen de los libros. Lo único que sabían era que existía un misterioso vínculo entre los libros kuriles y esta torre donde nos encontramos. Y también que, en tiempos lejanos, existieron magos capaces de influir en la voluntad de los libros para que consignaran un acontecimiento u otro, aunque para ello se necesitaba un extraordinario poder.

—¿Y qué pasó con los libros cuando el clan desapareció? —preguntó Álex, adelantando otro de sus peones.

Hugo suspiró.

—Drakul se encargó de que los quemaran —dijo—. Creía que así se aseguraba de que nadie volviese a practicar nunca el arte de cabalgar en el viento. Sin los libros, la vida de los kuriles habría sido un infierno. Solo gracias a ellos podían recordar su propia historia y los hechos de su pasado.

—Pero Céfiro sobrevivió sin ellos...

Hugo asintió, con los ojos fijos en el tablero.

—Sobrevivió, pero no sin ellos. En su huida, se había llevado uno de aquellos libros.

Ese libro ha pertenecido siempre a nuestra estirpe. Fue pasando de generación en generación y ha permanecido siempre en nuestra familia. Hasta ahora...

—¿Qué quieres decir? ¿No lo tienes tú?

—De eso es justamente de lo que quería hablarte. Cuando yo muera, el libro desaparecerá, pero es necesario que lo recuperes. Es la única forma de que ese futuro que ambos queremos se cumpla.

Los ojos de padre e hijo se sondearon mutuamente durante unos segundos.

—No quieres seguir jugando, ¿verdad? —murmuró Hugo, tratando de sonreír—. Te veo muy desconcentrado.

—Intento concentrarme en lo que me estás contando. Dices que el libro desaparecerá... ¿Van a robarlo? Supongo que lo habrás visto todo en una de tus visiones... En ese caso, tú debes de saber adonde irá a parar, ¿no?

Su padre hizo un gesto negativo con la cabeza, pero Álex continuó insistiendo.

—Papá, no puedo recuperar ese libro si ni siquiera sé por dónde empezar a buscar.

No sé nada de libros mágicos, ni siquiera me imagino cómo son. ¿No podrías, por lo menos, describírmelo?

Hugo suspiró.

—Lo siento, hijo. Eso no puedo hacerlo. Para que el libro vuelva a tí, yo debo mantenerme al margen. Debes encontrarlo por tus propios medios... Pero, para que eso ocurra, tienes que hacer algo que pondrá en peligro tu vida. Siento mucho tener

que pedirte esto, hijo, pero las visiones que he tenido han sido muy claras en ese aspecto. El futuro en el que recuperas el libro es el mismo en el que te atreves a entrar en la Fortaleza de los drakul.

—O sea, que para llegar a ser libre tengo que encontrar el libro, y para encontrar el libro tengo que entrar en esa fortaleza. ¿Y dónde está, por cierto?

Hugo se encogió levemente de hombros.

—Está oculta bajo un pesado manto de oscuridad. Un manto tan impenetrable que ni siquiera los guardianes han podido localizarla. Nadie sabe cómo se las han arreglado los drakul para crear esa espesa noche que envuelve su guarida. Es posible que estén utilizando la magia de alguno de esos demonios antiguos con los que pactaron para vencer al Último.

—Pero si nadie sabe dónde está, ¿cómo voy a encontrarla? —preguntó Álex, exasperado—. Yo ni siquiera tengo poderes mágicos.

—Tendrás que conseguir que Óber te invite. Es el único modo de entrar —repuso Hugo.

Se levantó de su asiento y caminó hacia la clepsidra de la pared opuesta. Durante unos instantes, permaneció abstraído en la contemplación del complicado mecanismo que transformaba el ascenso del agua de la vasija inferior en un movimiento de las agujas sobre la esfera esmaltada de azul y dorado.

—Utiliza a Erik —sugirió, sin volverse a mirar a su hijo—. Pídele que consiga una invitación de su padre para tí. El es el único que puede convencer a Óber. Además, te lo debe.

Álex no dijo nada. Cualquier alusión a su amistad con Erik le resultaba penosa. Si tenía que recurrir a él, lo haría, pero la idea no le gustaba.

—Álex, no tienes por qué hacerlo si no estás seguro —murmuró Hugo, girándose nuevamente hacia él—. Entrar en la Fortaleza es muy peligroso, mucho más peligroso de lo que puedas imaginar. La verdad es que tengo miedo por ti, hijo.

—Creí que habías dicho que el único modo de asegurarme un futuro decente era entrando en ese sitio...

—Entrar en la Fortaleza es una condición necesaria, pero no suficiente. Incluso si lo consigues, no puedo garantizarte que salgas de allí con vida. Lo que yo vi solo era un posible futuro, y quizá no llegue a cumplirse nunca. Siento hablarte con tanta crudeza, pero es mejor que conozcas los riesgos que asumes antes de tomar ninguna decisión. Además, me preocupa mucho ese tatuaje... En mis visiones no lo tenías.

Quizá el tatuaje y ese futuro que yo deseo para ti sean incompatibles. Quizá el día que te lo hiciste le cerraste la puerta a esa posibilidad de ser libre.

Álex se encogió de hombros.

—Bueno, solo hay una forma de saberlo —dijo—. Entraré en la Fortaleza, haré lo que esté en mi mano para encontrar ese libro. Si las cosas salen bien, estupendo; y si

no, al menos lo habré intentado.

Hugo lo miró con una mezcla de orgullo e inquietud.

—No esperaba menos de ti, hijo —murmuró sonriendo—. Eres muy valiente. Siempre lo has sido...

—¿Qué tengo que hacer con el libro si llego a encontrarlo?

Una vez más, Hugo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo sé —admitió—. Ya te he dicho que solo he visto una parte muy pequeña de ese posible futuro. Pero, por si acaso las cosas no salen como yo espero, hay algo que sí quiero advertirte. En algún momento de la búsqueda es posible que te encuentres con un trono vacío. No sé bien cómo es, en mis visiones aparece bañado en un extraño juego de luces y sombras. Supongo que lo reconocerás cuando lo veas. En todo caso, si alguien te invita a sentarte en él, no lo hagas. Yo he visto lo que te ocurriría si lo hicieras, y, créeme..., no te gustaría.

—¿Y quién querría que me sentase en ese trono? ¿Óber?

Hugo observó con preocupación las agujas de la clepsidra.

—No lo sé, eso no lo he visto —murmuró, cansado—. Son tantos los futuros posibles, y las visiones son tan incompletas... Siento no poder ayudarte mejor. Ahora tenemos que despedirnos, hijo... Desgraciadamente, esta cita ya ha durado más de lo debido. Nuestros caminos están a punto de separarse otra vez. Pero antes, quería preguntarte... No me has dicho nada de mamá, ni de Laura.

—Están bien —repuso Álex con un nudo en la garganta. Pero mamá no ha vuelto a ser la misma desde que tú... Bueno, ya sabes, desde que tú no estás. ¿De verdad tenías que dejarnos?

Hugo cerró los párpados y arrugó la frente, como si experimentase un profundo dolor.

—Ya te he explicado cómo es esto. No puedo empeñarme en seguir aquí, sabiendo, como sé, que el único futuro aceptable para ti es uno en el que yo he muerto. Dile a mamá que la quiero mucho, que siento mucho el daño que le he hecho... No, mejor no le digas nada. Sería remover viejas heridas.

—¿Ella nunca ha sabido quién eras realmente?

Ni siquiera sospecha que existe ese oscuro mundo al que pertenecen Erik y Jana. Es mejor así, Álex. Tu madre está hecha para la luz. Pase lo que pase, no olvides nunca que también eres hijo suyo, y que eso es, precisamente, lo que te hace tan especial: tu lado más humano... Recuérdalo siempre.

De repente, un crujido seco se extendió por el techo, donde apareció una larga grieta que no tardó en ramificarse.

—Tengo que volver a casa —dijo Hugo, sonriendo—. En el tiempo al que voy a regresar, tú tienes diez años, y hace un rato me pediste ayuda con los deberes. Te quiero, Álex. Recuérdalo siempre. Y dale un beso de mi parte a Laura.



Antes de que Álex pudiera contestar, la clepsidra tembló y las paredes comenzaron a desmontarse, en una secuencia inversa a la que había contemplado veinte minutos antes. En décimas de segundo, la torre se deshizo ante sus ojos y fue sustituida por los edificios de oficinas del colegio. El estruendo que acompañaba a aquella vertiginosa transformación resultaba tan ensordecedor que tuvo que taparse los oídos para poder soportarlo.

Cuando todo terminó, se encontró de nuevo en el centro de aquel pequeño patio interior al que le había conducido el rastro de Jana. Todo estaba exactamente como antes, y no quedaba el menor vestigio de la torre. Hugo había desaparecido.

Una tristeza mortal le oprimía el pecho. Quería regresar a la torre, tocar una vez más a su padre, oír su voz cálida y optimista. No podía soportar la idea de no volver a escuchar aquella voz. Jamás se había sentido tan solo, tan desamparado.

Su padre había muerto por él; para que él pudiera escapar de un destino horrible.

Habría preferido no saberlo, pero, ahora que lo sabía, ya nada volvería a ser lo mismo.

Si algo tenía claro en medio de aquella angustia, era que el sacrificio de su padre debía servir para algo. Si existía alguna posibilidad de convertir en realidad aquel futuro de libertad que Hugo había vislumbrado, tenía que aprovecharla. Entraría en la Fortaleza de los drakul... Le repugnaba tener que pedirle aquel favor a Erik, pero no le quedaba otro remedio.

Esa misma noche, después de la cena, se encerró en su cuarto y permaneció largo rato mirando el móvil. No necesitaba consultar la agenda para encontrar el número de Erik. Se lo sabía de memoria.

Tardó casi media hora en decidirse a marcarlo. Mientras esperaba a que Erik descolgase, se concentró en escuchar los latidos de su propio corazón.

Por fin oyó la voz de su amigo a través del receptor.

—Hola, Alex. ¿Qué pasa?

—Tengo que pedirte algo —contestó el muchacho, esforzándose por dominar el temblor de la mano que sostenía el aparato—. Pero, antes de que me contestes, quiero que sepas que es algo muy importante para mí... Y que no pienso aceptar un «no» por respuesta.

# **LIBRO TERCERO**

## **La Torre de los Vientos**

# Capítulo 1

Las aguas oscuras del puerto deportivo chapoteaban silenciosas alrededor del casco de los yates, meciéndolos en su vaivén y haciéndose entrechocar sus mástiles con un ruido metálico. Álex caminaba arriba y abajo del muelle, pisando con cuidado para no resbalar en las losas húmedas. Estaba arto de esperar; el frío le había enrojecido los nudillos y sentía un desagradable entumecimiento en las piernas.

Los últimos reflejos rosados del sol se fundieron en el agua con las luces blancas de las farolas, pero Jana continuaba sin aparecer. Empezaba a preguntarse si se equivocaba de hora, o si Jana le habría entendido mal, cuando distinguió una silueta que se acercaba a buen ritmo por el paseo desierto. Parecía diminuta junto a las altas palmeras... Solo cuando estuvo lo suficientemente cerca, Álex se percató de que no se trataba de Jana, sino que de su hermano David.

Un resoplido de frustración fue todo lo que consiguió emitir en respuesta al gesto de saludo del muchacho.

Cuando lo tuvo a su lado, se dio cuenta de que David tampoco parecía contento.

Empezaron a caminar en silencio el uno junto al otro en dirección al paso subterráneo que comunicaba el paseo con el centro de la ciudad.

Estaban atravesando el maloliente túnel, cuando David se decidió por fin a abrir la boca.

—Todo esto es un disparate —rezongó, en un tono más estridente del habitual—.

Estas todavía más loco que mi hermana... ¿De verdad crees que Óber va a ayudarte?

¡Como se ve que no le conoces!

Habían comenzado a subir las escaleras para emerger de nuevo a la superficie. Sin detenerse, Álex miró de reojo a su compañero.

—Después de todo, la culpa es tuya —dijo sin alterarse—. Si no me hubieras hecho el maldito tatuaje, yo no tendría que pedirle ningún favor a Óber. Lo que entiendo es que tienes que ver tú en todo esto. Es cosa mía, ni siquiera Jana debería estar implicada. Por cierto, ¿cómo se enteró? ¿Fue cosa de Erik?

La risita de David resonó en la plaza vacía como un graznido.

—Pareces idiota —dijo, acelerando el paso—. Ha sido Óber. Se lo has puesto en bandeja, ¿no te das cuenta? La oportunidad que llevaba años esperando, una ocasión de oro para ponernos en evidencia a Jana y a mí y, de ese modo, cuestionar nuestro liderazgo dentro del clan de los agmar.

La voz de David sonaba brusca e irritada. Ajustando sus pasos a los de chicos, Álex estudió de soslayo sus labios contraídos, sus ojos penetrantes y fríos como

esmeraldas.

—No entiendo nada —confesó por fin—. Yo solo le dije a Erik que quería ver a su padre para pedirle que me quitase el tatuaje.

David frenó en seco y se encaró con Álex.

—Un tatuaje que te he hecho yo... Y que te impide tocar a mi hermana. Es magia de alto nivel, que solo pueden emplearse con los humanos por razones bien justificadas.

¿No lo entiendes? Hemos infringido las normas de los clanes... Gracias a ti, Óber tiene la excusa perfecta para castigarnos.

Álex trato de ordenar sus ideas.

—Si eso es así, Jana estará furiosa...

David gruñó algo incomprensible.

—¿Por eso no ha venido ella?

—No, no es por eso. El protocolo la obliga a presentarse en el cuartel general de Óber junto al regente del clan, que ocupa provisionalmente la jefatura de agmar hasta que mi hermana cumpla dieciocho años. Se llama Pértinax, y es un vejete medio chalado... Pero detrás de esa fachada estafalaria, sabe manejar muy bien los hilos de su gente cuando le interesa. Le ha faltado tiempo para acudir a la llamada de Óber...

¡El y los engendros de sus hijas!

Álex parecía confundido.

—¿Y todo por mi culpa? —murmuró—. No puedo creerlo...

—Bah, tenía que pasar un día u otro —rezongó David—. Tú has sido únicamente la excusa... No sé lo que Erik le habrá contado a Óber, pero el jefe sabe que Jana le interesas, y supongo que querrá utilizarte para chantajearla.

—¿Qué tiene Óber contra Jana? Es demasiado joven para hacerle sombra...

—La culpa es de mi madre —repuso David en voz baja—. Debería haberle dejado a Jana las cosas más claras. Algún testamento espiritual, algo... algo que nos indicara a los dos lo que debíamos hacer. Ella no sabía que iba a morir tan pronto, claro, pero, de todos modos... ¿Cómo pudo ser tan poco previsora?

Al ver el gesto de incomprensión de Álex, David continuó.

—Entre los medu, muchos cuestionan el liderazgo de mi hermana. No ha dado signos de poseer ninguna capacidad mágica extraordinaria, hasta ahora. Eso no es lo que se espera de una gran bruja agmar... Óber es de los más escépticos. Parece convencido de que mi madre no tenía intención de nombrarla su sucesora. Pértinax insiste en que ella quería que sus herederas fuesen sus hijas.

—¿Sus hijas, en plural? —preguntó Álex, cada vez más perplejo.

—Cuando las veas lo entenderás. Bueno, ya estamos en el Triangulo de Oro... Odio esta parte de la ciudad, ¿tu no? Me da nauseas, con tanto espejito y tanto escaparate de lujo.

Por una vez, Álex se mostró de acuerdo con David. El centro financiero de la ciudad, con sus rascacielos acristalados y sus pulcras aceras adornadas con macetas, siempre le había parecido un decorado falso donde lo que ocurría (negocios, acuerdos, especulaciones bursátiles) esta tan ficticio como una representación teatral.

—¿Es aquí donde nos va a recibir Óber? —preguntó con cierto asombro.

—No exactamente. Solo un miembro de alto rango del clan de los drakul puede abrirnos la puerta de la Fortaleza. Así es como llamamos al cuartel general de Óber...

Hemos quedado con Erik en una de nuestras criptas neutrales. Son sitios donde ningún clan tiene más poder que otro. Desde allí, Erik nos guiara.

Álex miró con asombro los anodinos edificios que flanqueaban la avenida por la que iban caminando. De cuando en cuando se cruzaba con algún ejecutivo apresurado que pasaba a su lado sin levantar la vista del suelo. En aquel entorno resultaba difícil imaginar que pudiera existir ninguna cripta mágica... Pero se abstuvo de formular sus pensamientos en voz alta.

—Todavía hay tiempo para parar todo esto —dijo, en cambio—. Le diré a Erik que he cambiado de opinión con los del tatuaje. No quiero poner en peligro a Jana.

David emitió un gorjeo burlón.

—Ahora ya es demasiado tarde para pararlo. Todos los clanes han sido convocados.

Óber nunca hace las cosas a medias... Es una encerrona, y no hay forma de evitarla.

—¿Y si Jana no se presenta? ¿La castigarán?

Sin detenerse, David fulminó a Álex con una mirada de incredulidad.

—¿Crees que Jana haría eso? ¿Dónde quedaría su autoridad entre los clanes? No puede elegir... Si no fuera, sería como si estuviese reconociendo tácitamente que teme no estar a la altura. Justo lo que están esperando las hijas de Pértinax... Créeme, Jana no tiene elección.

Álex sintió una punzada de pánico oprimiéndole el pecho.

—Pero yo no quiero que por mi culpa le pase nada...

David torció la boca en una mueca de despreocupación.

—Bah, no le pasara nada. Jana es más poderosa de lo que todos ellos creen. Antes o después tiene que demostrárselo... Y esta es una ocasión tan buena como otra cualquiera.

Caminaron un rato más en silencio entre las altas torres de espejos y las tiendas de ropa y de perfumes. Al llegar a una plazoleta de mármol con altos cipreses plantados en macetas, David se internó entre dos de los edificios, penetrando en lo que parecía un fragmento de calle sin salida. A ambos lados de la calle había media docena de construcciones bajas, en forma de cubos de acero y ladrillo.

—El número doce —dijo David, deteniéndose ante la puerta negra de uno de

ellos—.

La entrada de la cripta. ¿Estas preparado para ver un poco de magia?

Álex asintió en silencio, pero David no le estaba prestando ya ninguna atención.

Había extendido la mano derecha ante la puerta, y de cada uno de sus cinco dedos brotaba un hilo de luz negra. Aquellas luces se proyectaron sobre la superficie lisa de la puerta creando un dibujo de sombras azuladas, un complicado trazado geométrico erizado de puntas triangulares, parecidos a algunos de los diseños que Álex había visto en el taller de tatuajes de David.

—Ya está abierto —anunció el muchacho—. Los invitados primer...

Álex se adelantó y puso la mano sobre la superficie de la puerta. En ese mismo instante le invadió una sensación extraña, como si el tiempo se hubiese detenido y de repente la ciudad entera se hubiese plegado sobre si misma, perdiendo las tres dimensiones. Cuando consiguió librarse de aquella absurda impresión, miró a su alrededor y se encontró en un vestíbulo de diseño vanguardista, con varillas de luces rojas iluminando las paredes y el suelo de pizarra. A la derecha había un mostrador de madera, tras el cual, débilmente iluminada, se veía una barra metálica de la que colgaban docenas de perchas. Parecía el guardarropa de un garito nocturno.

Antes de que pudiera reparar en ningún otro detalle, apreció David. No había entrado por ninguna puerta, sencillamente se había materializado de la nada, sin previo aviso.

O quizás se encontraba allí desde el principio, solo que Álex no lo había visto.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Álex, boquiabierto—. Ha sido como en una película...

—Olvídalo —repuso David secamente—. Más vale que te concentres en lo que nos espera. Cuando entremos ahí dentro, vas a ver muchas cosas raras. Cosas que probablemente te pongan los pelos de punta... ¿Quieres un consejo? Veas lo que veas, no demuestres ninguna curiosidad, ni hagas preguntas. Has como si, para ti, todo esto fuera de los más normal... Puede que así logres pasar desapercibido. Y, créeme, cuando un humano cae en una guarida medu, lo mejor que le puede ocurrir es pasar desapercibido.

## Capítulo 2

Al entrar en la sala principal de la cripta, Álex comprendió de inmediato el porqué de la advertencia de David. Todo lo que le rodeaba resultaba extraño e inquietante, tan inquietante que, por un momento, le inundó un angustioso deseo de salir de allí. El lugar tenía el aspecto de un local nocturno de moda, con un largo mostrador de acero y media docena de mesitas cuadradas adornadas con débiles tiras de luz que iba cambiando gradualmente de color, del blanco al azul, después al verde y luego el rosa, cada mesa a un ritmo diferente, de manera que, en conjunto, parecían escamas de un camaleón pasando sucesivamente por todos los colores de aquel espectral arco iris. Tras el mostrador se alineaban las botellas de licor, llenas de polvo y telarañas. El contraste con aquella decoración vanguardista con el descuido y la suciedad que lo invadían todo resultaba casi estremecedor. Había altos vasos de cristal medio llenos sobre la mesas, montones de vidrios rotos en las esquinas, manchas y huellas circulares de humedad sobre el mostrador.

Cuando sus ojos lograron adaptarse a la penumbra del lugar, Álex pudo distinguir media docena de siluetas humanas distribuidas en aquel siniestro decorado. O al menos aparentemente humanas, ya que probablemente, por lo que David había dicho, el único humano de la reunión fuera él.

Las primeras que le llamaron la atención en aquel variopinto grupo fueron tres chicas menudas que se revolcaban frenéticamente sobre una tarima negra al fondo del local sin que los demás les prestaran atención, a pesar de lo insólito de su conducta. Las tres llevaban tiesos vestidos de encaje blanco parecido a los de las muñecas antiguas, y cuando advirtieron la entrada de Álex y David, detuvieron bruscamente sus juegos para mirar con curiosidad a los recién llegados. Los tres pálidos rostros escrutaron a Álex con sus redondos ojos azules, que contrastaban vivamente con la inexpresividad del resto de la cara.

—Son las hijas de Pértinax —susurró David—. No te dejes engañar por su aspecto, son más peligrosas de lo que parecen.

La verdad era que su aspecto no resultaba precisamente tranquilizador, dijese lo que dijese David. Las tres tenían rasgos idénticos enmarcados por un cuidado peinado de tirabuzones, rubios en un caso, negros en otro y pelirrojos en el tercero. Parecían tres muñecas de porcelana grotescamente grandes, y, observando su figura y su expresión, resultaba imposible deducir su edad. Durante unos segundos, sus miradas duras y cristalinas se cruzaron con la de Álex, y después, como si se hubieran puesto de acuerdo, las tres rompieron a reír y volvieron a tirarse al suelo, donde continuaron dando vueltas entre risas y gruñidos incompresibles.

—¡Vaya, vaya, ya estamos todos! —grojeó una voz temblona desde una de las mesas—. David, el pequeño rebelde... ¡Que situación tan desagradable, muchacho!

Créeme que lo siento por ti, pero los deberes del clan... En fin, ¿este es vuestro?

David tiró de Álex para acercarlo al anciano que acababa de hablar. Se trataba de un hombre enjuto y lastimosamente arrugado, con el cráneo completamente pelado y las mejillas mal afeitadas. Llevaba puesto un traje gris pasado de moda con un chaleco de rayas y una corbata rosa. Por su aspecto, parecía un científico en una entrega de premios de la universidad, observándolo todo con esa mezcla de emoción e ironía de los que se consideran por encima de las pequeñas vanidades humanas.

—Pértinax, te presento a nuestro amigo Álex —le saludó David, haciendo una leve reverencia—. Álex, este es Pértinax, el miembro más anciano del clan de los agmar.

—Disculpa que no te presente a mis hijas, muchacho. Ahora mismo están muy excitadas, y sería inútil intentar atraer su atención. ¡Mis pobrecitas! Sus poderes son tan extraordinarios que ni siquiera ellas pueden dominarlos. Siempre en trance, es terrible y doloroso para un padre. Pero así es como aprenden, como se preparan para su alta misión.

—¿Y que misión es esa? —preguntó Jana con sorna, acercándose al grupo.

Sostenía un vaso en la mano lleno de un líquido transparente. Llevaba puesto el mismo vestido negro de la fiesta del Molino Negro, el mismo vestido de la noche en que Álex la había besado por primera vez.

El muchacho sintió un violento en la nuca y se estremeció de pies a cabeza. Jana parecía tan serena como siempre, pero si lo que David le había dicho era cierto, estaba apunto de enfrentarse a un trago bastante difícil, y todo por su culpa. Sin embargo, ya era demasiado tarde para echarse atrás... Y aunque hubiera podido retroceder, probablemente no lo habría hecho. Necesitaba hablar con Óber para saber lo que él sabía; y, sobre todo, estaba decidido a encontrar el libro.

La pregunta de Jana no pareció coger desprevenido a Pértinax, que se volvió hacia ella con una media sonrisa.

—Mi querida muchacha, la alta misión de mis hijas no es otra que la de servir a nuestro clan, naturalmente... Cuando cumplas la mayoría de edad y accedas a la jefatura, nadie podrá ayudarte como ellas. Y si algo ocurriera, solo ellas podrían llenar el hueco dejado por la estirpe de Alma y dirigir los destinos de los agmar.

David iba a responder airadamente a la desfachatez del viejo, cuando un gruñido procedente de detrás del mostrador le hizo volverse con brusquedad. Siguiendo la dirección de su mirada, Álex descubrió a su amigo Erik apoyado en la barra y observándolos con una sonrisa. Pero el gruñido no procedía de él, sino de alguien más, un individuo alto que permanecía completamente inmóvil delante de las polvorientas estanterías llenas de vasos y botellas. Bajo sus prominentes pómulos,



destacaban dos cuidadas patillas grises, pero lo más llamativo de su rostro eran sus extraños ojos dorados.

Con una punzada de inquietud, Álex reconoció en aquellos ojos al ghul que ejercía como anfitrión en la siniestra reunión del parque de San Antonio.

Por lo visto, David también había reconocido al ghul, y su presencia en la cripta neutral no le hacía ninguna gracia.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó con voz ronca, volviéndose indignado hacia su hermana—. Todavía no hemos empezado y ya nos insultan. ¿Es que no vas a hacer nada?

En lugar de contestar, los ojos de Jana se alzaron lentamente hacia Erik.

—¿Es que puedo hacer algo? —preguntó, sonriendo y sin dejar de mirar al hijo de Óber—. El rango de los drakul es superior al nuestro, y, además, son nuestros anfitriones. ¿Qué voy a hacer? ¿Desafiarlos? ¿Suplicarles?

No había hablado demasiado alto, pero sí lo suficiente como para que Erik la oyese desde el mostrador. A Álex le sorprendió el brusco cambio que se había operado en las fracciones de su amigo mientras escuchaba las palabras de Jana. Se había puesto intensamente pálido, y un fuego extraño ardía en sus pupilas.

—No te lo tomes como un insulto, David —contestó, sin apartar los ojos de la muchacha—. Los anfitriones no podemos abrir las criptas sin la presencia de un ghul, sería demasiado arriesgado. Ellos ven lo que nosotros no vemos... Además, Garo es un príncipe entre los suyos, no lo olvides.

Álex volvió a mirar al ghul, cuyos ojos dorados no reflejaban la más mínima comprensión de la discusión que había provocado su presencia en la cripta.

La irritación de David, mientras tanto, parecía ir en aumento, y la risilla de condescendiente de Pértinax después de oír la explicación de Erik no había hecho sino aumentar su enfado.

—Ha sido idea de tu padre, ¿no? —dijo, acercándose al mostrador y encarándose con Erik—. Cualquier excusa es buena para humillarnos... ¿Por qué no le explicas a tu amigo lo que han estado haciendo con nosotros él y los suyos? Seguro que a Álex le encanta la historia.

Apartándose de David, Erik fijó su mirada en Álex.

—Durante muchos años, Garo ha servido al clan de los varulf, que mantiene desde hace siglos una rivalidad continua con los agmar por el control de esta ciudad —explicó—. Los varulf son un linaje más reciente que los agmar, y entre los medu no se les considera demasiado poderosos. Después de la muerte de Alma, sin embargo, parece que han crecido... Llevan años utilizando a sus ghuls para acosar a los agmar, y han matado a muchos de ellos.

—Cuando volvamos a tener una gran hechicera el frente del clan, recibirán su merecido —intervino Pértinax con voz lastimera—. Es una pena que hayamos tenido

que esperar tanto...

—De todas formas, Garo ya no es propiedad de los varulf —aclaró Erik—. Ahora nos pertenece a nosotros, y no hará nada en contra de los agmar, de modo que no hay nada más que decir.

—Lo has traído para provocarnos —insistió David, desafiándolo con la mirada—. Eres un...

—Basta, David —cortó Jana, tajante—. Tenemos asuntos más importantes que tratar que esa tontería. ¿Es que quieres que nuestro anfitrión piense que tenemos miedo de un ghul? Los hijos de Alma no tenemos miedo de nada.

—Eso ya lo sé —dejo Erik, sonriendo de un modo extraño—. De lo contrario, no estaríais aquí.

Jana le sostuvo la mirada durante un largo minuto, sin alterarse ni lo más mínimo. Al final, fue Erik quien apartó los ojos, fijándolos en Álex.

—Antes de conducirnos ante mi padre, necesito hablar a solas con mi amigo —murmuró, en un tono que casi sonó a disculpa—. Tardaremos lo menos posible...

Álex, ¿me acompañas?

Sin esperar respuesta, Erik abrió una puerta disimulada en la pared negra del fondo del local e invitó a Álex a pasar delante de él.

Álex atravesó el estrecho hueco de la puerta y se encontró en una especie de almacén atestado de barriles metálicos de cerveza y de cajas de plástico con latas y botellas.

—Aquí podemos hablar —dijo Erik, cerrando la puerta tras él—. No te dejes engañar por las apariencias; en realidad, este es un santuario de mi clan, y está completamente aislado de la cripta. Ninguno de los de ahí nos puede oír, a pesar de sus poderes...

¿Qué te han parecido?

—¿Quiénes? ¿El viejo y sus hijas? Parecen sacados de una película de terror... O de risa, no estoy seguro.

—Las hijas de Pértinax son más peligrosas que ridículas —dejo Erik con aire pensativo—. Han demostrado tener mucho poder en los últimos años. El viejo no pierde ocasión de ofrecer sus visiones a nuestra casa, para poder probar que son ellas las que deban heredar la jefatura del clan.

—David me lo explicó —le interrumpió Álex, incomodo—. Me dijo que tu padre iba a utilizarme para acusar a Jana y a David de no sé qué, y que, con esa excusa, iba a quitarles el derecho a suceder a su madre.

Erik se encogió de hombros.

—Tenía que suceder un día u otro. En realidad, me alegro de que haya sido así... De eso es precisamente de lo que quería hablarte.

En la penumbra del almacén, los rasgos de Erik parecían rígidos y preocupados.

—En realidad, he sido yo quien ha convencido a mi padre de que aprovechara la ocasión. Sabía que pensaba dar el paso un día de estos, y no tenía ningún sentido tratar de impedirselo. En cierto modo, es lo mejor para Jana... Cuando deje de ser la heredera de la jefatura de los agmar, tendrá menos enemigos. Podrá vivir más segura, tendrá más libertad para hacer con su futuro lo que quiera.

—O sea, que a ti te parece bien que tu padre le quite sus derechos.

—Jana no ha demostrado ningún poder especial en todos estos años. Es valiente, y ha heredado el carácter sereno e impresionante de su madre, pero hace falta algo más eso para dirigir un clan tan importante como el de los agmar, y más en este momento tan decisivo. La fecha de la aparición del Último se acerca, y tenemos que estar preparados. Las hijas de Pértinax serán más útiles que ella en la guerra que se avecina. Y yo, desde luego, prefiero que no esté en primera línea de la batalla.

Permanecieron callados unos instantes, evitando mirarse.

—Es muy raro. Por un lado, parece que te preocupas por ella, y, por otro, conspiras con tu padre para quitárselo todo —dijo finalmente Álex.

—Todo no. Eso es precisamente lo que deseaba decirte. Yo no quiero que Jana lo pierda todo... Y tú puedes ayudarme.

Álex sonrió de un modo desafiante.

—¿Cómo?

—Mi padre va a utilizar el asunto del tatuaje en contra de Jana, para favorecer las aspiraciones de las hijas de Pértinax. Pero, por otro lado, él quiere algo de ti, y si tú se lo das, Jana podría ser la gran beneficiada.

—Lo siento, no te sigo.

Comprendiendo que Álex no estaba dispuesto a allanarle el camino, Erik suspiró.

—Esta bien, te lo diré lo más claro posible: si quieres ayudar a Jana, negocia con mi padre. Dale la información que te pida... Con eso será suficiente.

—¿Quieres decir que, si colaboro, Jana podrá conservar la jefatura de su clan?

Erik emitió una carcajada que no tenía nada de alegre.

—Se notas que no conoces a Óber. Perder la jefatura de los agmar, en este momento, es el menor de los problemas de Jana. Lo más a lo que puede aspirar es a conservar la vida y su casa en la Antigua Colonia... A eso, y a que lo demás clanes la dejen tranquila.

Los ojos de Álex relampaguearon en la penumbra.

—¿Me estás chantajeando? ¿Quieres decir que, si no colaboro...?

—Oye, yo solo soy el mensajero. Mi padre me ha pedido que te informe de que quiere preguntarte algo y de que si demuestras buena voluntad en tu respuesta, Jana podría no salir demasiado mal parada de todo esto. Tú decides...

—¿Y qué es lo que quiere tu padre de mí? —preguntó Álex después de un instante de reflexión—. Yo no tengo nada que ver con vuestras historias, no formo

parte de este circo.

—Ya... Pues él no parece opinar lo mismo. No sé exactamente lo que quiere preguntarte, pero creo que tiene algo que ver con tu padre.

Al oír aquello, Álex no pudo seguir conteniéndose.

—¿Quiere preguntarme si sé como murió? —casi vociferó, olvidando toda prudencia—. Pues dí, lo sé... Y sé que quien lo mató venía de su parte.

La expresión de Erik se volvió aún más impenetrable que antes.

—Estás loco si piensas eso —murmuró, mirándole a los ojos—. Quien más necesita saber que tu padre viviese era él... No sé qué es lo que crees saber, pero me da la impresión de que alguien te ha engañado.

Aquella insinuación fue la gota que colmó el vaso. Ambos sabían que se refería a Jana, y Álex no estaba dispuesto a hacer como que no se había enterado.

—Te diré quién me ha engañado, quién ha estado engañándome durante toda mi vida.

Alguien que fingía ser mi mejor amigo, que venía a jugar a mi casa y asistía a toda mis fiestas de cumpleaños. Alguien que me estaba vigilando para cuando llegase el momento... Un momento que, por lo visto, cada día está más cerca. Y ese alguien, digas lo que digas, no era Jana.

Un leve rubor se había extendido por las mejillas de Erik mientras escuchaba aquello.

Era la primera vez que Álex lo veía congestionado, a punto de perder el control.

—Si eso es lo que piensas que ha sido nuestra amistad, peor para ti —murmuró entre dientes—. Lo único que te lo pido, por tu bien, es que creas lo que acabo de decirte sobre tu padre. Óber no lo mató, ni él ni nadie de nuestro clan... De eso puedes estar seguro.

—Quizás no fuese un drakul, pero sí alguien enviado por los vuestros. Yo lo vi, ¿entiendes? Era un ser monstruoso, aunque quería aparentar lo contrario. Tenía alas...

¿Vas a decirme que no sabes de quién te estoy hablando?

—No tengo ni la menor idea. Pregúntaselo a mi padre cuando estés con él, si quieres... Y hazme caso. Óber no es tu enemigo, dale lo que te pida. No lo digo solo por ti... También por ella.

El tono de Erik era casi suplicante al pronunciar aquella última frase. Sin saber por qué, Álex se sintió repentinamente avergonzado. Su amigo le había ocultado muchas cosas, pero, pese a todo, no lograba convencerse de que fuera un mentiroso.

Probablemente no supiese nada acerca de la muerte de Hugo ni de cómo se había producido... Óber habría tenido buen cuidado de evitar que lo averiguara.

—¿Qué harías tú en mi caso? —preguntó, sin asomo de ironía en su voz.

La mirada de Erik fue suavizándose lentamente. Había captado de inmediato el cambio de tono de su amigo.

—No sé lo que haría si fueras tú, Álex. No entiendo muy bien por qué ha decidido venir a ver a Óber, sabiendo como sabes que probablemente no logrará quitarte el tatuaje ese que tanto te preocupa. Ahora que sé que sospechas que los drakul tuvimos algo que ver en la muerte de tu padre, empiezo a ver claro... Si me lo hubieras contado antes, no te habría dejado meterte en este circo.

—No te preocupes, no voy a contárselo a la policía —repuso Álex, volviendo al tono mordaz que había empleado antes—. Y, por cierto, no has contestado a mi pregunta...

—Te contestaré. No sé lo que haría si fuera Álex, pero puedo decirte lo que haría si fuera Erik y me encontrase en tu lugar...

—¿Ayudar a Óber?

—Ayudar a Jana.

La respuesta había sido tajante. Los ojos de los dos muchachos se encontraron en la penumbra, encendidos de rencor y de celos.

Por fin se comprendían.

—Ella no te lo agradecería —dijo Álex, y al momento se arrepintió de su dureza.

Pero Erik encajó el golpe con la elegancia que le caracterizaba.

—Lo sé —dijo, y esbozó una enigmática sonrisa—. Eso es lo que nos diferencia a ti y a mí: yo la ayudaría de todas formas, sin esperar nada. Y ahora vámonos, anda... Se está haciendo muy tarde y hace rato que nos esperan.

## Capítulo 3

De vuelta en la sala principal de la cripta, Álex observó que Garo se había situado detrás del mostrador y estaba limpiando unas copas de cristal con un trapo negro. Cuando terminó, las alineó cuidadosamente sobre la barra y alzó los ojos hacia Erik, en espera de instrucciones.

—¿Ahora resulta que esa bestia va a ser el oficiante de la ceremonia? —preguntó David cogiendo a Erik por un brazo.

—Es lo más seguro —repuso este, deshaciéndose con suavidad y mirando a los ojos al muchacho—. Los guardianes no pueden detectarlo.

—¡Esto ya es demasiado! —protestó David—. ¿Sabes lo que te digo? Que no voy a ir.

En lugar de sorprenderse, Erik buscó a Jana con los ojos y esbozó una mueca de resignación.

—Ahórrate el teatro, David —dijo con tono cansado—. No ibas a venir de todas formas, ¿crees que soy idiota? Quieres quedarte fuera por si acaso... No hay problema, estás en tu derecho.

David iba a replicar, pero un breve gesto de Jana le detuvo.

—Terminamos con esto cuanto antes —dijo la muchacha, yendo hacia el mostrador con decisión—. Ya estoy harta de tantos preparativos.

Erik le hizo una señal a Garo para que abandonase su puesto detrás de la barra. El ghul le cedió su puesto y esperó respetuosamente hasta que todos los demás estuvieron colocados ante las copas del mostrador para situarse en último lugar. Tuvo que armarse de paciencia, porque las trillizas de Pértinax tardaron un buen rato en escoger la copa que iban a compartir. Erik retiró la copa vacía destinada a David, observó las otra seis con aire críptico, comprobando que todo estaba en orden.

Los demás se habían quedado en silencio, a la expectativa. Cuando Erik terminó su inspección, se volvió de espaldas al mostrador y, con la punta de los dedos, tocó un polvoriento espejo rectangular situado entre las hileras de botellas.

La oscura superficie del espejo comenzó a temblar al instante, como si se hubiese vuelto líquida. Poco a poco, su brillo fue creciendo hasta convertirse en un uniforme resplandor plateado. Álex contempló fascinado el fluido resplandeciente que no se derramaba, como si estuviese contenido en un invisible acuario. Parecía una diminuta piscina de mercurio...

Con un gesto solemne, Erik fue cogiendo una a una las copas para hundirlas en la sustancia metálica y sacarla de nuevo llenas de aquel líquido de plata fundida. La primera copa se la entregó a Garo, que se la llevó de inmediato a los labios. En

cuanto bebió el líquido, su figura se transformó en una masa de sombra.

—Ahora tú, Álex —le susurró Erik, despegando apenas los labios—. El camino ya está despejado.

Álex se llevó a la boca la copa de cristal y bebió hasta apurar todo su contenido. El fluido del espejo era tan insípido como el agua, aunque mucho más denso. Por un momento lo retuvo bajo el paladar, sintiendo su peso de plomo sobre la lengua.

Después, se decidió a tragárselo.

Los demás también bebieron de sus respectivas copas, pero Álex apenas era consciente ya de su presencia. De pronto sentía que la cabeza le flotaba, y que una absurda sensación de euforia electrizaba todo el cuerpo.

—Miraos en el espejo —oyó que les ordenaba Erik.

Álex observó aturdido como la vibrante superficie de plata se oscureció gradualmente, hasta que todos los rostros reflejados en ella no fueron más que siluetas difuminadas en las sombras. Con la punta de su dedo índice, Erik rozó una vez más el líquido, que se congeló, apareció una grieta justo en el lugar que Erik había tocado. La fisura creció y se ramificó rápidamente, formando una tela de araña que no tardó en extenderse por todos el cristal, hasta hacerlo estallar en mil pedazos deslumbrantes. Algunos de aquellos fragmentos se consumieron de inmediato, pero otros permanecieron flotando en la negrura durante largo tiempo antes de apagarse, y unos cuantos se elevaron hasta el techo y se incrustaron en él, en forma de diminutos anillos plateados.

Las sombras empezaron a dispersarse, y Álex comprobó que ya no se encontraba en el siniestro espacio de la cripta, sino en una inmensa y luminosa sala de juntas, con una larga mesa de caoba en el centro.

Miró a su alrededor. Las paredes eran diáfanos paneles de cristal, y al otro lado se observaban las conocidas siluetas de los rascacielos de Manhattan, algunas muy cercanas. Era evidente que habían llegado a su destino.

A la cabecera de la larguísima mesa se encontraba sentado Óber, el padre de Erik.

Álex lo había visto en múltiples ocasiones, pero nunca en su propio medio, y revelándose como lo que realmente era. A pesar de la distancia, el muchacho quedó impresionado por la semejanza de los rasgos del jefe de los drakul con los de su hijo Erik. El mismo rostro apuesto e inteligente, los mismos ojos azules como lagos...

Óber tenía algunas arrugas en la comisura de los ojos, pero eso no hacía sino aumentar su atractivo. Su cráneo, completamente afeitado, le daba un aspecto a la vez agresivo y elegante. Llevaba un traje negro de corte vanguardista con el cuello redondo, que recordaba vagamente el corte de un uniforme militar. Al ver a Álex, le saludó amistosamente con la cabeza, pero no pronunció ni una sola palabra.

A cada lado de Óber había tres asientos, y el último de la izquierda se hallaba vacío.

Los ocupantes de los asientos restantes clavaron sus ojos en Álex con una mezcla de frialdad y desagrado. Álex fue deslizado la mirada sobre aquellos cinco rostros hermosos y venerables.

Un intenso dolor en el hombro le hizo comprender que Jana acababa de atravesar el espejo detrás de él y que se había situado a su lado. Un instante después, notó la presencia de Erik, y en seguida también Pertinaz y sus hijas. Los cinco recién llegados se encontraban alineados frente a la mesa de reuniones, sometiéndose al escrutinio de sus ocupantes. Garo, que los había precedido, permanecía apartado de los demás, pegado a una de las paredes de cristal de la sala mientras observaba con fijeza la escena.

—Bienvenidos a la Fortaleza, sede central del poder de los drakul —saludó Óber sin levantarse—. Álex, tú eres el único que no conoce a todos los jefes. Te presento a Lenya, cabeza visible del clan de los albos, cuya magia agita los velos de la mentira; y a Glauco, señor de los varulf, dominadores de las bestias. A su lado se sienta Eilat, jefe de los íridos, que engañan a los hombres a través del sentido de la vista. A mi derecha, Duns, el más anciano de nosotros, que dirige el clan de los pindar. Más vale no oír nunca sus recitaciones, si no quieres llegar a confundir tu vida con las suyas.

Y, por último, junto a él se encuentra Kennin, señor de los zenkai, que utilizan el silencio como un arma. Todos juntos ostentamos la primacía entre los medu, concedores de la magia de los símbolos. Nuestra piel es nuestra existencia; nunca escritura, vuestro limite. Que estas palabras queden tatuadas en tu alma.

Impresionado por esa bienvenida ritual, Álex contempló con aprensión los rostros de los cinco jefes que Óber acababa de presentarle. Lenya era una mujer rígida y hermosa, de cabellos tan negros que casi parecían azules, ataviada con un vestido gris de pronunciado escote, que dejaba al recubierto un fragmento del tatuaje en forma de libélula propio de los miembros de su clan. A su lado, Glauco parecía un joven de unos veinticinco años, con largos cabellos de color miel y una camiseta ceñida que realzaba la perfecta musculatura de sus brazos. Lo más llamativo de su rostro era los ojos, de iris crueles y dorados que recordaban un poco a los de Garo.

Eilat, por su parte, parecía un hombre de mediana edad, con las sienes cubiertas de canas y una agradable sonrisa en el semblante. Era el único de los presentes que llevaba corbata, lo que le daba el aspecto de un anodino agente de bolsa.

Al otro lado de la mesa se sentaba Duns, un anciano cuya barba gris y descuidada le hacía parecer un artista bohemio. Su expresión era bondadosa, pero a la vez reflejaba una profunda inquietud. Álex sintió de inmediato simpatía por él, aunque sabía que no debía fiarse de las apariencias.

En cuanto a Kennin, se trataba de un joven de rasgos orientales, vestido con una túnica de color anaranjado. Su rostro era el menos expresivo de todos, pero el intenso brillo de sus ojos demostraba que se encontraba alerta.



—Jana, ocupa tu sitio junto a Kennin —ordenó Óber, dirigiéndose con severidad a la muchacha—. Puede que sea la última vez que lo hagas. Y los demás, ocupad los asientos que queráis alrededor de la mesa; pero, eso sí, lo más cerca posible de mí, para que pueda sondear bien el fondo de vuestro ojos.

Arrastrado por un impulso irrefrenable, Álex se apresuró a seguir a Jana para sentarse a su lado, pero cuando fue a hacerlo observó que, aparte de los asientos destinados a los jefes de los clanes, alrededor de la mesa no se veía ninguna silla.

—No importa que no la veas, está ahí —murmuró Erik, que le había seguido—. Aparecerá cuando te sientes.

Temiendo que Erik le estuviese tomando el pelo, Álex hizo ademán de sentarse al vacío, y para su sorpresa se encontró con un asiento sólido en mitad de su caída. Erik ocupó un invisible asiento a su derecha, y frente a él, al otro lado de la mesa, se sentó Pértinax, después de farfullar un montón de saludos y de hacer reverencias a todos los jefes.

Para sorpresa de Álex, las hijas de Pértinax se sentaron modosamente al lado de su padre, desplegando diminutas sonrisas en sus caras de muñeca y alisándose con cuidado los encajes de sus falditas.

Durante unos minutos reinó un profundo silencio. Óber tenía los ojos cerrados y parecía concentrado en una profunda meditación interior. De pronto, un coro de voces frías y cristalinas comenzó a entonar una melodía muy lenta, una melodía que no se ajustaba a ninguna tonalidad, sino que iba vagando de una a otra sin aparente sentido, desorientado por completo al oyente.

Por instinto, Álex miró hacia el extremo vacío de la sala de juntas, de donde parecían provenir las voces. Lo que vio le dejó sin respiración. En lugar de una pared, aquel extremo de la estancia se encontraba limitado por un espacio absolutamente negro, un vacío cósmico donde ni siquiera brillaban las estrellas. Era como si en aquel lugar de la sala desembocase directamente en la nada, y de esa nada era de donde provenían las voces que desgranaban monótonamente su inquietante melodía. Álex tardó un rato en percibir las gradas esculpidas en el vacío, y las siluetas ataviadas con túnicas negras sosteniendo sobre aquellas gradas.

—Los hechiceros drakul sostienen con su canto la red de sortilegios que protege la Fortaleza —recitó Óber con los ojos cerrados—. Estamos a salvo de los guardianes.

Aranox, ven a nosotros. Que dé comienzo la ceremonia.

Al momento, una espada se materializó en el aire, con la empuñadura hacia arriba y la punta hacia abajo. Flotaba exactamente sobre el centro de la mesa de juntas, totalmente inmóvil. Álex contempló con interés las complicadas filigranas que cubrían la hoja. A pesar de la distancia, podía distinguirlas con toda exactitud. Quizás fueran por efecto del tatuaje, que en presencia de Jana agudizaba todos sus sentidos.

—Esta es la espada Aranox, talismán del clan de los drakul, letal entre todas las espadas, poderosa entre los poderosos —tronó la voz de Óber, superponiéndose al cántico de los hechiceros.

—¿Qué significan esos símbolos de la empuñadura? —preguntó Álex, incapaz de refrenar su curiosidad.

Los jefes de los clanes lo miraron escandalizados, y Garo dio un paso hacia él, enseñando los dientes con expresión amenazante. Sin embargo, Óber esbozó un gesto apaciguador con la mano.

—Nuestro invitado es un humano y desconoce nuestras leyes —dijo, sonriendo—. Su juventud le inclina a la espontaneidad, y eso no siempre es malo. ¿Alguno de los presentes quiere responder a su pregunta?

Álex se volvió hacia Jana con expresión interrogante, pero, antes de que la muchacha tuviese tiempo de abrir la boca, las tres hijas de Pértinax se levantaron al unísono, se alisaron los volantes del vestido y se volvieron hacia Óber con cara de alumnas aplicadas.

—Los dos signos de la empuñadura representan a Mercurio y a Ibis —respondió la rubia con un siseo de ultratumba—. Los antiguos lo identificaban con Hermes, Señor de lo oculto, pero también ha recibido otros nombres.

—Aah-Tehuti, Toth, a veces Nebo —prosiguió la morena con el mismo siseo inhumano que su hermana—. Pero nosotras preferimos pronunciar su nombre olvidado: Dyehuti.

—Son los signos del Último, Guardián de las Palabras, Lengua de la Creación, Mago de los Dioses... Cuando cayó fulminado bajo la ira de Drakul, sus nombres se grabaron en el puño de la espada —concluyó la hermana pelirroja.

Cuando calló, todos los presentes respiraron hondo, aliviados. Las fúnebres inflexiones de aquellas voces idénticas parecían haber envenado el aire.

Las muchachas se sentaron, mientras su padre las observaba con una mezcla de ternura y tristeza. Daba la impresión de que él también había estrado conteniendo el aliento mientras ellas hablaban, para no contaminarse de su inhumanidad.

—Mis hijas están muy versadas en el saber antiguo —murmuró el anciano con orgullo, mientras las muchachas regresaban a su rigidez de máscaras—. Han pagado un alto precio por sus conocimientos, como podéis ver.

Álex observó la espada, procurando ocultar su curiosidad. Las trillizas habían hablado de dos símbolos, pero él veía tres. ¿Por qué no habían dicho nada del símbolo central? ¿Acaso no lo veían? El muchacho las miró de reajo mientras se planteaba la posibilidad de formular la pregunta en voz alta. Después de todo, el signo del centro, el que ellas no habían mencionado, era el que más le interesaba...

Porque se trataba de una serpiente, y eso le hizo pensar de inmediato en Jana y en el inquietante tatuaje de su espalda.

De pronto sintió la mirada de Óber clavada en su rostro, ardiente como una quemadura. El jefe de los drakul parecía estar escrutando su alma. ¿Habría leído sus pensamientos? ¿Se habría dado cuenta de que él había visto un signo más en la espada?

—¿Hay algo más que quieras saber? —le preguntó Óber sin dejar de mirarlo.

Álex se esforzó por controlar la expresividad de sus fracciones.

—No, gracias. Siento haber interrumpido —repuso en tono tranquilo.

Óber le sonrió con aprobación. Luego, dejó de sonreír y, poniéndose en pie, extendió ambos brazos hacia la espada.

—Esta es Aranox, Viento de Más Allá —pronunció con solemnidad. Los cantos de los hechiceros se disolvieron en un respetuoso silencio cuando resonaron estas palabras—. Se muestra pocas veces; pero cuando lo hace, es por un buen motivo.

Desde que encadenó al Último y lo condenó a la oscuridad, estamos bajo su protección. Si se plantea un conflicto entre los clanes, o en el seno de un mismo clan, ella es quien decide. La espada solo puede inclinarse de un lado, y quien cuestione su elección pagará su atrevimiento con la vida.

La luz fría y azul de los ojos de Óber fue recorriendo parsimoniosamente los rostros de todos los presentes. Finalmente se detuvo en Álex.

—Este humano ha acudido a mí para que, utilizando el poder de los drakul, le libere del poderoso hechizo que pesa sobre él. El encantamiento fue obra del hijo menor de Alma, última jefa del clan de los agmar. Se trata de una magia muy peligrosa, practicada sobre el espíritu del humano a través de un tatuaje grabado sobre su piel.

Sometiendo a este joven a tal hechizo, el hijo de Alma ha desafiado nuestras leyes, poniéndonos en peligro.

Sus ojos brillantes como zafiros se apartaron de Álex para fijarse en el rostro de Jana.

—Tienes derecho a explicarte en nombre de tu hermano —le dijo suavemente—.

Pero te advierto que estamos muy descontentos. Nos encontramos en un momento delicado, a punto de enfrentarnos a una amenaza que llevaba siglos sin aparecer. No tenemos tiempo para querellas entre nosotros... Y mucho menos para buscarnos problemas con los humanos. Tu responsabilidad, cuando llegues a la mayoría de edad, consistirá en dirigir y controlar todos los agmar; pero no has demostrado que ni siquiera puedes controlar a tu hermano.

Mientras Óber hablaba, Pértinax meneaba vigorosamente la cabeza con gesto triste.

—Pobre Alma —murmuró, en voz lo suficientemente alta para que todos lo oyeran—. Ella no se merecía esta deshonra.

Los ojos de Jana desafiaron en silencio al anciano, mientras sus labios se

curvaban en una sonrisa a la vez seductora y desdeñosa.

—Veo que la petición de mi amigo humano va a ser utilizada como excusa para someterme ante los jefes de los clanes —dijo con voz clara, volviéndose hacia Óber—. Sin embargo, antes de hacerlo, deberías darle una respuesta a Álex. ¿Vas a concederle lo que te ha pedido?

Un destello de ira atravesó los ojos del jefe drakul.

—Eso lo decidiré más tarde —repuso, tajante—. Primero hablaremos de ti y de los tuyos. Desde hace tiempo, albergamos serias dudas acerca de tu derecho a ocupar la jefatura del clan de los agmar. Desde que murió tu madre, no has dado muestras en ningún momento de haber heredado sus facultades.

—¿Y cuando queríais que las diera? Pértinax se ha encargado de relegarme a la sombra, impidiéndome aparecer ante los míos como la legítima heredera Alma. Creo que a veces se le olvida que él no es más que un regente, y que su labor terminará el día que yo cumpla los dieciocho años.

El aludido aprovechó al instante la ocasión para hacerse oír.

—Mi pobre pequeña, ¡cómo puedes ser tan injusta! Lo único que he hecho a lo largo de estos años ha sido protegerte y procurar ocultar tus... ¿Cómo llamarlas? Tus carencias. He evitado tus intervenciones en las reuniones anuales del clan para impedir que hicieras el ridículo. Es lo menos que podía hacer por Alma... ¡Pobrecilla!

A ella nunca se le pasó por la cabeza que fueses a sucederla.

Por un momento, Álex pensó que Jana iba a lanzarse sobre el anciano. Sin embargo, la joven escuchó su malévola declaración con admirable compostura.

—Pértinax defiende los intereses de sus hijas, y no le culpo por ello —repuso suavemente—. Es lógico que centre todas sus ambiciones en ellas, pero el resto de los clanes no deberían dejarse engatusar por los sueños de grandeza de un pobre anciano.

La única heredera legítima de Alma soy yo; y estoy dispuesta a demostrárselo a cualquiera que se atreva a ponerlo en duda.

Se oyeron murmullos en la cabecera de la mesa, y Lenya se puso en pie para hablar.

—Las disputas internas de los agmar nos afectan a todos —dijo con una voz grave, que sorprendió a Álex por su musicalidad—. No olvidemos que es en su territorio donde, según la profecía, debe surgir la próxima manifestación del Último.

A Álex no le pasó desapercibida la mirada de reojo que le dedicaron varios de los presentes al oír aquella mención. Parecía que, pese al tatuaje, algunos seguían creyendo que cabía la posibilidad de que el Último fuera él... Aunque no daba la sensación de que Óber se contase entre ellos.

—No se trata de un territorio exclusivamente suyo —intervino Glauco con aspereza—. También nos pertenece a los varulf... Y, puesto que ni este viejo

incompetente ni esta niña inexperta parecen capaces de enfrentarse con una amenaza como la que se avecina, propongo que los agmar sean disueltos como clan, y que sus derechos se nos traspasen a nosotros.

Óber no se molestó en ocultar la gracia que le hacía aquella reclamación. Sin dejar de mirar a Jana, emitió una carcajada larga y desabrida.

—Vamos, Glauco, no exageres —dijo, cuando logró dominar su risa—. A pesar de la debilidad de los agmar, tu clan ha perdido en todas las batallas libradas contra ellos en estos últimos años. Ni siquiera tus ghuls inhumanos han logrado que eso cambie...

Tienes que reconocer que Pértinax lo ha hecho bastante bien.

Como no estaba dispuesto a reconocer nada semejante, Glauco optó por el silencio.

Sus ojos dorados estaban tan llenos de resentimiento que daba miedo mirarlo.

—Los drakul no queremos que el clan agmar desaparezca —añadió Óber, recuperando la seriedad—. Únicamente deseamos asegurarnos de que sea el mejor quien ocupe su jefatura. Pértinax es un anciano, así que la decisión está entre sus hijas y Jana. Muchacha, dínos si aceptas o no el desafío.

Los ojos castaños de Jana brillaban con una luz otoñal, de árbol pardo y mojado por la lluvia.

—¿Tengo que enfrentarme con la tres a la vez? —dijo, en tono burlón—. La verdad, no me parece justo.

Antes de que Óber tuviese tiempo de replicar, Álex se alzó de bruscamente de su asiento y tomó la palabra.

—Antes de seguir con esto, quiero retirar mi petición a Óber de que me libere del tatuaje mágico —dijo atropelladamente—. Sin pretenderlo, he sido la causa de todo este lío, y estoy dispuesto a hacer lo que sea por reparar el daño que he causado. Jana no tiene la culpa de que su hermano se divirtiera un poco a mi costa... Y, desde vuestro punto de vista, que un medu se burle de un humano no debe de parecer tan grave.

Mientras Óber lo observaba de arriba abajo, Álex notó un firme tirón en su manga derecha. Se trataba de Erik.

—Siéntate —le susurró este con voz casi inaudible—. Estás complicando las cosas.

—No subestimes tu responsabilidad en este asunto, muchacho —dijo Óber en tono paternalista—. Habríamos averiguado la transgresión de David antes o después, y Jana, como jefa de su familia, habría comparecido para explicarse ante este tribunal.

Por eso, te ruego que no vuelvas a intervenir hasta que se te conceda la palabra... De lo contrario, me veré obligado a tomar medidas para controlarte.

Aquella última amenaza había sonado particularmente humillante, pero Álex se mordió el labio inferior y decidió no rebatirla. No quería empeorar las cosas para Jana irritando al jefe de los drakul... Además, en el fondo sabía que tenía razón, y que él pintaba muy poco en aquel espectáculo.

Levantándose majestuosamente, Jana recorrió con una mirada llena de desprecio los rostros de los jefes de los clanes.

—Óber ha formulado en vuestro nombre acusaciones un tanto nebulosas contra mí —dijo, pronunciando con deliberación cada palabra—. Si vais a cuestionar mi liderazgo, exijo que al menos lo hagáis con argumentos concretos. ¿En qué he fallado, según vosotros? ¿Qué tenía que haber hecho que no haya hecho? Es cierto que David ha ejecutado un hechizo de primera magnitud sin mi consentimiento, pero ese no es motivo suficiente para poner en tela de juicio mi liderazgo. Castigadme si queréis por mi descuido, pero no tratéis de arrebatarme el título que heredé de mi madre.

Los jefes de los clanes cuchichearon entre sí, visiblemente descontentos.

—Mi querida Jana —dijo de pronto Pértinax—, como regente actual de los agmar y miembro más anciano del clan, quiero ser yo quien responda a tu pregunta. Durante años he intentado, en lo posible, ahorrarte el sufrimiento de conocer las dudas que albergaba tu madre acerca de ti, pero no puedo seguir haciéndolo por más tiempo. Mi pobrecilla, Alma no creía en tus poderes. De niña nunca diste muestras de tener ningún talento especial para las visiones, y tu hermano menor ha demostrado poseer dotas mágicas mayores que las tuyas. Se trata de un hecho inaudito en el linaje de los agmar, donde las mujeres siempre han sido más poderosas que los hombres. Pero eso no es todo... La desconfianza de Alma hacia su hija era tal que no si quiera le legó la poderosa piedra que dio origen a su linaje. Me refiero a la piedra de Sarasvati, misteriosamente desaparecida desde la muerte de Alma.

Un murmullo de comentarios interrumpió la perorata del anciano.

—Tal vez su asesino la robara —dijo Eilat en voz alta, mirando a Jana con aire pensativo.

—Eso debes preguntárselo a él —repuso Jana volviendo sus ojos hacia Óber con expresión desafiante.

Óber sostuvo su mirada sin pestañear, mientras una sonrisa despectiva afloraba lentamente a sus labios.

—La piedra no fue robada, de lo contrario lo sabríamos —dijo el jefe de los drakul—.

Estoy completamente seguro de que sigue en poder de los agmar... Y creo que Pértinax es de la misma opinión.

—No quiero adelantar nada —intervino el anciano nerviosamente—. Los hechos hablarán por sí mismos... Únicamente diré lo siguiente: es fácil deducir que quien

tenga la piedra será depositaria de mayores poderes que quien no la tenga. Que cualquiera de mis hijas se mida con la hija de Alma, y que ambas nos ofrezcan por turnos sus visiones. La que demuestra mayor maestría en el dominio de la magia será la heredera legítima de la última gran hechicera agmar... y la legítima dueña de la piedra.

Al oír aquello, Jana se encaró con el viejo. Por un momento, Álex tuvo la impresión de que estaba a punto de perder el control.

—¿Estás insinuando que mi madre quería que esos monstruos que tienes por hijas la sucedieran? —dijo, en voz baja—. ¿Estás insinuando en serio que Alma lo querría así?

El anciano se encogió de hombros.

—Entiendo que estés dolida, muchacha, pero así son las cosas. No he querido hacerlo público hasta ahora para no perjudicar a nuestro clan, pero tu soberbia ha ido demasiado lejos. Si tuvieras la piedra, hace tiempo que la habrías utilizado... La habrías usado, por ejemplo, para ayudarnos a vencer a los varulf. Pero no has podido hacerlo porque no la tienes tú.

—Y entonces, ¿quién la tiene? ¿Tus hijas? —le interrumpió Jana.

Pértinax sonrió misteriosamente.

—No diré nada por ahora —dijo, mirando de reojo a las trillizas—. Las visiones hablarán.

—Que las visiones hablen, entonces —dijo solemnemente—. El combate se celebrará de la siguiente manera: cada contendiente mostrará, cuando le llegue el turno, la visión más poderosa que sea capaz de invocar. La primera será una visión del pasado; la segunda, del futuro, y la tercera, del presente. Las visiones del presente son las más difíciles de dominar, y es necesaria una magia muy poderosa para lograrlo. Los cantos de los hechiceros drakul nos protegerán de los guardianes mientras celebramos el ritual. Si una de las dos contendientes quebranta las normas. La espada hará justicia, destruyendo la ventaja obtenida de modo fraudulento.

Una aguda punzada en el hombro hizo que Álex se volviese instintivamente hacia Jana. La muchacha se había puesto de pie y miraba en silencio la espada, en actitud de profunda concentración. Álex sintió con mayor fuerza que nunca el vínculo que le unía a ella a través del tatuaje. Toda su mente se volcó en el rostro cautivador de Jana, tratando de penetrar en sus pensamientos.

Fue entonces cuando creyó oír en su interior la voz suave y apaciguadora de la muchacha. Álex respondió a aquellas palabras con una sonrisa alentadora. Fue como si Jana percibiese dentro de sí el calor de aquella sonrisa, porque de inmediato se volvió hacia él y también le sonrió.

—Estoy lista —dijo, mirando a las trillizas.

—Yo también —repuso Urd, la trilliza de cabellos negros, con su voz cavernosa y

sin expresión.

Las dos jóvenes caminaron hacia el extremo de la mesa y colocaron frente a frente, muy cerca la una de la otra. Curiosamente, a pesar de sus grotescas proporciones infantiles, la hija de Pértinax tenía la misma estatura de Jana; y lo más inquietante de todo era que entre aquel rostro vacío de cartón piedra y el semblante cautivador de Jana existía un innegable parecido. Anteriormente, Álex no había reparado en él, pero ahora que podía contemplar a las dos muchachas tan cerca la una de la otra, la semejanza saltaba a la vista.

Durante unos minutos no se oyó en la gran sala acristalada más que la interminable salmodia de los hechiceros. Álex evitaba mirar hacia el oscuro vacío de donde provenía aquella especie de teatro de sombras colgado de la nada. El tatuaje seguía doliéndole, pero al mismo tiempo le invadía una sorprendente sensación de calma.

Era como si Jana, a través del dibujo de su piel, estuviese diciéndole que todo iba a salir bien; aunque lo cierto era que, observando el rostro gozoso de Pértinax y la sonrisa de Óber, Álex no las tenía todas consigo.

De pronto, por encima de los cantos retumbó la voz cavernosa de Urd:

—El pasado —dijo, alzando hacia el techo la mano derecha.

Sus rasgos empezaron a distorsionarse hasta convertirse en una mueca aterradora, mientras entre sus dientes el aire brotaba con un silbido progresivamente más agudo.

En un momento dado, a la altura del pecho, el vestido empezó a teñirse de un líquido azul, mientras un resplandor del mismo color se elevaba desde aquel punto hacia lo alto. A medida que el resplandor abandonaba el cuerpo de la joven, este se iba arqueando hacia delante, torturado por el esfuerzo.

La luz azulada no tardó en condensarse en una miríada de puntos que, al unirse, formaron la imagen tridimensional de una mujer vestida con una túnica blanca. La mujer llevaba los largos cabellos sueltos sobre los hombros, y exhibía un evidente parecido con Jana.

A sus espaldas, Álex oyó algunas exclamaciones sofocadas.

—Alma —murmuró Erik—. Un duro golpe para Jana, ella no puede hacer eso.

Álex recordó lo que Jana la había contado acerca de su incapacidad para tener visiones relacionadas con su madre. Probablemente se trataba de una laguna en sus poderes bien conocida entre los jefes de los clanes. Urd estaba jugando muy bien sus cartas... El hecho de que ella sí fuese capaz de invocar la imagen de Alma podía hacer pensar a muchos que Urd era, en realidad, la heredera espiritual de la última hechicera agmar.

La visión de su propia madre ejerció, además, un efecto desgastador sobre Jana, que se quedó largo rato mirándola con ojos desencajados, hasta que la figura comenzó a disolverse de nuevo en el aire.



—Es tu turno Jana —le recordó Óber, una vez que la visión de Urd se hubo disipado por completo.

Jana juntó las manos a la altura del pecho, cerró los ojos y elevó la cabeza hacia lo alto. A Álex le pareció que oía un canto desafinado y triste en su interior, el mismo que la muchacha estaba utilizando para invocar su visión. En esta ocasión, todo ocurrió gradualmente, provocando que el efecto final resultase aún más impresionante.

Primero fue un viento ardiente y seco, cargando de granos de arena que obligaron a los presentes a cerrar los ojos. Cuando Álex se decidió a abrir los suyos, la transformación que se había operado a su alrededor le dejó con la boca abierta. La arena había cubierto buena parte de la sala de juntas, y en algunos lugares llegaba hasta la altura de la mesa. El espectáculo de aquellos funcionales muebles de oficina semihundidos en las dunas habría bastado para llenar de perplejidad a cualquiera.

Pero la cosa no se detuvo ahí. Mientras la arena se acumulaba en todo los rincones, la luz había aumentado de intensidad hasta volverse cegadora. Bajo la blancura resplandeciente de aquella luz, los objetos y los personajes de la sala se disolvieron como la sal en el agua. En su lugar, bruscamente, surgió la silueta imponente de un templo de piedra, cuya estructura recordaba a las antiguas mastabas de los egipcios.

La entrada del templo destacaba como una gran boca oscura en medio de la deslumbrante claridad, enmarcada por largos frisos de jeroglíficos. Y delante de aquella entrada se encontraba una mujer y dos hombres mirando con expresión hierática a los presentes. Los tres iban vestidos con ropajes suntuosos que a Álex le recordaban algunos cuadros renacentistas. El hombre del centro era más alto que sus dos compañeros, y sostenía con ambas manos una espada semejante a Aranox.

—Drakul —dijeron varias voces, casi al unísono—. Es Drakul, el fundador de esta casa...

—Se parece mucho a ti —susurró Álex, volviéndose hacia Erik—. Es casi idéntico...

—Los medu del mismo linaje nos parecemos mucho —repuso Erik—. Fíjate en la mujer, ¿no dirías que es Jana?

—Se parece muchísimo, aunque es rubia...

—Es Agmar, la fundadora de su clan. Fíjate en ese objeto que flota sobre la palma de su mano. Es la dichosa piedra.

Álex observó fascinado la figura de Agmar, concentrada en observar la piedra como si estuviese a punto de entrar en trance. Llevaba un largo vestido de brocado carmesí con bordados de plata, y los cabellos dorados ceñidos por una redecilla de perlas.

Pese a la antigüedad de aquel atuendo, el parecido con Jana resultaba asombroso:

los mismos ojos aterciopelados, los mismos labios serenos y seductores, la misma belleza distante, que ejercía un irresistible magnetismo sobre todos los que la rodeaban.

—El otro no sé quien es —murmuró Erik—. No lo he visto nunca.

Álex observó al tercer personaje de la visión con el corazón encogido. Era un joven apuesto y sombrío, vestido enteramente de negro, y no se parecía a nadie que el hubiese visto anteriormente. Sin embargo, sabía quien era. Lo sabía por el libro que sostenía, cerrando, bajo su brazo, un viejo libro encuadernado en cuero que en principio no tenía nada de especial. Sin embargo, algo debía de tener cuando se encontraba allí, en la visión de Jana, junto a la espada y la piedra.

Era una representación del último de los kuriles, el que su padre le había pedido que buscase; el motivo, en definitiva, de que él estuviese allí. Hugo le había dicho que lo reconociera en cuanto los viera, y eso era exactamente lo que acababa de suceder. Lo había reconocido, sí, pero, al mismo tiempo, Álex comprendió que aquella apariencia de objeto vulgar no era la verdadera. El viejo volumen simboliza en realidad algo mucho más poderoso, algo que ninguna podía contener.

En cuanto al portador del libro, aquel joven de rostro triste y pensativo, no podía ser otro que Céfiro, su antepasado. El último de los príncipes kuriles...

Las tres figuras permanecieron estáticas mientras el viento agitaba sus vestidos y las dunas de arena a sus pies. No se miraban, ni parecían conscientes de la presencia de los otros. Toda su atención estaba concentrada en el objeto que custodiaba cada uno de ellos. La piedra azul y resplandeciente de Agmar, la espada de Drakul y el libro de Céfiro.

En un momento dado, la mujer comenzó a mover los labios, como si estuviese recitando una fórmula ritual inaudible. El viento arreció, arrastrado toda la arena del suelo y envolviéndolos a todos en un denso remolino rojizo. Álex sintió la áspera bofetada del huracán cargado de arena en sus mejillas, y se vio obligado a cerrar nuevamente los ojos. Cuando los abrió, los tres personajes habían desaparecidos. En su lugar vio a Jana tambaleándose sobre sus piernas temblorosas, con su vestido negro sucio de arena y polvo y la mano derecha extendida con la palma hacia arriba.

De inmediato se oyeron gritos y exclamaciones ahogadas: sobre la mano de Jana brillaba la piedra de la visión, el zafiro azul de Sarasvati.

—La tiene ella —rugió Óber, incrédulo—. Pértinax, ¿a qué has estado jugando?

El viejo se puso en pie como movido por un resorte y empezó a agitar los brazos con expresión desencajada.

—¡No es justo! ¡Ha hecho trampa! El objeto mágico le da una clara ventaja sobre mi hija. ¡Exijo que el duelo se suspenda inmediatamente!

En respuesta a la demanda del anciano, la espada Aranox emitió un suave resplandor rojizo. El anciano se dejó caer en su asiento, repentinamente atemorizado.

—El duelo ha comenzado y no se detendrá —dijo la voz de Óber, transformada en una especie de rugido sobrenatural.

El jefe drakul había pronunciado aquellas palabras sin mover los labios, y Álex comprobó que en realidad era la espada quien estaba hablando a través de él.

—El resultado es incierto, las desigualdades se compensarán —prosiguió la voz —.

Urd y sus hermanas comparten una misma consciencia y una misma sabiduría. Es justo que se unan.

Álex sintió que se le erizaba la piel y que la garganta se le secaba. No había experimentado un horror semejante desde la infancia, cuando tenía pesadillas y su padre acudía a consolarle. O tal vez hubiese experimentado lo mismo el día que su padre murió, aunque no lo recordara.

Lo cierto es que lo que estaba ocurriendo ante sus ojos era más espeluznante que ninguno de sus sueños de infancia. Antes de que la voz dejase de hablar, las dos hermanas de Urd comenzaron a caminar como autómatas hacia su hermana, y, la llegar hasta ella, las tres se fundieron en un abrazo. Sus labios, sus manos y sus cabellos se mezclaron hasta confundirse... Y, poco a poco, los tres cuerpos se superpusieron para formar uno solo. Era una imagen terrible, porque a través de los ojos redondos y azules de Urd ahora miraban, prisioneras, sus dos hermanas. Un monstruo abominable con aspecto de muñeca... y sorprendentemente parecido al de su bella adversaria.

Jana había contemplado la metamorfosis de Urd sin moverse un ápice de su sitio.

Tenía el rostro convulso por el esfuerzo que había supuesto para ella la anterior visión, pero su mirada no reflejaba miedo.

—El futuro —siseó lentamente una triple voz a través de los labios de Urd.

Los brazos de la joven comenzaron a moverse como si estuviese ensayando una antiquísima danza. Al desplazarse, los miembros de Urd se triplicaban, liberando por un momento los miembros cautivos de sus hermanas. Parecía una criatura mitológica, una de esas deidades hindúes de innumerables brazos. Álex se estremeció de terror y repugnancia; tuvo que hacer un gran esfuerzo para no apartar los ojos de la monstruosa hija de Pértinax.

Pronto quedó claro que aquella danza espeluznante tenía un objetivo. Con cada uno de los movimientos de Urd, la piedra azul de Sarasvati se alejaba unos centímetros de la mano extendida de Jana, sin que esta pudiera hacer nada por impedirlo. Sin embargo, cuando el zafiro alcanzó el punto medio entre las dos contendientes, dejó de avanzar y se quedó flotando inmóvil en el aire. La danza de Urd se volvió más rápida y desenfrenada que antes, y sus rasgos comenzaron a retorcerse de un modo extraño, dislocándose brevemente en una triple boca o en media docena de ojos. Pero aquellos esfuerzos no dieron ningún resultado: una vez

situado en el centro de la escena, el zafiro no se movió ni un milímetro más.

Los ojos redondos de Urd se oscurecieron de odio, pero aquella reacción humana de impotencia duró tan solo unos segundos. Enseguida, sus rasgos se acartonaron una vez más, confiriéndole el aspecto de una máscara. Una horrible polifonía comenzó a brotar de su pecho, entonando un canto monótono e incomprensible.

Las múltiples voces de aquel canto se condensaron en un ruido de lluvia torrencial, que se hizo visible ante los aterrados ojos de Álex; una granizada de formas y colores que rápidamente compusieron una imagen tridimensional, tan vívida como si fuera real.

Se trataba de Erik. Parecía algo más mayor, más atlético quizá que en el presente, y una intensa palidez cubría su rostro, acentuando la nobleza de sus rasgos. Sostenía con ambas manos el puño de Aranox, blandiéndola contra un enemigo invisible. Su mirada se encontró un momento con la de Álex, y este dejó escapar un grito de asombro. Eran los ojos de su amigo, fieros y concentrados, más impresionantes que nunca.

—¡Fijaos! ¡Lleva una corona! —dijeron varias voces a coro.

En efecto, una corona que parecía de fuego ceñía la frente del muchacho.

La visión se disolvió de golpe al tiempo que la salmodia de Urd cesaba, dejando la sala sumida en un sepulcral silencio.

—Será rey —acertó a decir Eliat, impresionado—. Óber, tu hijo ocupará el trono vacío...

A pesar de lo halagador del comentario, Óber torció el gesto con evidente disgusto e intercambió una enigmática mirada con Erik. Álex observó que su amigo se había puesto intensamente pálido. No daba la impresión que aquella escena que Urd les estaba mostrando le hubiese sorprendido agradablemente, sino más bien todo lo contrario.

Una seca carcajada atrajo todas las miradas hacia Jana.

—¿Cómo podéis ser tan ilusos? —gritó la muchacha con ojos llameantes—. Os están manipulando...

—¿Estás insinuando que mis hijas no han mostrado la verdad? —preguntó Pértinax, indignado.

Jana se encaró con Urd la miró a los ojos.

—La verdad tiene muchas caras —repuso, colérica—. Ellas os han mostrado una...

Yo os mostraré la otra.

Antes de que terminara de hablar, su vestido comenzó a deshacerse en finas cenizas grises que cayeron girando a sus pies. El torbellino fue extendiéndose por el suelo hasta engullirlo todo, y Álex se encontró de pronto sumergido en aquella nube turbia que le quemaba los ojos, luchando por respirar. Perdió la noción del tiempo, y

la falta de oxígeno lo sumió en una especie de letargo que solo empezó a disiparse cuando las cenizas dejaron de girar y se depositaron en el suelo.

Al mirar a su alrededor, descubrió horrorizado que se hallaba en medio de un montón de escombros y de ruinas ennegrecidas que apenas se sostenían sobre un esqueleto de metales retorcidos. Entre tanta desolación, reconoció un solo objeto: una larga mesa partida en dos que el fuego había consumido por los bordes yacía entre masas de cemento y cristales rotos, con las patas hacia arriba.

Se trataba de la misma mesa a la que estaban sentados un momento antes, la mesa de la sala de juntas.

—Luchad por lo que Urd os ha mostrado. Esto es lo que obtendréis —dijo la voz de Jana, deformada por un eco que rebotó largamente en todas direcciones.

Álex vio a la muchacha tendida en el suelo, sobre un montón de cristales. Estaba completamente desnuda y tenía los ojos cerrados. De pronto, las cenizas comenzaron a volar hacia su cuerpo, posándose sobre su piel y trenzándose para formar el vestido negro de la muchacha. Mientras el vestido se iba recomponiendo sobre el cuerpo de Jana, los fragmentos de los cristales se reconstruyeron a vertiginosa velocidad y, finalmente, la mesa de reuniones se ensambló nuevamente.

Cuando la visión terminó, todo estaba exactamente igual que al principio, excepto el rostro de Jana, que reflejaba un espantoso agotamiento. Álex miró a los jefes de los clanes, rígidos en sus puestos alrededor de Óber. Sus semblantes crispados exhibían una amplia gama de expresiones, que oscilaban entre la confusión y el miedo.

Óber era el único que parecía tranquilo.

—Nada dura para siempre —dijo con voz ronca, rompiendo el impresionante silencio.

Glauco se volvió hacia él con una obsequiosa sonrisa.

—Es cierto. Pero consuela saber que, dentro de ciento de años, cuando todos nosotros hayamos desaparecido, nuestros edificios seguirán ahí, aunque sea transformados en ruinas —comentó, casi alegremente.

Jana se acercó a la mesa tambaleándose y, apoyándose en ella con ambas manos, miró despectivamente a los jefes de los clanes.

—Engañaros si queréis —dijo, temblando de ira—. Ese futuro está mucho más cerca de lo que pensáis... Mucho, muchísimo más cerca.

Erik hizo ademán de levantarse para ir hacia la muchacha, pero un gesto de advertencia de Óber lo detuvo.

—El duelo no ha terminado aun —dijo Pértinax, mirando a su hija Urd, que permanecía totalmente quieta, como en trance, a cierta distancia de la mesa—. Falta lo más importante de todo... El presente.

Al oír aquellas palabras, fue como si algo dentro de Urd se agitase, liberando por un instante los rostros prisioneros de sus hermanas. La joven con aspecto de muñeca

sonrió, avanzó tres pasos hacia Jana y, con una voz cantarina, de niña, repitió:

—El presente.

Sin transición alguna, aquella voz infantil se transformó en un aullido grave y monocorde que, gradualmente, fue subiendo de tono. Urd sostenía cada nota el tiempo suficiente para que los rostros de sus hermanas aflorasen por turnos a la superficie, y luego ascendía a la nota siguiente. A medida que su canto se iba volviendo más agudo, la mueca que deformaba sus fracciones se desencajaba un poco más, acrecentando la monstruosidad de su aspecto.

Al cabo de unos segundos, el sonido alcanzó una intensidad insoportable. Álex trató de protegerse tapándose los oídos, pero no le sirvió de nada. Aquel aullido ensordecedor perforaba todas las barreras y retumbaba en su interior, haciendo vibrar cada una de sus vísceras.

Cuando alcanzó el tono más agudo posible, de pronto las tres hermanas se separaron.

Y lo que parecía imposible sucedió: las tres emitieron un espantoso chillido a la vez, triplicando la fuerza del sonido anterior.

El triple alarido hizo temblar la mesa, los cristales y la carne de los presentes. El zafiro que flotaba a media distancia entre Jana y las trillizas estalló en mil pedazos intensamente azules y afilados que de inmediato volaron hacia Jana, como diminutos proyectiles. Entonces el tiempo pareció ralentizarse, y la progresión de los deslumbrantes cristales hacia el rostro de Jana se volvió lentísima, interminable. La muchacha los observaba petrificada, incapaz de reaccionar. Álex dejó escapar un grito de horror: si Jana no se movía, los fragmentos de la piedra la alcanzarían directamente en el rostro. Tardó un instante en darse cuenta de que su grito había sonado muy parecido al aullido inhumano de las trillizas.

Y en ese mismo momento notó que los cristales oscilaban en el aire, indecisos. La vacilación duró unas décimas de segundo, pero fue suficiente para sacar a Jana de su estupor. Bruscamente, el tiempo recobró su velocidad habitual, y Álex vio a Jana dibujar con asombrosa rapidez una línea sinuosa en el aire que permaneció flotando como un trazo de plata. Los fragmentos de zafiro rebotaron en aquel escudo luminoso y cambiaron su trayectoria, dividiéndose en tres chorros que se dirigieron velozmente hacia las trillizas.

Antes de que pudiesen hacer ni decir nada, todo había terminado. Los cristales se habían reunido mágicamente, recomponiendo el zafiro de Sarasvati. Pero, en su camino, había absorbido a las tres hermanas, dejándolas atrapadas para siempre en el interior de la piedra.

El zafiro flotó en el aire durante un largo rato, más azul y transparente que nunca. En la sala de juntas solo se oían los sollozos apagados de Pértinax, derrumbado sobre la mesa.

—Tal vez haya sido lo mejor para ellas —murmuró Lenya suavemente, mirando con piedad al anciano.

—Si... tal vez —repuso Pértinax, luchando por refrenar su llanto.

—El desafío ha terminado —dijo Óber, poniéndose en pie. Su rostro había adquirido un tinte ceniciento, y sus ojos parecían muertos, incapaces de expresión—. La hija de Alma ha resultado vencedora.

Todos los rostros se volvieron hacia Jana, y ella intentó esbozar una sonrisa, pero sus piernas temblaron y cayó al suelo desvanecida.

## Capítulo 4

Alex se levantó de su asiento y se abalanzó hacia el cuerpo inconsciente de Jana, pero antes de que pudiera llegar hasta ella, un brazo largo y musculoso lo detuvo, asiéndolo por el codo.

—Déjala, se pondrá bien —dijo Erik, sin soltarle—. Ya la has ayudado bastante.

Álex miró a la cara a su amigo, que aflojó la presión sobre su brazo.

—¿Lo he hecho yo? —preguntó, incrédulo—. Ni siquiera sé cómo ocurrió, grite por instinto...

—Había algo en tu voz, un poder extraño que actuó sobre Jana, o tal vez sobre la piedra. En fin, mejor así. Todo ha terminado.

Lenya y Eilat habían acudido a ayudar a Jana. Entre los dos la habían sentado contra una pared, y Lenya soplaba repetidamente sobre sus labios.

—Solo quiero asegurarme de que está bien —dijo Álex en tono casi suplicante—. Vamos...

—Ahora no —le cortó Erik—. Mi padre quiere hablar contigo, y tiene que ser ahora mismo. Ya que te dije que tenía algo que proponerte.

Álex alzó la mirada hacia Óber, que esperaba al extremo de la mesa, completamente tranquilo, aunque algo pálido.

—Pero ese trato ya no sirve —objetó Alex—. Jana se ha ganado por derecho propio la herencia de su madre. Lo ha hecho delante de todos los jefes de los clanes... Ahora ya no necesita la protección de Óber, nadie se atreverá a desafiarla.

—Quizás la necesite más que nunca —replicó Erik, impaciente—. Vamos, no se hace esperar al señor de los drakul... Ven conmigo, te llevaré a un lugar discreto donde podréis hablar sin testigos.

Álex se dejó conducir hasta el límite de oscuridad donde comenzaba aquella abertura al vacío que contenía el estrado de los hechiceros salmodiantes. Erik tiró de él, y ambos se internaron en aquella negrura durante unos segundos, para emerger finalmente en una pequeña estancia rectangular que no parecía tener ni puertas ni ventanas.

—Mi padre vendrá ahora —dijo Erik; y, antes de que su amigo pudiera preguntar nada, atravesó una de las paredes aparentemente sólidas del cuarto y desapareció de su vista.

Álex observó el lugar donde se encontraba mientras una sensación de náuseas crecía en su interior desde la boca del estómago. Las paredes, el techo y el suelo de aquella habitación parecían tallados en el rubí más puro y deslumbrante que pueda imaginarse. Aquel rojo perfecto y transparente, que se quebraba aquí y allá en



múltiples cascadas de brillo y fluorescencias, mareaba a todo el que intentase fijar la vista en él, produciéndole una insoportable sensación de vértigo. Era como estar dentro de un acuario de sangre...

La entrada de Óber distrajo a Álex de aquellos pensamientos.

—Buena actuación —le saludó el padre de su amigo, sonriéndole con sus atractivos ojos azules—. Jana tendrá que estarte agradecida toda su vida.

—Yo no ha hecho nada —repuso Álex sin mucha convicción—. No creo que haya hecho nada...

Los ojos de Óber dejaron de sonreír, y en sus pupilas brilló un destello amenazador.

—Déjate de juegos conmigo, muchacho. No tengo tiempo para jugar al ratón y al gato. Sé quien eres, y sé que tú también los sabes. Elath y algunos otros creen todavía que podrías convertirte en el Último, pero tú y yo sabemos que eso no es más que tonterías. Tu padre hizo algo muy sabio antes de morir, no sé si estás al corriente.

Habló conmigo, decidió confiar en mí... Fue su forma de protegerte.

—Por lo visto, no le sirvió para protegerse a sí mismo —replicó Álex, luchando por controlar su ira—. Al fin lo mataste.

Óber arqueó las cejas.

—¿Crees que fui yo? —preguntó alegremente—. Vamos, no seas estúpido... ¿Por qué iba querer yo matar a tu padre? Lo necesitaba. No sabes cuanto lo necesitaba.

—Pero yo lo vi —insistió Álex—. Vi al monstruo que lo mató. Tenía alas... Es un demonio que está al servicio de los drakul desde hace mucho tiempo, Jana me lo dijo.

—Te equivocas, Álex, te equivocas por completo —dijo Óber con un acento de sinceridad que sorprendió al muchacho—. No sé qué fue lo que viste o creíste ver, pero te aseguro que no fuimos nosotros. ¿No lo entiendes? Él era el último de los kuriles, conocía el arte de cabalgar en el viento... Solo él podía leer el libro.

Álex recordó lo que su padre le había contado, y se preguntó qué parte de aquella historia conocería Óber.

—El libro desapareció después de su muerte —aventuró, jugándose todo—. Yo no lo tengo... Si era eso lo que querías preguntarme, ya tienes la respuesta.

Óber dio un puñetazo en la pared roja, desencadenando bajo la cristalina superficie un flujo de ondas concéntricas.

—Sé que no tienes el libro, ¿crees que soy idiota? Pero si tu padre podía leerlo..., quizás tú también puedas. Eso es lo que necesito averiguar cuanto antes.

—Para eso, antes tendríamos que encontrarlo —dijo Álex con cautela—. Y no creo que sea fácil...

—¿Tienes sus poderes? —insistió Óber con brusquedad.

Álex le miró directamente a los ojos.

—No lo sé —dijo—. Es posible que sí.

—¿No lo sabes? —Óber parecía a punto de estallar de impaciencia—. ¿Esperas que me trague eso? Si pudieras cabalgar en el viento, lo sabrías. Habrías visto los posibles futuros, habrías aprendido a navegar por ellos... Si nunca has tenido una de esas visiones, es poco probable que vayas a tenerlas a ahora.

—El arte de cabalgar en el viento se aprende, y mi padre no tuvo tiempo de enseñármelo. Pero también hace falta unas cualidades innatas..., y yo creo que las tengo.

—¿En serio? ¿Qué te hace pensar en eso?

Álex pensó por un momento en hablarle a Óber de su encuentro con Hugo en la torre de los vientos, pero enseguida desechó la idea. Ya tendría tiempo de contárselo más tarde, si no le quedaba otra opción... Por el momento, le pareció más juicioso guardarse aquella carta en la manga.

—No lo sé —replicó, encogiéndose de hombros—. Es solo una intuición... Además, piensa en lo que acaba de ocurrir en el combate entre Jana y las hijas de Pértinax. Tú mismo piensas que fui yo quien detuvo la piedra azul al gritar... Si eso es cierto, significa que tengo alguna capacidad para la magia, ¿no?

Óber arqueó las cejas, sonriendo.

—Es una posibilidad, lo admito —reconoció—. Pero, de todas formas, necesito esta seguro. Quiero someterte a una prueba, Álex. Una prueba definitiva, para averiguar si has heredado el poder de los kuriles.

—Ya... Supongo que es el precio que tendré que pagar a cambio de que me liberes del maldito tatuaje.

Óber lo miró con una sonrisa de incredulidad.

—¿Librarte del tatuaje? ¿Para qué? ¿Para que puedas divertirte un poco con esa encantadora criatura que acaba de destruir a sus tres enemigas? Te advierto que puede ser una diversión muy peligrosa.

—¿Eso significa que no me los vas a quitar, o que no me lo vas a quitar?

Óber esbozó una mueca de desden.

—Podría engañarte, pero no voy a hacerlo. ¿Para qué? Si realmente has heredado el arte de tu padre, averiguaras la verdad de todas formas... Y si no lo has heredado, nada de lo que puedas pensar me interesa. Ni yo ni ningún otro miembro de los clanes tiene el poder suficiente para romper el hechizo de David. Ese muchacho es una rareza, un... ¿Cómo lo llamaríais vosotros, los humanos? Un artista. Lo malo de los artistas es que sus obras son únicas. Se les puede imitar, pero no igualar. Y cuando su obra, en lugar de ser un cuadro o una escultura, es un hechizo, lo que hacen es complicar absurdamente las cosas... No es la primera vez que surge alguien así entre los agmar. Son decididamente incómodos.

Álex trató de ordenar sus ideas.

—Entonces, si no puedes ayudarme a liberarme del tatuaje, ¿cómo piensas

convencerme de que te ayude? Porque lo que tú quieres es que te ayude a encontrar el libro, ¿no es así?

Óber asintió después de un momento.

—Lo que quiero es que lo leas. Que leas en el libro. Solo si conseguimos leer los futuros posibles, encontraremos la forma de derrotar al Último... Pero para eso necesitamos actuar unidos. ¿Has visto la primera visión invocada por Jana? ¿Has entendido su significado?

—He visto a Drakul con la espada, a Agmar con la piedra y a Céfiro con el último de los libros de los kuriles. Los tres objetos mágicos más poderosos de los medu... Pero no sé qué hacían allí los tres juntos, ni para qué se habían reunido.

Aquella afirmación sorprendió sobremanera a Óber.

—¿Tu padre no te lo dijo? Tal vez esperaba que lo descubrieses tú solo, por tu cuenta —añadió, pensativo—. ¿Ni siquiera te lo imaginas?

Álex hizo un gesto negativo con la cabeza. Los reflejos rojos de las paredes oscilaban sobre el rostro de Óber como las sombras de una hoguera sangrienta.

—Se trata del Último —dijo el jefe drakul, con un repentino acento de cansancio—.

Sabemos que está a punto de volver y que esta vez puede ser la definitiva. Nunca hemos estado tan débiles como ahora. Me duele admitirlo, pero es la verdad. La desaparición de Alma y los enfrentamientos posteriores entre los agmar y los varulf nos han dejado muy tocados.

—Quizás podrías haberlo previsto antes de ordenar el asesinato de Alma.

Los ojos de Óber relampaguearon, y una sombra de duda atravesó su rostro. Álex supo al instante que, esta vez, había dado en la diana, y que Óber se estaba preguntando si su acierto era fruto de la casualidad o de las dotes mágicas heredadas de su padre.

—Necesitábamos a Alma para derrotar al Último —reconoció el padre de Erik, mirando fijamente hacia la pared roja, como si no pudiese sustraerse a un penoso recuerdo—. Hice todo lo posible para obtener su apoyo, pero ella me traicionó. No tuve más remedio que eliminarla... Fue como matar un aparte de mí mismo. Pero no dejó otra alternativa. Dejarla con vida habría puesto en peligro la supervivencia de los medu. Su ambición no tenía límites... Lo entenderás cuando te lo explique el significado de la visión.

Se hizo un largo silencio, durante el cual Óber no dejó de mirar hacia la pared, intentando ordenar sus pensamientos.

—La última vez que tuvimos que enfrentarnos a los guardianes... corría el siglo XV, y ellos nos estaban venciendo. El Último, entonces se llamaba Arión, y su poder superaba a todos los demás guardianes juntos. Drakul, mi antepasado, hizo un pacto con unos antiguos demonios conocidos como los Olvidados para conseguir la espada

Aranox. A cambio tuvo que renunciar a muchas cosas y, aun así, los guardianes seguían llevando la iniciativa de la guerra. Entonces regresaron ellos... Céfiro y la muchacha que había escapado con él. Los últimos kuriles, ¿entiendes? Ofrecieron su ayuda a Drakul a cambio de la promesa de que, si vencían, podrían reconstruir su clan. Ellos cabalgaban en el viento, poseían los objetos necesarios para hacerlo: el último de los libros de los kuriles y el zafiro de Sarasvati. Con la unión de la espada, el libro y la piedra, los medu lograron derrotar al Último.

Álex observó el rostro sombrío de Óber, con los destellos de rubí reflejándose en sus ojos.

—La visión invocada por Jana fue una reconstrucción de aquel glorioso momento.

Los demás no lo entendieron... Drakul no quiso que los otros clanes lo supieran.

—¿Por qué motivo?

Óber no contesto de inmediato.

—Digamos que no cumplió del todo la promesa que había hecho. Después de derrotar al Último, le dijo a Céfiro que le permitiría reconstruir su clan..., pero solo si renunciaba a sus poderes de cabalgar en el viento. Ya nos había traído demasiados problemas, ¿comprendes?

—Acabas de decirme que salvaron a los medu de la destrucción...

—Es cierto, pero, una vez pasado el peligro, Drakul no volvió a pensar el Último. Tal vez creyó que había logrado destruirle por completo, que no tendríamos que enfrentarnos con él nunca más. El caso es que sus preocupaciones pasaron a ser otras... Si los kuriles reconstruían su clan con su antiguo nombre y su antiguo poder, tarde o temprano querrían recuperar el trono. Y Drakul no deseaba eso. Había pagado muy alto precio por su primacía entre los medu, y no estaba dispuesto a perderla. Así que le dijo a Céfiro que solo podría volver a la comunidad si renunciaba a dominar el futuro, y él se negó.

—Jana me contó algo de eso —murmuró Álex—. Fue cuando Céfiro se convirtió en el Desterrado.

—En realidad, eso ocurrió algún tiempo después. Fue el heredero de Drakul quien tomó la decisión de ascender al trono. Su primera acción como rey fue expulsar a Céfiro de la comunidad de los medu... Pero su prometida no quiso acompañarle en su infortunio. Ella tenía sus propias ambiciones, y llegó a un acuerdo con los Drakul.

Fundaría su propio clan, a cambio de renunciar a la manipulación del futuro. Su magia quedaría muy reducida... Pero ella se las arregló para engañar tanto a Céfiro como a los drakul, quedándose, al final, con la piedra Sarasvati. Sin los libros kuriles, la piedra no servía para cabalgar en el viento, pero sí conservaba el poder de materializar algunas visiones del futuro y del pasado... Tal y como, hoy mismo, no ha demostrado Jana.

—O sea, que aquella mujer, la prometida de Céfiro, era Agmar...

—Era Agmar, sí, y le traicionó. Y ahora tú te has enamorado de su heredera... Tú, ¡un descendiente de Céfiro! Grotesco, ¿no te parece?

—Puede que los kuriles nos sintamos especialmente atraídos por las mujeres agmar —repuso Álex—. Quizás a los drakul no les ocurra lo mismo... ¿o sí?

Un relámpago atravesó los ojos fríos de Óber, iluminándolos brevemente.

—La diferencia es que los drakul siempre hemos debido anteponer el deber a nuestros sentimientos —murmuró Óber, retándolo con la mirada—. No se puede decir lo mismo de tus antepasados.

—Quizás tenemos ideas distintas sobre lo que significa la palabra.

Óber sonrió con condescendencia.

—Es posible —repuso—. De todos modos, no te he traído aquí para discutir cuestiones filosóficas... Necesito saber si has heredado los poderes mágicos de tu clan. Al fin y al cabo, eres un kuril, te guste o no; si queda alguien el mundo que pueda cabalgar en el viento y leer en el libro de Céfiro, ese eres tú.

Álex pensó de inmediato en su hermana Laura. También ella era descendiente de Céfiro, y, por lo tanto, también ella podría poseer, en teoría, la magia de los kuriles.

Su padre le había dicho que Laura era completamente humana, pero Óber no tenía por qué saberlo. Tal vez, si él le fallaba, intentaría utilizar a Laura para encontrar el libro perdido y leerlo. Esa idea le produjo un estremecimiento de angustia... Lo último que deseaba era que Óber involucrase a su hermana en los problemas de los meru.

—Cuando el Último regrese, debemos estar preparados. Tenemos la espada, y hoy averiguamos que Jana ha conservado la piedra Sarasvati, que Pértinax afirmaba haber heredado. Solo nos falta el libro... Y no podremos recuperarlo y utilizarlo si no es con tu ayuda.

Álex asintió y miró a Óber a los ojos, que reflejaban los destellos de color sangre de las paredes.

—Haré lo que pueda, pero es posible que no haya heredado los poderes de mi padre...

—Como te he dicho antes, eso es justamente lo que me propongo averiguar. Si quieres demostrarme tu buena voluntad, harás lo que voy a decirte: seguirás a Garo hasta la entrada del laberinto Necher y, una vez allí, lo atravesarás. Es decir, lograras encontrar la salida solo si tus visiones te ayudan. Si no, te quedaras atrapado hasta morir.

Álex no pudo evitar lanzar una carcajada.

—Gracias por presentarlo de ese modo. Es una invitación muy atractiva, ¿quién podría rechazarla?

Óber lo observaba con el ceño fruncido.

—Le prometí a Erik que no te engañaría —gruñó—. Es tu oportunidad para averiguar si has heredado el arte de cabalgar en el viento. A menudo, nuestra magia solo se manifiesta en momentos de intensa presión. Si eres capaz de ver el futuro, saldrás del laberinto, y si no... Bueno, sintiéndolo mucho, todo habrá terminado.

—¿Y qué te hace pensar que voy a hacer lo que me pides?

—Podría obligarte si quisiera, pero no hará falta. No, es mejor que entres por tu propia voluntad... Y eso es lo que vas a hacer. Y lo vas a hacer porque quieres a Jana, y ella pertenece a nuestro pueblo. Si el Último regresa y no estamos preparados, Jana desaparecerá con todos nosotros. Estoy seguro de que harías cualquier cosa para evitar ese final, ¿no es así?

Álex había dejado de reír. Sus ojos contemplaron fijamente las ondas cambiantes del suelo de rubí. Era como estar dentro de una pequeña víscera cristalizada.

Jana, que le había mentado tanta vez, que había intentado alejarle de todo aquello, que nunca podría ser suya porque un absurdo dibujo grabado en su piel le impedía tocarse... Jana estaba en peligro y él podía hacer algo por ella, aunque eso significase, de paso, salvar a todo su pueblo, a aquellos siniestros linajes de sombras que llevaban siglos manipulando a los hombres a través de la magia de los símbolos y las palabras.

Recordó lo que le había dicho Erik antes de entrar en la Fortaleza. El, en su lugar, se arriesgaría. Haría lo que fuera con tal de salvarla.

Estaba seguro de que no mentaba al decir aquello. Pero, por mucho que Erik amase a Jana, él la amaba más; y estaba dispuesto a demostrarlo.

—Entraré en tu laberinto —afirmó, apretando los puños—. Y saldré de él. El amor también es una forma de deber, ¿sabes? Y yo quiero demasiado a Jana como para fracasar en esto.

## Capítulo 5

Pocos minutos más tarde, Álex se encontró descendiendo en un moderno ascensor de acero hacia los pisos inferiores de la Fortaleza.

Muy cerca de él, Garo se atusaba nervioso las patillas. Sus ojos dorados miraban fijamente la pared metálica que tenía frente a sí.

—¿Por qué te han elegido a ti para acompañarme? —preguntó Álex de pronto, cuando ya llevaban varios minutos bajando.

Los ojos de Garo tardaron unos instantes en volverse hacia él, como si le costase trabajo reaccionar.

—Ellos nunca se acercan al laberinto —repuso con aquella especie de gruñido salvaje que le caracterizaba—. No pueden.

—¿Ellos?

—Los medu. Hay algo ahí dentro que tira de ellos, que los atrapa y los destruye... He acompañado a algunos hasta la entrada. Se resistían durante todo el descenso, suplicando, amenazando... Pero, al llegar al borde, era como si dejaran de pertenecerse a sí mismos. Traspasaban la puerta ciegamente, sin mirar atrás. Y algún tiempo después, se oían gritos. Gritos desgarradores, que hacían temblar toda la Fortaleza. No quisiera volver a oír esos gritos nunca más, aunque, la verdad, no sé por qué esta vez tendría que ser diferente.

La boca de Garo tembló un momento y sus fosas nasales se dilataron, como si estuviese olisqueando algo.

—No deberías entrar ahí —añadió, con una voz sorprendentemente humana—. Sé que, en parte, eres uno de ellos. El monstruo te destruirá.

Por un momento, Álex se preguntó si aquella extraña criatura le estaría tomando el pelo.

—¿El monstruo? —repitió—. ¿De qué monstruo hablas?

Seguían bajando a una velocidad uniforme. El ascensor vibraba ligeramente en algunos tramos, pero su ritmo no disminuía. El mecanismo que controlaba su descenso emitía un ronroneo grave y monocorde que, desde el interior, se oía muy lejano.

—No sé cómo es, pero sé que los destruye —dijo Garo en tono cauteloso—. Solo a ellos, a los medu... A los humanos, en cambio, los deja en paz. Pero eso no quiere decir que encuentren la salida del laberinto. He llevado a muchos allí, casi todos ghuls, como yo. Nunca he visto salir a ninguno. Pero al menos, cuando ellos entran, no hay gritos. No hay nada más que silencio.

Álex reflexionó sobre aquellas enigmáticas revelaciones durante el resto del

descenso. Volvió bruscamente a la realidad cuando sintió en su estómago la disminución brusca de la velocidad, antes de que el ascensor se detuviera.

Las puertas se abrieron, y ambos salieron a un vestíbulo rectangular, pavimentado de mármol y amueblado en un rincón con dos sofás claros, de líneas rectas, colocados en ángulo y separados por una polvorienta mesita de cristal sobre la que reposaban un par de revistas ilustradas y un jarrón metálico lleno de rosas secas.

No había ventanas, y la única iluminación procedía de unos fluorescentes redondos incrustados en el techo, que bañaban la escena en una luz fría y desangelada.

Al otro lado del vestíbulo se veía una puerta de cristal. Una puerta corriente, de las que suelen encontrarse a menudo en los edificios de oficinas.

—Es ahí —dijo Garo en voz baja señalando hacia la puerta.

—No entiendo —Álex lo miró como si el otro hubiese perdido el juicio—. ¿El laberinto comienza ahí, en esa puerta?

Garo asintió.

—Todavía estás a tiempo de echarte atrás. Si lo haces, puedo ayudarte. Te sacaré de la Fortaleza sin que Óber se entere, y te pondré en contacto con alguien que puede esconderte. Óber no sabrá nunca que no has entrado... Creerá simplemente que no has encontrado la salida, como todos los demás.

Las puertas del ascensor se habían cerrado tras ellos. Álex contempló con los ojos muy abiertos aquella puerta igual a cualquier otra. El tatuaje le había empezado a doler, y parecía tirar de todo su cuerpo en aquella dirección. Sin embargo, Álex sabía que, si se lo proponía, podría dominar aquel impulso. Garo estaba en lo cierto, aún tenía elección... No estaba obligado a entrar en el laberinto, si no quería hacerlo.

—¿Por qué quieres ayudarme? —le preguntó a Garo.

El ghul sonrió, dejando al descubierto sus afilados colmillos. Parecía algo confuso.

—Tú no eres como los otros —murmuró—. No nos desprecias... Además, hay gente fuera que se preocupa por ti. Ya te he dicho que, si vienes conmigo, te llevaré con ellos.

Álex dio un par de pasos más hacia la puerta. El tatuaje le producía una quemazón enloquecedora. Se volvió por última vez para despedirse de Garo, que no le había seguido.

—¿Quiénes son esas personas que quieren protegerme? —preguntó, con cierta suspicacia.

Garo hizo un vago gesto con sus manos.

—Bah..., amigos. Gente de fiar —dijo en tono evasivo.

—Te agradezco lo que estás intentando hacer —le dijo Álex, sonriendo—. Y no tienes que preocuparte por mí; cuando salga, no le hablaré a nadie de esta



conversación que hemos tenido. Óber no sabrá nada, te lo juro.

Garo lo miró de arriba abajo.

—¿De verdad crees que vas a salir vivo de ahí dentro? —Estaba asombrado—. Estás loco...

Álex se encogió de hombros.

—Saldré vivo de ahí dentro —afirmó—. No puedo permitirme el lujo de morir.

Al otro lado de la puerta había una larga oficina dividida en pequeños cubículos parcialmente aislados. A Álex le recordó una de esas redacciones de periódicos que aparecen en las películas, solo que las proporciones de aquel lugar le parecieron mucho mayores, y todo se hallaba abandonado y polvoriento. Las máquinas de escribir, negras y pesadas, parecían muy antiguas, lo mismo que los enormes teléfonos que había sobre los escritorios, con los números formando una circunferencia sobre un anillo blanco. Había teletipos de los que colgaban largas cintas llenas de palabras impresas, hojas de papel clavadas con chinchetas en corchos, estanterías repletas de archivadores, carpetas, grapadoras, estilográficas y cuadernos de notas por todas partes. A través de las ventanas se filtraba una luz crepuscular que alargaba las sombras de los objetos.

Era una luz extraña. Iba cambiando imperceptiblemente a medida que Álex avanzaba por los interminables pasillos, volviéndose cada vez más tenue y azulada. Y las sombras se transformaban junto con la luz, ganando poco a poco mayor presencia, aumentando su densidad y su negrura. Al cabo de algunos minutos, el aspecto de la inmensa oficina desierta se había modificado por completo. Buena parte de los cubículos no eran ya sino manchas de oscuridad absoluta en la penumbra azul, y las manchas crecían a cada momento.

Con cada paso que daba, el dolor del hombro se hacía más insoportable. Era como si lo atrajese hacia las sombras, pero, ahora que las sombras lo rodeaban por todas partes, la sensación que tenía Álex era que varias garras tiraban de él a la vez en distintas direcciones, amenazando con desgarrarle.

Aun así, continuó avanzando. Cada vez que un fragmento del laberinto se hundía en la negrura ante sus ojos, experimentaba un nuevo desgarró, no solo en su piel, sino también en su interior. Tenía que utilizar toda su fuerza de voluntad para no lanzarse de cabeza a aquellas manchas de oscuridad, y el agotamiento que aquel esfuerzo le producía se reflejaba en sus movimientos, cada vez más vacilantes e irregulares.

Intentó concentrarse para ver lo que le esperaba. Al fin y al cabo, si quería salir de allí tendría que utilizar los poderes de los kuriles. Sin embargo, el bosque de sombras por el que avanzaba dispersaba su mente, destruyendo todo intento de mirar más allá. En varias ocasiones cerró los ojos para vencer aquella influencia destructiva, pero no le sirvió de nada. Incluso con los ojos cerrados podía notar la presencia de aquellos

pozos vacíos de luz a su alrededor, y no era capaz de pensar en nada más.

Siguió caminando. La abandonada oficina parecía no terminarse nunca. La luz se había vuelto tan escasa que ya apenas podía distinguir los contornos de las máquinas de escribir sobre las mesas y los paneles de madera sintética que separaban unas oficinas de otras. Incluso dejó de oír sus propios pasos, como si la oscuridad se tragase los sonidos antes de que pudiera llegar a captarlos.

Perdió la noción del tiempo. No sabía cuántas horas llevaba caminando en línea recta por aquel laberinto cada vez más negro. Quizá ni siquiera estuviese avanzando en línea recta, sino dando vueltas. A esas alturas, ya no lo sabía.

Llegó un momento en que lo único en que podía pensar era en el dolor insufrible de su hombro. Sus pasos se volvieron más rápidos, y no tardó en darse cuenta de que estaba corriendo, como si de ese modo pudiese huir del dolor. Naturalmente, no le sirvió de nada. Cuanto más corría, más le dolía; pero, aun así, ya no tenía control sobre sí mismo para decidir algo tan sencillo como detenerse a descansar, de modo que siguió corriendo.

Los músculos de sus piernas estaban cada vez más fatigados, pero el dolor del hombro evitaba que fuese consciente de cualquier otra molestia física. Sí notó, en cambio, que en un determinado momento el avance se volvía más fácil, como si una fuerza desconocida le estuviese empujando. Nunca había corrido tan deprisa, y con cada zancada permanecía suspendido unos instantes en el aire, o al menos esa era la sensación que experimentaba.

«Me está aspirando —pensó de pronto, aterrorizado—. Esa cosa me está aspirando, y me devorará antes de que me dé cuenta».

Trató de concentrarse una vez más, y por unos segundos vislumbró un rostro en la penumbra, el semblante joven y triste de un joven de piel cetrina, tocado con un birrete azul oscuro. La visión duró tan solo unas décimas de segundo y se disolvió en la nada, dejándole una horrible sensación de vacío. Existía alguna relación entre el rostro que había visto y la fuerza que tiraba de él.

Ambos eran lo mismo, el centro de aquel pozo de oscuridad que lentamente iba tragándose todo cuanto lo rodeaba.

El aire le quemaba con cada inspiración, seco y tórrido como el viento de un incendio. Si continuaba corriendo al mismo ritmo, no tardaría en faltarle el aliento.

De pronto notó que el impulso de sus piernas lo mantenía flotando en el aire más tiempo del normal, y entonces sintió que se hallaba muy cerca de la fuente de toda aquella negrura. Gritó espantado, pero no pudo oír su propio grito. Un instante después, su mano aterrizó sobre algo blando, erizado de puntas y anillas metálicas.

Sus dedos palparon con indescriptible repugnancia aquel tapiz de ganchos, púas y esferas diminutas. Y también la carne que había debajo. Carne blanda, palpitante, sometida a la tortura de todos aquellos objetos punzantes que la perforaban.

La criatura se dejó palpar durante unos instantes, completamente inmóvil. Las manos de Álex ascendieron hasta distinguir, bajo la selva de piercings apretados unos contra otros, el contorno de una mandíbula y la forma abultada de unos labios. Aquello hizo reaccionar al monstruo, que retrocedió instantáneamente, rehuyendo el contacto.

—No lo entiendo —dijo una voz ronca, remota, viejísima—. No sabía que... No lo entiendo —repitió, casi como un gemido.

La oscuridad era completa. En el silencio que siguió a aquellas palabras, Álex oyó una respiración trabajosa, con ecos de gorgoteos al final de cada estertor. Esperó, aterrado, a que la criatura continuase hablando.

—De modo que eres tú —murmuró al fin la voz. Vacilaba un instante antes de pronunciar cada palabra, como si estuviese hablando en un idioma que no dominaba—. No pensé... Nunca imaginé que pudiese ocurrir algo tan extraño. Nada menos... ¡nada menos que uno de ellos!

—¿Qué... qué quieres decir? —acertó a balbucear Álex.

Su voz había sonado metálica, distorsionada por el vacío de luz que los rodeaba.

—El próximo guardián. Mi sucesor. ¿No lo entiendes? Yo soy Arión, pero ellos me llamaban el Último.

Álex creyó sentir de nuevo bajo sus dedos el contacto punzante de los pierángx y la piel apergaminada de debajo. Sintió deseos de vomitar. Habría dado cualquier cosa por poder salir corriendo de allí, cualquier cosa por no volver a oír la voz de aquel ser abominable.

—Estás equivocado —le dijo—. No soy el Último, ellos están seguros. Me hicieron uno de sus tatuajes. No podrían habérmelo hecho si fuera el Último, ¿no? Eso fue lo que me dijeron.

—Tú eres distinto —repuso la voz, pensativa—. Llevas su sangre, al menos en parte.

Quizá por eso se han equivocado. Hasta yo he dudado, al principio.

De nuevo se hizo el silencio. Un silencio irrespirable, tan negro como el pozo de sombra del laberinto.

—No puede ser —murmuró Álex, horrorizado—. Yo no puedo... Yo no quiero destruirlos.

La criatura emitió una espeluznante carcajada.

—Eres muy joven —dijo, como si tal cosa le pareciese sumamente divertida—. Yo también lo fui, una vez... Es normal que te cueste trabajo aceptarlo. Pero no tienes elección... Yo creí que la tenía, y mira cómo he terminado. No cometas el mismo error que yo. Son implacables.

—¿Cómo... cómo fue? ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Ellos me encerraron aquí. Me derrotaron. Nunca lo habrían conseguido de no

ser por esa maldita espada. Aranox... Aranox te destruye con tu propio reflejo. Cuando te enfrentas a ella, te ves como realmente eres. Yo no pude soportarlo. No creo que nadie pueda. Así fue como lograron vencerme.

—Pero eso ocurrió hace más de quinientos años...

—¿Tanto tiempo ha pasado? Aquí abajo, el tiempo no significa nada, ¿sabes? Es como si no existiera. Se vive en un eterno presente.

—Pero ¿por qué no has muerto? ¿Por qué no te mataron?

—Drakul lo intentó, al principio. No lo consiguió, claro... El Último es mortal hasta el momento en que recibe el poder. Entonces sacrifica una parte de su humanidad, y, a partir de ese momento, su cuerpo no puede morir a menos que su alma sea destruida. Pero los medu no podían destruir mi alma, y, por lo tanto, no consiguieron matarme... Cuando se dieron cuenta de ello, Agmar convenció a Drakul de que me encerrase aquí. Pensaron que, mientras yo permaneciese prisionero, mi poder no podría pasar a otro ser humano, y no volvería a haber un Guardián de las Palabras.

Incluso yo llegué a creerlo, en algunos momentos... Pero cometieron un error fatal: este.

Álex sintió unos dedos erizados de pinchos y boliches metálicos que se deslizaban sobre su mejilla. Intentó apartar la cara, pero la mano de Arión no se lo permitió.

—Agujerearon mi piel y le engancharon estas joyas siniestras —gorgoteó su voz con acento lúgubre—. Me mutilaron y con cada una de esas perforaciones me arrancaron algo de lo que yo les había arrebatado a ellos. Una vez más, liberaron a las sombras...

Así fue como recuperaron su poder.

—No entiendo —murmuró Álex—. ¿De qué sombras hablas? ¿Qué fue lo que te arrancaron?

La mano se apartó. Álex oyó una sucesión de chasquidos metálicos en la oscuridad que le permitió seguir su movimiento.

—Las palabras. Los símbolos. Eso es lo que alimenta a los medu, lo que nutre su poder. Los usan para engañar a los hombres, para apartarlos de la luz de la verdad, condenándolos a vivir entre espejismos. Hasta que venimos nosotros, los guardianes, y se los arrebatamos. Obligamos a los hombres a volver a la luz. No les gusta. Viven muy cómodos en el laberinto de mentiras urdidas por los medu. Tradiciones, mitos, leyendas... La seducción de la palabra adopta miles de formas. Y los hombres son muy crédulos... Hasta que los obligamos a dejar de serlo.

—Pero ¿cómo lo hacéis? ¿Cómo les arrancáis la magia a los medu?

—Te lo estoy diciendo —replicó el monstruo con impaciencia—. Les quitamos esos dibujos horribles de la piel, que ellos utilizan para dominar a los hombres.

Alex no podía creer lo que estaba oyendo. De modo que se trataba de eso... El Último les había arrebatado su poder a los medu quitándoles los tatuajes. Y Agmar y Drakul habían conseguido recuperarlos... mutilando al guardián con aquellos innumerables piercings.

—He sufrido mucho —dijo de pronto Arión, y su voz sonó extrañamente joven y desvalida—. Pero ahora que has venido, comprendo que ha merecido la pena. ¡Qué sabio es el destino! ¡Escoger a uno de ellos para engañarlos! Esta vez será la definitiva. Los medu serán barridos para siempre de la faz de la tierra.

—Y eso ¿qué significaría para los hombres? No puedo imaginarme la vida sin palabras...

Arión rió de nuevo. Esta vez, sin embargo, su risa sonó fresca, casi infantil.

—¡No vas a quitarles las palabras! Qué idea más ridícula... Únicamente vas a liberarlos de su influjo. Vas a sacarlos de la esclavitud. La luz de la verdad... Eso es lo que vas a darles.

—No comprendo lo que quieres decir —insistió Álex, perplejo.

En la oscuridad, los piercings de los dedos de Arión entrechocaron unos con otros.

—Los humanos confunden las palabras con la realidad —explicó el monstruo con cansancio—. Viven prisioneros en ese mundo de representaciones, que les resulta muy cómodo. Se acostumbran a simplificarlo todo, ajustándolo a sus pobres símbolos. Lo que tú vas a hacer es sacarlos de esa comodidad... Seguirán utilizando las palabras para comunicarse, pero no las confundirán con el mundo. Aprenderán a cultivar otras facultades, como la contemplación y el silencio. Sobre todo, perderán la capacidad de inventarse realidades alternativas y de escaparse a ellas. Las ficciones desaparecerán... ¡Esa es la verdadera liberación!

Álex no dijo nada. La presencia de Arión a su lado amenazaba con asfixiarle. Lo único que deseaba era alejarse de él.

—No quieres hacerlo, ¿eh? —dijo Arión, después de un rato.

—No —admitió Álex.

Pasaron varios minutos, que al muchacho se le hicieron interminables, durante los cuales no se oyó otra cosa que la respiración irregular del monstruo y los chasquidos metálicos que emitía con cada movimiento, por leve que fuera.

—No creas que no te entiendo —dijo la voz al fin—. Ya te llegará el momento, es pronto todavía. Para mí es suficiente con saber que estás ahí, y que antes o después terminarás lo que yo empecé. Pero, para eso, tengo que sacarte de aquí... Tengo que devolvarte al exterior.

Álex intentó adivinar la silueta de Arión en la negrura.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó, asombrado—. ¿Puedes encontrar la salida?

Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no has escapado?

Le pareció que la respiración del monstruo se aceleraba.

—Los odio demasiado. No puedo escapar de mi propio odio, ¿entiendes? Este laberinto no es más que eso; el bosque de sombras de mi mente. Aranox materializó mi reflejo y lo convirtió en esta prisión. Tendría que dejar de odiar para salir.

—¿Y eso es imposible? Quizá yo podría ayudarte...

—No serviría de nada. Pero no me importa. Lo importante es que tú estás aquí, y tú sí puedes salir. No cometas el mismo error que yo, no te dejes atrapar por tus propias pasiones. Son nuestras peores enemigas.

La mano de Arión aferró la suya en la oscuridad. Álex se preguntó cómo se las arreglaba aquel despojo humano para percibirle en medio de tanta negrura.

Los implantes metálicos de los dedos de Arión se clavaron en la muñeca del muchacho, que se sintió arrastrado hacia delante. Dejándose guiar por el Último, comenzó a caminar con paso inseguro, totalmente desorientado por la profundidad de la negrura en la que se hallaban sumergidos. Poco a poco, sin embargo, fue adaptándose a la marcha firme de su guía, que avanzaba con lenta regularidad, sin vacilar jamás.

La oscuridad empezó a deshilacharse en amplios jirones, y Álex suspiró aliviado cuando sus ojos captaron el débil resplandor de una luz azulada, como de cielo nocturno, en los confines de su campo visual. Aquella tenue claridad fue barriendo las sombras que lo cubrían todo, hasta deslizarse sobre la superficie erizada de objetos metálicos del rostro del guardián. Álex tuvo que reprimir un grito de repugnancia al distinguir el perfil de aquel rostro erizado de bolas y ganchos de acero.

Nunca en su vida había contemplado una imagen más impresionante. Pero Arión no dio muestras de percibir su reacción de asco, y continuó tirando inflexiblemente del muchacho.

Llegaron a una especie de nave industrial inmensa y repleta de los más variopintos objetos. Cientos de reproductores cinematográficos proyectaban películas sobre los muebles y las paredes simultáneamente, creando una insoportable confusión de imágenes y sonidos. Mientras caminaban, Álex vio a su derecha los restos carbonizados de un campamento indio, y un poco más allá una antigua diligencia con ruedas rojas y asientos de terciopelo desvencijado. A la derecha se desplegaba lo que parecía la consulta de un psiquiatra, con una lamparilla verde sobre el escritorio y un diván de cuero negro pegado a la pared.

Eran decorados de cine. Toda la nave estaba llena de ellos, como si estuviesen visitando las ruinas de un estudio de Hollywood abandonado.

Con cada paso que daban, la cantidad de proyecciones que cubrían el techo y las paredes aumentaba, y sus bandas sonoras se entremezclaban en un confuso rumor incomprensible. Después de la opresiva oscuridad del laberinto, Álex dejaba vagar sus ojos de una película a otra con eufórica avidez. Reconocía algunas escenas, otras

no. Lo que el viento se llevó, una carrera de relevos en una pista de atletismo, multitudes gritando enloquecidas en un concierto al aire libre, una nave espacial blanca y aséptica en medio del vacío estrellado, danzas tribales, discursos políticos, una persecución de coches, la Bolsa, los grandes ojos azules de un personaje de manga y las gotas de sudor que corrían por su frente...

Cerró los ojos, exhausto. Miles de voces se entrelazaban a su alrededor, cantando, suplicando y exigiendo en distintas lenguas... Demasiados estímulos, después del cruel vacío del laberinto.

Entonces notó una profunda conmoción interior, y supo que estaba a punto de tener una visión. No necesitaba abrir los ojos; la escena comenzaba a perfilarse dentro de su mente, materializándose a partir de millones de fragmentos sin ningún significado.

Allí estaba, antes de que supiera cómo ni por qué había surgido. Era él, sentado en una silla blanca tapizada de brocado verde, pretenciosa y desvencijada. Y todas las imágenes y las voces que danzaban a su alrededor empezaron a fluir hacia su cuerpo, como si este las absorbiera. Cada imagen, cada visión, afloraba en su piel como un perfecto tatuaje, produciéndole un sufrimiento enloquecedor. Muy pronto, su cuerpo desnudo estuvo completamente cubierto de dibujos superpuestos.

Entonces lo comprendió todo. Eso era lo que hacía el Último: absorber el laberinto de signos en el que vivían los hombres... Arrebatárselas sus ficciones y mantenerlas secuestradas en su propia piel, acabando de ese modo con el poder de los medu.

La visión se fue difuminando progresivamente, pero Álex permaneció inmóvil aún durante un buen rato, petrificado por el descubrimiento que acababa de hacer. Ahora ya sabía lo que se proponía Arión... Aquella silla de atrezzo de la visión era el trono vacío sobre el cual le había advertido su padre en la torre de los Vientos. Si se sentaba en ella, ya no tendría elección... Estaría condenado sin remedio a convertirse en el Último.

Abrió los ojos. No tenía ni idea del tiempo que había transcurrido. A su alrededor seguían sucediéndose los viejos decorados cinematográficos: un camarote de barco, una trinchera, la lóbrega mazmorra de un castillo. Y después, un saloncito con visillos de encaje y muebles viejos y acogedores. Entre ellos, una silla de respaldo ovalado y patas torneadas, lacada en blanco. La tapicería era de brocado verde.

—Si quieres, puedes descansar un poco —dijo Arión, volviéndose hacia el muchacho—. Estamos muy cerca de la salida, y no sé qué vas a encontrarte al otro lado. Además, antes de irte, supongo que tendrás muchas preguntas que hacerme.

Sentémonos un momento —propuso, señalándole con descuido la vieja silla lacada mientras él se dejaba caer sobre un cajón de madera—; te contestaré a todo lo que quieras saber.

Álex observó fascinado la silla del decorado. Falsamente lujosa, falsamente antigua.

Extraño trono el que Arión había elegido para él. Aunque quizá podría haber escogido cualquier otro, dentro de aquel singular espacio que parecía haber convertido en su guarida.

Sobre la pared del fondo del decorado se proyectaba un espectáculo de sombras chinas. Marionetas orientales, probablemente tailandesas o birmanas. No reconoció el idioma, pero las voces que acompañaban la proyección eran femeninas y dulces.

—No voy a sentarme ahí, Arión —dijo Álex, encarándose con la monstruosa criatura—. Hazlo tú, si quieres.

A través de las protuberancias metálicas que cubrían su cara, Álex distinguió por primera vez los ojos negros e infinitamente cansados del Último Guardián. Lo miraban fijamente, con una mezcla de incredulidad y recelo.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó en un susurro.

—He tenido una visión. Sé lo que ocurrirá si me siento ahí: los símbolos vendrán a mí, todas las imágenes y las palabras que llenan este sitio, y también los de fuera. Se incrustarán en mi piel, y de ese modo los medu perderán todo su poder. Eso es lo que hace el Último, ¿verdad? Sentarse en el trono vacío, y sacrificarse.

Arión seguía mirándolo inmóvil, como una grotesca escultura de acero.

—Pero tú no lo hiciste —continuó Álex, acercándose a él y observándolo con curiosidad—. ¿Por qué no lo hiciste?

La estatua metálica se movió levemente. Sus hombros se encorvaron, como si de pronto fuese mucho más viejo.

—Los medu estaban muy débiles entonces —dijo en voz casi inaudible, como si hablase consigo mismo—. El clan de los kuriles había sido disuelto tras perder la guerra que lo había enfrentado al resto de los clanes. Con la desaparición de los kuriles, los medu habían perdido la capacidad de defenderse de nosotros leyendo el futuro. Nunca habían sido tan vulnerables, y pensé que eso me confería cierta ventaja... Decidí luchar con ellos, en lugar de sacrificarme. Fue un error; pero ya no tiene remedio.

—Yo tampoco quiero sacrificarme —aseguró Álex, clavando en el monstruo sus ojos limpios y azules—. No quiero destruir a los medu. No tengo tan claro que la razón esté de vuestra parte.

—Has venido demasiado pronto —se quejó Arión, casi con rabia—. Aún no había llegado tu hora, no estás preparado. Pero algún día comprenderás lo peligrosos que son, el daño que han hecho a la humanidad y lo importante que es detenerlos. Solo que quizá para entonces ya sea demasiado tarde.

Álex contempló al viejo guardián durante unos segundos. De pronto sentía



lástima por él.

—¿Por qué los odias tanto? —preguntó suavemente.

Arión emitió una sucesión de chasquidos viscerales con la intención, probablemente, de que sonasen como una carcajada.

—¿Que por qué los odio? —repitió. Sus ojos hundidos entre bosques de acero centellearon por un instante—. Porque son el mal. Siembran la mentira, encadenan a los hombres a un laberinto de sombras.

—Lo que tú llamas «mentira», otros lo llaman «ficción». Los hombres sienten una inclinación natural hacia las fabulaciones. No pueden evitar inventar historias.

—Por eso surgieron ellos —repuso Arión con presteza—. Criaturas hechas de mentiras, ilusiones vivientes. No tienes ni idea de los desastres que han desatado, de los corazones que han roto, de las voluntades que han doblegado. Créeme, son peores que la muerte.

Álex recordó el rostro sereno y bello de Jana, sus ojos oscuros y pensativos. A pesar de todo lo que le había visto hacer, no podía temerla.

—También son humanos —dijo—. Eligieron serlo, están atrapados en nuestro mundo, como nosotros en el suyo.

—Sí; pero tú puedes cambiar eso. Puedes liberarnos de ellos, quizá para siempre. Yo ya no soy nada más que un despojo sin pasado ni futuro, pero tú eres distinto. Puedes lograr lo que yo no logré... Siéntate en el trono, haz el sacrificio que yo no hice.

Destrúyelos. Hazlo por tus seres queridos, si es que los tienes.

—¿Cómo es el mundo cuando ellos desaparecen?

Arión meditó unos instantes su respuesta.

—Es más sencillo —dijo por fin—. Los hombres saben lo que quieren. No tienen dudas, viven el presente. No se engañan a sí mismos sobre lo que son y tampoco engañan a los demás. No imaginan otros mundos, ni viven otras vidas a través de la ficción. Aceptan la realidad como es. Esa es la verdadera sabiduría.

—Eso es vivir como animales —dijo Álex.

Lo dijo únicamente para provocar al viejo guardián, y lo consiguió.

—Son como dioses —le contradijo Arión, con una nota de orgullo en la voz—. El hombre puede ser como un dios si no sueña, si vive en la verdad.

—Pero ¿qué es la verdad? —preguntó Álex—. ¿Es lo mismo para todo el mundo? Sentía verdadero interés por escuchar la respuesta de Arión, y este lo notó.

—La verdad es el mundo de ahí fuera, y sí, es el mismo para todos. Las palabras nos impiden verlo, pero un largo entrenamiento en la meditación y el control de las pasiones puede permitirnos apartar ese velo de símbolos y mirar directamente a la luz. Eso es lo que han hecho siempre los místicos a lo largo de la historia. Liberarse de las palabras. Aceptar el mundo como realmente es.

Álex reflexionó unos instantes sobre la explicación de Arión. Se sentía extrañamente conmovido.

—Puede que sea cierto lo que dices —admitió por fin—. Sin palabras, a lo mejor captaríamos directamente algo de la realidad que ahora se nos escapa. Pero eso ¿qué significado tendría para nosotros?

Arión se volvió hacia el trono vacío y se quedó mirándolo largamente, de espaldas a Álex.

—Para los místicos, todo ese proceso del que hablas significaba algo, porque, aunque se liberasen de las palabras, les quedaba el amor —continuó Álex, pensando a medida que exponía sus ideas—. Amor a Dios, a la humanidad... A lo que fuera. El amor es otra forma de captar el mundo, ¿no? No necesita las palabras.

El cuerpo de Arión temblaba imperceptiblemente. Las siluetas parlanchinas del teatro de sombras danzaban sobre él.

—¿El amor? Quizá alguna vez supe lo que era, pero ha pasado mucho tiempo.

—Lo has olvidado.

El silencio se prolongó durante algunos segundos.

—Sí, lo he olvidado —admitió Arión de mala gana—. Pero, de todas formas, lo que dices me da la razón. El hombre puede percibir la realidad sin necesidad de las palabras, a través del amor. No necesitamos a los medu, podemos vivir sin ellos, y darle significado a nuestra vida.

—Pero tampoco necesitamos destruirlos —objetó Álex.

—Yo sí lo necesito —gruñó el guardián, volviéndose lentamente hacia el muchacho—. Quiero un mundo perfecto. Y ellos no tienen cabida en él.

—Quizá tú y yo tampoco.

—Por eso debes sacrificarte.

—No has entendido lo que quiero decir. Quizá nadie tenga cabida en ese mundo perfecto con el que sueñas. El hombre no es perfecto, forma parte de su naturaleza equivocarse.

Por toda respuesta, Arión emitió un siniestro rugido.

—A eso me refería —dijo, conteniendo a duras penas su cólera—, intentas enredarme con las palabras, con sus malditas palabras. Pero no conseguirás nada, yo estoy por encima de ellos.

—Las palabras no son de los medu —dijo Álex, buscando los ojos hundidos en acero del monstruo—. Son de todos, de todos los hombres. Desconfiar de ellas es desconfiar de la humanidad.

—Y aceptar su poder es aceptar nuestras limitaciones.

Ambos callaron durante un rato, y continuaron mirándose con dureza. A su alrededor, las imágenes continuaban danzando sobre las paredes, mientras cientos de voces desgranaban simultáneamente sus diálogos, sus canciones o sus pensamientos.

—Creo que empiezo a entenderte —murmuró Álex finalmente, acercándose a Arión con una sonrisa de compasión en los labios.

El Último Guardián retrocedió, con los ojos clavados en él.

—Mejor así. De todas formas, terminarás comprendiendo tarde o temprano. Vas a tener mucho tiempo... ¿Es que no te das cuenta? Estás encerrado aquí conmigo, en el centro de un laberinto del que jamás podrás salir. Solo tienes dos opciones: o dejar que el tiempo pase y morir de sed y de hambre, o renunciar a tu humanidad sentándote en el trono vacío. O morir, o convertirte en la nueva encarnación del Último. Qué pasa, ¿no me oyes, o no quieres oírme? No me estás escuchando...

Mientras Arión hablaba, Álex contemplaba con fijeza la pared que había detrás del desvencijado trono. Una rendija vertical de luz la atravesaba de arriba abajo, prolongándose en el suelo en un larguísimo triángulo. Aquella luz no estaba antes; había aparecido mientras escuchaba las palabras del viejo guardián. O, más bien, era como si aquellas mismas palabras hubiesen agudizado sus sentidos, haciéndole percibir aquella abertura que antes le había pasado inadvertida. Porque aquella luz venía de fuera, de eso no había duda... Era el reflejo de una puerta abierta. Y el resplandor de aquel reflejo procedía del sol; lo supo con absoluta certeza.

Miró hacia el vértice del triángulo dorado y vio la auténtica rendija. La luz solar se filtraba por ella desde el exterior, cálida y tibia. Era la rendija de una puerta de cartón piedra que formaba parte del mismo decorado que la silla blanca.

—No voy a morir, y tampoco voy a sentarme ahí para convertirme en un maldito monstruo —afirmó Alex, sin apartar los ojos de la puerta—. Voy a salir de aquí, sencillamente. ¿Es que no lo ves? La salida está ahí mismo, en esa pared.

Arión miró hacia la puerta entreabierta. Luego se volvió hacia Álex y lo observó con pena.

—Es una puerta falsa, muchacho —dijo—. Detrás no hay nada.

—¿De veras lo crees? ¿Por qué no vienes conmigo y lo comprobamos?

Álex tendió la mano hacia el monstruo y una vez más sintió en la palma la presión fría y repugnante de sus protuberancias metálicas.

Caminaron el uno junto al otro hacia la puerta entreabierta. A medida que se acercaban, Arión comenzó a temblar.

—Un momento, espera. Yo también lo siento...

—¿No ves la luz del sol? La puerta está abierta.

—No veo ninguna luz, pero noto su proximidad. Espera. Si eso fuera posible...

El viejo guardián se detuvo. Álex lo miró a los ojos y se dio cuenta de que estaban llenos de lágrimas.

—Ven conmigo —le dijo—. ¿No te gustaría volver a verlo? Llevas demasiado tiempo aquí, encerrado entre todas esas palabras y símbolos que odias.

—He soñado con el sol tantas veces, desde que estoy aquí... Pero no creo que yo

pueda salir. He buscado la salida durante siglos, y nunca la he encontrado. El odio es la prisión más terrible de todas. La más terrible... Y yo soy demasiado viejo para cambiar.

—Anda, ven —insistió Alex.

En ese momento no pensaba en los medu, ni en su guerra con los guardianes, ni siquiera en sí mismo. Solo pensaba en aquella pobre criatura asustada que, por primera vez en muchos años, se había permitido sentir un leve atisbo de esperanza.

Deseaba con toda su alma ayudar a Arión, liberarle de su sufrimiento. Estaba decidido a sacarlo del laberinto.

Empujó la delgada puerta de atrezzo y esta cedió sin oponer la menor resistencia. La luz del sol bañó su rostro en la calidez dorada de sus rayos. Cerró los ojos y respiró profundamente, con una sonrisa de felicidad en el semblante. Cuando los abrió de nuevo y miró a su alrededor, descubrió que se encontraba en uno de los miradores que dominaban su ciudad desde el extremo del paseo marítimo. Detrás de la bahía se extendían las calles que tan bien conocía, los árboles, las plazas. Y en el medio, el mar majestuoso y resplandeciente, de un azul más intenso que el cielo.

Había regresado a casa.

Pensó en su hermana y en su madre. Necesitaba desesperadamente volver a verlas, abrazarlas, decirles lo mucho que las quería.

Entonces oyó un suave gemido. A pocos pasos de él, Arión contemplaba fijamente la luz del sol, extasiado.

No parecía consciente de lo que le estaba sucediendo a su horripilante máscara metálica. Cada una de las innumerables protuberancias que la formaban, al contacto con el sol, había comenzado a derretirse. Pronto empezaron a resbalar sobre su rostro como diminutas lágrimas de mercurio. El sonreía con la cabeza alzada hacia el cielo y los párpados cerrados.

Los piercings desaparecieron sin dejar ni un solo orificio en la piel de Arión. Cuando volvió a abrir los ojos, era otro: un joven esbelto, de rostro amarillento y mirada fogosa, vestido con un viejísimo jubón negro que parecía a punto de caerse a pedazos.

—¿Dónde estamos? —preguntó de pronto, mirando a Álex con expresión desorientada—. ¿Qué lugar es este? Nunca he visto construcciones así, en ninguna parte. En ninguno de mis viajes... ¿Dónde estamos? ¿Qué significa esto?

Álex observó el miedo en sus pupilas dilatadas. La mueca de incompreensión en su semblante se transformó rápidamente en un rictus de locura. Arión había salido de la cueva, pero la luz que había recuperado no iluminaba nada que él pudiera comprender. El mundo había cambiado demasiado; todas las personas que él había amado o estimado yacían convertidas en polvo hacía mucho tiempo. Miraba horrorizado los rascacielos de vidrio, los coches que rodaban sobre el asfalto, las

luces rojas y verdes de los semáforos. Nada de lo que veía tenía significado para él.

Álex ahogó un grito de horror. El joven rostro que un momento antes sonreía con los párpados cerrados se estaba transformando rápidamente en un semblante apergaminado y ceniciento. Las manos se arrugaron, la espalda se encorvó, los ojos se hundieron al fondo de unos párpados globosos. Por unos instantes, el hombre pareció tan viejo y polvoriento como la ropa que lo cubría. Pero esa visión no duró más que un momento. Enseguida, la reseca superficie de aquel cuerpo se deshizo en ceniza blanquecina. El viento formó un remolino ascendente con ella antes de dispersarla en dirección al mar.

Pocos segundos más tarde, Arión había desaparecido.

## Capítulo 6

En lo primero que pensó Álex fue en volver a su casa. Sin saber cómo, el laberinto le había devuelto mágicamente a su ciudad. Deseaba abrazar a su madre y a su hermana. Deseaba refugiarse en el hogar que, durante años, había compartido con su padre. Había hecho lo que él le había pedido, y, milagrosamente, había sobrevivido. Ahora necesitaba descansar. Sin embargo, algo le hizo volver la cabeza hacia la puerta de cartón piedra por la que habían salido Arión y él unos minutos antes. Seguía allí, intacta, tan real como los edificios, las palmeras y los yates del puerto. El paseo estaba desierto, nadie había presenciado la estremecedora transformación del Último Guardián. Nadie los había visto salir... Si volvía por donde había venido, nadie se enteraría.

Desidió volver. Sentía un temblor lejano bajo la tierra, un trueno infernal creciendo muy lentamente a su alrededor, rodando muy despacio hacia él. Algo estaba ocurriendo en la Fortaleza y necesitaba averiguar qué era. Fuese lo que fuese, en todo caso, estaba seguro de que tenía algo que ver con lo que le había ocurrido a Arión y con su paso a través del laberinto.

Al cruzar nuevamente los estudios cinematográficos abandonados, le sorprendió comprobar que las proyecciones se habían apagado. Todo yacía quieto, polvoriento y sin vida. Los decorados se sucedían unos a otros como acuarios vacíos, exhibiendo sus deteriorados muebles con patética inocencia.

Había avanzado un buen trecho a través de aquel laberinto de edificaciones falsas cuando se dio cuenta de que la luz había cambiado. Ahora no provenía de los aparatos de producción, sino de una hilera continua de ventanas en la parte de arriba de la nave, que filtraban una claridad amarillenta. Se trataba de luz natural... La oscuridad del laberinto había desaparecido con la muerte de Arión.

En pocos minutos, Álex llegó a la entrada de los estudios. Al traspasar la puerta se encontró en la inmensa oficina vacía donde, poco antes, había conocido al Último Guardián. Allí seguían las mesas de escritorio separadas por frágiles paneles de madera sintética, las anticuadas máquinas de escribir, los dictáfonos plateados. Por las ventanas entraba un resplandor lechoso, de mañana invernal. ¿Qué hora sería?

Con todo lo que le había sucedido, Álex se sentía completamente incapaz de calcularlo.

Avanzó con seguridad entre las mesas y los falsos tabiques, preguntándose cómo era posible que un lugar pudiese transformarse tanto en tan poco tiempo. Recordaba la angustia que le había producido la oscuridad que se iba condensando poco a poco a su alrededor, tragándose los objetos. Había ocurrido en aquel mismo lugar... Apenas

podía creerlo.

De pronto, el suelo vibró con violencia bajo sus pies. Un Bolígrafo plateado rodó sobre una mesa, algunas carpetas cayeron al suelo. Se oyó un estruendo remoto, que crecía lentamente, avanzando como un alud de sonido hacia él. Sin saber muy bien por qué, aceleró el paso. Todo estaba cambiando demasiado deprisa a su alrededor, y quizá también más allá del laberinto, en la Fortaleza. De pronto, solo podía pensar en Jana... Necesitaba desesperadamente saber si estaba a salvo. El tatuaje había dejado de dolerle hacía rato, y eso le inquietaba.

Al cabo de unos minutos se encontró de nuevo en el vestíbulo de los sofás blancos al que le había conducido Garo. Sin pensárselo dos veces, lo atravesó y pulsó el botón de uno de los tres ascensores que había a su derecha. El ascensor abrió instantáneamente sus puertas y Álex se introdujo en él. No estaba muy seguro de que fuera el mismo en el que había descendido acompañado del ghul, pero, aun así, pulsó el interruptor del último piso.

La ascensión se le hizo eterna. Había dejado de oír ruidos, y de nuevo sentía la quemazón del tatuaje sobre su hombro, más intensa a cada metro que subía. Eso solo podía significar una cosa: se estaba acercando a Jana; ella seguía dentro del edificio.

Cuando las puertas se abrieron, vio ante sí, a cierta distancia, la entrada de la sala de juntas donde se había celebrado el duelo entre Jana y las hijas de Pértinax. Caminó con cierta aprensión hacia allí, preguntándose qué sería lo que iba a encontrarse.

Lo primero que vio al traspasar el umbral fue a Jana derrumbada sobre una silla y con el rostro apoyado en a mesa, oculto bajo una cascada de pelo castaño. Óber estaba gritándole algo que, a juzgar por la actitud de la muchacha, ella habría preferido no escuchar. En pie, al otro lado de la mesa, Erik los contemplaba a ambos con los ojos llenos de tristeza. Los jefes de los otros clanes se habían ido, al igual que Pértinax.

Solo media docena de ghuls marcados con el escorpión del clan Óber permanecían en la sala, limpiando y recogiendo los restos del enfrentamiento mágico que habían mantenido Jana y Urd.

Cuando miró a su izquierda, Álex comprobó que el vacío de oscuridad donde poco antes se encontraban los salmodiantes había desaparecido. En su lugar se veían unas gradadas semicirculares, sobre las cuales permanecían en pie, distribuidas sobre los diferentes escalones, alrededor de veinte figuras encapuchadas. El hábito que las cubría era de un intenso color púrpura y llevaba un escorpión plateado bordado en el pecho. Los rostros de aquellos hechiceros drakul apenas resultaban visibles, pero, por lo poco que Álex pudo distinguir, le parecieron rígidos como máscaras. En aquel momento, los salmodiantes no estaban cantando, sino que recitaban una especie de mantra incomprensible repitiéndolo miles de veces con voz átona y grave.

Los presentes en la sala tardaron unos segundos en darse cuenta de que Álex

había regresado. El primero en notarlo fue Erik, cuyo rostro se iluminó de alegría al ver a su amigo.

—¡Has vuelto! —exclamó, corriendo hacia él—. No puedo creerlo...

Al oír a Erik, Jana y Óber se giraron hacia la puerta como movidos por un resorte.

Los ojos de Jana lo contemplaron con fuego extraño, mientras Óber se esforzaba por permanecer impassible.

—¿Todo está bien? —Preguntó Álex—. He oído un estruendo que venía de aquí, una especie de trueno que se propagaba...

—Aquí no hemos oído nada —dijo Erik—. Pero la luz... Es sorprendente, mira lo que ha ocurrido.

Siguiendo la dirección de los ojos de su amigo, Álex contempló una vez más las gradas antes invisibles, que ahora aparecían bañadas de una luz fría, casi blanca.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó, volviéndose hacia Óber.

—Será mejor que nos lo digas tú —replicó el padre de Erik, contemplándole con una helada sonrisa—. Sospecho que tiene algo que ver con lo que quiera que hayas hecho ahí abajo.

Los ojos de Óber y los de Álex se enfrentaron en silencio durante unos segundos.

—Solo hice lo que me dijiste —replicó al fin Álex—. Atravesé el laberinto y Sali de allí con vida.

—Te dije que lo intentases —precisó Óber—. Francamente, no tenía mucha fe en que pudieses conseguirlo. ¿Cómo lo has hecho?

—Tuve dos visiones. La primera evitó que cayese en la trampa que me había tendido Arión, y la segunda me guió hasta la salida.

—No entiendo —murmuró Jana, avanzando hacia él—. Has tenido visiones, como si fueras uno de los nuestros. Como si fueses un amar... Nunca pensé que el tatuaje tuviese tanto poder.

Se detuvo a pocos metros del muchacho, indecisa. Durante unos segundos, los cuatro permanecieron así, inmóviles, intentando adivinar los pensamientos de los demás.

Óber fue el primero en decidirse a quebrar aquel silencio. De cerca, se le veía más pálido que nunca.

—Ahí abajo ha ocurrido algo más —afirmó con dureza—. Durante siglos hemos vivido protegidos por el odio de Arión. Hemos canalizado la oscuridad de sus sentimientos hacia nosotros para encubrir nuestra guarida y evitar que los guardianes nos descubrieran. Ahora, de pronto, esa oscuridad se ha disipado, y nos encontramos totalmente expuesto. ¿Quieres explicarme qué es lo que ha pasado?

Álex tragó saliva, pero no apartó los ojos de Óber.

—Arión ha muerto —dijo—. Salió conmigo del laberinto y, una vez fuera, se... No sé como explicarlo. Sencillamente, se volatilizó.



Aquellas palabras hicieron callar a los salmodiantes. Los ghuls que estaban limpiando el suelo y la mesa alzaron la cabeza y miraron a Álex.

La palidez de Óber se había intensificado aún más.

—Estás mintiendo —dijo—. Nadie puede matar a Arión. Drakul y Agmar lo intentaron de mil maneras distintas, pero le fue imposible. Su poder le había vuelto inmortal.

Jana y Erik contemplaban a Álex con los ojos muy abiertos.

—No estoy mintiendo —sostuvo Álex—. Yo no quería matarle, pero el caso es que ha muerto... Ha muerto por mi culpa.

—Un guardián solo puede morir a manos de otro guardián —dijo Erik en voz baja—.

Pero no es posible...

—Tienes razón, hijo —afirmó Óber en voz baja—. No hay otra explicación.

Luego avanzó hacia Álex y, encarándose con él, lo miró fijamente a los ojos durante unos segundos.

—Ahora lo entiendo todo —murmuró sonriendo—. Tu padre me mintió para protegerte. Pero los signos no se equivocaban, tú eres el Último... ¡Rápido, apresadlo!

Instantáneamente, un par de ghuls lo aferraron por ambos brazos. Eran mucho más altos que Álex, y ambos exhibían un aspecto aún más salvaje que el Garo, con largas garras al fin de las uñas y protuberantes arcos ciliares.

Los otros ghuls, entre los cuales le hallaba el propio Garo, los rodearon a cierta distancia, emitiendo gruñidos. Todos ellos tenían los ojos inyectados en sangre.

—Espera, padre, debe de haber un error —dijo Erik, acercándose a Óber—. Él tiene un tatuaje, no podrían habérselo hecho si fuera un guardián. Tiene que existir otra explicación...

Óber lo alejó de sí con gesto rabioso.

—¡Estás ciego! —rugió—. Cometí un error encomendándote su vigilancia... ¡Cómo iba a pensar que, algún día, te empeñarías en protegerlo, aunque para ello tuvieses que enfrentarte conmigo!

—No me estoy enfrentando contigo —se apresuró a aclarar Erik—. Solo digo que no debemos precipitarnos. Quizá exista otra explicación de lo que ha ocurrido. Piensa en su padre, en lo que te dijo sobre él...

Óber arqueó las cejas con indiferencia.

—¿Y qué importa? —dijo—. No podemos arriesgarnos a dejarlo escapar. Lo importante ahora no es él, sino nosotros. Arión ha muerto, la oscuridad que nos protegía se ha disipado. ¿Es que no entiendes lo que eso significa? Los guardianes podrían localizarnos en cualquier momento. Tenemos que reconstruir las sombras, y él nos ayudará. Si es la nueva encarnación del Último, le haremos lo mismo que le

hicieron a Arión. Conseguiremos que nos odie tanto que su odio envolverá por completo la Fortaleza.

Jana dio unos cuantos pasos hacia Álex.

—Lo que dices es un disparate Óber —murmuró—. Sea lo que sea lo que ha pasado en el laberinto, él no es el Último todavía. Tal vez esté destinado a serlo, pero aún no lo es. No podréis utilizarlo para proteger la Fortaleza, no es tan poderoso.

—De todas formas, tenemos que intentarlo. Agujerearemos su piel y la adornaremos como hicimos con la de su antecesor. Si no resulta, mala suerte; lo encerraremos y esperaremos el momento. Y si resulta..., tanto mejor. Podremos respirar tranquilos.

Óber miró fijamente a Erik, esperando su reacción. Al ver que esta no llegaba, se volvió hacia Garo.

—Lleváoslo abajo —ordenó—. Preparadlo para el ritual de las mutilaciones.

Haremos con él lo que nuestro antepasado Drakul hizo con Arión. Está en los anales de nuestro clan, nos será fácil seguir sus pasos... Empezaremos con las perforaciones más dolorosas; quizá eso acelere el proceso.

Garo se abalanzó sobre Álex, pero Erik se interpuso en su camino.

—Quieto —dijo con firmeza—. No te atrevas a tocarle ni un pelo a mi amigo.

Garo se detuvo, perplejo. Se notaba que no estaba habituado a recibir órdenes contradictorias.

—¿Te atreves a desafiarme? —Siseó Óber volviéndose hacia su hijo—. ¿Te das cuenta de lo que te estás jugando?

Había tal violencia contenida en aquella pregunta que Álex se alarmó. En aquel estado, Óber parecía capaz de todo, incluso de hacerle daño a su propio hijo.

Perplejo, buscó a Jana con la mirada. La muchacha se había retirado hacia el fondo de la estancia y permanecía de pie, apoyada contra la pared. Con los brazos caídos y una sonrisa irónica, observaba en silencio el enfrentamiento entre padre e hijo.

Su mano derecha jugueteaba con un objero, semioculta entre los pliegues de su vestido.

Álex se sobresaltó al captar un destello azul entre los dedos de la muchacha. Se trataba de la piedra. Aprovechando la distracción de los drakul, Jana estaba haciendo algo con el zafiro de Sarasvati. Inmediatamente, Álex dejó de mirarla y se concentró en la escena que se estaba desarrollando entre Erik y Óber. No deseaba atraer la atención de ninguno de los dos hacia Jana. Fuera lo que fuera lo que ella estuviese intentando, intuía que los drakul no debían enterarse.

—No me opongo a que lo encierres durante algún tiempo, hasta que entendamos lo que ha pasado —le dijo Erik a su padre—. Pero no debes hacerle ningún daño.

Recuerda lo que nos reveló su padre. Sin su ayuda, no conseguiremos derrotar al

Último.

Álex se dio cuenta de que Erik había eviado deliberadamente mencionar la relación que lo vinculaba al desaparecido clan de los kuriles, y la importancia que esa relación podía tener para localizar el libro perdido de Céfiro. Tampoco Óber había aludido a su ascendencia kuril en presencia de Jana... eso le hizo pensar que, probablemente, la muchacha ignoraba quién era realmente Hugo, y que por eso se había sorprendido tanto al oír lo sus visiones.

—Hugo nos mintió, ¿es que no te das cuenta? —contestó Óber en tono sarcástico—.

El Último es él. Y en caso de que nos equivocáramos..., no necesitamos su ayuda para nada. Tenemos a Aranox, que supo derrotar al guardián en su anterior manifestación. Lo mismo ocurrirá esta vez.

—Si tuvieras razón... Si Álex fuese de verdad el Último, ¿crees que lo vencerías tan fácilmente como Drakul vencio a Arión? Él es distinto, no cometería los mismos errores. Además, cada manifestación del Último es distinta de la anterior. Si su poder llega a manifestarse, ¡quién sabe cómo será! Ni siquiera podemos imaginarlo...

Óber había escuchado a su hijo con gesto pensativo.

—Tampoco estamos obligados a esperar a que se manifieste. Lo eliminaremos ahora, antes de que se convierta en le Último de modo definitivo. Ahora es débil, no nos causará ningún problema.

—Pero si lo matas, el poder del Último se reencarnará de inmediato en otra persona.

Como mucho, habrías ganado algo de tiempo.

—Eso no es poco... —comenzó a decir Óber.

Un brutal estruendo que parecía provenir de las entrañas de la tierra lo detuvo. Era el mismo sonido vibrante y amenazador que Álex había crepido oír mientras atravesaba el laberinto. Miró a Jana, que tenía los brazos alzados hacia el techo, con la piedra azul flotando sobre su mano derecha. Mantenía los ojos cerrados y estaba murmurando algo ininteligible.

De pronto, innumerables flechas de fuero rasgaron el aire en todas direcciones. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que pasaba, Álex vio derrumbarse a uno de los ghuls que lo sujetaban con un agujero sanguinolento en el brazo.

Oyó gritos inconexos y exclamaciones de horror. Los ghuls corrían enloquecidos en todas direcciones, y los drakul parecerían totalmente desorientados. Unos de los salmodiantes se contorsionaba en el suelo mientras profería terribles alaridos.

Los proyectiles no dejaban de caer, luminosos como brasas. En medio de la confusión, Óber se volvió hacia Jana, que miraba a su alrededor aturdida. La piedra ya no flotaba sobre su mano. Probablemente la habría guardado.

—Has sido tú, maldita bruja —dijo el jefe drakul, señalándola con el dedo—. Les

has abierto la puerta a nuestros enemigos. ¿Cómo has podido? ¡Por tu culpa vamos a morir todos!

Jana retrocedió un par de pasos, mirando a Óber con cara de terror. Fuese lo que fuese lo que había hecho, estaba claro que no preveía aquel resultado.

—¿Lo has hecho tú, Jana? —Preguntó Erik, incrédulo—. Pero nuestros enemigos...

Álex alzó la cabeza y contempló fascinado las flechas de fuego que seguían abatiéndose sobre los drakul. No se veía a nadie disparándolas, parecían brotar de la nada. Sin embargo, Óber y Erik habían hablado como si supieran quiénes estaban detrás de aquello. Ambos atribuían el ataque a los guardianes.

Sin hacer caso del caos que le rodeaba, Óber se plantó de dos zancadas frente a Aranox, que seguía flotando sobre el centro de la mesa. Un segundo después, la espada estaba su mano. Blandiéndola a derecha e izquierda, a modo de escudo, Óber se abrió camino hacia Jana, que lo observaba con ojos desencajados. Las flechas de fuego rebotaban en la hoja de Aranos sin dañarla y caían al suelo reducidas a cenizas.

—Te voy a hacer pagar por tu traición, aunque sea lo último que haga —rugió Óber, mirando a la muchacha.

Erik se interpuso en su camino. Era algo más alto que su padre. Los dos se desafiaron en silencio con la mirada, ajenos a la destrucción que proseguía a su alrededor.

—Déjala en paz —dijo Erik—. No voy a permitir que le hagas daño.

Su padre lo apartó de un empujón y continuó su avance, pero Erik lo persiguió y lo agarró de un brazo.

—Para matarla a ella, antes tendrás que matarme a mí —añadió con voz serena.

Álex consiguió en ese momento zafarse de las garras del ghul que aún lo sujetaba y corrió hacia su amigo. Sin embargo, cuando llegó hasta él, Erik había caído al suelo.

Una brasa iluminaba su hombro como un carbón incandescente. Había sido alcanzado por uno de los proyectiles de los guardianes.

Olvidando el enfrentamiento que acababan de mantener, Óber se arrodilló junto a su hijo y le sujetó la cabeza con ternura. Erik respiraba con dificultad, pero no había emitido ni un solo quejido.

—No sobrevivirá —murmuraba Óber, sin hacer ningún caso de Álex, con los ojos fijos en el rostro de su hijo—. Es muy profunda, el fuego está matando la magia de su piel. No sobrevivirá... Hay que sacarlo de aquí cuanto antes.

Las flechas caían más dispersas, pero en el suelo yacían varios cadáveres consumidos a medias por el fuero. Los ghuls seguían aullando de terror.

Álex buscó a Jana con la mirada. Había desaparecido. En el mismo momento en que se dio cuenta comenzó a alejarse lentamente e Erik, procurando no hacer ningún

movimiento brusco que llamase la atención de su padre.

En medio de su desesperación, Óber alzó de pronto la cabeza y empezó a mirar en todas direcciones. También él estaba buscando a Jana.

Al comprobar que la muchacha se le había escapado, sus ojos relampaguearon sobre Álex. El muchacho empezó a correr hacia la puerta principal de la estancia. Ya estaba llegando a ella cuando oyó la orden de Óber.

—Garo, ¡síguelo! Alguien tiene que pagar por esto.

Había visto a varios drakul forcejear con la puerta en vano, buscando una salida. Sin embargo, para su sorpresa la puerta se abrió en cuanto él la rozó con la mano. Sin saber lo que hacía, Álex atravesó el vestíbulo y se precipitó escaleras abajo. Muy pronto oyó los ágiles pasos de Garo descendiendo tras él. Empezó a bajar los escalones de tres en tres para ir más deprisa, pero, aun así, sentía al ghul cada vez más cerca. Era más rápido que él, y si no conseguía engañarle, pronto le daría alcance.

Al llegar al siguiente piso, en lugar de seguir bajando, se lanzó por un largo pasillo con puertas alineadas a la derecha. Todas las puertas estaban cerradas y cuando trató de abrir una de ellas no lo consiguió, de modo que continuó corriendo. Pero su cambio de estrategia no logró engañar a Garo, y pronto oyó los jadeos de su perseguidor a su espalda, aproximándose implacablemente.

Recordó la conversación que había mantenido con el ghul antes de entrar al laberinto y decidió jugarse el todo por el todo.

—¿Por qué haces esto? —Preguntó, deteniéndose y dándose la vuelta—. Creía que no eras mi enemigo.

Garo aflojó la rapidez de su carrera, pero, aun así, continuó avanzando. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Álex vio que tenía los ojos inyectados en sangre.

También notó que la extraña criatura tenía que hacer un gran esfuerzo para no lanzarse de inmediato sobre él. Se había detenido a cierta distancia, y sus labios temblaban de avidez. En aquel momento parecía más inhumano que nunca.

—Los ghuls estamos obligados a obedecer las órdenes de nuestros amos —gruñó con lentitud—. Óber me ha dicho que te atrape y te atraparé. No puedo hacer otra cosa, no tengo elección. Deseo atraparte, deseo con todo mi ser darte caza y entregarte a mi dueño.

Pese a lo que acababa de decir, Garo no se movió ni un milímetro. Álex decidió seguir intentándolo.

—No creo que desees atraparme de verdad —dijo, en el tono más persuasivo que pudo encontrar—. Eso lo desea Óber, no tú. No estás obligado a obedecerle si no quieres. No le perteneces... Ningun ser humano puede pertenecer a otro ser humano.

Garo se echó a reír de un modo siniestro.

—Óber no es humano, ni yo tampoco —precisó, entrecerrando los ojos.

—Eres lo bastante humano como para desear encima de todo la libertad. Eso es propio de los hombres, ¿no? Y tú eres como todos en eso.

Garo emitió una nueva carcajada, que sonó apagada y sin ninguna alegría.

—¿Crees que solo los hombres aman la libertad? Qué equivocado estás. No tienes ni idea. Nunca tendrás ni idea. Pero sí has acertado en una cosa... Desobedecería a Óber si pudiera. Ojalá pudiese hacerlo.

—¡Puedes hacerlo! —Le aseguró Álex, avanzando audazmente hacia el ghul—.

Basta con que te lo propongas... Llevas demasiado tiempo siendo un esclavo ¡Ya es hora de que rompas las cadenas! La libertad está esperandote, solo tienes que salir corriendo y no volver a echar la vista atrás.

Durante unos segundos, Garo contempló al muchacho en silencio. Sus jadeos se habían espaciado, y sus ojos ahora estaban menos rojos que antes.

—No lo entiendes —murmuró con tristeza—. Aunque pudiera huir, ¿para qué iba a hacerlo? No tengo a donde ir, no hay nada que me interese ahí fuera.

Por primera vez, Álex lo miró con incredulidad.

—Pero eso es imposible —dijo—. Tienes que tener parientes o amigos en alguna parte. Siempre puedes volver con los tuyos...

—¡Para eso tendría que recordarlos!

Garo agachó la cabeza y se pasó una mano por el rostro. Fue un gesto rápido, como si estuviese intentando apartar un mal pensamiento.

—Lo siento —dijo, alzando los ojos de nuevo—. Tengo que llevarte conmigo.

Álex no rehuyó la tristeza de aquellos iris dorados. Había ido notando cómo la agresividad del ghul se desvanecía a medida que hablaba. Garo seguía insistiendo en cumplir con su deber, pero ya no lo deseaba como al principio. Algo en su interior había cambiado.

—Espera —murmuró, concentrándose en aquellos hermosos ojos de color topacio—. —.

Espera, quizá yo pueda ayudarte. Dices que has olvidado de dónde vienes... Pero yo lo veo en tus ojos. Es decir, veo algo que todavía no está claro; no hace mucho que me ocurre esto de las visiones y no las domino todavía. Pero si tienes un poco de paciencia, puede que lo logremos.

Garo frunció el ceño.

—¿Por qué tendría que fiarme de ti? —gruñó—. No eres más que uno de ellos, no te importa nada lo que me pase. Solo estás intentando ganar tiempo... Pero no te hagas ilusiones, no vas a engañarme.

Álex ni siquiera le escuchaba. Estaba absorto en la visión que comenzaba a abrirse paso en su interior. Era la imagen de un bosque. Un viento tibio agitaba las copas de los árboles, y el chirrido de los insectos se mezclaba con aquel rumor produciendo un armonioso concierto.

—Se llamaba Safat —murmuró, ensimismado—. El lugar donde naciste, Garo, se llamaba Safat. ¿Lo recuerdas ahora? Espera, te ayudaré a recordar.

Los labios de Garo comenzaron a temblar, y en su frente aparecieron dos profundas arrugas. Poco a poco los ojos se le fueron llenando de lágrimas. Álex siguió hablando con la mirada perdida en el vacío.

—Había un arroyo que cruzaba Sabat de norte a sur. Solías bajar por las noches a beber de sus aguas oscuras. Te acompañaban tus hermanos. La luna filtraba su resplandor a través del delicado follaje de los abedules. Te dormías escuchando el canto de los grillos. Tu casa estaba en las rocas del sur, y a la entrada había un pequeño avellano.

Mientras Álex hablaba, el paisaje que iba describiendo se materializaba a su alrededor. De pronto ya no estaban en el pasillo de un edificio de oficinas, sino en un frondoso bosque, pisando la tierra blanca y musgosa. Era de noche, el fulgor plateado de la luna proyectaba en el suelo un delicado encaje de formas vegetales que oscilaban en el viento. El canto de los grillos sonaba distante, mezclado con el murmullo de un arroyuelo.

Todo estaba allí, a su alcance. Podían oler la humedad de la tierra y el perfume áspero de los troncos resinosos, podían sentir en su cara la caricia del viento. Garo aspiraba el aire con fruición, mientras una sonrisa de añoranza danzaba en su rostro. El bosque lo había transformado; parecía más vivo y alerta que nunca.

—Safat —murmuró—. Lo había olvidado...

—¿No quieres volver allí? —preguntó Álex, hablando con una voz suave que no parecía la suya—. No tienes por qué seguir sirviendo a los medu, ya les has servido demasiado.

—Safat —repitió Garo, como en trance—. Safat, mi hogar... Pero yo ya no soy el que era entonces. Ellos me cambiaron.

El cerebro de Álex hervía por el esfuerzo. Mantener intacta la visión le obligaba a emplear toda su energía mental, y cada vez se sentía más cansado. Sin embargo, estaba decidido a seguir con aquello hasta el final. Y no solo por él... También por aquella extraña criatura a la que le habían arrebatado incluso los recuerdos.

—Mira los árboles —insistió, sacando fuerzas de la flaqueza. Las palabras afloraban a sus labios sin que él las eligiera, como si fluyesen naturalmente desde el centro de la visión—. Mira los árboles que te rodean, ellos no han cambiado. Y tú, en el fondo, tampoco... Sigues siendo el mismo. La sed te hace bajar hasta el arroyo, el sueño te empuja de vuelta a las rocas. Cuando tienes hambre, comes; cuando estás cansado, te tiendes a descansar sobre la tierra. Tus ojos son del color de las hojas del abedul en otoño. Así ha sido siempre, y así has visto siempre las cosas. Puedes volver a Safat...

Solo tenes que desearlo.

Álex se interrumpió, sintiendo que la cabeza estaba a punto de estallarle. Prolongar la visión le costaba cada vez mayor esfuerzo, y tuvo que cerrar los ojos para no distraerse contemplando la expresión de Garo.

—El arroyo que cruza Safat se llama Grendel. Sus aguas saben ligeramente dulces, y siempre están frías, incluso en pleno verano. Ningún agua sacia la sed como el agua de Grendel. La has visto miles de veces espumear sobre las piedras redondas y oscuras del fondo.

Un ronroneo de placer se mezcló con las últimas palabras. Álex se estremeció y abrió los ojos.

En el lugar donde un momento antes se encontraba Garo, había un vigoroso animal que lo miraba con sus bellos ojos dorados. Era un lobo de gran tamaño, con el lomo gris y las patas blancas. Durante segundos, los ojos de Álex y los de la bestia se sonderaron con curiosidad. Después, el lobo se dio la vuelta y se alejó corriendo entre los árboles de la visión. Sus pasos resonaron todavía unos momentos sobre la esponjosa tierra, antes de perderse definitivamente.

Álex notó que las fuerzas le abandonaban. Sus rodillas acabaron cediendo, incapaces de mantener el equilibrio por más tiempo, y cayó al suelo. Quizá perdió el conocimiento, nunca lo supo con exactitud.

Cuando miró de nuevo a su alrededor, la visión había desaparecido. Tenía frío, todo su cuerpo temblaba sobre las heladas baldosas del pasillo. El silencio que le rodeaba era completo. Por un momento pensó que iba a morir allí, olvidado por todos. Pensó en Garo, y deseó con todas sus fuerzas ir tras él y perderse para siempre en el bosque de Safat. Pero ya era demasiado tarde; la visión de aquel lugar idílico se le había escapado, y sabía que no podría volver a invocarla.

—Por fin te encuentro —dijo una voz desconocida por encima de su cabeza—.

Amigo me tenías preocupado...

Álex abrió los ojos y vio un rostro joven y moreno que lo observaba desde arriba, pese a lo cual algo en su expresión le resultó vagamente familiar. Los ojos del desconocido eran almendrados y oscuros como la noche. Llevaba una camisa y un pantalón negros, y los largos cabellos sujetos en una cola sobre la nuca. Su piel se encontraba bañada en un resplandor rojizo, que recordaba la luz cálida del crepúsculo o del amanecer. Sin embargo, aquella luz no venía del sol, sino que parecía formar parte de la propia piel del joven.

—Me llamo Corvino —dijo, mirándole con preocupación—. He venido a buscarte.

Llevo mucho rato intentando dar contigo, ¿Dónde te habías metido?

—En una visión —murmuró Álex. Tenía la voz pastosa, y las palabras le salían con dificultad. Corvino le ayudó a incorporarse y le pasó una mano debajo de las axilas, de modo que pudiese apoyarse en él al caminar.



—Estas muy débil. No esperaba encontrarte tan débil...

—¿Quién eres? ¿Por qué me buscabas? —le interrumpió Álex. Corvino no contestó.

Álex contempló pensativo el leve resplandor rojizo que bañaba sus manos.

—Eres uno de ellos —dijo, atando cabos—. Uno de los guardianes... ¿Por qué habéis atacado la Fortaleza de los dakul? Habéis herido a mi amigo Erik...

—Teníamos que salvarte. La joven nos invocó... ¡Todavía no puedo creer lo que ha pasado! Arión, muerto... Sabíamos que lo tenían ellos, y que utilizaban su odio para ocultarlo de nosotros y protegerse. Pero habríamos preferido otro final.

—Yo no deseaba que muriera —dijo Álex, sintiéndose absurdamente culpable—.

Solo le mostré la salida, la salida del laberinto...

—La salida del laberinto... Sí, solo tú pedías hacerlo. En cierto modo, era lo mejor que podía pasar. Así hemos sabido quién eras... Y hemos podido localizarte.

Caminaron en silencio durante un rato. Álex no veía por dónde iban; únicamente sentía el brazo firme y cálido de Corvino sosteniendo su cuerpo y ayudándole a avanzar.

—Entonces, ¿es cierto? —se atrevió a preguntar—. ¿Soy el Último? Corvino se detuvo y, apartándose de él, lo miró a los ojos.

—Eso creemos —dijo—. Has liberado a Arión.

—Pero también soy uno de ellos. Mi padre era descendiente de uno de los clanes medu... Corvino asintió, como si esa información no fuese nueva para él.

—Cada manifestación del Último nos sorprende de un modo distinto. El caso es que estás aquí, y que tu momento se acerca. Tienes que prepararte...

—¿Para qué? ¿Para eliminar a los medu? No quiero hacerlo. Mi mejor amigo es un medu, o lo era, porque probablemente ahora mismo esté muerto. La chica a la que quiero también es medu. Yo mismo lo soy en cierto modo ¿En serio piensas que voy a ayudaros?

Corvino hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Y cómo vais a conseguirlo? ¿Obligandome?

—Nosotros nunca te obligaremos a hacer nada —repuso Corvino con asombrosa serenidad—. Sencillamente, si eres el Último, terminarás comprendiendo lo que tienes que hacer.

—¿A pesar de mis sentimientos?

—A pesar de tus sentimientos —confirmó el guardián, sonriendo—. Los sentimientos no son más que trampas para la libertad de nuestro espíritu. Yo te puedo enseñar a liberarte de ellos... Es mucho lo que puedes aprender de nosotros.

—No quiero aprender a liberarme de mis sentimientos —afirmó Álex a media voz.

Corvino arqueó las cejas.

—¿Preferes ser su esclavo?

El muchacho no contestó. Las rodillas volvían a temblarle, y notaba que no tardaría en desfallecer. Corvino se dio cuenta de lo que le ocurría y volvió a ofrecerle su brazo para que se apoyase en él.

—¿Por qué te asusta el conocimiento? —preguntó con suavidad. Ven con nosotros, aprende lo que nosotros sabemos. ¿Qué daño puede hacerte eso? Luego, cuando llegue el momento, podrás elegir. Si decides aceptar tu destino y ayudarnos a derrotar a los medu, perfecto. Si eliges otro camino, no te detendremos.

—¿Y qué te hace pensar que haré lo que vosotros esperáis?

—El conocimiento te cambiará —afirmó Corvino con gran convicción—. Te hará ver las cosas de otra manera.

—¿Y si os fallo? —Preguntó Álex—. ¿Y si utilizo lo que se me enseñéis para volverme contra vosotros? Llevo sangre de medu en mis venas podría hacerlo...

—Correremos el riesgo —dijo Corvino—. Los guardianes nunca hemos sido cobardes. Se miraron durante unos segundos, tranquilos, estudiándose mutuamente.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de tí? —preguntó finalmente Álex. Corvino se echó a reír.

—Lo sabes —se limitó a contestar.

En ese momento, a pesar de la juventud de su rostro, Álex se dio cuenta de que sus ojos eran inmensamente sabios y viejos.

—Está bien, te acompañaré —dijo—. ¿Qué tengo que hacer? Corvino alzó una mano y la posó delicadamente sobre la frente del muchacho.

—Nada —repuso, acariciándole el cabello—. Solo dormir... Solo dormir y confiar.

## Capítulo 7

Se despertó frente a un inmenso paisaje nevado, del que solo lo separaba el invisible vidrio de una pared transformada en ventanal. La nieve caía en el exterior, silenciosa y lenta, sumando su blancura a la espesa capa que lo cubría todo. Estaban rodeados de montañas, pero sus bases boscosas quedaban muy por debajo de aquella ventana. Era como encontrarse en el nido de un águila, a la altura de los picos más elevados. El cielo gris contrastaba con la inmaculada luminosidad de las cumbres, pero los remolinos de copos nevados difuminaban los contornos en la lejanía.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Corvino.

Se hallaba sentado a la cabecera de la cama, y sonreía. Álex se incorporó sobre la almohada y miró a su alrededor. Nunca en su vida había imaginado una habitación así, tan llena de color y de vida. Las paredes que no daban a las montañas eran paneles de vidrio pintados de rosa, verde y azul, y lo mismo ocurría con el suelo. El techo, en cambio, estaba formado por un maravilloso artesonado dorado.

—¿Dónde estamos? —preguntó Álex.

—En nuestra casa —repuso Corvino, complacido—. En un lugar protegido por siglos de perfeccionamiento espiritual. Aquí no puede llegar nadie, ni siquiera los medu.

Nos encontramos fuera de su alcance.

Álex paseó la mirada sobre las montañas nevadas y sobre los alegres colores de las vidrieras. Se sentía ligero y descansado, como si hubiese dormido durante mudias horas.

—Siempre hablas en plural —dijo, mirando a Corvino—. ¿Quiénes son los otros?

—Te los presentaré, si te encuentras lo suficientemente bien como para salir de la cama. Todos están ansiosos por conocerte... Acepta un consejo: no los juzgues a primera vista. Todos nosotros somos mucho más de lo que aparentamos. Tienes que aprender a ser paciente si deseas sacar algún provecho de nuestras enseñanzas.

Álex apartó el cobertor y salió de la cama. Había unas suaves zapatillas de piel junto a la cabecera. Mientras se las calzaba, se fijó en el pijama blanco que le cubría. Era de seda casi transparente, pese a lo cual no sentía ningún frío.

Caminaron por un largo pasillo con paredes de cristal. La pared de la derecha estaba formada por rectángulos de vidrio cubiertos de llores pintadas de rosa, blanco y verde. La de la izquierda era transparente y daba a un jardín maravillosamente delicado, con un par de fuentes y media docena de frutales desnudos.

—Lo usamos para meditar —explicó Corvino, señalando el pequeño recinto arbolado—. Nada calma el espíritu como la contemplación de la naturaleza. Es algo

que muchos han olvidado en estos tiempos... Una lástima, no saben lo que se pierden.

Álex lanzó una rápida mirada a las montañas que dominaban el paisaje, más allá de la tapia musgosa del jardín. Intentó imaginarse a Jana en un lugar tan apacible y salvaje como aquel, pero no lo consiguió. Siempre la había visto en entornos urbanos, rodeada de gente, o de edificios, o de ambas cosas. Se preguntó si su belleza perdería algo de su seductor encanto en un paraje tan agreste e inabarcable como aquel.

Intentó apartar aquel pensamiento de su mente. Mientras permaneciera en el Palacio de los Guardianes, debía pensar lo menos posible en Jana. Estaba allí para aprender, y no quería que nada le distrajerse de su objetivo. Luego, cuando estuviese preparado, tendría tiempo de reflexionar sobre todo lo que le había ocurrido con los medu, y decidiría que camino seguir.

Al final del corredor había una amplia estancia rectangular, con persianas lacadas en rojo cubriendo los ventanales, a ambos lados. Decenas de árboles en miniatura crecían, verdes y frescos, en delicadas macetas de porcelana sabiamente distribuidas sobre los muebles blancos y dorados. Algunos de aquellos árboles exhibían pequeños frutos rojos o anaranjados. Otros estaban cubiertos de flores.

En la sala había tres personas en actitudes muy diferentes. Dos de ellas eran hombres, y la tercera, una mujer. De los hombres, el de piel más clara se encontraba reclinado en un sofá, frotando con un pedazo de tela la madera de su arco. El otro, por su parte, se hallaba sentado ante el fuego de la chimenea, contemplándolo. La mujer caminó hacia los recién llegados con una luminosa sonrisa. Era muy joven, y tan rubia que sus cabellos parecían casi blancos, lo mismo que sus cejas. Sus ojos, de un azul helado, contemplaron a Álex con satisfacción.

—Por fin, Arawn —dijo. Su voz era la más musical que Álex había oído en su vida, y por eso le sonó extrañamente inhumana—. Perdona que te llame Arawn, sé que ese nombre no significa nada para ti... Pero nosotros saludamos en ti el poder inmortal del primero de los guardianes.

Álex sonrió.

—Creí que no era el primero, sino el Último —repuso con El hombre que limpiaba su arco alzó sus ojos de fuego hacia el recién llegado y lo miró con severidad.

—Ellos te llaman el Último porque tu poder es mayor que el de Todos nosotros. Es como si los demás vertiésemos en ti toda nuestra sabiduría, y tú la empleases para librar con ellos el combate definitivo. Así ha sido en varias ocasiones... Y así será también esta vez, si eres quien debes ser.

—Antes de empezar con eso, será mejor que el chico conozca al menos vuestros nombres —señaló Corvino—. Álex, este es Heru, el luchador, cuya magia es su cuerpo. Y ella es Nieve, que domina la magia de la voz.

Mientras hablaban, el tercero de los guardianes se había aproximado lentamente. Era más alto que los demás, y sus facciones le parecieron a Álex particularmente aristocráticas. Incluso su forma de moverse reflejaba una mezcla de delicadeza y altivez que recordaba los modales de los nobles antiguos.

—Este es Argo, el maestro de la mente —dijo Corvino, al tiempo que el recién llegado saludaba con una leve reverencia—. Y a mí ya me conoces...

—Pero no me has dicho cuál es tu especialidad —le interrumpió Álex, mirándolo.

—Corvino te enseñará el dominio de los sentidos —repuso Nieve con viveza—. Es el arte más difícil de todos. Cuando lo hayas aprendido, estarás listo para partir.

—El muchacho acaba de llegar, no adelantemos acontecimientos —murmuró Corvino, mientras conducía a Álex hasta uno de los divanes que había en la sala y le invitaba a sentarse.

Álex se reclinó sobre el diván con las piernas recogidas, y Nieve se sentó en la alfombra de seda que había a sus pies. Corvino acercó una butaca, y Heru se encaramó a una mesa y reanudó distraídamente la limpieza de su arco.

Únicamente Argo permaneció algo alejado de los demás, sentado en el suelo frente a la chimenea.

—Tendrás muchas preguntas —dijo Heru, levantando los ojos del arco y mirándolo afablemente—. Dispara, estamos listos para responder a todo lo que quieras plantearnos.

Nieve y Corvino respaldaron la invitación de Heru con sus sonrisas.

Álex reflexionó unos segundos, mirando alternativamente a los cuatro guardianes. Tenía tantas dudas que no sabía por dónde empezar.

—Lo primero que me gustaría saber es quiénes sois... o quiénes somos, si es que me consideráis uno de los vuestros.

—Eso no es una pregunta, sino dos —dijo Argo, sin apartar los ojos del fuego.

—Será mejor ir por partes —terció Corvino—. Los guardianes existimos desde hace mucho tiempo... Somos casi tan antiguos como los medu. Surgimos para combatirlos... Y hemos logrado varias victorias en nuestro largo enfrentamiento con ellos; sin embargo, aún no hemos ganado la guerra definitiva.

—Ya, pero ¿qué sois? ¿Humanos? ¿Seres sobrenaturales?

—Somos humanos —afirmó Heru con rotundidad.

—Al menos lo fuimos hace tiempo —precisó Nieve—. Te contaré cómo ocurrió. Ellos se multiplicaban cada vez más, por su culpa el mal iba creciendo lentamente en todos los rincones del mundo...

—¿«Ellos» son los medu?

Nieve asintió.

—No sabemos exactamente cuándo surgieron. Lo más probable es que fuese con la aparición de la escritura. Eran solo los últimos de una larga historia de criaturas

mágicas nacidas de la fantasía de los hombres. La mayor parte de ellas adoptaron formas monstruosas o animales, y a casi todas logramos vencerlas. Unas pocas continúan existiendo en las grietas de la realidad, sobreviviendo a duras penas. Los hombres las crearon, pero ahora las desprecian. Las llaman fantasmas, hadas, duendes... Sin embargo, los medu son diferentes. Su magia es la más peligrosa de todas, porque es la más humana.

—¿Por qué es la más humana? —preguntó Álex.

—Poique nacieran de la forma más evolucionada de la fantasía de los hombres —explicó Corvino—. Nacieron de la escritura... Y ya sabes lo poderosa que puede llegar a ser la palabra escrita. De ella obtienen su alimento y su poder. O al menos eso creemos...

—De todos modos, no entiendo por qué los odiáis tanto —dijo Álex, sintiendo que se ruborizaba ligeramente—. Yo he conocido a algunos, y no son ni mejores ni peores que los seres humanos.

—Justamente eso es lo peligroso —dijo Nieve, y una sombra de miedo enturbió fugazmente la pureza de sus ojos azules—. No son ni mejores ni peores que los humanos, pero son infinitamente más poderosos. Por eso pueden hacer tanto daño...

Y por eso deben desaparecer.

Álex se fijó por primera vez en el suave resplandor azulado que bañaba la piel de la joven. Era una luz tenue y difusa que se fundía con la claridad de la piel hasta lormar parte de ella. La pasajera inquietud de Nieve había acentuado su brillo por unos instantes, pero el efecto no tardó en disiparse.

—Y vosotros surgisteis para eliminarlos..., Corvino, Nieve y Heru asintieron.

—El mal crecía lenta pero inexorablemente en el mundo y algunos hombres decidieron actuar —prosiguió Nieve con su voz melodiosa y sobrenatural—. Uno de ellos fuiste tú, Arawn. Eras el hechicero del viento de una oscura aldea del norte, y tuviste el valor de hacer lo que nadie se había atrevido a hacer hasta entonces. Convocaste un sínodo de magos en la Caverna Sagrada, donde, según una antigua leyenda, se encuentran las raíces del árbol que sostiene el mundo. Cincuenta de nosotros te seguimos a las entrañas de la tierra. Veníamos de todos los rincones del planeta, y nos creíamos poderosos; pero no tardamos en descubrir que el desafío al que nos enfrentábamos estaba por encima de nuestras fuerzas. Permanecimos encerrados en la oscuridad durante cien días, ayunando y luchando contra nuestros propios demonios. Al final de aquel periodo, la mayoría de los nuestros habían sucumbido, y no eran más que montones de cenizas.

Quedamos solo cinco..., los cinco que estamos aquí. Y cuando salimos, ya no éramos como antes. La dura prueba había debilitado nuestro ser físico hasta convertido en una débil trama de luz. Sin embargo, nuestro espíritu se había vuelto tan fuerte que había ocupado el lugar de nuestro cuerpo. Éramos inmortales, Arawn,

o al menos eso creímos al principio... Porque tú ya has muerto muchas veces.

—Deja de llamar Arawn al chico, Nieve —intervino Corvino con el ceño fruncido—.

El no es Arawn, aunque haya heredado su poder. Arawn pereció para siempre cuando comprendió cuál debía ser su misión y se sacrificó por todos nosotros.

Nieve se ocultó el rostro entre las manos. Heru continuaba frotando su arco, pero Alex observó que tenía los dientes apretados, como si experimentase un gran dolor.

—Al principio intentamos distintas estrategias, pero ellos siempre nos derrotaban —explicó Corvino—. Su magia era superior a la nuestra, porque no procedía de un largo aprendizaje, sino que formaba parte de su naturaleza. Fue Arawn el que descubrió la forma de vencerlos. Debíamos arrebatarnos el poder de las palabras.

Arawn regresó a la Caverna Sagrada, pero esta vez descendió él solo —continuó Nieve, destapándose la cara—. Permaneció allí durante seiscientos días, meditando hasta secar con su sacrificio todas las fuentes naturales de la magia. Nos convocó para despedirse, y entonces lo vimos. Había devorado todos los símbolos. Se habían incrustado en su piel, como miles de dibujos superpuestos. Era terrible, una monstruosidad... No tardaron en consumirlo por dentro. Pero antes tuvo tiempo de explicarnos lo que iba a suceder. Su sacrificio había acabado con los medu, pero los hombres volverían a abusar de los signos, y, con el tiempo, los medu reaparecerían.

Nosotros debíamos sobrevivir y permanecer vigilantes. Debíamos seguir cultivando y aumentando nuestra sabiduría, para cuando ellos regresaran.

—Nos aseguró que su poder regresaría a la vez, encarnado en otra persona —dijo Corvino, observando a Álex con expresión pensativa—. Nos dijo que esto ocurriría una y otra vez, hasta que llegase la hora del combate definitivo. Y así ha sido... Siete veces ha regresado, cada vez con mayor fuerza. Hace quinientos años, el poder de Arawn se encarnó en un joven mago florentino que se hacía llamar Arión. Desde la muerte de Arawn, nunca el Último se había manifestado de una forma tan poderosa.

Arión tenía una fuerza espiritual que nos subyugó a todos. Nos volcamos en su educación, le transmitimos todo cuanto sabíamos...

—Pero él nos traicionó —dijo de pronto Heru con voz apagada—. No quería sacrificarse, no era como los anteriores. Él quería vencer, y vivir... Era tan poderoso que pensó que podría lograrlo.

—Podría haberlo logrado si ese medu llamado Céfiro no hubiera aparecido en el último instante —murmuró Corvino—. En fin, Arión ya ha pagado su monstruosa soberbia con creces... Y tú, muchacho, lo has liberado. Aunque solo fuese por eso, tendríamos que estarte agradecidos.

Se hizo un largo silencio, durante el cual Álex se concentró en el agradable crepitar del fuego en la chimenea.

—¿Y cómo sabéis que yo no os traicionaré? —se atrevió a preguntar finalmente.

Sin saber por qué, había formulado su pregunta con los ojos clavados en Argo. Este se giró lentamente hacia él, y por primera vez le habló mirándolo directamente.

—Sucedre algo extraño —dijo con lentitud—. Por lo general, mis meditaciones me permiten ver el pasado y el futuro con tanta claridad como el presente. No se trata del mismo arte que practicaban tus antepasados kurilcs, es algo completamente distinto.

Ellos veían todas las posibilidades para influir en los acontecimientos... Yo renuncio a influir, y a cambio veo lo que realmente ha ocurrido y lo que ocurrirá. Pero contigo no veo nada, Alex. Un velo de oscuridad me oculta tu futuro. Es la primera vez que algo así sucede, y no te negaré que estoy preocupado. Tal vez mi ceguera signifique que no eres quien creemos... O tal vez signifique que no estás en el futuro porque muy pronto encontrarás la muerte.

Álex se estremeció al oír aquella extraordinaria conclusión. Corvino miró a Argo con expresión de reproche, pero no dijo nada.

Fue Heru quien puso fin a las explicaciones saltando de la mesa y tendiéndole el arco a Álex para que lo examinara.

—¿Te gusta? —preguntó alegremente—. Llevo tantos siglos entrenándome con él que puede decirse que forma parte de mí.

Álex recordó las flechas de fuego, la herida negruzca abierta en el hombro de Erik.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para alejar de su mente aquella visión.

—Es muy bonito —dijo—. ¿Me enseñarás a usarlo?

—Por supuesto —repuso Heru. Mañana mismo empezaremos a practicar. Será a primera hora de la mañana, para que luego puedas descansar aprendiendo los secretos de la voz de Nieve. La tarde se la dividirán Argo y Corvino... No tendrás tiempo de aburrirte.

—¿Y tú qué me vas a enseñar, Nieve? —Preguntó Álex mirando a la joven—. ¿A cantar? El azul helado de los ojos de Nieve atravesó a Álex hasta clavarse dentro de él.

—Te enseñaré a hablar con la voz de la naturaleza —repuso la muchacha—. No te confíes, no es un arte fácil... Pero tarde o temprano lo dominarás.

—Será mejor que el chico descanse durante el resto de la tarde —propuso Corvino—.

El traslado ha sido duro para su organismo, y no podemos olvidar que él no es todavía uno de nosotros. Ven, te llevaré otra vez a tu habitación. Tendrás hambre, supongo... Encontraremos algo para ti.

Álex se despidió de los otros guardianes uno por uno. Al acercarse a Argo, notó el resplandor dorado que bañaba su piel. El rostro de Heru, por su parte, emitía un fulgor verdoso casi imperceptible.



—Mañana comprobaremos si estás listo para asimilar nuestras enseñanzas —le dijo el arquero, abrazándole cálidamente—. Espero que sea así, porque no tenemos mucho tiempo.

—¿Qué ha querido decir con eso? —le preguntó Alex a Corvino cuando ambos se encontraron nuevamente solos, en el corredor de regreso a su habitación.

Corvino, que caminaba delante de él, no se volvió.

—Se acerca tu decimoséptimo cumpleaños —murmuró, pensativo—. Es la fecha señalada para la transformación... Si es que finalmente eliges ese camino.

Álex pasó el resto del día solo en su habitación, contemplando la nieve que continuaba cayendo sobre el paisaje, acumulándose en los aleros de los tejados del palacio y en los alféizares de las ventanas. Corvino le trajo en persona una bandeja con nueces y queso junto con una botella de líquido dorado que sabía agradablemente ácido. Parecía que en el palacio no había sirvientes de ninguna clase, pese a lo cual todo se encontraba inmaculadamente limpio.

Después de varias horas mirando el cielo gris y los copos de nieve que revoloteaban en el viento, Álex se sentía maravillosamente descansado. El bienestar de su cuerpo y de su mente le producía una curiosa sensación de euforia que lo anclaba a aquel momento y a aquel lugar, haciéndole olvidar los penosos sucesos que habían precedido a su llegada al Palacio de los Guardianes.

Era ya noche cerrada, pero todavía no se había decidido a acostarse. La ventisca había barrido las nubes del ciclo, dejando al descubierto las estrellas. Allí arriba, tan lejos de la contaminación lumínica de las ciudades, se veían miles de ellas, de todos los tamaños y fulgores posibles. Álex no se cansaba de miradas, de fijarse en los grupos que formaban en el firmamento, y trataba de reconocer en su distribución los trazados de las más famosas constelaciones.

De pronto oyó llamar suavemente a la puerta.

—¿Interrumpo algo? —Preguntó Nieve, asomando la cabeza—. Sabía que no dormías, y quería hablar contigo...

—¿Cómo sabías que no estaba dormido? —preguntó Álex, asombrado.

Nieve entró en el cuarto y se sentó a su lado, junto a la ventana.

—Nuestras capacidades de percepción son bastante superiores a las de un ser humano corriente. ¿Te gusta este lugar?

—¡Es maravilloso! —Repuso Álex con entusiasmo—. Nunca habría creído que existiese un sitio así... Aquí arriba, uno casi podría llegar a olvidar el resto del mundo.

—Ese es justamente el peligro —asintió Nieve con gravedad—.

No debemos olvidado. Todo lo que hacemos es por los demás, por los que viven allá abajo. En realidad, nosotros no necesitamos nada... Por eso cometeríamos un gran error si nos olvidásemos de ellos.

Álex puso cara de perplejidad.

—Os empeñáis en consideraros parte de la humanidad, pero no sé si os dais cuenta de lo «inhumanos» que resultáis. El brillo de vuestra piel, vuestros poderes... ¡Si hasta os habéis vuelto inmortales!

Nieve suspiró.

—Si —dijo—. De eso justamente quería hablarte. Verás, Álex, no sé si los otros lo habrán notado, pero yo he percibido una oscura sombra en tu interior, relacionada con nosotros... En realidad no quieres ayudarnos.

Álex notó que enrojecía a su pesar.

—No he engañado a nadie —se defendió—. Le advertí a Corvino que no estaba muy seguro de querer convertirme en uno de los vuestros. Yo no odio a los medu, y no quiero destruirlos.

—No es solo que no los odies. Es que quieres a esa muchacha, Jana —dijo Nieve, mirándole a los ojos—. Llevamos mucho tiempo estudiándote, aunque fuera a distancia. Por eso lo sé... No te preocupes, no tienes por qué avergonzarte.

Álex sonrió. Su rubor había dejado paso a una intensa palidez.

—No me avergüenzo —afirmó—. Jana lo es todo para mí, y me da lo mismo que sea una medu o que sea un demonio del infierno. La quiero, y ella también me quiere.

Nieve sonrió con incredulidad.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó.

—Cuando vio que estaba en peligro, que Óber iba a destruirme, os llamó para que me rescatarais. Sabía que lo haríais... Por eso os llamó. Arriesgó su vida para salvarme, ¿comprendes?

Nieve se echó a reír. Su risa era fresca, musical y tan alegre como la de un niño. Tal vez por eso, a Álex le sonó particularmente ofensiva.

—¿Qué tiene de gracioso lo que acabo de decirte? —preguntó, irritado.

—Lo siento. Es que no creí que fueras tan ingenuo... ¿De verdad crees que Jana nos abrió las puertas de la Fortaleza para salvarte?

Álex asintió, aunque con menos convicción de la que habría querido exhibir.

—Puede que eligiese es momento en particular para ayudarte, pero habría traicionado a Óber antes o después, de todas formas. Lleva mucho tiempo tratando de negociar con nosotros, y esta vez te ha utilizado a ti como moneda de cambio. Cuando las sombras de Arión desaparecieron, dejando desprotegida la Fortaleza de los drakul, comprendió, al igual que nosotros, que tú debías de ser el Último. Nos abrió la puerta para que te salvásemos y, a cambio, destruyésemos a Óber y a los suyos. Lo que ella desea por encima de todo es vengarse de los drakul. Óber mató a sus padres, ¿lo sabías?

—¿Y para eso pacta con vosotros, que sois sus principales enemigos? —preguntó Álex, escéptico—. No tiene ningún sentido.

—Ella cree que es posible un entendimiento entre los guardianes y los medu. Es una idea que su madre debió de inculcarle desde muy pequeña. Firmar la paz con nosotros, a cambio de respetar un poco más la libertad de los hombres y de renunciar a su influencia sobre ellos... Es algo que Jana aceptaría de buen grado, a cambio de derrocar a Óber y sustituirle al frente de los clanes.

—¿Y vosotros aceptaríais algo así? —preguntó Álex, esperanzado—. Después de todo, no tiene nada de absurdo...

—Lo mismo pienso yo, pero mis compañeros no son de la misma opinión —observó Nieve, frunciendo el ceño—. Ninguno de ellos piensa que Jana sea de fiar; no creen en sus promesas. A veces pienso que, aunque las creyeran, no aceptarían el trato que les ofrece. Llevan mucho tiempo enfrentándose a todo lo que simbolizan los medu, y es demasiado tarde para que cambien.

—¿Y tú sí puedes cambiar?

Nieve alzó el rostro hacia el cielo estrellado. Sus pálidas mejillas emitían un brillo nacarado que, por momentos, se iba volviendo azul.

—Yo ya he cambiado —dijo con tristeza. Estoy cansada de esta guerra eterna. Estoy cansada de la inmortalidad. Quiero volver a ser humana, aunque sea por unas horas.

Pero, para eso, la guerra entre guardianes y medu debe terminar... Por eso he ayudado a Jana, y por eso, si se me volviera a presentar la ocasión, la ayudaría de nuevo.

Permanecieron unos minutos en silencio, sumidas en la contemplación de la noche.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó Álex al fin.

—Porque tú quieres lo mismo que yo, lo veo en tu mirada. Has aceptado convertirte en el Último Guardián para impedir que otro ocupe ese lugar. Otro más peligroso que tú para los medu, más lleno de odio... En realidad quieres sacrificarte para proteger a Jana —Álex asintió, incómodo.

—Es cierto, pero también es cierto que no quiero traicionarnos a vosotros. Me comprometí ante Corvino a venir aquí y a aprender todo lo que vosotros queráis enseñarme. Él cree que, cuando el entrenamiento termine, mis sentimientos hacia los medu habrán cambiado.

—¿Y tú lo crees?

Álex se lo pensó un momento antes de contestar.

—Me parece difícil que mis sentimientos puedan cambiar, pero si lo que aprenda en este tiempo me conduce por un camino diferente al que yo tengo pensado, tampoco pienso resistirme al cambio. No tengo miedo a aprender, independientemente de adonde me lleve ese aprendizaje.

Nieve lo observó con una sonrisa de admiración.

—Eres muy valiente —dijo—. Muy pocas personas se embarcarían en un aprendizaje que no saben adonde puede conducirlos. Tienes mucho valor, en serio. No sabes cuánto me recuerdas a Arawn.

—¿Me parezco a él? —preguntó Álex con curiosidad.

—¿Físicamente? En absoluto. No te pareces a él ni lo más mínimo. Él era mucho más moreno, y también algo mayor que tú. Tenía una mirada muy triste... Pero sí te pareces a él en que no le tienes miedo a nada. Ni siquiera a sufrir, ni a perder lo que te resulta más querido.

—Eso sí me da miedo, pero no puedo tomar decisiones basándome en mi miedo. Esa sería una forma segura de equivocarme.

Nieve asintió, mirándolo de un modo extraño.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Álex, algo desconcertado por aquella mirada.

—Nada. Solo que llevo sola demasiado tiempo. Siglos y siglos recordando una y otra vez los escasos momentos de felicidad que viví con Arawn, antes de que él decidiese sacrificarse. Y en todo ese tiempo no he dejado de ser joven... ¿Tienes idea de lo sola que he estado?

—Me lo puedo imaginar —musitó Álex, apartando la mirada.

—No, no puedes —murmuró Nieve, casi con fiereza—. Y ahora apareces tú, tan distinto a Arawn y, a la vez, tan parecido a él, tan lleno de valor, tan joven y apuesto... ¿Crees que no me dolería verte correr la misma suerte que él corrió, sacrificándote para salvarnos a todos? Sufriría mucho, te lo aseguro. Aún soy lo suficientemente humana como para sufrir por algo así, y no lo lamento.

—Quizá no tenga que correr la misma suerte que Arawn —dijo Álex, pensativo—.

Hay algo fundamental que me diferencia de él: yo no odio lo que representan los medu, independientemente de lo que pueda sentir por Jana. Quizá mi camino no tenga por qué ser el mismo que recorrió él...

Nieve meneó la cabeza con cansancio.

—Del amor al odio hay una distancia muy pequeña. Escucha lo que voy a decirte: no estás tan a salvo de ese sentimiento de odio como tú crees. Pero no debes dejar que esos cambios en tus sentimientos te confundan... Por encima de todo, debes buscar la justicia y la verdad.

—Quieres decir que...

—Quiero decir que, si finalmente decides enfrentarte a los medu, no debe ser por odio o por venganza, sino por amor a la humanidad. Y si decides intentar pactar con ellos, debe ser por la misma causa. De lo contrario, nada de lo que hagas, por noble o generoso que sea, servirá para cambiar verdaderamente las cosas. Tu sacrificio sería completamente inútil... Créeme: lo he visto ya muchas veces, y no quisiera tener que verlo una vez más.

## Capítulo 8

Al despertarse cada mañana en el Palacio de los guardianes, los primeros pensamientos de Álex se dirigían invariablemente hacia su madre y su hermana. ¿Qué pensarían ellas de su desaparición?

Probablemente creerían que le había ocurrido algo terrible, tal vez incluso temiesen que hubiese muerto. El muchacho habría dado cualquier cosa por sacarlas de su error, pero no se atrevía a comentar su preocupación con sus extraños compañeros de exilio.

Fue la propia Nieve quien, un día, al final del entrenamiento abordó el asunto.

—No te distraigas pensando en tu familia —le dijo de buenas a primeras—. He hablado con tu hermana y le he dicho que estás bien.

Aquella declaración dejó atónito a Álex.

—¿Has hablado con mi hermana? —repitió—. ¿Se lo has contado todo?

—Solo lo imprescindible.

—¿Qué le dijiste?

—Solo que te habíamos llevado a un lugar seguro para protegerte de tus enemigos.

Hablé con ella por teléfono... ¡Qué cómicos me resultan esos aparatos!

Álex no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Y te creyó? —preguntó, perplejo.

—Olvidas que mi poder reside en mi voz —repuso Nieve, risueña—. ¿Cómo no iba a creerme? No te preocupes más, ella tranquilizará a tu madre. Estoy segura de que sabe cómo hacerlo.

Álex comprendió que Nieve había dado aquel paso para sacarle del estancamiento en el que se encontraba desde el inicio de su aprendizaje. Por diversos motivos, no conseguía concentrarse en las enseñanzas que estaba recibiendo. Cuando lograba prestar atención, aprendía de prisa, y sus maestros se mostraban encantados con sus progresos. Sin embargo a menudo, escuchaba sus explicaciones con aire ausente, y fracasaba por completo al intentar poner en práctica las instrucciones recibidas.

El más impaciente con aquellos cambios de actitud era, sin duda alguna, Heru. El arquero ponía toda su alma en cada clase, y o entendía la indiferencia de Álex ante los valiosos recursos que intentaba enseñarle a manejar.

—Si todo esto te interesa tan poco, ¿por qué no te vas a tu casa y nos dejas tranquilos? —le espetó un día, cansado de repetirle una y otra vez las mismas correcciones acerca de la postura del hombro a la hora de disparar un arco—.

Estamos perdiendo el tiempo contigo, no te interesa nada de todo esto. Los otros

no eran así... Ellos tenían ambición. Corvino lo veía como un problema, pero yo, sinceramente prefiero un poco de ambición a esta indiferencia tuya.

Álex escuchó la regañina con expresión culpable, y se propuso sinceramente mejorar su actitud en el futuro. Lo cierto es que le llevó algún tiempo dejar atrás sus dudas y entregarse por entero al entrenamiento. El gesto de Nieve en relación con su familia contribuyó no poco a allanarle el camino... A partir de aquel día, los progresos del joven candidato a guardián se volvieron mucho más rápidos.

Pese al carácter impetuoso de Heru, sus clases eran quizá las que más disfrutaba el muchacho. Además de un gran luchador, Heru se reveló como un magnífico profesor, infatigable y entusiasta. Con él, Álex aprendió a ir ganando dominio sobre su cuerpo a través del manejo de diferentes armas y del aprendizaje de varias artes marciales. Se trataba de las cosas que nunca le habían interesado antes, pero, a medida que las iba conociendo, cada vez era más consciente de la dimensión espiritual de todas aquellas técnicas, y de lo mucho que estaban contribuyendo a afianzar su seguridad en sí mismo, su agilidad mental y sus dotes perceptivas.

La disciplina que mejor se le daba era la lucha acrobática. Para su sorpresa después de las primeras semanas comenzó a hacer progresos agigantados en aquel difícil arte.

Gracias a las enseñanzas de Heru, aprendió a saltar y a flotar unos segundos en el aire antes de elegir el lugar de su caída, y a combinar giros, patadas y golpes en una especie de danza tan precisa como montífiera.

Una tarde, después de más de un mes y medio de entrenamiento, Heru le desafió a un combate de exhibición delante de sus compañeros, Quería impresionar a los otros guardianes con las habilidades de su alumno, y lo consiguió. Argo, Nieve y Corvino siguieron las evoluciones del combate con la boca abierta, y se levantaron de sus asientos cuando Álex consiguió derribar a Heru e inmovilizarle las manos sobre la espalda.

—Os dije que era mejor de lo que parecía —afirmó Heru, orgulloso, una vez terminada la exhibición—. Ni siguiera Arión era tan bueno. Al principio creí que nunca sacaría nada de él, con sus continuas distracciones... Tengo que reconocer que estaba equivocado.

También Nieve estaba muy satisfecha con la evolución de su joven pupilo. La capacidad de Álex para asimilar cada detalle de las lecciones parecía inagotable. Al principio le había preocupado la resistencia inconsciente del muchacho a dejarse llevar por las posibilidades innatas a su voz. Sin embargo, una vez pasadas las primeras semanas, aquellas vacilaciones iniciales quedaron olvidadas. Álex disfrutaba interpretando con su voz los sonidos del agua y el viento, el crepitar del fuego y el crujido leve de la hierba. Él nunca había imaginado que su organismo pudiese emitir réplicas tan perfectas de aquellos ruidos salvajes y encantadores. El

secreto consistía en evitar pensar con palabras mientras se concentraba en percibir los cambios de su entorno.

—Esto es maravilloso —le dijo un día a Nieve al término de la clase—. Sin embargo, todavía no veo con claridad para qué sirve.

—No se trata de un instrumento, sino de un fin en si mismo. Cuando logras emitir uno de esos sonidos salvajes e inhumanos, es porque has conseguido dominar tu mente y apartarla de la tentación de los símbolos durante unos minutos. Lo importante es ese logro, y no su posible utilidad.

—Sin embargo, tú misma me has dicho muchas veces que se trata de magia... ¡De algún nodo tiene que poder usarse!

Nieve lo miró pensativa.

—En realidad, tú ya has usado antes este poder. Corvino me contó cómo liberaste a ese pobre ghul, ese al que llamaban Garo... Con tu voz, recreaste su bosque de origen y le abriste el camino hacia la libertad. ¿No te parece suficiente magia?

—Entonces ahora, con todo lo que he aprendido...

—No pienses en cómo utilizarlo —le atajó Nieve—. Ese es el camino erróneo.

Cuando necesites tu voz, la tendrás, sean cuales sean las circunstancias. Con eso debería bastarte.

Después de las clases de Nieves, Álex solía retirarse a descansar en el pequeño jardín de frutales del palacio, entre los picos de las montañas. Hiciese buen o mal tiempo, se apoyaba en una firme y pulida piedra negra plantada entre la hierba contemplaba ensimismado las ramas desnudas de los árboles, los carámbanos de hielo colgando de los aleros rojos y dorados y las inmensas moles de piedra coronadas de nieve que rodeaban aquel oasis de verdor por todas partes. No se cansaba nunca de admirar la belleza agreste e inhumana de aquellos parajes, ni de observar el vuelo majestuoso y preciso de las águilas entre las cumbres, o el contraste del ramaje negro de los manzanos contra el gris profundo del cielo invernal. Aquel jardín le llenaba de paz y reponía sus reservas de energía mental después del esfuerzo de los ejercicios de voz.

Había aprendido a fundirse con su silencio y a no pensar en nada mientras disfrutaba de su sencillo encanto. No había sido un proceso fácil, desde luego... Al principio, en cuanto se apoyaba en aquella piedra negra y comenzaba a relajarse, su mente se llenaba de imágenes de Jana, y una viva inquietud se apoderaba de él. Pronto comprendió que si quería que aquella estancia suya entre los guardianes le aportase algo, tendría que aprender a desprenderse de todos los recuerdos relacionados con la muchacha. Era doloroso renunciar pensar en ella, pero sabía que si no daba ese paso, no lograría una auténtica evolución. Para salvar a Jana de la destrucción tenía que transformarse en algo que aún no era, y para lograr esa transformación debía olvidarse temporalmente de Jana y concentrarse en el

aprendizaje. Resultaba paradójico; pero cuando su mente aceptó que no le quedaba otro camino y se puso de su parte, poco a poco la renuncia a sus recuerdos se fue volviendo más sencilla.

Más difícil le resultó desterrar de su cerebro la imagen de Erik herido, tal y como lo había visto por última vez. No podía dejar preguntarse si su antiguo amigo seguiría vivo. Recordaba su piel flácida y arrugada alrededor de la llaga negruzca del brazo, y automáticamente sentía un escalofrío. Sin embargo, las clases de sus maestros fueron dando frutos poco a poco, y llegó un momento en que podía sentarse a descansar en el jardín con la mente completamente vacía, sin pensar en nadie de su pasado, y dedicándose únicamente a disfrutar del sol invernal sobre su piel y el bello espectáculo de las montañas nevadas.

En aquellos progresos tenía mucho que ver la paciencia de Corvino. El Guardián Rojo, como solían llamarle en broma sus compañeros, se había propuesto desde el primer día evitar las explicaciones teóricas en sus clases y predicar con el ejemplo.

Cuando Álex llegaba a la biblioteca, en lo más alto de la torre sur, se lo encontrabatumbado en una cama de clavos, como un fakir, o tiritando frente a la ventana con los cabellos húmedos. Álex, al principio, no entendía el objetivo de aquellos sacrificios inútiles. Le parecía absurdo que un hombre se sometiese voluntariamente a toda clase de penurias para fortalecer su espíritu. Por fortuna para él, Corvino nunca le invitó a seguir sus pasos ni a intentar sus proezas. Lo único que le pedía era que le contemplase en silencio mientras él se sacrificaba.

Finalmente, una tarde Álex no pudo soportarlo más y se decidió a cuestionar la utilidad de aquel método de enseñanza.

—¿Por qué te empeñas en torturarme obligándome a ver cómo sufres? —le preguntó, después de observar espantado cómo Corvino jugueteaba metiendo los dedos en la llama de una vela.

—No sufro tanto como tú crees —replicó tranquilamente Corvino, sin interrumpir el juego—. No olvides que mi cuerpo ha cambiado mucho. En realidad es más espíritu que cuerpo... Y mi sufrimiento es más espiritual que material.

—De todas formas, ¿qué gano yo viéndote sufrir?

Corvino sonrió, y el resplandor levemente rojizo de su piel se intensificó por un momento.

—Te endureces —repuso—. Tienes que aprender a dominar tus sentimientos, incluidos los que a ti te parecen positivos y altruistas. Para liberarse de la esclavitud de los símbolos, antes hay que romper las cadenas de placer y el dolor; pero también las del odio, el amor y la compasión. No olvides nunca eso.

Sin embargo, Álex ni podía aceptar tan fácilmente una enseñanza así.

—No quiero renunciar a la compasión ni a los sentimientos positivos —protestó—.



No quiero convertirme en una especie de robot de carne y hueso...

—¿Eso es lo que te parezco yo? —preguntó Corvino, sonriendo.

—A veces, sí. Y no entiendo por qué te esfuerzas tanto en destruir tu parte humana.

Corvino frunció el ceño, y la sonrisa desapareció de sus labios.

—Lo que pasa es que tenemos ideas diferentes de lo que es humano y lo que no lo es.

Para ti, ser humano significa sentir. Para mí, significa ser libre. Y para ser libre, totalmente libre, hay que renunciar a los sentimientos. O al menos hay que tener la posibilidad de hacerlo.

La expresión del guardián se ablandó al percibir el sincero interés de Álex por entender su punto de vista.

—Este entrenamiento no tiene como objetivo renunciar para siempre a sentir —le explicó—, sino dejar a un lado los sentimientos y las sensaciones cuando la ocasión lo requiera. Es cuestión de eficacia, ¿comprendes? En algunos momentos de la vida, los sentimientos solo son un lastre. ¿No te gustaría ser tú quien dicese cuándo y en qué momento quieres dejarte llevar por ellos, en lugar de permitir que ellos te dominen?

—Supongo que sí —replicó Álex sin mucha convicción—. Pero no creo que eso sea posible...

—Es posible, te lo aseguro. Solo tienes que confiar en mí y dejarte guiar. Estoy convencido de que puedes conseguirlo.

—Pero para eso tendría que hacer las cosas que tú haces ¿no? Tumbarme en camas de clavos, quemarme voluntariamente...

—No creo que estés preparado para eso. Empieza por puebas más sencillas, y no intentes nada más difícil hasta haber superado el paso anterior. Puedes comenzar privándote de algún alimento que te guste, o apartando un pensamiento agradable de tu mente, o quedándote una hora y media más a meditar aunque tengas sueño. Eres tú quien debe elegir las puebas a tu medida, no serviría de nada que yo te las impusiera.

Lo importante es que, poco a poco, vayas aprendiendo a controlar tus necesidades físicas y espirituales. Será un proceso largo, pero el esfuerzo merece la pena. Sin darte cuenta llegará el día en que te sentirás libre, completamente libre... Y eso, créeme, no tiene precio.

Hasta ese día, Álex no había entendido del todo el propósito de las enseñanzas de Corvino, pero a partir de aquella conversación lo entendió. Fue entonces cuando comenzaron sus progresos... Tal y como le había sugerido su maestro fue poniéndose a sí mismo pequeñas puebas, y cuando las superaba, lo celebraba como si hubiese realizado una gran proeza. Al cabo de algunas semanas, casi sin esfuerzo, había aprendido a olvidarse del hambre y la sed incluso cuando llevaba diez horas sin

probar bocado, y a no quejarse nunca de ningún dolor, ni siquiera cuando Heru se excedía en sus lecciones de combate y le dejaba magulladuras en los brazos y en las piernas.

Un día. Mientras comían, Corvino se fijó en que Álex engullía cucharadas tras cucharada de una sopa tan caliente que debía de estar desollándole la lengua. El muchacho no movía ni un solo músculo de su cara, y su expresión era la misma que habría puesto si la sopa hubiese estado a temperatura agradable. Cuando alzó la vista del cuenco vacío, sus ojos se encontraron con los del Guardián Rojo. Y ambos sonrieron.

—Ten cuidado —le dijo Corvino al comienzo de su clase esa misma tarde—. Has vencido al dolor, pero no al orgullo. Te sientes demasiado satisfecho por lo que has conseguido. En mi opinión, esa satisfacción es más peligrosa para la evolución de tu espíritu que el miedo a quemarse la lengua con una sopa demasiado caliente.

Aquella misma tarde, Álex le contó a Argo lo que Corvino le había dicho. Estaban en clase de meditación, la favorita del muchacho, y en la que día a día realizaba mayores progresos. Según Argo, Álex poseía un talento especial para vaciar su mente, y volverla receptiva a visiones de otros lugares y épocas. Sin duda, era un don heredado de sus antepasados kuriles.

—El problema de los kuriles, y de los medu en general, es que siempre han intentado utilizar sus habilidades para aumentar su poder, en lugar de hacerle en beneficio del universo —le había explicado—. Y fíjate en que he dicho el universo, y no la humanidad... El mundo no gira en torno al hombre, es mucho más rico y variado.

Nuestros dones deben servirnos para comprenderlo, no para intentar cambiarlo. Ese es un crimen que se paga con la destrucción y el sufrimiento.

Aquella tarde, cuando Álex le habló de la preocupación de Corvino por sus sentimientos de orgullo, Argo se echó a reír con ganas.

—A veces creo que Corvino es demasiado perfecto —le confió en voz baja—. Y la perfección puede ser un pecado tan grande como el orgullo, o quizá mayor... Ante todo, no debemos olvidar que somos humanos. Es maravilloso adquirir dominio de uno mismo, siempre que eso no signifique convertirse en un pedazo de madera.

—Con todos los siglos que lleváis juntos, lo lógico sería que todos dominaseis las habilidades de los demás —se atrevió a comentar Álex—. Habéis tenido tiempo más que de sobra para entrenaros unos a otros...

—¿Crees que no lo hemos hecho? Hemos aprendido de nuestros compañeros todo lo que podíamos aprender. Todos somos excelentes arqueros y expertos en lucha acrobática, Todos sabemos controlar nuestros impulsos y utilizar sonidos onomatopéyicos para influir en la naturaleza. Y todos tenemos visiones... Solo que las mías siguen siendo más perfectas y completas que las de los demás. Por muchos

siglos que pasen, yo empecé antes a practicar el arte, y tengo un don natural para él, por lo que siempre lo dominaré mejor. Lo mismo que Nieve maneja mejor que nadie su voz, y Corvino sus propios sentimientos.

—¿Y nunca has sentido la tentación de utilizar tus visiones como las utilizaban mis antepasados? —preguntó Álex, decidido a aprovechar el talento especialmente comunicativo de Argo durante aquella clase.

—¿Para cambiar el futuro, quieres decir? —preguntó Argo. Sus ojos brillaban como esmeraldas, y su resplandor verde parecía reflejarse sobre sus mejillas y su frente—.

Eso sería romper las reglas. Nosotros no queremos cambiar la realidad, sino aceptarla tal y como es. Por eso el arte que estoy tratando de enseñarte es más difícil que el de los kuriles: ver sin influir en lo que estás viendo; dejar que tu mente capte distintos momentos del pasado, el presente y el futuro, sin dejar que eso influya en el curso de los acontecimientos... Puedes lograrlo, ya lo has logrado muchas veces durante las clases, pero con visiones que no te decían nada personalmente. Ahora debes intentar ir un paso más allá: debes tratar de enfrentarte a visiones relacionadas con asuntos que de verdad te interesen y con personas que signifiquen algo para ti.

Al oír aquello, Álex tragó saliva. ¡Después de todo lo que se había esforzado para no pensar en sus seres queridos, ahora Argo le pedía que lo hiciera! No estaba seguro de estar preparado para algo así; pero, por otro lado, deseaba vivamente intentarlo.

—Quizá podríamos probar ahora —propuso, inseguro—. Contigo cerca, siempre me resulta más fácil concentrarme.

—De acuerdo. Probemos, entonces. Intentaré unir mi energía mental a la tuya, para ayudarte a allanar el terreno a la visión.

Con un gesto, Argo invitó a Álex a sentarse en el tatami que habitualmente utilizaban para sus ejercicios, separados de los grandes ventanales de la habitación por una pesada cortina gris. El muchacho adoptó la postura del loto, con las piernas cruzadas y los pies firmemente anclados sobre sus muslos. Argo se sentó en la misma posición, y ambos permanecieron varios minutos en silencio, contemplando la blancura de la pared.

La visión, al comienzo, no era más que una mancha borrosa. Poco a poco, sin embargo, los contornos se fueron perfilando, y Álex pudo reconocer los rostros de dos personas muy importantes para él. Lo extraño era que ambas apareciesen juntas...

Se trataba de Erik y Jana. Estaban sentados delante de una ventana que daba a los campos de juego del colegio, una ventana en forma de arco que Álex no recordaba haber visto jamás. Se encontraban muy cerca uno del otro, y se miraban con una confianza que el muchacho nunca había notado anteriormente entre los dos. El rostro de Jana parecía tan sereno e indiferente como de costumbre, pero sus ojos estaban

húmedos, como si hubiese llorado.

De pronto, Erik le pasó una mano por la mejilla. Fue un gesto natural, espontáneo, pero cargado de significado. Álex notó el estremecimiento de Jana, el destello de sus ojos al encontrarse con los de Erik. Una oleada de rabia fue creciendo en su interior hasta nublarle la conciencia, y la visión se esfumó.

Cuando terminó, notó la presencia de Argo a su lado. No había cambiado de postura, pero había girado el rostro hacia él y lo miraba con intensidad.

Intentó en vano controlar el temblor que se había apoderado de sus manos. Sentía el latido de la sangre en sus sienes, la aceleración de su corazón, los efectos de la adrenalina sobre sus músculos, que se habían puesto tensos como cuerdas de arco.

—¿De cuándo era esa visión? —preguntó con voz sorda, evitando la mirada de Argo.

Su maestro lo miró con gravedad.

—Deberías saberlo ya, a estas alturas del entrenamiento —dijo—. Es una visión del futuro.

—O sea, que en el futuro va a haber algo entre ellos... Concentrémonos otra vez, ¡quiero volver a verlos!

Argo se puso en pie y sacudió las piernas entumecidas.

—Basta, Álex —ordenó en tono perentorio—. El experimento no ha salido bien, no estás preparado todavía. Trata de olvidar lo que has visto y concéntrate en el presente.

—¿Cómo voy a olvidar lo que he visto? —murmuró el muchacho, sonriendo con amargura—. Lo que he visto lo cambia todo. Yo preocupandome por ellos, y ellos...

Ellos van a traicionarme. Si es que no lo han hecho ya... Apuesto a que en este mismo momento están juntos.

—Está bien, yo no buscaba esto, pero, ya que ha ocurrido, tal vez sea mejor —dijo en voz baja—. Son medu, Álex. Son nuestros enemigos. Si creías que les debías algo, ya has salido de tu error. Descansa y trata de serenarte, Recupera el control. Pase lo que pase, un guardián siempre debe ser dueño de sí mismo.

Álex se despidió de Argo y caminó como un autómatas a través del corredor que conducía hasta su habitación. Apenas era consciente de lo que hacía. En cuanto estuvo en su cuarto, se descalzó y se metió en la cama. No deseaba descansar, solo cerrar los ojos para reconstruir aquella imagen que le había destrozado. Jana y Erik juntos... Debería haberlo imaginado. Pese a las burlas de Jana, estaba seguro de que ella, en el fondo, le consideraba atractivo. Y ahora que Óber se había dado cuenta de lo poderosa que ella podía llegar a ser, tal vez estuviese fomentando aquella relación.

Incluso era posible que ella lo tuviese todo planeado desde el principio... Lo único que le importaba era el poder, y si para ello tenía que seducir a Erik, lo haría sin el menor escrúpulo.

Lo que más le había impresionado de aquella fugaz escena era la mezcla de deseo y ternura que se leía en los ojos de Erik. Él la quería de verdad, de eso no había duda.

Pero el hecho de que la quisiera, lejos de suavizar el rencor de Álex, lo aumentaba.

¿Cómo se había atrevido a luchar por ella? Erik sabía que él estaba loco por Jana, sabía lo del tatuaje, y el precio tan alto que había tenido que pagar por acercarse a una descendiente de Agmar... ¿Cómo era posible que, sabiendo todo aquello aprovechase la primera oportunidad que se le presentaba para intentar sustituirle? O tal vez no fuese la primera... Tal vez llevasen juntos todas aquellas semanas que él había permanecido como un tonto en el palacio de los Guardianes.

El recuerdo de los dedos de Erik rozando la piel de Jana le quemaba como un hierro al rojo. No podía soportarlo, pero tampoco era capaz de apartarlo de su mente. El tatuaje había empezado a dolerle de un modo salvaje, y aquel dolor exacerbaba su odio y sus deseos de venganza. Si, se vengaría... Podía hacerlo, los guardianes le habían preparado para ello. Destruiría a los medu, los barrería de la faz de la tierra. Su padre le había dicho que podía elegir... Pues ya había elegido. Había seguido sus instrucciones al pie de la letra sin saber adónde le conducirían. Ahora, por fin, lo sabía. Iba a convertirse en el Último... Iba a sacrificarlo todo para hacerles pagar a Jana y a Erik su traición.

—Estas equivocándote —dijo una voz indescritiblemente suave muy cerca de su oído.

Abrió los ojos sobresaltado. Tenía la frente perlada de sudor, y su al mohada, bajo su cuello, también estaba húmeda. Comprendió que debía de tener mucha fiebre... Se arrojó con las sábanas y miró a Nieve con ojos vacíos.

—Argo me ha contado tu visión —prosigió la muchacha en tono apasible—. Estás enfermo de celos, Álex... ¿Cómo puedes ser tan idiota? Francamente te creía más fuerte.

—Déjame. Tú no puedes entenderlo —gruñó Álex volviéndole la espalda y clavando la vista en la pared—. Ninguno de vosotros puede entenderlo, habéis olvidado lo que sentimos los seres humanos.

—Solo quiero ayudarte... —le respondió Nieve.

—Pues entonces vete y déjame en paz. No quiero ver a nadie ahora; no quiero sermones, ni mucho menos consuelo.

—Necesitas regodearte en tu dolor... Es comprensible. Pero no voy a permitirte.

Nieve había pronunciado aquellas palabras con la misma musicalidad de siempre, pero, a la vez, con una inquebrantable firmeza. Álex se incorporó bruscamente en la cama y se encaró con ella, irritado.

—¿Por qué te preocupas tanto? —preguntó, sonriendo—. Esto era lo que todos

queríais, ¿no? Que odiase a los medu, que hiciese cualquier cosa con tal de destruirlos... Pues ya los habéis conseguido. Argo parecía muy contento con el cambio, no entiendo por qué tú te los has tomado así.

Nieves se sentó a los pies de la cama y trató de cogerle la mano, pero Álex la rechazó.

—Ya hemos hablado de esto antes —explicó Nieve en voz baja—. Lo que yo quiero no es exactamente lo que quieren los demás. Pero si estoy intentando razonar contigo, no es por mí, sino por ti. No estás en condiciones de tomar decisiones, Álex. Ahora menos que nunca. El odio es mal consejero, el peor consejero que un hombre pueda tener. Espera a que estos sentimientos se enfríen, y luego decide lo que quieras. Pero guiado por el odio, no... Terminarías como Arión, y todo volvería a empezar otra vez.

Un destello de furia atravesó los limpios ojos de Álex.

—No, eso no —murmuró—. Yo quiero terminar con ellos para siempre.

Nieve suspiró y se puso de pie.

—Pues si es eso lo que quieres, tendrás que hacerme caso —observó con tristeza—.

Recupera el dominio de tus sentimientos, y luego actúa. Lo único que te pido es que no te precipites... ¿Me prometes que no lo harás?

Álex asintió en silencio.

Nieve vaciló un momento junto a la cama, pero al final optó por marcharse y dejarlo solo. «Mejor», pensó Álex, satisfecho. No quería que ella notara hasta qué punto le habían afectado sus palabras. Nieve tenía razón; para lograr su objetivo tenía que calmarse. Debía emplear todas las técnicas que había aprendido durante su estancia en el palacio para controlar sus impulsos y obligarse a esperar el momento. Paciencia, esa era la clave... Se aferraría a las enseñanzas de Argo y de Corvino para resistir.

Seguiría practicando la lucha con Heru y el poder de la voz con Nieve. Quería estar preparado para cuando llegase el momento... Y no tendría que esperar mucho.

Faltaban tres semanas para el día de su cumpleaños. Según lo que le había contado su padre, era la fecha límite para su transformación en el Último Guardián. Antes de ese día, debía tomar la decisión definitiva. Apuraría al máximo el plazo que le quedaba, para continuar aprendiendo de sus maestros hasta el último instante.

Durante las dos semanas siguientes, la línea de acción que se había fijado comenzó a dar frutos. Poco a poco, logró serenarse lo suficiente como para concentrarse de lleno en las lecciones y asimilar todo lo que Heru, Nieve, Argo y Corvino le transmitían.

Los cuatro guardianes observaban su entusiasmo con inquietud. Era evidente que les preocupaba la intensidad de sus afectos. Sin embargo, a medida que fueron

pasando los días, la sensación de preocupación fue dejando paso a un alivio que no tardó en transformarse en entusiasmo. El muchacho estaba aprendiendo, estaba avanzando a pasos agigantados. No había reto demasiado difícil para él, todo lo que se proponía lo conseguía. Sus visiones eran cada vez más sofisticadas; sus acrobacias en la lucha, más espectaculares. Incluso parecía soportar el dolor físico con la misma indiferencia que Corvino... Cada vez que veía a este someterse a un ejercicio particularmente duro, lo imitaba. Se clavaba objetos hasta sangrar, salía a pasear desnudo bajo el frío invernal durante la noche. Se mortificaba sin ningún motivo... Únicamente para probarse.

Toda aquella actividad ejerció un efecto calmante sobre sus sentimientos. Poco a poco, la ira inicial fue dejando paso a la tristeza. La imagen de Erik acariciando a Jana le dolía tanto como el primer día, pero la rabia que acompañaba al aquel dolor empezaba a remitir. Se dio cuenta con asombro de que lamentaba tanto la traición de Erik como la pérdida de Jana. Los dos significaban mucha para él, aunque de maneras distintas.

Una tarde, después del entrenamiento con Argo, decidió salir un rato al jardín. Los días comenzaban a alargarse, y el cielo aún estaba claro, a pesar de que el sol ya había desaparecido detrás de las montañas, Álex había visto por la ventana que uno de los frutales del jardín había amenejado cuajado de flores. Así, de un día para otro...

Era un milagro.

Por primera vez en mucho tiempo, el muchacho se sentía tranquilo. En su sesión con Argo, había vislumbrado fugazmente el bosque de origen de Garo, y aquella visión le había serenado bastante. Le apetecía pasear por el jardín, aspirar el olor de la hierba y de la tierra húmeda, sentarse tranquilamente a contemplar el árbol recién florecido y los incansables surtidores de las fuentes.

Sin embargo, en cuanto salió se dio cuenta de que algo fallaba. No sabía qué era; aparentemente, el árbol seguía tan bello como por la mañana, o más incluso. Otro árbol, un cerezo probablemente, exhibía también sus primeros brotes rosados. El agua del estanque centelleaba bajo la luz rosada del crepúsculo...

¿Qué era lo que faltaba? Los elementos más hermosos del jardín seguían allí, ante su vista. ¿Por qué, entonces, le había asaltado desde el primer momento aquella extraña sensación de pérdida?

La respuesta llegó cuando se disponía a sentarse en el suelo como solía hacerlo. La piedra en la que siempre se apoyaba había desaparecido. Parecía absurdo, pero sin aquella piedra tosca y negra en la que siempre apoyaba su cansada espalda, el jardín ya no era el mismo. No podía disfrutar de su belleza, para él había perdido todo su encanto, porque no tenía desde dónde contemplarlo. Sencillamente, se había quedado sin su referencia, sin su punto de apoyo.

Entonces pensó en Erik y un relámpago de comprensión iluminó su espíritu. Erik era para Álex como aquella piedra negra. No pensaba mucho en él, no le dedicaba demasiado tiempo. Sin embargo, durante años había sido su punto de referencia. Sin la amistad de Erik, el mundo ya nunca sería el mismo para él. Si lo perdía, perdía la capacidad de disfrutar de todo lo bueno que el mundo podía ofrecerle, incluido el amor de Jana.

De pronto se dio cuenta de lo ciego que había estado. Había interpretado mal la visión en la que Erik acariciaba a Jana se había equivocado completamente... Erik había sido siempre la lealtad personificada. Se lo había demostrado justo antes de la llegada de los guardianes, cuando se enfrentó a su padre por intentar defenderle.

¿Cómo podía haber sido tan injusto? Aunque Erik estuviera enamorado de Jana, nunca se habría aprovechado de la ausencia de su amigo para ocupar su lugar.

Sencillamente, no era su estilo.

En ese instante, el odio que durante días le había corroído se disipó como un mal sueño. Más aún, era como si jamás hubiese existido. En su mente, Álex volvió a ver la imagen de Erik acariciando a Jana y lo que sintió no fue odio, sino miedo. Algo le había ocurrido a ambos para acercarlos de aquella forma, algo terrible que él ignoraba y que necesitaba saber.

Sin pensárselo dos veces, corrió a buscar a Nieve. La encontró en su cuarto, dibujando con tinta china sobre papel arroz. Sus dibujos no significaban nada, por supuesto... Los guardianes odiaban las representaciones, y se mantenían fieles a aquella primitiva desconfianza hicieran lo que hicieran.

Nada más verle, ella se dio cuenta de que algo había cambiado.

—¿Qué te pasa? —preguntó, alarmada—. Parece que hubiese visto un fantasma...

—Al contrario. He estado viendo un fantasma durante semanas y ahora he dejado de verlo.

Nieve le sonrió.

—Cuánto me alegro, Álex —le dijo, poniéndose en pie—. Sabía que, antes o después. Reaccionarías. Tú no estás hecho para el odio. No es tu camino.

—Entonces tienes que ayudarme. Quiero irme de aquí cuanto antes. Ahora mismo, si es posible.

Nieve arrojó el pincel húmedo sobre la mesa. Parecía sorprendida.

—¿Ahora mismo? —repitió—. Pero aún no te hemos enseñado todo lo que necesitas saber...

—Ahora mismo —insistió Álex—. Quiero saber lo que les ha sucedido a Jana y a mi amigo Erik. Hayan hecho lo que hayan hecho, quiero comprenderlo...

—Está bien —decidió Nieve—. Si eso es lo que quieres, te ayudaré.



# **LIBRO CUARTO**

## **El Trono Vacío**

# Capítulo 1

Tumbada en la cama, Jana contemplaba el techo de vigas de madera con los ojos vacíos. Se encontraba prisionera en una pequeña celda situada en lo alto de la Fortaleza, con un aro de hierro en el tobillo derecho, amarrado a su vez a una cadena que terminaba en una argolla sujeta a la pared.

Había estado a punto de conseguirlo. Unos segundos más, y le habría dado tiempo a terminar de pronunciar el conjuro para abrir el portal de huida que tenía preparado.

Ya se hallaba completamente concentrada cuando los ghuls de Óber la encontraron...

Justamente por eso no los oyó venir. Se había confiado.

Cerró los ojos y se removió incómoda sobre el colchón, hasta sentir el tirón de la cadena en la pantorrilla. Bajo las sábanas, tanteó con ambas manos los pesados eslabones de hierro, sin advertir en ellos la menor fisura. Desalentada, dejó caer la dura serpiente de metal sobre sus rodillas. Estaba muy fría. El contraste de temperatura entre la cadena y su propia piel, que ardía de fiebre, la hizo estremecerse.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Se había dejado atrapar después de cometer la más imperdonable de las traiciones, y ahora se encontraba a merced de Óber, que la odiaba más que nunca. Por su culpa, Erik se encontraba malherido, si es que no había muerto ya. Había vendido a los suyos, había ayudado a sus enemigos a localizar el corazón del poder de los medu. ¿Y qué había conseguido a cambio? Óber seguía siendo el jefe, y ella se encontraba más lejos de alcanzar su objetivo que nunca.

Con una mano temblorosa se apartó el mechón de pelo que le caía sobre la frente húmeda de sudor. Le había fallado a todo el mundo. En primer lugar, a su madre, que había muerto por intentar engrandecer a su clan. En segundo lugar, a los agmar, a quienes ella habría debido liderar tras la desaparición de las hijas de Pértinax. No quería ni pensar en las persecuciones que se habrían desatado para hacerles pagar por lo ocurrido... En tercer lugar, a David. El era el único que había creído en ella, pero, a esas alturas, ya debía de saber que se había equivocado. Y, por último, le había fallado a Álex.

Se dio la vuelta en la cama, y al hacerlo la cadena se le enredó alrededor del vestido.

Enterró el rostro en la almohada y se rodeó la cabeza con los brazos. Por primera vez en muchos años notó la quemazón de las lágrimas en sus mejillas. Desde la muerte de su madre, no se había sentido tan mal.

Era posible que Álex hubiera logrado huir, pero también era posible que estuviese muerto. Desde su escondite, había visto a Garó salir en su búsqueda, y sabía muy bien lo despiadado que podía llegar aquel ghul. Tal vez los guardianes le hubiesen ayudado a escapar, pero aquella idea le resultaba casi tan inquietante como la primera. Porque ¿qué ocurriría cuando sus enemigos se dieran cuenta de que Álex no era el Último? Lo eliminarían, sin lugar a dudas. Eso, si no llegaban a la conclusión contraria... En cuyo caso, obligarían al muchacho a comportarse como uno de ellos sin serlo. No quería ni imaginar lo que podía suceder a partir de ahí... En cualquier caso, nada bueno para Álex, de eso estaba segura.

Las cosas podrían haber sido muy diferentes. Habría podido tenerlo todo, si hubiese escuchado a Erik. El la amaba con una pasión sombría e incontrolable, una pasión que casi la asustaba. No podía apartar de su mente el valeroso gesto del hijo de Óber plantándose delante de ella para protegerla. Sí, la amaba tanto que iba a pagar aquel sentimiento con su vida... Y ella no había sabido aprovecharlo.

Ahora, en aquella cama dura y fría, se daba cuenta de lo cerca que había estado de conseguir lo que, desde siempre, habían codiciado los agmar. La jefatura de todos los clanes, el poder absoluto que hasta entonces había estado en manos de los drakul. A través de Erik, ella habría podido obtener todo eso. Después de unos años, él se habría casado con ella, y sus hijos habrían sido los sucesores de Óber. ¿Qué mejor manera de proteger y encumbrar a los suyos?

Pero no había querido. En primer lugar, porque no deseaba deberle nada a nadie, y confiaba en lograr sus objetivos por sí misma. Y, en segundo lugar, porque la idea de engañar a Erik le repugnaba demasiado.

«Ojalá me hubiese enamorado de él», pensó, cerrando los párpados con fuerza, hasta que la oscuridad se llenó de lucecitas blancas. Así todo habría sido más sencillo. Pero Erik y ella se parecían demasiado. Los dos habían crecido en medio del odio y las maquinaciones. Los dos habían aprendido a controlar sus sentimientos y a dominar sus impulsos. Ambos habrían hecho cualquier cosa por no defraudar a los suyos.

Ambos estaban acostumbrados a convivir con la ambición y la oscuridad.

Álex, en cambio, era distinto. El no dependía de los sueños ni de las ambiciones de otros. Tenía una familia, pero no era su familia quien determinaba sus aspiraciones.

Ni siquiera al enterarse de que su padre había sido asesinado, había perdido esa aureola de independencia... Por encima de todo, Álex era Álex. Se debía fidelidad a sí mismo y a nadie más.

Después de un rato, la muchacha abrió nuevamente los ojos y miró al techo. Había anochecido, y a través de la ventana entraba únicamente un débil resplandor azulado y artificial. Las sombras ocultaban las vigas de madera y el viejo escritorio

que constituía el único mobiliario de la estancia, además de la cama. No había ninguna lámpara... Tendría que esperar a que amaneciera para librarse de aquella opresiva oscuridad.

Dejó que por su mente desfilaran una y otra vez las imágenes del ataque de los guardianes. En medio de la negrura que la rodeaba, creía ver las flechas de fuego hendiendo el aire, y le parecía escuchar los aullidos inhumanos de los ghuls alcanzados por aquellos mortales proyectiles. Luego, veía el rostro pálido y grave de Erik, y la mortal herida de su hombro. No sobreviviría. La idea le causaba una desazón tan violenta que apenas podía soportarla.

Al final, agotada, se quedó adormecida durante algunas horas. En sueños creyó ver el cuerpo de Álex despedazado por una manada de lobos, y se despertó sobresaltada.

Cuando abrió los párpados, notó un desagradable picor en los ojos, y un velo de humo que empañaba las sombras. Al otro extremo de la habitación, sobre el escritorio, ardía una vela.

—¿Quién está ahí? —balbuceó, luchando contra la sequedad ardiente de su boca.

Nadie contestó, pero en el silencio de la noche Jana oyó con toda claridad una respiración ronca y agitada.

El corazón se le desbocó, resonando dolorosamente en su pecho con cada latido. Sus ojos aterrados escudriñaron la penumbra de los rincones, hasta que distinguió una sombra alta y amenazadora sentada en una silla, muy cerca de ella.

—¿Qué... qué quieres? —preguntó en un susurro.

La figura se puso en pie y avanzó hacia la cama. Cuando se inclinó sobre ella, Jana distinguió, espantada, las facciones de Óber.

—¿Era esto lo que querías? —preguntó el jefe drakul sentándose sobre el jergón, muy cerca de la muchacha.

Su voz sonó inexpresiva y gris, sin el menor asomo de violencia en su timbre. Jana se incorporó y, retrocediendo, apoyó la espalda en la pared. Los eslabones de la cadena que la ataba entrechocaron entre sí, y el eco de sus chasquidos resonó en toda la estancia.

—Has causado la ruina de toda nuestra raza —continuó Óber, en el mismo tono neutro y apagado—. Lo has estropeado todo con tu ridícula ambición. Tu madre estaría orgullosa de ti, ¿no crees? Has destruido en cuestión de segundos todo aquello por lo que ella luchó.

La alusión a Alma hizo que Jana sacase fuerzas de flaqueza para responder.

—No te atrevas a mencionar a mi madre —murmuró—. Tú la mataste, ¿crees que no lo sé? Si la hubieras dejado vivir, nada de esto habría sucedido.

En medio de la oscuridad se oyó una carcajada seca, totalmente desprovista de alegría.

—Ojo por ojo y diente por diente —dijo Óber—. ¿Esa era tu idea? Bueno, pues ya ves adonde te ha traído.

—Yo quería algo más que la venganza. Quería hacer realidad el sueño de mi madre, al precio que fuera.

Jana había pronunciado aquellas desafiantes palabras con una seguridad que estaba muy lejos de sentir. En realidad, durante aquella larga noche se había preguntado más de una vez qué era lo que la había llevado a actuar como lo hizo; y lo cierto era que no tenía nada clara la respuesta.

Sin embargo, Óber no pareció advertir sus dudas.

—¿De verdad crees que este era el sueño de tu madre? —se limitó a decir—. Eres una ilusa. No sabes nada, nunca has sabido nada... Y ahora, por culpa de tu ignorancia, mi hijo va a morir.

Se hizo un pesado silencio, que Jana no se atrevió a romper de inmediato.

—¿Tan mal está? —preguntó finalmente.

En respuesta a su pregunta, Óber emitió un sollozo ahogado. Por un momento, Jana se olvidó de todo lo demás y se dejó contagiar por el dolor de su enemigo.

—Lo siento —murmuró, sin pensar en lo que decía.

Las manos de Óber se cerraron como garras sobre sus hombros y empezaron a sacudirla sin piedad. Aquello duró tan solo unos segundos, pero bastó para aterrorizar de nuevo a Jana. Cuando el jefe drakul la soltó, notó que estaba temblando de pies a cabeza.

Óber se puso en pie y empezó a dar grandes zancadas a través de la habitación. Así continuó durante varios minutos, recorriendo una y otra vez la celda, sin mirar ni una sola vez a su prisionera.

Por fin, se plantó de nuevo ante la cama. La vela se encontraba a su espalda, dejando su rostro en la penumbra.

—Dices que lo sientes —su voz rechinaba como la madera seca al contacto de una llama—. Muy bien, aceptaré tu palabra. Si de veras lo sientes, estoy seguro de que no me negarás tu ayuda. No estás en posición de negarme nada, eso es seguro... Pero necesito algo más que un cuerpo aterrorizado y obediente. Necesito un espíritu decidido a colaborar.

Jana esperó en silencio a que Óber continuase. Aún se sentía aturdida por la explosión de violencia del jefe drakul. No se fiaba de su repentina suavidad, y sobre todo no entendía adonde quería ir a parar.

—Aún existe una posibilidad de que Erik se salve. Es muy pequeña, pero estoy dispuesto a lo que sea con tal de intentarlo. Y ahí es donde entras tú... Mejor dicho, tu hermano. Él es el único que puede ayudarnos.

Jana intentó ordenar rápidamente sus ideas.

—¿Un tatuaje? —preguntó, asombrada.

—Sí, pero no un tatuaje cualquiera. Un tatuaje que represente la vida de un hombre.

La experiencia de toda una vida... Existen muchos artistas de la piel entre los medu, pero solo tu hermano puede hacerlo.

Jana miró con atención a Óber. En la penumbra no consiguió distinguir la expresión de su rostro, solo el brillo amenazador de sus pupilas.

David no querrá colaborar —repuso lentamente—. El también sabe lo que le hiciste a nuestra madre. Desde entonces, solo ha vivido para vengarse... No conseguirás convencerle de que salve a tu hijo.

Óber volvió a sentarse en la cama, y se inclinó sobre Jana hasta que su rostro estuvo muy cerca del de ella.

—¿Y si yo le diese justamente lo que quiere? —preguntó, sonriendo. Sus blancos dientes brillaron en la oscuridad—. ¿Y si, de esa forma, consiguiese su venganza?

—¿Cómo?

Óber tardó unos segundos en contestar.

—Mi vida a cambio de la de Erik —dijo al cabo—. Es una oferta que no puede rechazar.

Jana lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad estás dispuesto a hacer eso por tu hijo?

Óber esbozó una sonrisa que, momentáneamente, rejuveneció su avejentado rostro.

—Erik es el futuro de nuestro clan. Por eso lo hago. Lo he pensado mucho, y no existe otra forma de salvarlo. Yo ya he vivido lo suficiente, estoy preparado para morir.

Jana asintió con lentitud.

—Te ayudaría si pudiera —dijo—, pero no estoy segura de que David opine lo mismo.

—¿Ni siquiera a cambio de mi vida?

Jana sondeó los ojos de Óber con gesto pensativo.

—David estaba muy unido a mi madre. Nunca perdonará a los drakul por lo que le ocurrió, y eso también incluye a Erik. Si él se da cuenta de que, para ti, la vida de tu hijo es más importante que la tuya, se negará a ayudarte. Querrá que sufras como hemos sufrido nosotros.

Dos profundas arrugas verticales aparecieron en la frente de Óber.

—Vosotros no lo entendéis —murmuró con cansancio—. Yo no quería que Alma muriera, pero ella no me dejó otra opción. Quería destruirnos, y yo me vi obligado a actuar antes de que consiguiera su propósito.

—Ya... ¿De verdad esperas que nos creamos eso? —preguntó Jana, asombrada—.

Alma era nuestra madre; no conseguirás convencernos de que la mataste por una buena causa.

El jefe drakul y la joven heredera agmar se miraron en silencio durante un buen rato.

Ninguno de los dos confiaba en el otro; pero ambos sabían que estaban obligados a entenderse.

—Si a tu hermano no le basta con mi muerte, puedo ofrecerle algo más —dijo de pronto Óber en voz baja—. Es sobre esa piedra... No sé cómo diablos ha llegado a vuestras manos; estoy seguro de que Alma no deseaba que la tuvierais. En todo caso, aunque la tenéis, no sabéis cómo utilizarla... Pero yo sí lo sé, y puedo enseñaros.

—¿Cuándo? ¿Cuando Erik esté curado? Se supone que ya habrás muerto para entonces...

—Erik comparte todos mis secretos. Él sabe lo que yo sé. Contadle lo que habéis hecho por él, y el precio que exigís a cambio. Es el más noble de los medu, no se negará a pagar por vuestro «favor».

Jana se sacudió el pelo hacia atrás. En sus ojos había aparecido un destello de esperanza.

—La piedra es muy importante para mí —admitió—. Pero no sé si para David... A él solo le interesa su arte, aparte de la venganza. Las visiones, el poder... Todo eso le trae sin cuidado.

Óber asintió complacido, como si, inadvertidamente, Jana acabase de dar en el clavo.

—Entonces me ayudará —afirmó, muy seguro—. Porque si hay algo que puede enriquecer y mejorar su arte, es justamente la piedra. Ella le conducirá a un lugar donde aprenderá lo que todos los medu han olvidado. Rescatará símbolos y diseños perdidos desde hace siglos... Todo aquello que los guardianes nos han ido arrebatando a lo largo de los tiempos. Pero para eso tendrá que colaborar con Erik.

Los dos tendréis que hacerlo. Vamos, habla con tu hermano... Convéncele de que venga y de que me escuche.

Jana cogió con manos temblorosas el móvil que le tendía Óber.

—Y si colaboramos, ¿puedes prometernos que nuestro clan recuperará la importancia que siempre tuvo entre los medu? —preguntó, antes de marcar el número de David.

Óber la miró con una mezcla de admiración y repugnancia.

—Si colaboráis, Erik vivirá, y compartirá con vosotros lo que sabe —repuso con desgana—. Lo tomas o lo dejas, Jana... Porque eso es todo lo que puedo prometer.

## Capítulo 2

En la antecámara del cuarto de Erik reinaba un silencio sepulcral. Dos ghuls montaban guardia a ambos lados de la puerta, rígidos y grises como armaduras. Jana, que aguardaba desde hacía una hora sentada en un largo canapé granate, se puso en pie de un salto al ver entrar a David. Venía acompañado de un sacerdote drakul que vestía la túnica roja reservada para las ceremonias de duelo.

—Mi señor Óber me ordenó que os dejase unos minutos a solas antes del comienzo de la ceremonia —dijo el sacerdote, mirando con desconfianza a la muchacha—. Voy a pasar ahí dentro para ayudarle a prepararse... No intentéis escapar, los ghuls tienen orden de mataros si lo hacéis.

El sacerdote llamó suavemente a la puerta y, sin esperar respuesta, se introdujo en la sombría habitación de Erik. Mientras tanto, Jana y David se quedaron en pie, frente a frente, mirándose a los ojos.

—Las cosas están muy mal ahí fuera —dijo David, a modo de saludo—. Todos se culpan unos a otros de lo ocurrido en la Fortaleza. Los ghuls de Glauco han atacado varias casas agmar, y ha habido bajas en los dos bandos. Incluso el clan de Lenya se ha puesto en pie de guerra... ¿De verdad fuiste tú?

Jana miró de reojo a los inmóviles centinelas.

—No sé de que me hablas —dijo, esbozando una mueca de advertencia.

—No te preocupes por ellos, no creo que nos estén escuchando. Dicen que fuiste tú quien invocó a los guardianes... ¿Por qué diablos lo hiciste? Fue por salvar a ese idiota de Álex, ¿no?

—Ese idiota resultó no ser tan idiota como tú creías —replicó Jana con impaciencia—. Óber lo encerró en su laberinto, y él destruyó el laberinto, y con él, el velo de oscuridad que protegía la Fortaleza. ¿Sabes cómo lo hizo? Matando a Arión.

Los drakul lo mantenían prisionero desde la última guerra con los guardianes, pero no habían conseguido matarlo.

David abrió la boca, y enseguida volvió a cerrarla.

—Pero eso significa que él... ¿es el Último?

—No lo sé —murmuró Jana, encogiéndose de hombros—. Óber lo cree así. Fue todo muy rápido; se me ocurrió que si realmente Álex era uno de los guardianes, ellos vendrían a rescatarlo. La Fortaleza estaba desprotegida, si yo los invocaba podrían entrar... Piénsalo. Era una buena oportunidad para golpear a los drakul.

David se echó a reír. Su carcajada resonó lúgubramente en la bóveda de la antecámara.

—Sí, y de paso, a todos los demás. Nos has puesto en peligro a todos, Jana. Ha



sido una locura... Engáñate a ti misma si quieres, a mi no me engañas. Lo hiciste por Álex, porque querías salvarlo.

Jana de nuevo se encogió de hombros.

—En todo caso, eso por lo menos lo conseguí. Se fue con ellos, David. ¿Te imaginas?

¿Te imaginas que de verdad fuese el Último?

—Lo que no entiendo es cómo fuiste tan estúpida como para dejarte atrapar —replicó su hermano, evitando responder a la pregunta de la muchacha—. Estaba todo preparado, el portal de salida...

—Me distraje, supongo. De todas formas, ahora ya no importa... Erik está muriéndose, y ya te expliqué lo que quería Óber. Es nuestra oportunidad... ¿Crees que podrás hacerlo?

David asintió gravemente.

—No va a ser agradable, Jana —dijo—. Si quieres, puedes esperar fuera a que todo termine.

—No. Entraré contigo. Al fin y al cabo, yo empecé todo esto... Y quiero estar presente cuando se acabe.

David iba a responder cuando el sacerdote drakul abrió la puerta del cuarto de Erik.

Los dos centinelas ni siquiera giraron la cabeza.

—Podéis entrar —dijo el sacerdote—. Mi señor Óber está preparado.

Dentro de la habitación reinaba una sofocante penumbra, rota aquí y allá por el resplandor de varias lámparas de mesa. Jana echó un vistazo desconcertado a las paredes, decoradas con carteles de bandas de hip-hop y con viejos discos de vinilo.

Incluso había una guitarra eléctrica de color rojo apoyada en una esquina, junto al equipo de música... Aquellos elementos contrastaban vivamente con el anticuado lecho donde reposaba el cuerpo exánime de Erik. Se trataba de una enorme cama con un dosel violeta y pesadas cortinas de brocado en los laterales. Las sombras de las cortinas dejaban el rostro del enfermo en la oscuridad, pero, por la languidez de sus manos, inmóviles sobre las blancas sábanas, Jana dedujo que estaba inconsciente.

A la izquierda de aquel enorme lecho había una especie de cama de hospital con ruedas, Óber estaba sentado en ella, descalzo. Una bata de seda púrpura le cubría el cuerpo desnudo. Alzando los ojos hacia los recién llegados, se desabrochó los botones de aquella prenda a la altura del pecho.

—Bueno, ya estamos todos —dijo con sorna—. Harold, la copa... Ahora que el veneno agmar ha entrado en esta habitación, no deseo prolongar las despedidas.

Cuanto antes pierda la conciencia, mejor. Vamos, ¿a qué esperas? ¡La copa, te digo!

El atribulado sacerdote se acercó a la cama sosteniendo en sus trémulas manos un

cáliz plateado y decorado con una hilera de perlas. Óber cogió el cáliz y apuró su contenido de un trago. Cuando terminó, arrojó la copa al suelo, produciendo un gran estrépito, y miró directamente a David.

—El anestésico no tardara en hacer efecto —anunció con tranquilidad—. Así podrás trabajar sin obstáculos, estarás contento, supongo... Gracias a los drakul, vas a poder ejecutar tu mejor obra.

David asintió, sonriendo con descaro.

—Estoy contento, si —afirmó, desafiante—. Por muchos motivos...

Óber se levantó pesadamente de la cama. De pronto parecía haber envejecido al menos quince años.

—No te confíes —murmuró, caminando con lentitud hacia el lecho de su hijo—.

Nuestra derrota no es vuestra victoria. Tu hermana ha sido una estúpida... Pero si Erik se salva, quizá los medu aún tengan una oportunidad.

Sin esperar respuesta, apartó las cortinas de la cama de Erik y se sentó a su lado. Con una ternura de la que Jana no le habría creído capaz, tomó una de las manos de su hijo entre las suyas.

—Siento todo esto, hijo —murmuró, con los ojos fijos en el rostro en sombras de Erik—. No siempre nos hemos entendido... Espero que lo que estoy a punto de hacer te compense.

Tras una leve vacilación, se llevó la mano de su hijo a los labios y la besó, cerrando los ojos. Después, sin apresurarse, depositó de nuevo aquella mano sin vida sobre las sábanas y regresó a su lecho.

—Estoy preparado —dijo, acomodando la cabeza sobre la almohada—. Siento que mis últimas palabras tengan que ser para los hijos de Alma... En fin, supongo que ese es mi castigo.

Un instante después, Óber cerró los ojos. El sacerdote se acercó a su lecho y le tomó el pulso. Luego entreabrió uno de sus párpados para observar los reflejos de la pupila.

—Se ha dormido —anunció, volviéndose hacia David—. Haz lo que tengas que hacer... La espada está ahí, sobre la cómoda. Yo os dejo; él me dijo que esperase fuera. Estaré en la antecámara, por si necesitáis algo.

Cuando la puerta se cerró tras el sacerdote, David y Jana se miraron en silencio.

—Acércame esa luz —dijo David por fin, señalando una pequeña lámpara de pantalla cilíndrica que había en una mesilla, debajo de la ventana—. Necesito ver bien.

—¿Quieres que suba las persianas? —preguntó Jana.

David tomó la lámpara que su hermana le tendía y, tras conectarla a un enchufe, la depositó sobre la repisa de la chimenea, a escasa distancia del lecho de Óber.

—No, esto no se puede hacer con luz natural —murmuró, apartando la bata de

raso del pecho del drakul—. Con esa lámpara tengo suficiente.

Jana avanzó temblando hasta la cama de Óber y se quedó de pie junto a la cabecera.

Observó con aprensión el retorcido dragón azul tatuado sobre el pecho del padre de Erik. De modo que aquel era su tatuaje particular, el que lo diferenciaba entre todos los medu. Jana lo examinó con atención: era un dibujo poderoso, que representaba una bestia a la vez delicada y feroz, de una brutal hermosura.

Sin pronunciar palabra. David se arrodilló junto a la cama y posó el dedo índice de su mano derecha sobre la cola del dragón. Lentamente, siguió el contorno del tatuaje con aquel dedo, deteniéndose en algunos puntos y apresurándose en otros, como si su mano estuviese ejecutando una especie de danza. Repitió aquel gesto varias veces, estudiando cada milímetro del dibujo, mientras su hermana observaba sus movimientos sin perder detalle.

El único sonido que llegaba hasta ellos era la respiración trabajosa y entrecortada de Erik. El aliento de Óber, por el contrario, fluía con tal lentitud que su pecho apenas se movía con cada nueva inspiración de aire.

El índice de David se detuvo a la altura de la boca del dragón. Luego, con extraña seguridad, comenzó a remodelar el tatuaje a base de leves toques que, bajo la yema de su dedo, transformaban cada detalle del dibujo. Fascinada, Jana siguió con la mirada el progreso del trabajo de su hermano a través de toda la anatomía del monstruo mítico que, desde el mismo momento de su nacimiento, se había convertido en el símbolo personal de Óber. El dragón cambiaba a ojos vistas. Sus ojos ganaron en profundidad, y en sus párpados apareció un pliegue de irónica tristeza. Las escamas se volvieron más brillantes y, a la vez, más ásperas. Las garras eran ahora más afiladas; la boca, en cambio, menos agresiva. En pocos minutos, el aspecto de la criatura grabada sobre la piel de Óber se había modificado por completo.

Cuando David terminó, se apartó un poco del cuerpo dormido sobre el que había estado trabajando y contempló su obra con los ojos entrecerrados.

—Es increíble —murmuró—. Nunca imaginé que los años pudiesen cambiar tanto a un hombre.

Su hermana lo miró con expresión interrogante.

—¿Cómo lo has hecho? —se atrevió a preguntar en un susurro.

David se volvió hacia ella con los ojos todavía empañados por el reciente esfuerzo.

—He dejado que su piel me hablara —repuso en tono cansado—. He mirado en su interior. Ahora es más imponente, ¿verdad?

Jana observó impresionada el nuevo aspecto del dragón que reposaba sobre el pecho de Óber. Sí. Resultaba más imponente que antes, pero también sorprendentemente humano. En su mirada se leía un sufrimiento que no estaba al

principio. Había mucha fuerza en aquellos ojos, pero también había astucia y flexibilidad. Jana nunca habría creído que un tatuaje pudiera llegar a resultar tan expresivo.

—¿Era esto lo que Óber quería? —preguntó suavemente.

David asintió sin apartar los ojos del dragón.

—Supongo que sí; quería transmitírselo todo a él, a Erik. Hay mucha energía en esta figura, pero no sé si será suficiente... Quizá ni siquiera el dragón pueda salvarlo.

Jana observó ensimismada el rostro aristocrático e inteligente de Óber. Una vida por otra vida: eso era lo que el jefe drakul había decidido... Por un momento sintió la tentación de volverse atrás. Después de todo, ellos no eran dioses, y le repugnaba tener que arrebatarse la vida a un hombre para dársela a otro, aunque el primero fuese su enemigo mortal y el segundo lo hubiese arriesgado todo por ella.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso —dijo David, sacudiendo la cabeza como si quisiese deshacerse de un mal pensamiento—. Tráeme la espada, anda. Cuanto antes terminemos con esto, mejor.

Jana fue hasta la cómoda y cogió con ambas manos la espada de Óber. Era muy pesada; tanto, que los brazos le dolían cuando se la entregó a David. El joven, a su vez, la sostuvo un momento ante la lámpara y contempló admirado los emblemas modelados sobre la empuñadura y los tenues símbolos grabados en su hoja.

—Aranox —dijo, pronunciando la palabra con un respeto que sorprendió incluso a su hermana—. La espada que una vez salvó a todos los medu. Cada uno de estos símbolos es el resumen de una vida. Míralos. El poder y la sabiduría de doce generaciones concentrados en una hoja de acero.

Jana observó los bellos jeroglíficos alineados sobre la hoja de la espada. Solo resultaban visibles de cerca pero su factura era mucho más delicada y perfecta que la de los relieves dorados de la empuñadura. Había un águila, un delfín, una cabeza de ciervo, un lagarto, una araña... Cada uno de aquellos signos había sido el tatuaje de un jefe drakul en otro tiempo. Ahora, tal y como había dicho David, representaban todo lo que quedaba de aquellos antiguos guerreros. La espada se había convertido en su última morada, en una especie de tumba gloriosa y, a la vez, misteriosamente viva.

Y en unos instantes, un nuevo símbolo se añadiría a los otros. Jana ahogó un grito cuando David alzó la espada y la clavó con todas sus fuerzas en el pecho de Óber, exactamente a la altura del tatuaje. El tórax del drakul se contrajo bruscamente, y la sangre empezó a manar a borbotones. Era una sangre densa, oscura, que brillaba a la luz mortecina de la lámpara con un destello púrpura. Rápidamente, se ramificó sobre la piel desnuda, dibujando un intrincado espinoso de color rubí.

—Está muerto —dijo David con voz apagada.

Jana lo vio asir con ambas manos la empuñadura de la espada y tirar con fuerza para extraerla del cadáver. La espada se desprendió con un sonido brusco y

gorgoteante.

Los ojos de los dos hermanos se encontraron. Jana se sujetó la mano derecha con la izquierda, para evitar que David notara su temblor. Lentamente, su mirada resbaló hasta el filo de la espada ensangrentada. Había un nuevo dibujo grabado en su hoja: la fisura diminuta y precisa de un dragón rampante.

Sin limpiar la sangre de la hoja, David avanzó con cuidado hasta el lecho de EriK.

Después de una vacilación que duro tan solo unos segundos, Jana se le adelantó y se apresuró a apartar una de las cortinas violetas de la cama. Por un instante, los dos jóvenes contemplaron el rostro demacrado y gris del hijo de Óber. Si no hubiera sido por los estertores que brotaban irregularmente de su boca, habrían creído que estaba muerto.

David se inclinó sobre el enfermo y rozó con la punta de la espada la herida negruzca del hombro. Después, con sorprendente delicadeza, apartó las sábanas y depositó a Aranox verticalmente sobre el pecho desnudo del muchacho. Jana creyó advertir un débil reflejo de luz que recorría la hoja desde la punta hasta la empuñadura al entrar en contactarlo con la piel del heredero drakul.

Entonces sucedió algo asombroso. Bajo la espada, una mancha oscura comenzó a extenderse sobre la piel, avanzando en todas direcciones como un charco de tinta. En pocos segundos, la mancha adquirió un contorno bien definido, e innumerables detalles aparecieron sobre su superficie; el brillo plateado de unas escamas, la oscuridad de unos ojos infinitamente sabios, la superficie casi transparente de unas alas...

La espada refulgió un instante y lingo se apagó. El ritual había concluido... La espada había traspasado la fuerza espiritual de Óber a su hijo. El tatuaje del dragón, que David había retocado con tanto cuidado, brillaba ahora sobre el pecho de Erik.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Jana con un hilo de voz.

—¿Ahora? No lo sé —contestó David, apartándose del lecho del enfermo con expresión agotada—. Esperar, supongo... Esperar a que algo suceda.

Jana caminó hasta él y, cogiéndole la mano derecha, la apretó cálidamente entre las suyas.

—Mamá estaría orgullosa de ti —le susurró—. Nadie tiene tu magia.

David se volvió hacia ella, y Jana observó que tenía los ojos húmedos.

—No soy un verdadero mago; solo soy un artista. Supongo que el arte es la magia de lo irrepetible.

Sus ojos se alzaron una vez más hacia el cuerpo ensangrentado de Óber, abandonado como un fardo sobre aquella cama que parecía sacada de un hospital.

—Él mató a mamá —dijo David con voz apagada—. No sabes cuántas veces he soñado con verlo así, como está ahora... ¿Por qué no siento ninguna alegría? ¿Por qué me siento tan mal?

Jana se disponía a abrasarlo cuando la puerta se abrió de golpe y un viento helado penetró en la estancia, derribando las lámparas y sacudiendo con frenética violencia las cortinas de la cama grande.

Todo sucedió muy deprisa. En el viento se mezclaron susurros, ecos de lamentos que parecían tan antiguos como el mundo. Poco a poco, los susurros se transformaron en aullidos. Jana notó que el miedo le erizaba la piel y le paralizaba los miembros. El huracán formó un remolino en torno a la cama de Óber, levantándola en el aire.

Jirones de vapor con formas monstruosas danzaron alrededor del muerto, persiguiéndose unos a otros. Los aullidos se habían vuelto tan intensos que la muchacha, instintivamente, se llevó las manos a las orejas para protegerse de aquel estruendo aterrador, pero no le sirvió de nada. Era como si aquellos gritos resonasen dentro de su cuerpo, atravesándola sin piedad.

Horrorizada, vio cómo el cuerpo de Óber era arrancado de la cama y arrastrado por aquel viento poblado de fantasmas hacia la ventana. En unos segundos, todo había terminado. Los aullidos se alejaron, las cortinas dejaron de moverse. Un penacho de humo se demoró algún tiempo sobre el rastro de Erik. Como si estuviese olisqueándolo. Luego, también aquel último vestigio de la espeluznante aparición se volatilizó.

Cuando todo pasó, Jana miró con horror los vestigios que había dejado el sobrenatural huracán. Solo una de las lámparas permanecía encendida en el suelo; las otras se habían hecho pedazos. Las cortinas del lecho de Erik estaban desgarradas, la cómoda se había estrellado contra la alfombra, la cama de Óber yacía volcada en un extremo de la habitación.

En cuanto al cadáver del jefe drakul, no quedaba ni rastro de él. Aquel viento diabólico se lo había llevado.

—¿Qué... qué ha sido eso? —balbuceó David, mirando hacia la ventana rota con ojos desencajados.

Jana tardó unos segundos en reunir la fuerza suficiente para contestar.

—Dicen que Drakul hizo un pacto con un demonio antiguo para conseguir a Áranox —murmuró, con una voz tan alterada que no parecía la suya—. Dicen que el demonio forjó la espada mágica y que Drakul, a cambio, le prometió las almas de todos sus descendientes...

El horror de aquellas palabras, que siempre había creído legendarias, la sobrecogió.

—En fin, me alegro de que haya terminado —oyó decir a su hermano—. Nunca había sentido tanto miedo...

—No ha terminado. También lo quiere a él, ¿no lo has visto? —repuso Jana señalando la cama de Erik—. Está ansioso por llevárselo, y, antes o después, volverá a buscarlo.

## Capítulo 3

Durante la semana siguiente, Jana y David no abandonaron la habitación de Erik ni un solo instante. Allí dormían y se duchaban, y allí consumían la comida que, tres veces al día, les servía un ghul de aspecto lúgubre y hosco. La mañana posterior a la muerte de Óber, Harold, el sacerdote, se presentó para transmitir a los dos hermanos las instrucciones del difunto. Curiosamente, Harold no se mostró en absoluto sorprendido por la desaparición del cadáver, y ni siquiera preguntó por él.

—Nuestro difunto señor ordenó que cuidaseis de su hijo hasta que recuperase la conciencia —explicó con voz átona—. Pedid cuanto necesitéis, los ghuls tienen orden de obedeceros en todo. Eso sí, no podéis salir de la habitación sin consultarme antes.

Después de aquella advertencia, Harold no volvió a aparecer por el cuarto de Erik en ningún momento. Jana y David aceptaron sin protestar aquella situación, que los convertía a la vez en prisioneros y en invitados de honor de la Fortaleza. Después de lo ocurrido con Óber, ninguno de los dos se sentía con ánimos para enfrentarse al mundo exterior. Además, Erik no mejoraba, y obtener su curación se había convertido en una cuestión de orgullo para los hijos de Alma.

Lo primero que hicieron los dos jóvenes tras la muerte de Óber fue proteger la estancia con los hechizos más poderosos que conocían, Jana pronunció antiguos conjuros de su clan que supuestamente, debían servir de barrera a las criaturas mágicas, y David trazó dibujos invisibles en todas las paredes para ahuyentar a los malos espíritus. Sin embargo, ambos sabían que el demonio que había acudido a recoger los restos de Óber era muy poderoso, y que la magia agmar no bastaría para detenerlo si se proponía volver.

Como no confiaban en nadie dentro de la Fortaleza de los drakul, decidieron turnarse para cuidar a Erik. El enfermo no daba señal alguna de mejoría, y su rostro amanecía cada día más delgado y macilento. La espada continuaba sobre su pecho, y un lento y constante goteo de suero alimentaba su sangre a través de una aguja clavada en el dorso de su mano derecha. Eso era todo lo que, hasta el momento, los médicos habían logrado hacer por él. Lo visitaban cada mañana y cada noche; pero en cada ocasión, después de examinarlo, meneaban la cabeza con gesto pesimista y se despedían sin dar explicaciones. Estaba claro que no se fiaban de los extraños enfermeros elegidos por Óber para cuidar a su hijo.

Por su parte, Jana tenía su propia teoría para explicar el estancamiento de la salud del muchacho.

—La culpa es de esa cosa que se llevó a su padre —le dijo a David—. Está rondando por aquí, muy cerca, esperando a que esté lo suficientemente débil como

para llevárselo. Si lográsemos alejarla, Erik empezaría a reaccionar, estoy segura.

—Pero ¿cómo vamos a alejar a un ser al que ni siquiera podemos ver? —se preguntó David, escéptico—. No sabemos lo que es, ni lo que quiere, ni a qué espera. Así es muy difícil actuar.

—Él está esperando —razonó Jana—. Nosotros también esperaremos. Veremos quién tiene más paciencia, si él o nosotros. Antes o después, aparecerá.

David asintió sin mucha convicción. Aún recordaba el pánico que había sentido ante la primera aparición de la monstruosa criatura, de modo que preferiría no preguntarle a su hermana qué se proponía hacer cuando tuviesen que enfrentarse a ella por segunda vez.

Los días pasaban sin aportar ningún cambio. En los pasillos exteriores se oían a menudo gritos y carreras que denotaban el estado de nerviosismo de los drakul después de la desaparición de su señor. Sin embargo, aquella agitación nunca traspasaba las puertas del dormitorio de Erik. Los ghuls que entraban a cambiar el suero del paciente o a llevarles la comida a sus enfermeros se limitaban a hacer su trabajo en silencio, y evitaban sistemáticamente contestar a las preguntas de los dos hermanos.

Jana, a veces, se quedaba absorta durante varios minutos observando el rostro aparentemente dormido del heredero drakul. Con los ojos cerrados y una sombra de sonrisa en los labios, resultaba más atractivo que nunca, a pesar de su evidente deterioro. Aquel rostro provocaba en Jana una extraña confusión de sentimientos, en la que se mezclaban el remordimiento y el rencor, la piedad y la admiración.

—Ojalá te hubieses enamorado de él —le dijo un día David, adivinando lo que pasaba por su mente—. Todo habría resultado mucho más sencillo.

Jana lo miró con asombro.

—¿Te habría gustado que me enamorara del hijo de nuestro enemigo? —preguntó, incrédula.

David se encogió de hombros.

—Al menos habría sido mejor que encapricharse del Último Guardián —repuso con sarcasmo—. Quién nos lo iba a decir aquella noche, cuando se presentó en casa...

Todavía me pregunto cómo pude hacerle el tatuaje, si de verdad es uno de ellos.

—Entonces todavía no lo era —murmuró Jana con un hilo de voz—. Yo le besé. Me habría convertido en un puñado de cenizas si hubiese besado a un guardián.

David rió entre dientes.

—Ya. Pues eso pasó a la historia... A estas alturas, ya ha debido de transformarse. Para eso vinieron a buscarlo. La verdad es que el pobre tipo no tenía alternativa. Juntos no teníais ningún futuro.

Jana contempló a su hermano con ojos llameantes.



—Si tú no le hubieses hecho el tatuaje, todo podría haber sido distinto —replicó, dando rienda suelta a toda su amargura—. Fue una chiquillada, solo lo hiciste para demostrarte a ti mismo lo bueno que eres... Y, por culpa tuya, ahora él está fuera de mi alcance, y además... Bueno, es muy posible que se esté preparando para destruirnos.

David sonrió sin dejarse impresionar.

—No seas idiota, Jana. ¿Crees que las cosas habrían sido muy distintas si él hubiese podido tocarte? Siguió estando igual de colado por ti después de lo del tatuaje. Eso solo le añadió morbo a vuestra relación, admítelo... Y tú estabas encantada, porque en el fondo eso beneficiaba tus planes. ¿Crees que no sé lo que te proponías? Querías seducirlo para utilizarlo en tu lucha de poder con Óber. Querías tenerlo a tus pies para luego sacrificarlo cuando llegase el momento, como una pieza de ajedrez. Y eso fue lo que hiciste... Lo utilizaste como cebo para atraer a los guardianes.

Jana hizo un gesto de impaciencia.

—Sabía que a Óber le interesaba mucho, y quería averiguar por qué. Quería saber qué había visto en Álex para decidir que fuese su propio hijo quien lo vigilase.

Nunca, pensé en serio que fuese el Último, y menos después de lo del tatuaje. Pero cuando regresó del laberinto, comprendí que tenía que ser uno de ellos... Tuve que actuar con rapidez. Y ¿sabes una cosa? En ese momento solo pensé en salvarlo.

David chasqueó la lengua burlonamente.

—Al final te enamoraste de tu peón de ajedrez —concluyó, risueño—. Qué bonito...

Jana le dio la espalda y se quedó un momento mirando fijamente el cielo gris a través de la ventana, que los ghuls habían reparado al día siguiente de la muerte de Óber.

—Me enamoré de él desde el principio —murmuró con voz apagada—. No puedes imaginarte siquiera lo que sentía cuando estaba cerca de él. Tenía que contenerme para no lanzarme a sus brazos, para no acariciarlo... Era como un fuego que me quemaba por dentro.

David había dejado de sonreír, y la miraba como si no la reconociera.

—¿Se lo llegaste a decir? —preguntó después de un breve silencio.

Jana se dejó caer sobre un viejo sillón y enterró el rostro entre las manos.

—No —murmuró, ahogando un sollozo—. Pensé que sería peor si se lo decía. Por encima de todo, yo tenía que pensar en mi clan: en nuestro clan... Y en lo que mamá habría deseado.

—Ya —David habló en tono pensativo, como si estuviese intentando explicarse a si mismo los sentimientos de su hermana—. Le querías, pero, de todas formas, decidiste utilizarlo. ¿Es eso?

Jana no contestó. David oía su respiración, entrecortada por el llanto, detrás de sus manos.

—Vamos, no te tortures —le dijo suavemente—. En el fondo, no tenías elección. Los medu no estamos hechos para el amor. Hiciste lo que debías.

Jana alzó el rostro empapado de lágrimas hacia su hermano. Sus ojos ya no reflejaban ira, sino una inmensa desesperación.

—Los medu no estamos hechos para el amor... ¡Qué bien! Y entonces, ¿para qué estamos hechos? Quizá los guardianes tengan razón, no somos más que sombras...

Nos empeñamos en sobrevivir al precio que sea, pero no creo que merezca la pena.

—No exageres, Jana. Los humanos no son mejores que nosotros. En realidad somos lo mismo, aunque tengamos un poco más de poder que ellos... Fue lo que decidieron nuestros antepasados.

Jana se pasó una mano por la frente y se levantó del sillón. Avanzó unos pasos hasta el lecho de Erik y se quedó mirando unos instantes el rostro impassible del enfermo.

Parecía extenuada.

—Acuéstate un rato —le dijo David, compadeciéndose de ella—. Todo esto ha sido muy duro, pero tenemos que mirar hacia delante... Quien sabe; a lo mejor, después de todo, no es tan malo que Álex sea el Último. A lo mejor recuerda lo que siente por ti y eso nos salva... ¡Espero que no sea rencoroso!

—No es rencoroso —murmuró Jana con un hilo de voz—. Y Erik tampoco lo es. Los dos merecen algo mejor que esta guerra estúpida. Ojálá yo pudiera impedirla.

Mientras David removía los leños que ardían en la chimenea para avivar el fuego, ella se quitó el vestido, se introdujo en uno de los sacos de dormir que Harold había hecho traer para ellos y se revolvió sobre el blando colchón hasta encontrar la postura más cómoda. Luego, con los ojos cerrados, pensó en Álex. Recordó aquella primera noche en la que se habían besado, y le pareció sentir una vez más la calidez de su cuerpo, sus ojos claros acariciándole la piel con una suavidad que no podía compararse. Por primera vez en su vida, deseó ser una chica normal y corriente. No tener que preocuparse de la magia, ni del poder, ni de sus deberes para con el can. Poder estar con el chico al que quería, poder acariciarlo y disfrutar de sus caricias...

Pero todo eso estaba fuera de su alcance. Había perdido a Álex, lo había perdido para siempre. Ahora él se había convertido en lo que más podía temer un medu. Si volvían a verse, él la destruiría...

En ese momento sintió que lo amaba y lo deseaba más que nunca. Ojalá su magia fuese más fuerte, ojalá fuese lo bastante fuerte como para traspasar todas las barreras que se interponían entre ellos dos.

Sin embargo, no todas las barreras que se alzaban entre ellos eran mágicas. Quizá

la más infranqueable de todas la hubiese levantado ella misma, con sus mentiras. Y también estaban los sentimientos de Erik, que había arriesgado su vida para salvarla.

Si Erik sobrevivía, tendría que compensarle de algún modo por aquel sacrificio.

Así, poco a poco, pensando en los muros que se interponían entre Álex y ella y en lo mucho que, a pesar de todo, deseaba volver a estar con él, terminó quedándose dormida.

Se despertó con la frente cubierta de un sudor helado y un frío mortal en la espalda. Había soñado que estaba nadando en un río y que se sentía arrastrada por un vertiginoso remolino de agua, un remolino que, en su pesadilla, de repente se había transformado en un caballo de espumas que la perseguía mientras ella nadaba hasta quedarse sin fuerzas. El caballo estaba a punto de alcanzarla cuando recobró la conciencia... Sin embargo, ya con los ojos abiertos, aún le parecía seguir oyendo el borboteo brutal del agua cabalgando tras ella.

Maquinalmente, abrió el saco de dormir y se puso en pie. Cruzó los brazos sobre el sujetador para protegerse del frío mientras se dirigía a la mochila donde guardaba su ropa. Tenía la piel de gallina... Rápidamente, rebuscó en el interior de la bolsa que David le había traído de casa hasta encontrar unos vaqueros y una camiseta. Se vistió a toda prisa, pero, aun así, seguía teniendo frío. Sus ojos vagaron hacia la chimenea, donde el alegre fuego que había visto avivar a David se había transformado en un débil rescoldo rojizo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que había alguien más en la habitación. Lo notó en la oscuridad de las lámparas, en la humedad helada del aire, quizá también en el débil olor a cera rancia que lo impregnaba todo.

Se quedó inmóvil. Desde donde se encontraba podía oír la respiración apacible de David, dormido a la cabecera del lecho de Erik. Distinguía perfectamente el aliento de su hermano de los estertores apagados que emitía el enfermo. Pero había algo más... Un jadeo animal que parecía resonar simultáneamente en todos los rincones, como si una Legión de pequeñas bestezuelas asustadas acechase desde las sombras.

Jana se obligó a caminar hacia la ventana, por donde la luz de las estrellas filtraba su tenue resplandor. Desde allí, escudriñó la negrura de las esquinas, pero no distinguió nada.

—Sé que estás ahí —dijo, con una serenidad que a ella misma le sorprendió—. Sal, quiero que hablemos.

Instantáneamente, las sombras de los rincones se aglutinaron hasta formar una única masa compacta. Dos ojos cristalinos como esmeraldas brillaron en el centro de aquel bulto irreconocible que se agazapaba a escasos metros de la cama de Erik, entre esta y la puerta.

—He venido a buscarle —dijeron muchas voces, que resonaron como un coro

desafinado en la bóveda de la estancia.

Jana miró a su alrededor, pero no distinguió a ninguna otra criatura, aparte de la que la observaba desde el refugio de su propia sombra.

—¿Cuántos sois?

Una carcajada acuosa reverberó sobre los muros, quebrándose en miles de ecos vacíos.

—¿Cuántos somos? Muchos, muchísimos... Hemos perdido la cuenta —dijeron las voces a su alrededor—. Arawn nos condenó a vivir en un mismo cuerpo y a compartir un único destino. Nos llaman los Olvidados... Solo tenemos un par de ojos para todos, pero en otro tiempo podríamos haber poblado un país entero.

—Los Olvidados —repitió Jana, hipnotizada por la multiplicidad de timbres fundidos en aquella extraña voz—. Mi madre os mencionaba alguna vez. Vosotros erais... erais...

—Éramos lo que vosotros sois ahora —canturreó la voz, fragmentándose al final en varias notas discordantes—. Éramos los clanes más antiguos, los señores de la palabra. Nuestro poder decidía el destino de los hombres. Nada ocurría en su mundo sin nuestra intervención.

La voz terminó su explicación con una lúgubre retahíla en varias lenguas que se superponían en confusa armonía. Los ojos de esmeralda permanecían fijos, refulgiendo como dos inexpresivas piedras.

—Entonces, ¿no fue Ardrach quien forjó la espada de Drakul? ¿Fuisteis vosotros? —preguntó la muchacha, dominando con su voz humana el canto múltiple y sobrenatural del monstruo.

—Sí, fui yo —dijeron las voces. Yo forjé a Aranox para él, yo le ayudé con mi poder a evitar mi destino. A cambio, él se comprometió a alimentar mis deseos con las almas de todos sus descendientes. Es lo único que nos sostiene estos días de oscuridad, pequeña criatura viva... El deseo, los deseos de los otros. Los deseos no mueren con el cuerpo, permanecen vivos por toda la eternidad. Nosotros los devoramos mientras el resto del alma se consume. Es lo único que alivia nuestro sufrimiento.

Bruscamente, los ojos del Olvidado cambiaron de lugar. Ahora ardían en lo más alto de la habitación, observándolo todo desde arriba. Por un momento, Jana creyó vislumbrar la silueta de una enorme ave rapaz a su alrededor, una especie de águila descomunal y monstruosa.

—Pero no puedes llevarte a Erik —dijo Jana, mirando hacia aquellas dos luces verdosas—. El no está muerto todavía, no os sirve. El va a vivir. Ya vendrás a buscarlo cuando le llegue su hora.

Las risas del Olvidado rebotaron, innumerables y aterradoras, sobre todas las paredes a la vez, como una avalancha de cristales.

—Tú no sabes nada —dijo la voz colérica—. Nosotros olemos la muerte, la conocemos bien. Vivimos dentro de ella, como larvas aisladas del mundo. Y la muerte está aquí, en esta habitación. No sé cómo no te das cuenta.

Jana miró un instante hacia la silueta de su hermano, dormido sobre el sillón.

Inexplicablemente, experimentaba una calma que no había sentido en mucho tiempo.

Después de la tensión acumulada en los últimos días, suponía un alivio tener algo concreto a lo que enfrentarse, aunque ese algo fuese un ser tan amenazador como el Olvidado.

—No permitiré que te lleves a Erik —dijo serenamente—. Necesito que viva. El sabe algo de gran importancia para mi clan. En realidad, para todos los clanes. Deja que Erik viva para contármelo, y tendrás muchas generaciones futuras de drakul para alimentarte con sus deseos. Si lo matas, puede que él sea la última de tus víctimas.

Los guardianes se están preparando, quieren terminar con todos nosotros. Solo Erik puede salvar a los medu... Tú decides.

Una mezcla de protestas, gruñidos y cuchicheos acogió la explicación de Jana. Los ojos del monstruo se quebraron en mil puntos de luz verdosa diminutos como luciérnagas, pero enseguida se recompusieron de nuevo.

—Eres estúpida —dijo el Olvidado con una sola voz—. Te miro y veo lo que le espera si el hijo de Óber vive. Tu no lo sabes, nosotros si... ¿Quieres contemplar tu futuro? Mírame bien. Míranos... Esto es lo que le ocurrirá si Erik no muere.

Jana fijó la vista en las pupilas de la horrible criatura. Lentamente, aquellos dos cristales de luz se agrandaron hasta fundirse en una enorme burbuja de apariencia gelatinosa. Dentro de la burbuja flotaba una imagen traslúcida que la muchacha tardó en comprender. Cuando por fin logro identificar a las dos personas que aparecían en la imagen, notó que las piernas le flaqueaban. Una de ellas, sentada en un trono, era la de Álex, aunque su aspecto resultaba casi irreconocible. Su pecho y sus brazos se encontraban desnudos, y cada centímetro de su piel aparecía cubierto de tatuajes, incluso en la cara. La otra figura era la de la propia Jana... Avanzaba muy despacio hacia el trono, sin detenerse ni un instante. Al final, abrazó el cuerpo inmóvil de Álex, que emitía un débil resplandor azul. En cuanto la piel de Jana y la de Álex se rozaron, la muchacha se deshizo en una fulgurante llamarada. Unos segundos después, no quedaba de ella más que un puñado de cenizas grises.

La burbuja verde se dividió nuevamente en dos cristales independientes que planearon un instante en la oscuridad, como los ojos de un ave de presa. Por fin se detuvieron muy cerca de la bóveda. Resultaba imposible saber hacia dónde dirigían su mirada.

—Si Erik no muere, morirás tú —dijo el Olvidado—. Ya lo has visto.

Sus palabras resonaron con un eco interminable en las paredes de la habitación.

Jana había caído al suelo de rodillas, de puro agotamiento. Se sentía mortalmente triste, pero no asustada.

—¿Por qué supones que voy a creerte? —preguntó, sonriendo.

El Olvidado rió de nuevo con una docena de carcajadas superpuestas.

—Sabes que te he dicho la verdad. No es que necesite convencerte, al final me lo llevaré de todas formas. Pero tu débil magia me incomoda, está haciéndome perder demasiado tiempo. Harías bien quitándote de en medio, ya lo has visto.

Con un esfuerzo, Jana se puso de pie y comenzó a avanzar resueltamente hacia la mirada del monstruo. Le pareció que, con cada paso que daba, las sombras del Olvidado retrocedían y se empequeñecían.

—No voy a abandonar a Erik —dijo, deteniéndose—. Él me salvó la vida. La flecha que le atravesó el hombro me habría dado a mí si él no se hubiese puesto delante.

Además, lo que me has enseñado no me asusta... Al contrario. En cierto modo lo deseo, aunque no espero que lo entiendas.

Los ojos del monstruo volvieron a estallar en mil chispas de luz, pero esta vez no se recompusieron. En el mismo instante, miles de formas semitransparentes salieron de la oscuridad y volaron en todas direcciones. Eran figuras contrahechas y repugnantes, rostros cosidos a cicatrices, reptiles con alas de murciélago, arañas, serpientes, toda clase de horribles criaturas.

Aquella confusión duró solo unos segundos. Enseguida las formas se disolvieron en el aire, y lo único que aún resultaba visible eran los diminutos pedazos de esmeralda que flotaban por toda la habitación.

—¿Erik arriesgó su vida por la tuya? —preguntó una débil vocecilla aflautada.

Jana asintió.

—Intentó sacrificarse por mí y ahora yo estoy dispuesta a sacrificarme por él.

El silencio se prolongó durante largo rato, denso como mercurio líquido.

—Entonces no nos sirve —dijo por fin la misma voz infantil—. Ha sacrificado sus deseos... Ya no puede alimentarnos.

Un viento cargado de humedad y salitre se arremolino en el centro de la habitación, absorbiendo las figuras transparentes que se agazapaban en los rincones. En un momento, el monstruo se había convertido en un torbellino de espumas que se lanzó desbocado hacia la ventana, atravesándola sin romper los cristales. «Como el caballo de mi sueño», pensó Jana con un escalofrío. Escudriñó la negrura de las esquinas con ojos temerosos, pero allí no quedaba nada. Hasta el último resto del Olvidado había desaparecido.

Exhausta, la muchacha se acostó en el suelo en el mismo lugar en el que se encontraba. La cabeza le estallaba, le resultaba imposible ordenar sus pensamientos.

Encogida en posición fetal, se protegió el rostro con las manos, como si temiese

un golpe. Al cerrar los ojos, veía destellos de colores danzando en la negrura.

Poco a poco, sin darse cuenta, fue quedándose dormida.

La despertó un rayo de sol que le bañaba la cara. Al incorporarse, notó que le dolían todas las articulaciones. Tardó unos segundos en recordar lo que le había ocurrido...

En cuanto su mente se aclaró, se puso en pie y miró hacia la cama de Erik.

El muchacho la observaba sonriendo, con la nuca apoyada en una pila de almohadas.

Desde el otro extremo de la habitación, David la saludó alegremente.

—¿Qué hacías allí tirada? Me daba no sé qué despertarte, parecías tan cansada... ¿Has visto? ¡Nuestro paciente ha revivido!

Sin mirar a su hermano, Jana caminó hasta la cama de Erik y se sentó a sus pies.

—Tu padre ha dado su vida por ti —le dijo, tragando saliva.

La sonrisa desapareció de los labios de Erik, pero sus ojos no se alteraron.

—Lo sé. Acaba de explicármelo —repuso, señalando a David—. Supongo que debo daros las gracias...

—En realidad ha sido David quien lo ha hecho todo. Yo solo he estado con él, acompañándole.

Un destello atravesó los ojos maravillosamente claros de Erik. Jana nunca le había visto tan atractivo.

—Eso no es cierto —dijo el muchacho—. Tú también has hecho mucho. Yo estaba aquí esta noche, cuando te enfrentaste al Olvidado. No podía hablar ni moverme, pero lo vi todo. Me has salvado la vida, Jana...

—No, yo no —repuso Jana con una triste sonrisa—. Has sido tú; te has salvado tú mismo... Esos demonios no querían un alma sacrificada, y tú te sacrificaste por mí.

## Capítulo 4

A partir de aquella mañana, la recuperación de Erik no dejó de progresar, y en pocos días pudo abandonar la cama e incluso dar cortos paseos por los pasillos de la Fortaleza. Jana le acompañaba a menudo en sus salidas de la habitación, aunque detestaba el ambiente silencioso y opresivo que reinaba en el cuartel general de los drakul. La curación del heredero había tranquilizado bastante los ánimos dentro del clan, pero el ataque de los guardianes y la muerte de Óber aún estaban demasiado recientes en el ánimo de todos. Los sacerdotes con los que se cruzaban en los corredores miraban con recelo a la joven agmar que acompañaba a su amo. La mayoría rehuía su mirada y evitaba responder a sus saludos, incluso si eso les granjeaba una reprimenda por parte de Erik.

David seguía también en la Fortaleza, aunque apenas salía de los aposentos que Erik había ordenado preparar para él. Las noticias que llegaban del exterior eran cada día más confusas y contradictorias. Por un lado, parecía que la situación se estaba normalizando después de las escaramuzas surgidas entre los clanes a raíz del ataque, pero, por otro, se rumoreaba que Pértinax había muerto, y que la jefa Lenya había desaparecido. El gran beneficiado de aquellos enfrentamientos parecía ser Glauco, quien, ayudado por sus ghuls, iba ganando terreno día a día... Sin embargo, aquello no era lo que más preocupaba a los drakul. La principal preocupación se centraba en los guardianes y en lo que podían estar tramando después del éxito de su anterior incursión. A esas alturas ya nadie dudaba de que Álex era el Último y de que se había unido a los suyos para preparar la gran batalla final contra los medu. Faltaba saber cuándo y dónde se produciría... Pero, fuese como fuese, los drakul tenían claro que debían estar preparados.

Cuando los jefes guerreros acudían a Erik para pedirle instrucciones al respecto, este, invariablemente, les contestaban que obrasen como lo creyesen conveniente. No hacía nada para evitar los preparativos de la guerra, pero tampoco colaboraba en ellos. Jana observaba aquella actitud con curiosidad, pero había decidido no hacer preguntas antes de que el muchacho se encontrase completamente restablecido.

Erik, no obstante, intuía que los dos hermanos estaban impacientes por hablar con él.

David le había dejado caer que Óber les había prometido información a cambio de officiar el ritual de la espada, y aunque no hubiese sido así, él era consciente de que antes o después tendría que compartir lo que sabía con los agmar, y más concretamente con Jana.

Por esa razón decidió adelantarse a los acometimientos, y una tarde citó a Jana en



el jardín privado de Óber situado en uno de los patíos interiores de la Fortaleza.

Cuando entró en el jardín. Jana no pudo menos que admirar los delicados frutales en flor, así como la belleza de los rosales trepadores y el frescor de las tres fuentes alineadas en el centro.

—No sabía que existiera un lugar así en la Fortaleza —dijo mirando a Erik, que la esperaba sentado en un banco de piedra, junto a un pequeño estanque—. Me gusta mucho...

—Tendría que habértelo enseñado antes —se disculpó Erik—. Llevas mucho tiempo encerrada, y aquí al menos se puede respirar.

—Todavía no tengo claro si soy tu prisionera o tu invitada —comentó Jana sonriendo, aunque sus ojos reflejaban cierta ansiedad.

Llevaba un vestido claro, ceñido a las caderas y con algo de vuelo a la altura de las rodillas. Un ghul se lo había entregado de parte de Erik la tarde anterior, junto con algunas otras prendas.

Erik le cogió una mano y la acarició con suavidad.

—Tú nunca serás mi prisionera, y menos después de lo que ha pasado.

—Pero David y yo hemos provocado la muerte de Óber, aunque fuese por orden suya...

Erik asintió.

—No tenéis que preocuparos por eso. Nuestros sacerdotes recibieron instrucciones muy claras de mi padre, y aunque desconfien, no se atreverán a tramar nada contra vosotros.

Jana se sacudió la melena hacia atrás y cerró los ojos un instante.

—La verdad es que me ha sorprendido que Óber cumpliera su promesa. Quiero decir que, después de lo que hice..., debía de estar deseando eliminar a todos los agmar del mapa.

Erik la observó pensativo.

—No —murmuró—. El sabía que os necesitamos. Por eso se aseguró de que los suyos te respetaran, no por fidelidad a su promesa. Para mi padre, ante todo estaba su clan.

—Pero dio su vida por ti...

—Sí, es cierto —Erik frunció el ceño—. Nunca habría imaginado que fuese capaz de algo así... Supongo que pensó que era lo mejor para los drakul.

A Jana le pareció raptar un deje de resentimiento en la voz del muchacho, mezclado con cierta dosis de tristeza. Siempre que salía a relucir el sacrificio de Óber, el rostro de Erik se ensombrecía. Recordando lo que había sentido tras perder a sus padres, Jana podía hacerse una idea bastante aproximada de lo que el joven drakul experimentaba en ese momento. Amargura, pero también perplejidad, y rencor...

Estaba segura de que, en su fuero interno, aún no había asimilado lo ocurrido, y

de que tardaría mucho tiempo en asimilarlo.

—En todo caso, me alegro de que Óber tomase esa decisión —dijo, mirando a Erik a los ojos—. Gracias a ella estás vivo. Si hubieses muerto... Nunca me lo habría perdonado.

Erik le sonrió en silencio, y ella le devolvió la sonrisa. El rumor del agua en las pilas de mármol de las fuentes ponía una agradable nota de frescor en el ambiente. De pronto, sin entender por qué, Jana se sintió casi feliz.

—Ojalá pudiésemos estar así para siempre, sin enfrentarnos a lo que pasa fuera —dijo, estirando los brazos por encima de su cabeza.

—Si —coincidió Erik—. Y sin mirar atrás...

Sus ojos volvieron a encontrarse. Ambos sabían que aquello era imposible.

—¿Crees que volveremos a verle? —preguntó Jana con un leve temblor en la voz.

No hacía falta que aclarase a quién se refería. Erik la había entendido de inmediato.

—No lo sé —murmuró—. Álex ya no es como nosotros lo conocimos. Ahora se ha convertido en uno de ellos... Debemos considerarlo nuestro enemigo.

—Pero él no nos odia, de eso estoy segura. Al menos no nos odia a ti y a mí.

—Puede que ahora lo vea todo de otra manera —razonó Erik—. Puede que sentimientos hayan cambiado... Los guardianes no son como nosotros, Jana. Ellos presumen de su humanidad, pero no sienten a uno los seres humanos. Y si Álex se ha convertido en un guardián... Bueno, no creo que sigamos interesándole.

Jana bajó la mirada y permaneció muy quieta en su asiento de piedra, mirando fijamente las briznas de hierba. No quería que Erik notase hasta qué punto le habían dolido sus palabras.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó por fin, dominándose—. Dijiste que querías contarme algo...

Erik echó la cabeza hacia atrás y dejó que el sol bañase largamente su rostro, todavía demacrado, antes de contestar.

—Mi padre os prometió información a cambio de que me salvaseis —dijo, sin mirar a Jana—. David me lo contó... Bueno, creo que ha llegado el momento de saldar mi deuda.

—Todavía no estás del todo bien —comenzó Jana—. No hace falta que hablemos ahora, no hay prisa...

—En eso te equivocas —la interrumpió Erik—. Sí hay prisa, mucha más de la que puedas imaginarte. La historia que te voy a contar es algo más que una historia. En realidad es una especie de guía de actuación para momentos difíciles. Existe un modo de vencer a los guardianes. Jana; de vencerlos para siempre... Pero, para lograrlo, tenemos que estar juntos.

Jana asintió mecánicamente, pendiente de los labios de Erik.

—En el pasado, ya una vez estuvimos a punto de lograrlo —continuó el muchacho.

Habría sido el fin de nuestros enemigos, y el comienzo de una nueva era para los medu. Pero, en el último momento, todo se vino abajo... Y la culpa fue de mi antepasado Drakul.

—¿Drakul? —repitió Jana, perpleja—. No te entiendo. Él fue quien salvó a los medu de la destrucción del Último...

—Así es, pero no llegó a completar su obra.

El muchacho arrancó una hoja de un rosal cercano y la acarició suavemente con los dedos.

—¿Recuerdas la visión que invocaste durante tu duelo con las hijas de Pértinax? —preguntó—. ¿Conoces su significado?

Jana hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

—Sé que uno de los personajes que aparecían era Drakul, y que llevaba tu espada. Y la mujer, por lo que pude deducir, era Agmar. Al otro personaje, el del libro, no logré identificarlo...

—Se trataba de Céfiro —explicó Erik, jugueteando aún con la hoja que había arrancado—. Céfiro, el último de los kuriles... Lo que todos vimos gracias a ti fue el momento en que los tres medu más poderosos se unieron para derrotar al Último Guardián. Céfiro había descubierto su secreto, y les había revelado a los otros, dos la forma de vencer en aquella guerra.

—He oído esa leyenda —confirmó Jana—. Pero nadie sabe cuál era ese secreto.

Cuando los drakul desterraron a Céfiro, esa información se perdió para siempre...

—En eso te equivocas. Ese secreto no se perdió. Yo lo conozco, porque mi padre me lo contó. Y también lo conocía tu madre.

Jana esperó en silencio a que Erik continuase. El nerviosismo le había puesto un nudo en la boca del estómago.

—Fue Céfiro el que lo descubrió, casi por casualidad. Él era un kuril, como sabes, y a pesar de su juventud, había avanzado mucho en la comprensión de los libros antiguos. Ya sabes lo que se cuenta de esos libros: que tenían vida propia, que consignaban los hechos que sus dueños iban olvidando... Pero, en uno de ellos, Céfiro encontró algo muy diferente. Encontró la antiquísima historia de Arawn, el primero de los guardianes, y, con ella, el camino hacia el centro de su poder, conocido como la Caverna.

—La Caverna —repitió Jana con aire ausente—. Nunca había oído hablar de eso...

—La Caverna es el lugar donde los guardianes encierran los símbolos cada vez que derrotan a los medu. Allí celebran un sacrificio: el Último se sienta en un trono y deja que todos los símbolos robados se adhieran a su piel, hasta destruirlo por

completo.

De ese modo despojan a nuestros clanes de todo significado. A partir de allí, los medu se ven obligados a empezar otra vez de cero, y tardan siglos en reconstruir el edificio de símbolos que sustenta nuestro poder.

—¿Y dices que el libro explicaba cómo llegar a la Caverna? O sea, que, en algún momento, nuestros antepasados supieron dónde estaba...

—Al menos supieron cómo llegar hasta ella. La Caverna no es simplemente un lugar, es algo más. Es una especie de refugio espiritual, y yo sospecho que para cada uno tiene un aspecto diferente. En todo caso, Céfiro encontró el libro donde se explicaba cómo penetrar en ese refugio, y cuando huyó de los suyos, se lo llevó con él. Ese fue el único libro de los kuriles que se salvó. Como sabes, Drakul ordenó que todos los demás fueran quemados, para que nadie volviese a practicar el arte de cabalgar en el viento.

—O sea, que Céfiro salvó el libro, y cuando los clanes estuvieron en peligro, acudió a Drakul para ofrecerle su ayuda y conducirlo hasta la Caverna.

Erik sonrió de un modo enigmático.

—Bueno, fue algo más complicado que eso —explicó—. Para leer los libros kuriles hacían falta unas piedras especiales, unas piedras que normalmente se encontraban bajo la custodia de las mujeres del clan. Sin las piedras, los libros resultaban incomprensibles. Afortunadamente, cuando Agmar huyó con Céfiro, se llevó la piedra que tenía bajo su custodia. Luego, durante la guerra con los guardianes, ambos volvieron y le leyeron a Drakul el contenido del libro. Y Drakul comprendió de inmediato su importancia.

Jana esbozó una mueca de impaciencia.

—El camino a la Caverna, sí. Pero ¿por qué era tan importante esa información para vencer al Último?

Erik arrojó la hoja de rosal al suelo y miró fijamente a la muchacha.

—El libro no se limitaba a señalar el camino de la Caverna —repuso—. También explicaba cómo vencer a los guardianes. Entre todos los símbolos que estos habían ido robándoles a los medu a lo largo de los siglos, había uno muy antiguo, conocido como la Esencia de Poder. Se trataba de una especie de corona de fuego blanco que no dejaba de arder nunca. Según el libro, si alguien lograba extraer esa corona de la Caverna, el poder de los guardianes desaparecería para siempre. Perderían la capacidad de arrebatarnos los símbolos y de encerrarlos en ese lugar mágico. No podrían hacernos daño nunca más... ¿Lo entiendes ahora? Robar la Esencia habría supuesto el fin completo de la guerra.

Jana asintió con la cabeza. En aquel momento, el jardín, con sus fuentes y el rumor del viento entre las hojas de los frutales, había dejado de existir para ella. Lo único que veía eran los labios de Erik desgranando aquella antigua historia: una

historia que podía cambiar el presente y el futuro, si es que la había comprendido bien.

—Pero si Céfiro y Drakul conocían ese secreto, ¿por qué no lo aprovecharon? — se atrevió a preguntar—. ¿Por qué no robaron la corona de fuego blanco?

—Lo intentaron —contestó Erik ensimismado—. Después de derrotar al Último con su espada mágica. Drakul estaba furioso porque no encontraba la forma de matarlo.

Céfiro le reveló entonces que la única forma de acabar con Arión consistía en robar la Esencia de Poder que Arawn había encerrado en la Caverna. Los dos hombres, junto con Agmar, usaron el libro de los kuriles para llegar hasta las mismas puertas de la Caverna... Ese fue el momento que revivimos a través de tu visión.

—¿Y qué sucedió luego?

—Parece ser que Drakul entró él solo en la Caverna y robó la Esencia de Poder. Pero a la salida, mi antepasado cometió un error fatal. Después de mostrarles a sus compañeros la corona de fuego blanco que había robado, empezó a jugar con ella. Céfiro le advirtió de que era peligroso, pero Drakul, para demostrarle que no tenía ningún miedo, se la puso. Al momento, su cuerpo quedó reducido a un puñado de cenizas negras... Agmar y Céfiro solo pudieron contemplarlo durante un momento.

Un instante después, estaban en el lugar de partida de su viaje, un lugar llamado la torre de los Vientos. La corona, por supuesto, había desaparecido... Intentaron volver a la Caverna para recuperarla, pero todo fue inútil. El libro no quiso dejarse leer de nuevo y, no encontraron el camino.

Jana meneó la cabeza de un lado a otro, impresionada.

—No puedo creerlo —murmuró—. No puedo creer que no lo logaran, después de haberlo tenido tan cerca.

Erik acarició la rugosa piedra de su asiento con una mano.

—El resto de la historia ya debes de conocerlo. El hijo de Drakul culpó de lo ocurrido a Céfiro y lo desterró para siempre. Agmar no quiso acompañarlo, y se quedó con sus antiguos enemigos.

—¿Y el libro?

—Céfiro se lo llevó con él y Agmar se quedó con la piedra. Desde entonces, tus antepasadas la han utilizado para ayudarse en sus visiones... Pero su verdadera utilidad cayó en el olvido.

—¿Y dices que mi madre conocía esta historia?

Erik alzó los ojos hacia Jana.

—Sí. Se la contó Hugo. Y también fue él quien se la contó a mi padre.

Jana notó cómo la sangre abandonaba sus mejillas. La Cabeza empezaba a darle vueltas.

—¿Hugo? —preguntó, perpleja—. ¿El padre de Alex? No entiendo...

Erik le cogió una mano y la apretó con fuerza.

—Hugo era descendiente de Céfiro, Jana. Era el Último de los kuriles. El tenía el libro... Por eso conocía la historia.

Los ojos de Jana se nublaron. Impidiéndole distinguir el rostro de Erik. La muchacha tardó unos segundos en comprender que estaba llorando. Rápidamente, se llevó el dorso de la mano a los párpados, para secarse las lágrimas.

—Entonces, Alex también es descendiente de Céfiro...

—Así es —confirmó Erik—. Podría haberse convertido en un kuril.

Jana desprendió su mano de la del heredero drakul. Durante unos instantes lo contempló fijamente, esforzándose por controlar sus sentimientos.

—¿Por qué hablas en pasado? —murmuró—. Que nosotros sepamos, todavía no está muerto...

—Para nosotros es como si lo estuviera. Se ha ido con ellos, con los otros guardianes, terminó con Arión, Jana. Él es el Último... No le des más vueltas.

Jana se puso en pie y comenzó a caminar nerviosamente por el sendero de gravilla blanca, de un lado a otro, sin alejarse demasiado del banco donde Erik continuaba sentado.

—Pero no puede ser el Último —razonó—. Es uno de los nuestros... No puede ser nuestro enemigo, ¿no te das cuenta?

Erik la miró con tristeza.

—Estás internando convencerte de que aún hay esperanza porque no puedes soportar la idea de haberlo perdido para siempre —dijo—. No te culpo, a mí me pasa lo mismo. Era mi amigo, mi mejor amigo... Pero los hechos son tus hechos. Destruyó a Arión. Se fue con los guardianes, y desde entonces no ha vuelto a dar señales de vida.

Jana se detuvo ante Erik y lo miró orgullosamente desde arriba. La brisa arremolinaba el vuelo de su vestido blanco alrededor de sus piernas.

—¿Crees que su padre sabía que era el Último? —preguntó con sequedad.

—No lo sé. Si lo sabía, se guardó mucho de contarlo. Supongo que querría protegerlo... Pero él veía el futuro, tenía que saberlo. Jana dio una patada a la gravilla, manchándose el zapato de polvo blanco.

—Ojalá mi madre hubiese vivido lo suficiente para contarme todo eso —murmuró con rabia—. Ella habría sabido qué hacer...

—Aunque hubiese vivido, no te lo habría contado, Jana —dijo Erik lentamente—.

Pértinax estaba en lo cierto. Alma no te quería a ti como heredera. Confiaba mucho más en sus hijas... Lo siento, pero era así.

Jana se encaró fieramente con el muchacho.

—¿Y tú qué sabes? —le gritó—. Ni siquiera tengo por qué creerme toda esa

extraña historia que me has contado. Los drakul y los agmar han sido enemigos durante siglos, y tu padre ordenó la muerte de mi madre. ¿Eso también lo sabías?

Erik hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Sus mejillas se habían puesto muy blancas.

—Lo siento. Jana. Lo único que puedo decirte es que Óber no quería hacerlo. Pero no le quedó más remedio... Alma le había traicionado, y se había convertido en un peligro para los medu.

Un pesado silencio cayó sobre los dos jóvenes. Incluso la brisa se había detenido.

Desde una rama muy cercana, un pájaro entonaba su quejumbroso canto.

—No te creo —murmuró Jana por fin—. Mi madre solo quería lo mejor para su clan, como tu padre para el suyo.

—Es cierto que quería lo mejor para su clan. Pero no supo entender que lo mejor para los agmar no era enfrentarse a los drakul, sino aliarse con nosotros. Cuando Hugo apareció contando su historia, lo hizo con un objetivo muy claro: deseaba una alianza con ellos para reencontrar el camino de la Caverna y triunfar donde nuestros ancestros fracasaron. Sabía que él solo no podía conseguirlo. Tenía el libro, pero necesitaba la piedra para leerlo, y la espada Aranox para enfrentarse a los guardianes, en caso de que estos intentasen impedirle el acceso al interior de la Caverna. Por eso se lo contó todo a Óber y a Alma. Y ellos prometieron ayudarlo.

—Era lo mejor para todos —coincidió Jana, impaciente—. No tiene sentido que mi madre se echase atrás...

—Todo habría salido bien si Hugo no hubiese sido asesinado. Ni Alma ni Óber lograron averiguar nunca quién lo hizo. Ambos se acusaron mutuamente de su muerte, y comenzaron las disputas. Óber insistía en continuar con el proyecto de ir a la Caverna, aun sin Hugo. Pero Alma tenía otros planes. No sé cómo se las arregló para robar el libro de los kuriles, que hasta entonces había estado en manos de Hugo.

Y una vez que tuvo el libro y la piedra, la ambición pudo con ella. Se propuso aprender ella sola el arte de los kuriles y leer en el libro para cambiar el futuro, fingió que estaba dispuesta a colaborar en la expedición a la Caverna, pero su plan no era el de Hugo, sino otro muy distinto: ella decidió manipular los acontecimientos para que yo, el heredero drakul, cayese en la tentación de repetir el error de mi antepasado. Si me ceñía la corona, caería fulminado al instante y los drakul perderían la supremacía entre los clanes. Así su clan subiría al poder... Lo tenía todo muy bien pensado.

—Es absurdo —protestó Jana—. ¿Mi madre prefería derrotar a los drakul a vencer para siempre a los guardianes? No tiene sentido...

—Supongo que pensaba que, una vez eliminada nuestra dinastía, podría ir a la Caverna ella sola y robar una vez más la Esencia de Poder. Creyó que podría tenerlo todo.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? No son más que suposiciones... Las excusas que tu

padre empleo para justificar su asesinato.

Erik meneó la cabeza con gravedad.

—No es cierto, Jana. Había alguien que espiaba a tu madre para nosotros, alguien en quien ella confiaba plenamente y que estaba muy cerca de vuestra familia. Alma adoraba a sus hijas, estaba entusiasmada con sus poderes. Veía en ellas a sus continuadoras.

—¿Estás hablando de Pértinax? —preguntó Jana, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Él fue quien descubrió lo que Alma estaba haciendo, y se asustó muchísimo. Sabía que era una locura y una temeridad, y se lo contó todo a mi padre. Entonces Óber decidió que Alma debía morir... El resto ya lo sabes.

—No, Erik, no lo sé. Una vez muertos Hugo y Alma, ¿qué pasó con el libro?

—Ah, eso es justamente lo que mi padre nunca consiguió averiguar. Lo busco por todas partes, pero esos libros tienen voluntad propia, y nunca logró encontrarlo. Él estaba persuadido de que el libro jamás aparecería mientras él llevase las riendas del clan. Por eso me lo contó todo. Me dijo que tendría que acabar lo que él había empezado. Creía que a mí el libro no me rehuiría. Pero para eso debía evitar caer en sus mismos errores: por eso me colocó desde la infancia muy cerca de Álex, porque sospechaba que, sin la colaboración de un kuril, el libro jamás vendría a nosotros. Y por eso ha continuado toda su vida vigilando a los agmar, esperando el momento para conseguir la piedra... Pértinax le había asegurado que la tenían sus hijas, pero sospecho que él nunca le creyó del todo.

La brisa regresó al jardín y agitó los oscuros cabellos de Jana. La muchacha parecía aturdida por lo que acababa de oír. Se veía en su rostro que no ponía en duda la veracidad de la historia de Erik, a pesar de que le habría gustado hacerlo.

—Así que eso era lo que Óber quería que supiera... ¿Por qué? —preguntó en tono apagado.

—Porque todavía podemos conseguirlo, Jana. Tú tienes la piedra, y yo la espada. Si encontramos el libro, haremos lo que nuestros padres no llegaron a hacer. Iremos a esa caverna, robaremos la corona de fuego blanco y derrotaremos para siempre a nuestros enemigos.

—Te olvidas de algo: para leer el libro hace falta un kuril...

—Sí —confirmó Erik—. Nos habría venido muy bien contar con Álex. Pero él ya no está, así que tendremos arreglárnoslas solos. Piensa en lo que logró tu madre, Jana.

Llegó a leer el libro y a cabalgar en el viento. Estoy seguro de que tú también puedes hacerlo. Al fin y al cabo, también procedes de los kuriles, a través de Agmar. Si encontramos el libro, no necesitaremos a Álex para nada.

Jana arqueó las cejas con escepticismo.

—No creo que encontremos el libro, Erik. No creo que el libro quiera que lo



encontremos.

—¿Por qué no? Nosotros no hemos cometido ningún delito; ni tú ni yo somos culpables de los errores de nuestros padres. El libro no nos rehuirá... Al menos tenemos que internarlo, ¿no crees?

Jana asintió sin ni lidia convicción.

—Si al menos supiésemos por dónde empezar a buscar...

—Lo sabemos —la interrumpió Erik con un destello de entusiasmo en la mirada—.

Hay una construcción muy antigua, un edificio octogonal conocido como la torre de los Vientos. Desde siempre, esa torre ha estado vinculada a los kuriles y al arte de cabalgar en el viento. Si el libro se ha refugiado en alguna parte, tiene que ser allí...

—¡Conozco ese lugar! —exclamó Jana, muy excitada—. Tuve una visión estando con Álex. Fuimos allí. Es un edificio octogonal, y por la ventana se ven algunas de las construcciones más viejas del colegio.

Erik la observaba con el ceño fruncido.

—¿Una visión con Álex? ¿La provocaste tú? —preguntó con aparente frialdad.

Jana lo miró con una sonrisa desafiante.

—El tatuaje era un incordio, ya sabes. Le dije que podíamos estar juntos de otra forma... Sin ningún peligro.

—Como aquella vez conmigo —murmuró el muchacho en tono apenas audible.

Jana asintió. Había dejado de sonreír, pero en sus ojos seguía brillando la misma expresión retadora.

—Al principio, estábamos... Bueno, ya sabes, pendientes el uno del otro —continuó explicando—; pero luego, no sé por qué, Álex se distrajo. Yo creo que vio algo...

Algo que yo no vi.

—A lo mejor estabas demasiado ocupada para ver nada —le espetó Erik en tono irónico—. La verdad, no entiendo cómo Álex pudo distraerse... Si estuviste la mitad de bien que conmigo, debe de ser de piedra.

Jana le volvió la espalda. Su cabeza se mantenía muy erguida sobre los hombros.

—Ya basta —dijo—. No tienes ningún derecho a recriminarme nada. Yo no te pertenezco, nunca te he pertenecido...

Se interrumpió bruscamente, como si de pronto se sintiese insegura de sus palabras.

Notó en sus cabellos una larga caricia, infinitamente delicada.

—Perdóname —murmuró Erik, mientras su mano se deslizaba desde el cuello hasta la nuca de la joven. Tienes razón, no tengo ningún derecho a recriminarte nada...

Además, todo eso forma parte del pasado. Un pasado que nunca volverá.

Al oír aquello. Jana rehuyó la caricia del muchacho y, volviéndose hacia él, lo miró fijamente.

—Puede que nunca vuelva, pero eso no cambia nada para mí —replicó, tajante.

Erik no intentó acariciarla de nuevo. Permaneció en silencio, soportando su mirada con gesto rígido.

—Entonces, si estuviste en la torre, quizá puedas regresar —concluyó al cabo de un rato—. Al menos ya es algo...

—Intenté volver más tarde, sin Álex. Pero no lo conseguí —confesó la chica de mala gana—. Busqué en los terrenos del colegio, guiándome por el paisaje que se veía por la ventana. Hubo un momento en que me pareció vislumbrar algo, pero cuando la sensación pasó, me encontré en un patio interior donde no había nada.

Erik se puso en pie y se esforzó por recomponer su sonrisa.

—Al menos es un punto de partida. Volveremos a ese patio, Jana. Volveremos juntos... Esta vez la encontraremos, estoy seguro. No tienes ni idea de lo fuertes que podemos llegar a ser tú y yo unidos... No tienes ni idea de lo que podemos llegar a construir.

## Capítulo 5

Una masa de nubes interceptaba el brillo de la luna, reduciéndolo a un resplandor difuso y fantasmal. Bajo la protección de un viejo castaño de Indias, Jana y David acechaban las sombras del patio del colegio.

Nunca lo habían visto así, tan desierto y oscuro... Jana notó el apretón de los dedos de David en su mano, y se alegró de haberlo incluido en la expedición. Ocurriese lo que ocurriese, sabía que David no la dejaría sola. Con él a su lado, aquella extraña búsqueda le parecía menos peligrosa.

Erik regresó de su inspección de la verja con buenas noticias.

—He conseguido abrirla —anunció en voz baja—. Ni siquiera tenía una cerradura de seguridad. Habría podido hacerlo hasta un humano normal. Y no hay alarmas...

Vamos, el camino está despejado.

En pocos minutos habían atravesado el patio. Erik manipuló unos instantes la cerradura de la puerta principal del colegio hasta que esta cedió, franqueándoles el paso al interior del edificio principal de Los Olmos.

La oscuridad en el vestíbulo era completa. Jana encendió la linterna que llevaba y lideró la marcha. Sabía más o menos en qué dirección debía avanzar para llegar hasta la puerta del patio donde la vez anterior había perdido la pista de la torre. Cuando la encontró, se apartó a un lado para cederle el paso a Erik.

El joven escudriñó en silencio el cemento del patio a la luz de la linterna que Jana le había entregado. Después de una leve vacilación, se decidió a penetrar en él. Sus compañeros lo imitaron y, durante unos minutos, se quedaron los tres callados, observando el círculo luminoso que proyectaba la linterna mientras Erik lo hacía deslizarse sobre las paredes y el suelo.

—Aquí no hay nada —murmuró David, desalentado—. Ninguna entrada secreta, ningún pasadizo... Tendremos que buscar.

—Te equivocas —afirmó Erik, caminando hacia el centro del patio—. La torre está aquí; puedo sentirla... Pero no se abrirá para nosotros si no demostramos que merecemos entrar.

Jana y David lo miraron como si hubiese perdido el juicio.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Jana, alarmada.

Lentamente, Erik desenvainó la espada que llevaba colgada del cinturón y la sostuvo horizontalmente con ambas manos. Su mirada la acarició durante unos momentos con infinito respeto. Era Aranox, la espada mágica de Drakul.

—Ella nos ayudará —murmuró—. Apartaos... La magia que voy a invocar es muy poderosa. Nunca he intentado nada parecido.

Sin hacérselo repetir, Jana y David retrocedieron hasta pegarse a una de las paredes.

Desde allí, Jana observó que Erik se quitaba la camiseta y la tiraba al suelo. Por un momento, sostuvo la espada en vertical delante del tatuaje del dragón que cubría su pecho. Luego la empujó hacia abajo con ambas manos, hasta que su punta rozó el cemento del suelo.

Un trueno grave y lejano retumbó en el interior de la tierra, y el cemento, sin perder su aspereza, adquirió de pronto el brillo perfecto de un espejo. El dragón del tatuaje se reflejó en su superficie, deformado y agigantado, pero la imagen no duró más que un instante. Erik volvió a golpear el suelo con la espada, y resonaron nuevos truenos, cada vez más cercanos y amenazadores. El tercero de ellos resquebrajó el suelo en mil pedazos; el cuarto llegó acompañado de un relámpago rojo.

Después, todo se precipitó. Los truenos se volvieron rítmicos como tambores, y con cada uno de ellos, un rayo púrpura rasgaba la negrura del ciclo y agrietaba las paredes, haciendo caer sus piedras. Cuando uno de los muros se derrumbó por completo, Jana vislumbró detrás la gigantesca cola de un reptil monstruoso, azotando el aire.

Los truenos seguían latiendo al ritmo marcado por la espada de Erik. Bajo sus pies, Jana notó que la tierra se abultaba, y al mirar hacia abajo comprobó horrorizada que las suelas de sus zapatos descansaban sobre las abombadas escamas de un monstruo descomunal. A su lado, David profirió un grito ahogado. Parecía que el mundo estuviese siendo devorado por aquel dragón de plata que poco antes anidaba en la piel de Erik.

Pero todo terminó tan deprisa como había empezado. Algo tiró de ella hacia arriba, haciéndola volar por los aires. Cuando sus pies volvieron a posarse, lo hicieron sobre un frío suelo de mármol. Jana miró a su alrededor y vio ocho paredes idénticas, con una ventana en el centro de una de ellas. La única iluminación procedía del cielo estrellado y de media docena de velas repartidas por las esquinas de la estancia. En la pared opuesta a la de la ventana destacaba un extraño artilugio mecánico que la muchacha no recordaba haber visto en su visión.

Y delante de aquel aparato, inmóvil en la penumbra, estaba Álex.

Jana gritó al reconocerlo, y se cubrió el rostro con las manos. Le había bastado un instante para comprender hasta qué punto había cambiado. Era él, desde luego, pero al mismo tiempo era otra cosa. Su piel aparecía bañada en un tenue resplandor azulado que parecía brotar de su interior, y sus ojos se habían vuelto lejanos y sombríos.

A la derecha de Jana, Erik alzó la espada, dirigiendo la punta hacia el que, en otro tiempo, había sido su mejor amigo.

—Os estaba esperando —dijo Álex con una voz extrañamente serena—. Habéis

tardado mucho... Erik, temía por ti.

—¿Para qué nos esperabas? ¿Para matarnos? Pues no estés tan seguro de conseguirlo —le desafió Erik—. Mi antepasado Drakul ya venció una vez al Último. ¿Crees que yo no puedo hacerlo?

Álex guardó silencio durante unos instantes.

—No lo sé —dijo por fin—. Es posible... Pero haces mal en subestimarme. Todo ha cambiado, Erik. Ya no soy el mismo... Ahora tengo muchísimo poder.

A pesar de su esfuerzo por contenerse, Jana dejó escapar un débil sollozo.

Álex la miró entonces con los ojos llenos de piedad.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha, y su voz sonó casi como un gemido—. ¿Por qué aceptaste unirte a ellos? Yo los llamé para salvarte, pero pensé que tú..., que a pesar de todo...

La decisión ha sido mía, Jana —repuso Álex con mucha suavidad—. Ellos no me obligaron; pero, después de muchas semanas a su lado, comprendí por fin que era lo mejor.

—¿Lo mejor? —intervino David, con sarcasmo—. ¿Convertirte en nuestro verdugo es lo mejor? ¿Para quién, si puede saberse?

—No lo entendéis —replicó Álex con impaciencia—. No me he convertido en el Último Guardián para destruirlos, sino para salvarlos. Creo que es posible...

Erik y David intercambiaron una fugaz mirada.

—Estás jugando con nosotros —dijo Erik con voz firme—. Los guardianes son nuestros enemigos, siempre ha sido así y así tiene que ser. Si estás con ellos, estás contra nosotros... No hay alternativa. Álex sacudió la cabeza con lentitud. Parecía indeciblemente triste, pero, a la vez, totalmente tranquilo, como si nada de todo aquello le sorprendiera.

—Esta vez sí la hay, Erik. Esta vez es distinta a las anteriores. Yo soy a la vez un medu, un guardián y un ser humano. Por eso puedo elegir... Los otros no podían, porque no conocían las alternativas. No podían perdonaros porque no podían entenderos. Yo sí puedo. En el fondo no soy tan diferente de vosotros. Por eso creo que esta vez todo será distinto.

Jana se atrevió a alzar una vez más los ojos hacia aquel rostro que había temido no volver a ver nunca.

—¿Y los otros? —preguntó—. ¿También lo creen?

—Una de ellos sí —contestó Álex, esbozando algo parecido a una sonrisa. Se llama Nieve, y es ella quien me ha traído hasta aquí, para que pueda ayudaros en vuestra misión. Sé lo que buscáis: el camino a la Caverna... Yo ya he estado allí. Arión me llevó, engañado. En realidad él vivía prisionero en ella. De allí sacaba toda aquella oscuridad.

—¿Arión te llevó allí? —preguntó David, asombrado—. Entonces tienes que ser

capaz de encontrar...

—No. Ya lo he intentado, pero ha sido inútil. Por lo visto, la Caverna es más un lugar espiritual que material. Nieve me lo advirtió... Para llegar hasta la Caverna, antes necesitamos encontrar el libro.

—¿Sabes dónde está? preguntó Erik. Al fin y al cabo, pese a tu transformación, sigues siendo su dueño legítimo. Quizá el libro quiera revelarte cómo llegar hasta él...

Alex hizo un gesto de duda.

—Si es así, todavía no lo ha hecho. Quizá debamos unirnos los cuatro para encontrarlo.

Mientras Alex hablaba, David miraba a su alrededor, escudriñando las sombras en movimiento que la luz de las velas proyectaba sobre los muros.

—Puede que haya algún escondrijo en las paredes —sugirió—. Algún hueco disimulado, alguna puerta secreta... Si al menos supiésemos qué aspecto tiene el libro ese que estamos buscando...

—Lo hemos visto —apuntó Erik pensativo—. En la visión de Jana, durante su combate con las hijas de Pértinax.

—Esa imagen no sirve —objetó Álex, sin apartar los ojos de la silenciosa Jana—. Solo era una representación del libro, y probablemente no refleje su verdadero aspecto. Nieve me lo explicó antes de venir los libros kuriles son realidades espirituales, igual que la Caverna. Su forma puede cambiar a lo largo de los siglos...

—Y lo más probable es que no se parezca en nada a un libro normal.

—Pero, entonces, en caso de que lo encontremos, ¿cómo vamos a reconocerlo? —se impacientó David.

—Lo reconoceremos por su contenido —afirmó Álex, muy seguro—. La piedra nos ayudará a leerlo. ¿La has traído, Jana?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Estás muy callada —observó Álex, suavizando la voz—. Todavía no te he dado las gracias por haberme salvado...

Jana lo miró con los ojos muy abiertos.

—Ya no lo tienes —musitó tan solo.

Álex avanzó un par de pasos hacia ella. Su sombra alargada cubrió el rostro de la muchacha.

—El tatuaje —murmuró Jana, antes de que él pudiera decir nada—. Antes lo sentía, lo sentía en cuanto te acercabas a mí. Pero ahora ya no está. Qué extraño, nunca pensé que lo echaría de menos.

Álex dio un paso más y extendió una mano hacia ella. Era como si de pronto se hubiese olvidado de todo lo que le había ocurrido. No tenía ojos más que para Jana; la miraba como si para él no existiese nadie más en el mundo.

Jana también avanzó un paso, pero Erik se interpuso entre ellos.

—¿Estás loco? —exclamó, furioso, encarándose con Álex—. ¿Es que no sabes lo que le pasará si la tocas? Eres un guardián, Álex, ¡maldita sea! ¿Qué quieres? ¿Destruirla?

Álex retrocedió, horrorizado por lo que había estado a punto de hacer. Por un momento, sus ojos miraron fijamente a Erik. En pocos segundos, sin embargo, recuperaron su serenidad anterior.

—Será mejor que empecemos a buscar —dijo, dándoles la espalda a los otros—. Yo me ocuparé de esta pared. No dejaremos ni un solo palmo sin registrar. David, tú puedes empezar por ahí...

Jana intentó seguirlo, pero el brazo de Erik la sujetó firmemente.

—Déjalo, Jana —le dijo el muchacho, conduciéndola hacia el extremo opuesto de la estancia, donde se encontraba la ventana—. Es imposible, tienes que aceptarlo.

Míralo, mira ese resplandor azulado en su piel... Ya nunca volverá a ser el que era. Lo has perdido, pero no es el fin del mundo. Tú siempre has sido una luchadora... Yo te ayudaré a volver a empezar.

Jana se dejó llevar hacia la ventana con expresión vacía. Erik la guió delicadamente hasta una de las dos sillas que había frente al tablero de ajedrez. Durante un rato permaneció a su lado, arrodillado en el suelo. Cuando las lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas de la muchacha, se las secó con sus propias manos.

—Así está mejor —dijo, sonriendo—. ¿Ves? El mundo no se ha acabado todavía. Se te pasará, Jana, estoy seguro. Nunca he conocido a nadie tan fuerte como tú.

Jana no apartó su mano cuando comenzó a acariciarle el pelo. En lugar de eso, elevó hacia él sus ojos húmedos, en los que se leía una mezcla de vergüenza y agradecimiento.

—Lo siento —susurró—. Es que no puedo aceptar que... Antes nos separaba el tatuaje, y ahora que el tatuaje ha desaparecido..., soy yo la que no puede tocarle...

Una sombra de dolor cruzó el rostro de Erik, pero duró solo un segundo.

—Busquemos el libro también nosotros —propuso, poniéndose en pie—. ¿Por qué no sacas la piedra? Quizá nos ayude a encontrarlo.

Jana asintió y, de uno de los bolsillos del pantalón, extrajo la valiosa piedra azul que en otro tiempo había pertenecido a Agmar. Sosteniéndola cuidadosamente entre el Índice y el pulgar derecho, la fue moviendo con lentitud de un lado a otro, con los ojos fijos en el reflejo azul que proyectaba sobre las paredes.

—¿Qué crees que debería pasar cuando lo encuentre? —preguntó Erik, siguiendo sus movimientos—. ¿Aparecerá una visión? ¿Una página escrita?

—No tengo ni idea —repuso Jana en tono desganado—. No sé qué es lo que tendría que ocurrir.

Al otro lado de la habitación, David y Álex exploraban los muros con las manos, palpando cada centímetro de la piedra. Allí donde Álex posaba sus dedos, un resplandor plateado permanecía adherido a las losas y ya no las abandonaba. De esa forma, la estela de su búsqueda quedaba grabada sobre las paredes, formando un extraño y complicado dibujo.

Durante casi media hora, Jana y Erik continuaron observando el reflejo del zafiro de Sarasvati sobre el suelo y los muros, pero no obtuvieron ningún resultado. Incluso examinaron los cristales emplomados de la ventana, que parecían extremadamente frágiles y antiguos... Nada. El zafiro proyectaba la misma luz profunda y azul sobre todas las superficies, y no se advertía en él el menor cambio.

Por su parte, a David y Álex no parecía irles mucho mejor.

—Quizá deberíamos emplear nuestros poderes —dijo finalmente Jana, derrumbándose de nuevo sobre una de las sillas que flanqueaban el tablero de ajedrez—. Esto no nos lleva a ninguna parte...

Erik se sentó en la otra silla e hizo un gesto de impotencia.

—Si el dragón de Óber pudiese ayudarnos, lo habría hecho —dijo—. Fíjate en lo que ocurrió antes, en el palio. Ahora, en cambio, parece que estuviese dormido... No lo siento, no logro hacerlo.

Mientras Erik hablaba, Jana se había puesto a jugar distraídamente con el zafiro, hasta que, en un momento dado, su reflejo incidió directamente en el tablero de ajedrez.

—Mira eso dijo Jana en un susurro.

Bajo la luz de la piedra había aparecido una fina recta de color azul que atravesaba tres casillas verticalmente. Sin esperar la respuesta de Erik, Jana empezó a mover rápidamente el zafiro de un lado a otro. Muchos otros trazos se revelaron bajo su luz, unos azules y otros de color púrpura. Algunos eran verticales, otros diagonales, e incluso había un par de ellos en forma de L.

—Son las trayectorias de las piezas murmuró Erik, inclinándose sobre el tablero. ¿No lo ves? Esa ele, por ejemplo, corresponde al movimiento de un caballo. Y esa diagonal, a un alfil... ¡Son los movimientos de la última partida!

—Sí, está claro —confirmó Jana, alejando el zafiro para que su reflejo abarcara un fragmento más grande del tablero—. Fíjate: los trazos rojos corresponden a los movimientos de las blancas, y los azules a los de las negras. Está clarísimo.

—O sea, que el zafiro puede leer la partida...

Erik y Jana se miraron con ojos brillantes.

—¡Lo hemos encontrado! —gritó Jana—. Es el tablero... ¡El tablero es el libro!

Al oír sus exclamaciones, David y Álex se acercaron de inmediato. Álex permaneció un poco apartado, como si le diese miedo aproximarse demasiado a los demás. David, por el contrario, pasó el brazo sobre los hombros de su hermana y se



quedó mirando la fina trama de líneas que recorrían las casillas blancas y negras bajo la luz azulada del zafiro.

—Pero si el tablero es el libro, tendríamos que poder leerlo —murmuró, no del todo convencido—. ¿Cómo demonios vamos a saber lo que significan esas líneas?

—La piedra provoca visiones —repuso Jana, mirándola con fijeza—. Si me concentro en ella, quizá nos permita ver el significado de esos trazos.

—Inténtalo —la animó Erik.

La muchacha se puso en pie y, alzando la piedra con ambas manos, la situó encima del tablero, al tiempo que pronunciaba una larga retahíla ininteligible. Al cabo de unos segundos, la piedra se desprendió de sus dedos y comenzó a flotar en el aire.

Bajo su reflejo, las líneas componían ahora un dibujo bien definido.

Poco a poco, la luz que entraba por la ventana fue palideciendo, hasta adquirir el tono grisáceo de una tarde otoñal. De pronto, sentadas frente al tablero había dos personas.

Una era el Álex de siempre, un muchacho normal, absorto en la contemplación de las piezas. El otro personaje era un hombre rubio, de aspecto atractivo, que hablaba animadamente, sin prestar demasiada atención a la partida.

Jana sintió un pinchazo de dolor en la cabeza, y la imagen se desvaneció. Al otro lado de los cristales emplomados de la ventana, el cielo estaba nuevamente oscuro y cuajado de estrellas. Erik se había puesto en pie, y miraba el asiento que ocupaba un minuto antes como si fuese un espejismo. Los trazos seguían allí, bajo la luz del zafiro, como dibujados con tiralíneas.

—Es el libro —dijo a su espalda la voz de Álex, extrañamente distorsionada por la emoción—. Esa visión correspondía a la partida que jugué aquí con mi padre, la última vez que le vi. Fue la misma tarde en que tú intentaste encontrar la torre, Jana...

Yo seguí tu rastro y la encontré.

—Pero entonces... —David había dado la vuelta al tablero para mirarlo desde el lado contrario—. Pero, entonces, ¿cómo funciona el libro?

—Una partida, una visión repuso Jana, retirando la piedra. Cada partida es como un texto, cuenta un hecho del pasado.

Miró a Erik, y luego se giró para buscar la mirada de Álex. Su corazón dio un vuelco al percibir una vez más aquel resplandor que brotaba de su piel, recordándole que ya no era el de antes.

En respuesta a su mirada, Álex asintió con la cabeza.

—Una partida, una visión —corroboró—. Tiene que ser eso...

—Pero, entonces, ¿estamos como al principio! —se impacientó David—. No sabemos cuál es la partida que conduce a la visión de la Caverna. ¿O sí lo sabemos? Álex, tú...

Según Erik, descendes de los kuriles, y tu padre sabía leer el libro... ¿No te dio ninguna pista? No sé, un manual de ajedrez, o algo así...

Álex negó con la cabeza.

—Él me dijo que el ajedrez era el arte de mirar en el futuro. Supongo que eso sí era una pista, pero no me dijo nada más. Nada. De pronto, sus ojos se iluminaron.

—Un momento. Quizá sí me dejó una pista, después de todo —dijo acercándose al tablero, mientras los otros retrocedían instintivamente—. Su símbolo: el símbolo de Céfiro, el símbolo del Desterrado... Tú lo viste, Jana, en aquel papel que estaba metido en un libro de su biblioteca. El símbolo estaba entremezclado con una maraña de trazos azules y rojos... Eran la representación de una partida.

Jana, a una prudente distancia, lo observó con atención.

—¿El papel que quemamos? —repitió—. Sí, tienes razón, podría ser... Tenía muchos trazos verticales, horizontales y diagonales. Ojalá no lo hubiésemos destruido. Si lo tuviésemos todavía, podríamos comprobarlo...

—No hará falta. —Álex devolvió todas las piezas a su casilla de salida, como si se dispusiese a jugar una nueva partida. Mi capacidad de concentración ha mejorado mucho. Y mi memoria también... Creo que seré capaz de reconstruir ese dibujo.

Con una seguridad asombrosa, empezó a mover alternativamente las piezas blancas y negras sobre el tablero. Primero fueron los peones centrales, luego entraron en juego los caballos y los alfiles. Empezaron a caer algunas piezas, el tablero se fue despejando. Él seguía moviendo una pieza tras otra sin detenerse a pensar ni un segundo, como si aquella información fluyese de un modo reflejo desde su cerebro a su mano derecha. A la luz del zafiro, cada movimiento iba dejando un trazo púrpura o azul sobre el tablero, un trazo que ya no volvía a borrarse.

Las jugadas se sucedían unas a otras tan rápidamente que Jana no tenía tiempo de considerar si eran buenas o malas, erróneas o geniales. En un cierto momento tuvo la impresión de que las blancas llevaban una ligera ventaja, pero poco después las fuerzas volvieron a igualarse. Al final quedaban ya muy pocos peones, así como las torres y los reyes de ambos bandos. Las reinas habían desaparecido, los peones intentaban avanzar para coronarse, pero las torres y el rey del adversario se lo impedían.

—Tablas —dijo Álex finalmente, apartándose un par de pasos de la mesa y observando fijamente los trazos marcados sobre el tablero—. Así termina la partida...

Ahí tenéis el texto perdido.

Jana retiró la luz del zafiro de encima del tablero y acercó la piedra a su rostro con expresión preocupada.

—Se supone que ahora me toca a mí —murmuró—. No sé si seré capaz de invocar una visión estable; la de antes ha durado muy poco...

—Esta vez te ayudaré yo —dijo Álex, colocándose frente a ella, a unos cuatro

pasos de distancia—. He cambiado mucho, pero sigo siendo descendiente de Céfiro. Con tu poder y mi poder juntos, estabilizaremos la luz del zafiro y obtendremos una visión lo suficientemente poderosa.

—¿Lo suficientemente poderosa para qué? ¿Para llevarnos a la Caverna? —preguntó Erik, algo molesto por verse relegado a la condición de mero espectador—. Todo son suposiciones, no sabemos nada... Lo más probable es que la visión que invoquéis no tenga ninguna relación con lo que estamos buscando.

Álex le miró sonriendo.

—Yo creo que sí la tiene... De todas formas, muy pronto lo comprobaremos.

Mientras Erik y David permanecían juntos, de espaldas a la ventana, Álex y Jana se miraron largamente a los ojos. Poco a poco, con la solemnidad de una sacerdotisa, Jana fue alzando la piedra hasta situarla a la altura de su frente. Concentrando su pensamiento en el zafiro, comenzó entonces a salmodiar las antiguas fórmulas que había aprendido de su madre. El zafiro se desplazó en el aire hasta situarse sobre el centro exacto del tablero de ajedrez, iluminándolo con su acuoso resplandor. Álex, por su parte, también parecía completamente concentrado en la piedra. Sus ojos permanecían clavados en ella con sobrenatural fijeza.

Sin dejar de repetir las frases rituales, Jana cerró los párpados. Una caricia de viento abrasador le azotó las mejillas, y bajo sus pies notó la blandura de la arena ardiente.

Era una visión muy poderosa, lo supo incluso antes de abrir los ojos. Pero, aun así, no estaba preparada para lo que se le avecinaba.

Un sol cegador reverberaba sobre las dunas, difuminando sus contornos en el horizonte. El cielo era de un azul eléctrico, y se extendía como una cúpula infinita en todas direcciones. No se veía ni una sola nube, pero sí un penacho de humo blanco y ligero a lo lejos, como si algo estuviese quemándose.

Y allí, frente a ellos, semienterrada bajo la arena rojiza, estaba la Caverna. Una gran boca oscura en medio de la luz, insondable en su profundidad... En realidad no se trataba de una formación geológica natural, sino de la entrada de un templo muy antiguo, o tal vez de una tumba. Enmarcada por grandes piedras rectangulares cubiertas de jeroglíficos, aquella abertura negra parecía llamar a los recién llegados con su promesa de frescor y sombra.

Jana miró a su espalda para ver qué había sido de sus compañeros. Allí estaban los tres, con los ojos desorbitados como los de ella, mirando fijamente la boca de la Caverna, incapaces de pronunciar una sola palabra.

David fue el primero en reponerse de la impresión.

—Esto es increíble, Jana —exclamó, muy excitado—. Nunca habías tenido una visión así. Es... es como si fuese real...

Jana notó una vez más la blandura de la arena, el aire áspero y ardiente que la

obligaba a entornar los ojos. Si; era demasiado real para tratarse de una visión.

Demasiado real...

El miedo le atenazó la boca del estómago, y por un momento tuvo la sensación de que no podía respirar.

—Esto no es una visión —dijo con voz entrecortada—. Si lo era, ya no lo es. Es la verdadera Caverna. Hemos llegado a nuestro...

Un viento brutal y oscuro la derribó sobre la arena, cuyo contacto le abrasó el brazo en el que se había apoyado al caer, atravesando la fina tela de la camiseta. Intentó abrir los ojos pero no pudo. La arena se le metía entre los párpados y en las fosas nasales, amenazando con asfixiarla. El torbellino hacía un ruido ensordecedor, y trató de taparse los oídos. Al mismo tiempo, notó una inexplicable sensación de desgarró en su interior, como si el corazón se le estuviese rompiendo.

Después de unos instantes, todo cesó. El cielo volvía a estar azul; la arena, inmóvil; la entrada de la Caverna, tan oscura como antes.

Jana se incorporó con dificultad. Sin saber por qué, estaba temblando de pies a cabeza.

Cuando miró a su alrededor para ver qué había sido de sus compañeros, descubrió a cierta distancia los rostros desencajados de Erik y David.

Álex, en cambio, había desaparecido.

## Capítulo 6

La oscuridad se lo ha tragado —dijo David, señalando la estrada de la Caverna—. Sentí cómo lo absorbía, ¿vosotros no? Deberíamos volver, Jana. Todo esto podría ser una trampa, pero aún estamos a tiempo de darnos la vuelta.

Jana sonrió con una mezcla de sarcasmo y tristeza.

—¿Volver? Esto ha dejado de ser una visión, David. No creés que podamos volver, aunque queramos. Yo, al menos, no sabría cómo...

—No vamos a irnos de aquí sin haber averiguado lo que le ha pasado a Álex —decidió Erik.

David lo miró con gesto hosco.

—¡Pero es uno de ellos! —protestó—. Tenemos suerte de estar vivos todavía. Puede que haya ido a reunirse con los demás para prepararnos un «recibimiento»... ¿Crees que no sabe lo que nos traemos entre manos? Si sacamos esa corona de fuego de la Caverna, habremos terminado con el poder de los guardianes. Él lleva meses viviendo con ellos entrenándose en su magia... ¿De verdad pensáis que nos quiere ayudar?

—De momento nos ha traído hasta aquí —dijo Jana, pensativa—. Sin él, no lo habríamos conseguido nunca.

—¿Y qué? Eso no demuestra nada —insistió su hermano—. Probemos a unir nuestro poder para salir de este desierto...

—La única salida de este desierto es a través de la Caverna —repuso Erik, avanzando resueltamente hacia la entrada negra de la tumba—. ¿No lo sentís? Aquí no hay nada más... Entremos. No hemos llegado tan lejos para deternos ahora.

Sin decir nada, Jana empezó a caminar detrás de Erik. La serpiente tatuada en su espalda le ardía, como si estuviese intentando desprenderse de su piel y liberarse de ella. Tratando de no pensar en aquel dolor, aceleró el paso sobre la arena abrasadora.

Al llegar al umbral de la Caverna, agradeció el frescor de la sombra.

Ante ellos, una ancha escalinata descendía hacia las profundidades de la tierra. Los peldaños estaban cubiertos de arena rojiza, bajo la cual se adivinaba la piedra lustrosa y desgastada por siglos de exposición al viento y a los cambios de temperatura.

—¿No vas a entrar? —preguntó Jana, volviéndose hacia su hermano.

Con gesto malhumorado, David empezó a arrastrar los pies hacia la estrada de la gruta. Dándole la espalda, Jana descendió las escaleras detrás de Erik. Bajaron durante un buen rato, hasta que la luz del sol se convirtió en un remoto resplandor por encima de sus cabezas.

Una vez abajo, al principio no vieron nada. Los ojos de Jana, deslumbrados poco antes por la luminosidad cegadora del desierto, tardaron más de un minuto en adaptarse a la penumbra. Pero cuando al fin distingió las paredes que la rodeaban, no pudo detener un grito de admiración. Todo estaba cubierto de dibujos y jeroglíficos de vivos colores, los muros y el techo... Un barco surcando los cielos, el sol y la luna; varios personajes a bordo con cabezas de animales, entre los que Jana reconoció las representaciones de diversas deidades egipcias: el dios Sobek, mitad hombre y mitad cocodrilo; la diosa Bastet, con su cara de gato...

—Hermosos —suspiró, olvidándose por un momento de todos sus temores—. Me pregunto si Álex habrá visto esto.

—Es muy bonito —concluyó Erik—, pero hay algo que no me cuadra... Esta no puede ser la verdadera Caverna. Es demasiado pequeña, y, aparte de estas pinturas, aquí no hay nada.

—Tienes razón —murmuró Jana, bajando instintivamente la voz—. Esto no es más que la entrada. Pero no se va nada más... ¿Qué opinas, David?

El muchacho estaba contemplando las pinturas del techo con la boca abierta, y Jana tuvo que repetirle la pregunta para que la oyera. Una vez que logró procesar la información, volvió a concentrarse en las pinturas, aunque con otra expresión.

—Esa pared de enfrente está vacía —dijo de pronto señalando a la pared del fondo de la cámara, que, a diferencia de las demás, estaba pintada de un azul liso y desvaído—.

Ahí es donde está la puerta.

David caminó decididamente hasta aquella pared y la rozó con los dedos de la mano.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Erik—. ¿Cómo lo sabes?

—Tú tienes un dragón. Yo tengo mis dedos. Mi magia es diferente de la tuya y de la de Jana, pero, sin ella, tú no llevarías el dragón de Óber sobre tu piel.

—Entonces, ¿ves esa puerta? —inquirió su hermana—. ¿Está oculta bajo un hechizo?

David volvió a pasar una mano sobre la superficie polvorienta y azul del muro. Luego negó lentamente con la cabeza.

—Antes me he expresado mal —aclaró—. La puerta no está aquí. No es algo que haya que descubrir, hay que crearla.

Jana y Erik se miraron. Ninguno de los dos comprendía muy bien lo que quería decir David.

Pero el muchacho había dejado de prestarles atención. Completamente concentrado en la superficie azul verdosa del muro, había empezado a acariciarla lentamente con ambas manos. Cada uno de sus gestos tenía la precisión y la delicadeza de un artista tocando su instrumento. Resultaba fascinante seguir el

movimiento de sus dedos, aquella especie de danza de sus brazos, su torso y su cintura al son de una música que nadie podía oír. Pero aún más fascinantes eran las formas que habían empezado a cubrir el muro bajo el poderoso influjo de sus manos... Juncos, papiros, figuras humanas, jeroglíficos, estrellas reflejadas en el agua tranquila de un río. Todo eso dibujó David sobre la pared vacía con la magia de sus dedos de artista, y no tardó en completar su obra más que algunos minutos.

A unos cinco metros de distancia, Jana observaba asombrada la belleza y el colorido de aquellas imágenes a medida que iban brotando como flores de humedad en el muro. Lo más impresionante era el modo en que armonizaban con el resto de las pinturas de la cámara, completando, en cierto modo, su significado.

Pero no; había algo más impresionante aún.

En el centro de su composición pictórica, David situó un ibis con las patas sumergidas en el agua. En cuanto el dibujo estuvo terminado, aquella ave mística levantó el vuelo y abandonó su arquitectónica prisión. En su lugar quedó una negra abertura por la que penetraba una corriente de aire cálido y viciado.

David había creado una entrada para acceder a la gruta.

El prodigio hizo retroceder al propio artista hacia el lado opuesto de la cámara. Sin embargo, una vez que logró asimilar lo sucedido, miró a su hermana con una sonrisa triunfal.

—Te lo dije —exclamó—. Querías una entrada, ¿no? Pues ahí la tienes.

Jana empezó a caminar, como hipnotizada, hacia la grieta en forma de ibis. No era demasiado ancha, pero sí lo suficiente como para permitir el paso a través de ella de una persona. Sin pensárselo dos veces, Jana pasó el torso y una de sus piernas a través del hueco que había dejado el cuerpo de ibis. Luego apoyándose en la pared por el interior, deslizó dentro la otra pierna.

Al principio solo distinguió contornos borrosos, formas oscuras en un espacio que parecía inmenso. La reconfortó notar la presencia de Erik a su lado y, unos segundos más tarde, la de David. Erik la había cogido de la mano, y juntos avanzaron un par de pasos, mientras los bultos que los rodeaban comenzaban a definirse. Poco a poco, una luminosidad de procedencia incierta reveló los colores de aquellos objetos que cubrían el suelo por todas partes, hasta perderse de vista.

Eran cofres. Cofres de madera con herrajes dorados y plateados, cofres antiguos, de todas las formas y tamaños. Algunos estaban cerrados, pero la mayoría se encontraban abiertos, mostrando a quien quisiera mirar su contenido. Y lo que contenían era tan increíble que, por un momento, Jana se preguntó si no estaría soñando: no podía ser, era como encontrarse en la cueva de Alí Babá, pero como haber hallado la guarida de un pirata, repleta de tesoros. Porque de eso se trataba: los cofres estaban llenos de joyas, de antiguas monedas de oro y plata, de perlas, esmeraldas y rubíes. Pero también había otras cosas: teléfonos móviles de última

generación, videoconsolas, ordenadores portátiles, reproductores MP3 de diseño vanguardista... Y, curiosamente, todos aquellos artefactos tecnológicos emitían un brillo aún mayor que el del oro y las piedras preciosas que los rodeaban.

Las miradas deslumbradas de los tres jóvenes se encontraron.

El primero que empezó a reír fue David, pero los otros dos se le unieron al instante.

Reían de un modo desaforado, histérico, enloquecido. Y en medio de aquel incontenible ataque de hilaridad, Jana se dio cuenta de que lo que de verdad sentía era miedo. Porque aquellos tesoros sencillamente no podía existir más que en su imaginación. Era como si, después de una larga búsqueda, hubiese llegado a lo más recóndito e inconfesable de su propia alma. Y lo que veía a su alrededor no era más que una apabullante representación de sus deseos más remotos, de sus sueños infantiles más escondidos. Riquezas, objetos hermosos, tecnología avanzada, joyas, libros... Todo lo que un ser humano pudiera desear en el aspecto material. Cosas por las que mucha gente estaría dispuesta a matar y a morir, a traicionarse a sí misma y a cometer los más infames delitos.

Sin acordarse de sus compañeros, empezó a caminar sonámbula a través de aquel bosque de riquezas. Más de una vez pensó en detenerse y en escoger algunos de aquellos objetos maravillosos que parecían llamarla desde los cofres, pero su curiosidad era más fuerte que su codicia, de modo que siguió avanzando. A unos cincuenta metros de la entrada de la cueva, los cofres empezaron a entremezclarse con montones de oro y piedras preciosas de diferentes tamaños. Parecía imposible, pero allí estaban...

Después de un rato, Jana sintió que empezaba a recobrar la cordura tras la sorpresa inicial. Se detuvo y tomó aliento, olvidándose por un momento de todos aquellos tesoros que la rodeaban. Con expresión inquieta, se volvió para observar las reacciones de Erik y David...

En ese momento un relámpago zigzagueó por el interior de la gruta, rebotando en las paredes de la roca con un ruido salvaje. El eco de aquel trueno se prolongó a través de las bóvedas, repitiéndose interminablemente... Antes de que se hubiera apagado, un nuevo relámpago cegó a la muchacha, y una fuerza brutal y desconocida la derribó. Vio pasar varios trazos lumínicos sobre su cabeza describiendo un arco en el aire para perderse en lo más profundo de la Caverna. Luego, nada...

Algo tiró de su cuerpo hasta desgarrarla de dolor, y de pronto se encontró en el aire, moviéndose a una velocidad de vértigo a través de salas oscuras con techos cubiertos de estalactitas, como si ella fuese un clavo de hierro y un imán irresistible estuviese atrayéndola hacia sí.

Cuando cayó al suelo, pensó que se le habían roto todos los huesos de su cuerpo. El golpe fue brutal; tanto, que al principio creyó que aquel dolor intenso que le



oprimía el pecho contra el suelo era lo último que iba a sentir en su vida.

Pero se equivocaba se encontraba muy maltrecha, quizá malherida; sin embargo, al cabo de un rato se dio cuenta de que no iba a morir, al menos de inmediato.

Tardó varios minutos en poder mover la cabeza, y algunos más en sentir los brazos y piernas. Intentó incorporarse varias veces, pero al final tuvo que darse por vencida.

Necesitaba ayuda; no podía quedarse indefinidamente allí tirada, esperando a que alguien diese con ella. Sobre todo necesitaba saber qué les había pasado a Erik y a David. Tal vez no estuviesen muy lejos; pero si aquella fuerza monstruosa también los había alcanzado, probablemente se encontrarían tan magullados como ella.

Empezó a llamarlos con toda la fuerza de la que era capaz, pero no tardó en comprender que el sonido que brotaba de sus labios se parecía más a un débil quejido que a un grito. Aun así, repitió insistentemente los nombres de Erik y de David. En un momento dado, sin saber muy bien por qué, empezó a llamar a Álex...

La única respuesta que obtuvo fue un lejano e insistente murmullo de agua que parecía brotar de las entrañas de la tierra.

Entonces se le ocurrió una idea. No podía moverse, pero quizá existiese otra manera de comunicarse con sus compañeros. Tenía sus poderes, y tenía la piedra... Se revolvió en el suelo para poder acceder al bolsillo derecho de sus pantalones y, con dedos ávidos, rebuscó en su interior. Un suspiro de alivio se le escapó al encontrar lo que buscaba. Sí allí seguía... Con mucho cuidado, extrajo del bolsillo el zafiro de Sarasvati y se lo acercó a los ojos.

Decidió concentrarse primero en David. Le preocupaba mucho lo que le hubiese podido ocurrir, pues, en cierto modo, se sentía culpable por haberlo arrastrado a aquella aventura. Antes de pensar en cualquier cosa, necesitaba asegurarse de que su hermano estaba vivo... Con los ojos fijos en la piedra, comenzó a recitar una de las antiguas fórmulas de la tradición agmar.

El resplando azul de zafiro fue agrandándose hasta inundar todo su campo visual. Y en medio de aquella claridad acuática, Jana vio de pronto a David enzarzado en una extraña pelea con un personaje alto y esbelto al que identificó de inmediato como uno de los guardianes. Su piel emitía un suave resplandor verde, y, por sus giros y patadas, daba la impresión de que estaba intentando reducir a su adversario mediante algún arte marcial que Jana desconocía. Pero David, con sorprendente agilidad, esquivaba uno tras otro todos los golpes, si bien no parecía encontrar el modo de devolverlos.

Jana trató una vez más de ponerse en pie, y una vez más tuvo que rendirse a la evidencia. No podía moverse, pero quería ayudar a su hermano en aquella desigual lucha. Sobreponiéndose a su debilidad, gritó su nombre, pero la imagen de David no dio muestras de oír su voz. Probablemente se encontraba muy lejos. Aquella caverna

debía ser un auténtico laberinto...

De pronto, David hizo algo que la dejó sin aliento. Acercándose peligrosamente al guardián, extendió su mano y comenzó a moverla velozmente, como si estuviese dibujando algo en el aire, a escasos centímetros del brazo de su enemigo. Jana vio cómo la coraza del guardián se deshacía en pedazos, y cómo su piel desnuda empezaba a cubrirse de una maraña de dibujos negros que representaban las flores y las ramas de una gran enredadera. Aquella telaraña vegetal se extendió como una gota de aceite por el hombro y el pecho del guardián, que se había quedado completamente inmóvil, con los ojos fijos en algún punto lejano. El tatuaje siguió avanzando hasta extenderse por toda la piel, que había dejado de brillar. David se apartó y, con una mueca de dolor, se miró la mano. Jana ahogó un grito al ver que sus dedos estaban quemados, y cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, la visión había desaparecido.

Por un momento descansó sobre el suelo, exhausta y preguntándose qué podía hacer.

David parecía haber derrotado a su enemigo, al menos temporalmente, pero no se encontraba en condiciones de ayudarla. La única opción que le quedaba era por lo tanto, recurrir a Erik...

Respirando profundamente, alzó una vez más la piedra a la altura de sus ojos e inició un nuevo ritual mágico. Las palabras fluían ahora con mayor seguridad de sus labios, señal de que empezaba a recuperarse. En pocos minutos, el azul zafiro la envolvió completamente y en su interior, como si de una imagen submarina se tratara, vio a Erik.

También él estaba luchando. Y su adversario era otro guardián, de aspecto mucha más sereno y temible que el que había visto enfrentándose con David. Por la tenue luz rojiza que bañaba su piel, Jana comprendió que se trataba de Corvino. Entre los medu, Corvino tenía fama de ser el más peligroso de los guardianes. Su virtud era inquebrantable, y su nombre se empleaba en el seno de los clanes para asustar a los niños pequeños.

Y ahora aquel héroe moreno de facciones nobles y mirada fría, estaba enfrentándose en un duelo con espada al hijo de Óber.

Jana nunca había visto a Erik empuñar la espada, pero enseguida se dio cuenta de que se había ejercitado largamente en su manejo. Impulsada por sus movimientos, Aranox endía el aire en todas direcciones, avanzando tan pronto hacia delante como en diagonal, y sorprendiendo continuamente al adversarios por sus inesperados cambios de ritmo. Corvino, por su parte, no parecía menos, hábil con su arma. No se limitaba a parar los golpes de Erik, sino que lo atacaba continuamente con certeza rapidez, llegando a rozarle en más de una ocasión con la punta de su propia espada.

De pronto sobre el pecho de Erik comenzó a crecer una coraza de escamas negras

y brillantes. Aquella segunda piel se extendió hasta cubrirle toda la parte posterior de la cabeza, como un flamante casco que proyectaba impresionantes púas a la altura de los ojos y de la boca. Protegido de esa guisa, parecía imposible que Corvino lograra herir al joven. Sin embargo, el guardián ni siquiera se inmutó. Continuó atacando con redoblada fiereza, solo que sus golpes parecían poseer una mayor capacidad de destrucción.

Después de detener como pudo seis o siete ataques consecutivos, Erik retrocedió, desconcertado. Corvino avanzó resueltamente hacia él y, antes de que el otro pudiese reaccionar, amagó con la espada y, engañándole, se abrió camino hasta perforarle con la punta la mágica coraza a la altura del hombro derecho. Jana vio sangre sobre las escamas negras, y oyó el veroz rugido con que Erik se lanzó una vez más contra Corvino, sin alcanzarlo. Por un momento, le pareció vislumbrar la forma resbaladiza de la cola de un dragón rodeando los pies del guardián. Sin embargo, este saltó ágilmente y evitó la caída.

Con cada segundo que pasaba, el combate parecía inclinarse más y más del lado de Corvino. Jana respiraba agitadamente, ahogándose de impotencia. Erik tenía a Aranox, ¿acaso lo había olvidado? ¿A qué estaba esperando para invocar su magia?

Con esa misma espada, su antepasado Drakul había vencido a Arión. ¿No podía Erik hacer lo mismo?

En ese momento, como si Erik hubiese captado su impaciencia, el muchacho alzó la espada en vertical con ambas manos y dijo algo que Jana no logró entender, Corvino se quedó quieto instantáneamente, observando la espada. Y entonces sucedió algo muy extraño. El rostro de Erik comenzó a deformarse ante sus ojos, y en pocos segundos había adquirido la apariencia exacta del de su enemigo. El mismo resplandor rojo iluminaba sus rasgos. Al mismo tiempo, las escamas negras de su armadura palidieron, hasta parecer de nácar. Corvino contemplaba atónito la transformación, que culminó con la aparición de dos grandes alas en la espalda de su rival. Era como si se estuviera viendo a sí mismo transmutando en ángel...

Con aquellas alas de plumaje blanco y plateado, Erik alzó el vuelo. Permaneció suspendido unos instantes sobre su adversario, mirándolo con una beatífica sonrisa.

Luego, atacó. Corvino retrocedió, sorprendido. Esta vez no parecía preparado para el golpe. Reaccionó enseguida, pero se notaba que había perdido la seguridad al principio. Ahora se limitaba a esquivar los ataques, sin tomar nunca la iniciativa.

—Muy inteligente —observó una voz increíblemente melodiosa a espaldas de Jana—.

Tu amigo es muy listo, no sé cómo se le ha ocurrido... Corvino es tan perfecto que su único punto débil es su propia virtud. Luchar con él mismo, con la imagen de lo que él podría llegar a ser si renunciara a su humanidad... Es terrible, no creo que salga vencedor.

Con la piel erizada de espanto, Jana se apresuró a esconder la piedra. La visión de Corvino luchando contra sí mismo desapareció instantáneamente. Sobreponiéndose al dolor de sus miembros, la muchacha logró darse la vuelta y vio a la joven que había hablado. En realidad ya sabía quién era antes de verla... Se trataba de Nieve.

—¿Desde cuándo estas ahí? —preguntó con voz entrecortada.

—Desde antes de que tú llegaras. En realidad te estaba esperando —repuso Nieve.

Se encontraba pálida, y el reflejo azulado de su rostro acentuaba la tristeza de sus rasgos.

—Corvino decidió que debíamos separarnos para neutralizaros y eso es lo que hemos hecho —continuó, con su voz indescriptiblemente musical—. Sin embargo, creo que todos os hemos subestimado.

—¿Estabais esperándonos?

—Argo estaba de guardián, protegiendo la Caverna. Cuando lograsteis entrar, nos llamó... En realidad me alegro de que estés aquí.

Arrodillándose junto a Jana, Nieve extendió una mano y, sin llegar a tocarla, la paseó repetidamente sobre su frente. Jana notó que sus dolores se aliviaban. Después de tantos intentos fallidos logró incorporarse.

—¿Tú no vas a atacarme? —pregunto, desafiando a Nieve con la mirada.

Nieve meneó la cabeza suavemente.

—No, Jana. Yo ya no soy como ellos. Estoy cansada... Quiero que todo esto termine.

—Entonces, ¿por qué no me has ayudado antes? —preguntó Jana con desconfianza.

—Me quedé absorta contemplando tus visiones. Heru, vencido, y Corvino, en dificultades... En serio, nunca lo habría creído.

—¿Y si hubiese sido al revés? Si Heru hubiese vencido a mi hermano, ¿lo hubiese matado?

Nieve encogió los hombros.

—No lo sé. Probablemente sí. Pero ahora lo importante, no son ni ellos ni nosotras.

Lo primordial es salvar a Álex... Ahora que los demás están distraídos luchando, podemos intentarlo.

Jana se puso de pie con dificultad. En sus ojos apareció un destello de temor.

—¿Salvar a Álex? —repitió—. ¿Qué le pasa?

Nieve comenzó a avanzar rápidamente por la oscura galería en la que se encontraban.

El resplandor de su piel iluminaba las estalactitas del techo. Jana la siguió con paso titubeante, pero enseguida se dio cuenta de que la guardiana la había liberado

definitivamente de sus dolores. De pronto se encontró flotando en el aire cerca de ella.

—Álex se ha convertido en el Último —explicó Nieve. Su voz parecía resonar a la vez en todas las paredes, vibrante y cristalina—. Mis compañeros quieren que se sienta de una vez por todas en el trono vacío y cumpla con su misión, pero eso no es lo que él desea. En teoría, solo puede ocupar el trono por voluntad propia... Pero me preocupa Argo. Dijo que llevaría a Álex hasta el trono, y no sé cómo encajará su negativa a ocuparlo. Argo ha cambiado mucho a lo largo de los siglos, ya casi no le reconozco. Él no quiere la paz, ni siquiera le basta con la victoria. La verdad es que no tengo claro lo que quiere.

—¿El trono está aquí? —preguntó Jana, dudando de que su voz alcanzase los oídos de Nieve, que flotaba a cierta distancia de ella, sobrevolando una sala de la gruta tras otra—. Pero si Álex se sienta en él, todo habrá terminado...

—No todo. Pero sí será vuestro fin. El fin de vuestra magia, de vuestros símbolos. Y, desde luego, también el fin de Álex.

Jana notó que la fuerza que la impulsaba en el aire se debilitaba, hasta depositarla una vez más en el suelo. Nieve también había dejado de flotar, y se encontraba a su lado.

Miraba con aprensión una abertura en forma de arco de la que salía una luz débil y cambiante, como el reflejo de una hoguera sobre las piedras.

—Ahí están —dijo, con una sombra de terror en los ojos—. No se que va a ocurrir, Jana. Quizá hayamos llegado demasiado tarde.

Caminaron hacia el arco de luz. En el momento de traspasarlo, Jana lanzó un alarido de dolor. La serpiente tatuada en su espalda parecía estar desgarrándose, y el sufrimiento que eso le producía era insoportable.

Luchando por no caer al suelo, la muchacha avanzó a trompicones detrás de Nieve.

El dolor le nublabla la vista, pero, aun así, distinguió las sombras oscilantes de un sinfín de objetos sobre las paredes irregulares de la gruta; sombras que danzaban, agrandándose o empequeñeciéndose según las fluctuaciones de la hoguera que ardía en el centro.

Una caverna de sombras. Aquel había sido el principio de todo... Y aquel podía ser, también, el final.

Desfallecida de dolor, Jana buscó una pared donde apoyarse. No encontró ninguna, ya que la cueva, en ese lugar, era inesperadamente amplia, y ella y Nieve avanzaban por el centro. Pero sí vio algo, a su derecha, que atrajo de inmediato su atención. Era un aro de luz resplandeciente que flotaba en la oscuridad, con una llama vertical engarzada en su parte delantera. Un aro de blancura cegadora; una corona de luz, se le ocurrió de repente...

—La Esencia de Poder —consiguió murmurar.

Las palabras brotaron casi inaudibles de sus resechos labios. Pero Nieve no dio muestra de oírlas. Jana retrocedió espantada al ver el hermoso rostro de la guardiana desfigurado de pánico.

Los labios de Nieve dejaron escapar un alarido inhumano un alarido que reverberó largamente sobre las rocas, resquebrajándose en una sucesión de ecos interminables.

Jana siguió la dirección de su mirada. Frente a la corona de luz se alargaba una sombra que parecía emanar de ella, una sombra que atravesaba el suelo de la Caverna y trepaba por la pared opuesta, formando una especie de trono de oscuridad. Y en aquel trono, casi irreconocible, se hallaba sentado el Último guardián. Su rostro seguía siendo el de Álex, a pesar los miles de tatuajes que se superponían sobre su piel desnuda, convirtiéndola en un laberinto de trazos. En medio de aquella selva de dibujos, los rasgos del joven aparecían extrañamente deformados, pero, aun así, Jana distinguió en ellos una expresión de horrible sufrimiento. Sus pupilas estaban vacías, sus párpados permanecían inmóviles, como si ya no fuesen capaces de reacción alguna. Y cientos de sombras acudían volando a aquella piel de oscuro resplandor azul y se adherían a ella, quedando atrapadas para siempre.

—¡Álex! —gritó desesperada, sacando fuerzas de flaqueza—. Álex, soy yo...

Nieve se acercó a ella y, sin tocarla, la miró con infinita piedad.

—Déjalo, Jana —murmuró—. Ya no puede oírte. Está fuera de nuestro alcance. No sé cómo ha ocurrido, pero ya es demasiado tarde para salvarlo... Lo único que podemos desear es que todo termine cuanto antes y que, por fin, deje de sufrir.

## Capítulo 7

Qué hace ella aquí? —tronó una voz masculina entre las sombras—. ¿Por qué no la has matado?

—¿Argo? —preguntó Nieve, retrocediendo un paso.

De la oscuridad emergió una imponente figura con dos enormes alas cubiertas de ojos de plata que resplandecían en la penumbra.

—Argo, ¿qué has hecho? —gritó Nieve, horrorizada—. ¿Qué son esas alas?

El guardián emitió una suave carcajada y sacudió las alas hasta elevarse unos cuantos centímetros en el aire.

—Son el poder, Nieve. Son lo que tanto os tienta a todos, lo que os da tanto miedo que no os atrevéis ni a pensar en ello. Son el fin de la esclavitud... He dejado de ser un hombre. En realidad, todos hemos dejado de serlo hace mucho tiempo, solo que os negáis a aceptarlo. Pero observa, observa lo que pasa cuando finalmente uno se acepta a sí mismo... Es hermoso, ¿no te parece?

Mientras Argo hablaba, Jana observaba petrificada las sombras que volaban hacia Álex como papeles carbonizados, adhiriéndose a su piel.

—Argo, has traicionado todo aquello por lo que llevamos siglos luchando. Elegimos ser humanos, ¿te acuerdas? —preguntó Nieve con su extraordinaria voz.

El ángel sonrió con desdén.

—No, no me acuerdo —replicó—. Hace ya demasiado tiempo. Es nuestra única opción, Nieve. No sé cómo no te das cuenta... La perfección; la inmortalidad.

Imagínate lo que podrías hacer.

—No lo entiendo —balbuceó la aludida. ¿Desde cuándo...?

—Desde hace bastante tiempo. Te sorprendería la cantidad de años que llevo ocultándome... Solo en muy raras ocasiones me he revelado en mi auténtica apariencia. Cuando maté a Hugo, por ejemplo. Quise darle una lección, hacerte comprender que no tenía ninguna posibilidad de salirse con la suya. Tenía que verme en todo mi esplendor para convencerse. No quería matarle tan solo, eso no bastaba...

Antes necesitaba arrebatarse la esperanza.

Al oír mencionar a Hugo, Jana buscó en la penumbra la mirada de Álex. Sin embargo, el joven, consumido por el dolor de las sombras que se adherían a su piel, parecía ajeno a todo cuanto sucedía a su alrededor. Daba la impresión de que se hallaba sumido en una especie de trance y ni siquiera había advertido la llegada de Nieve y Jana.

Nieve también miró unos segundos a Álex al oír el nombre de su padre, y sus ojos se llenaron de compasión.

—De modo que fuiste tú quien mató a Hugo —musitó—. ¿Por qué, Argo? ¿Por qué?

—Porque había comenzado a enredar con el futuro. Intentaba evitar que llegase este momento. Yo no soy un kuril, nunca he aprendido a jugar con el tiempo. Pero vi lo que estaba intentando hacer, y me adelanté.

—Todo para que Álex se convirtiera en el Último...

—Todo para que no pudiera elegir. Es lo mejor para todos. Nieve. Devolver la magia de esas criaturas abominables a la Caverna, arrebatárles una vez más su poder sobre los hombres... Él no quería hacerlo. Durante algún tiempo pensé que sí, pero luego, cuando se fue, me di cuenta de que iba a elegir otro camino. No podía permitirlo...

Así que, ya ves, he utilizado mis «dotes de persuasión» para obligarle a sentarse ahí.

Mientras Argo hablaba, Jana escuchaba sus palabras distraída, sin apartar los ojos de Álex ni un solo instante.

Las sombras seguían cayendo sobre él, imprimiendo dibujos sobre su piel. Los reflejos de las llamas danzaban sobre su rostro cubierto de símbolos y centelleaban en sus pupilas. No veía, no oía. Lo único que su rostro dejaba traslucir era un espantoso sufrimiento. Jana no pudo soportarlo más, y empezó a avanzar lentamente hacia el trono.

—Argo, esta no es la forma decía Nieve, mientras tanto, en tono persuasivo—.

Nosotros nunca hemos sido como ellos, nunca hemos obligado a nadie a hacer lo que no quería... Esto no funcionará, es imposible que funcione.

Las puntas de los pies de Argo volvieron a posarse en el suelo, y sus alas dejaron de agitarse. Una divertida sonrisa iluminaba su semblante.

—¿Que no puede funcionar? —repitió, mordaz—. Vamos, Nieve, ¡si ya está funcionando! ¿Es que no lo ves? Unos minutos más y el ritual habrá concluido.

Después, su cuerpo arderá lentamente, consumido por los símbolos robados, hasta terminar desapareciendo. Y el trono volverá a quedar vacío otra vez.

—Sí —murmuró Nieve—. Y otra vez a empezar...

Los próximos años serán buenos —afirmó Argo, muy convencido—. Esa chusma tardará siglos en reconstruir sus poderes, y, mientras tanto, podremos dedicarnos a vivir tranquilamente y a descansar. Cuando os decidáis a dar el paso que yo he dado, veréis las cosas tan claras como yo. Todo volverá a ser como al principio... No, ¡mejor que al principio!

Nieve meneó la cabeza de un lado a otro. Sus ojos reflejaban una gran angustia.

—Eso solo durará un tiempo —murmuró—. Luego vendrá una nueva guerra.

Argo volvió a remontar el vuelo y, desde la altura de la Caverna, observó a su compañera con impaciencia.



—¿Y qué? —repuso—. Otra guerra que también ganaremos, como ha ocurrido siempre. Incluso con mayor facilidad, si seguís mi ejemplo y renunciáis a vuestra condición de hombres.

—¿Y él? —murmuró Jana, señalando con la cabeza el cuerpo sufriente de Álex—.

¿No te da pena destruirlo?

Argo volvió a reír. Su risa sonaba tan franca y alegre que Jana sintió deseos de vomitar.

—¿Pena? No, no me da ninguna pena —contestó el guardián—. Eso de la compasión ya no significa nada para mí. Es demasiado humano., ¡Mira, el final se acerca!

Con ojos espantados, Nieve y Jana miraron a Álex. El muchacho se había puesto en pie con gran dificultad, como si ya no pudiese permanecer sentado por más tiempo.

Las sombras seguían cayendo sobre él, leves y oscuras como cenizas, pero él no parecía notarlas.

Jana no pudo seguir soportándolo. En pocos minutos Álex moriría allí mismo, a escasos metros de ella; y con él, se consumiría toda la magia de los medu. Pero la magia, en ese instante, era lo que menos le preocupaba...

Por su mente desfilaron todos los momentos de intimidad que había vivido con Álex.

No eran muchos, pero cada uno de ellos parecía vibrar en su cerebro con una luz especial, como un pequeño tesoro que guardaría para siempre en su memoria. De repente no podía resistirse a añadir a aquella pequeña colección de momentos hermosos un último y definitivo instante. Al fin y al cabo, ¿qué importaba ya todo?

La vida había dejado de tener sentido para ella.

Sabía que si su piel rozaba la de un guardián, empezaría a consumirse poco a poco, como la llama de una vela.

Sabía que un medu no podía sobrevivir a aquel contacto, pero, aun así, continuó caminando lenta e inexorablemente hacia el trono de sombra. Finas llamas azules y blancas habían comenzado a arder alrededor de Álex, que observaba sin ver la hoguera encendida frente a él y las sombras que danzaban sobre las paredes de roca.

Mientras avanzaba, Jana siguió oyendo la voz dulce y musical de Nieve intentando convencer a Argo, pero sus palabras ya no tenían ningún significado para ella. Desde el principio había intuido que Argo no cedería. Aquellas alas cubiertas de ojos plateados eran prueba más que suficiente de su orgullo inhumano, de su despiadado fanatismo. Había renunciado a ser un hombre solo para destruir a los medu, y no iba a desaprovechar su victoria en el último momento. Lo que significaba que todo estaba perdido.

Enfrascados en su inútil conversación, ni Argo ni Nieve la vieron acercarse a las llamas que rodeaban al moribundo Álex. Sin embargo, en el último instante, una voz bien conocida intentó detenerla:

—Jana, ¡no! —gritó Erik, que acababa de entrar en la cámara de las sombras—. ¡Por favor, no lo hagas!

Jana se volvió a mirarlo y le sonrió. Intentó poner en aquella sonrisa todo el respeto y la admiración que sentía por el hijo de Óber, todos aquellos sentimientos que hasta entonces había evitado cuidadosamente manifestar en su presencia. Le pareció que Erik captaba su emoción, y que en sus ojos temblaban dos lágrimas. Detrás de él, a cierta distancia, Corvino, sujetándose un hombro herido, observaba petrificado la escena.

Jana comprendió que no le quedaba demasiado tiempo, así que bajó la vista hacia las llamas azuladas y, sin el más leve titubeo, las atravesó. De pronto se encontró muy cerca de Álex, o de lo que quedaba de él. Contempló llena de piedad su torso desnudo y cubierto de tatuajes que parecían rivalizar entre sí por enterrar en su negrura cada milímetro de su piel. El cuerpo del muchacho temblaba levemente, y se estremecía al contacto de cada nueva sombra con un indescriptible espasmo de dolor.

Jana alzó muy despacio los ojos hacia aquel rostro que tanto significaba para ella.

Comprendió que él no podía verla ni oírla, pero, aun así, le rodeó la cintura con los brazos y se estrechó contra él. Había decidido mantenerse abrazada a Álex hasta que todo terminara. Con una pasión tan intensa que casi le nublaban la vista, acercó sus labios a los del muchacho y le besó.

Nunca supo cuánto tiempo había permanecido así, pegada al cuerpo de Álex, mientras sentía cómo su propio cuerpo se iba debilitando lenta e inexorablemente. De repente, una violenta sacudida la separó bruscamente del muchacho.

Con ojos desorbitados, Jana miró hacia el lugar de donde provenía aquella fuerza, y lo que vio la dejó sin aliento.

Se trataba de Erik. Erik se había ceñido la corona de fuego blanco, haciendo desaparecer bruscamente la sombra del trono, a espaldas de Álex.

—¡Erik! —gritó Alex, emergiendo bruscamente de su letargo—. ¡Erik, no...!

Erik sonrió con una mezcla de tristeza y resignación, mirando fijamente a los dos jóvenes enlazados. Jana pensó por un momento en correr hacia él, en intentar detener su sacrificio. Sin embargo no lo hizo. Era consciente de que no serviría de nada...

El gesto de Erik era irreversible. Había robado la Esencia de Poder, y de ese modo había hecho desaparecer su sombra, aquel trono en el que se concentraba toda la fuerza mágica de la Caverna y que ahora parecía haberse desvanecido para siempre.

En su lugar quedaba tan solo una larga piedra rectangular del color de la ceniza... Una pesada losa que recordaba el aspecto de una tumba.

Álex corrió hacia Erik, pero no llegó a tiempo de impedir su caída. Cuando se arrodilló a su lado, el corazón de su amigo había dejado de latir, aunque sus labios seguían sonriendo con la misma seguridad con la que habían sonreído siempre.

Temblando de emoción, Álex cerró los párpados del último heredero de Drakul. La corona de fuego seguía ardiendo en su cabeza, inmóvil y deslumbrante.

Argo voló hasta los pies del cadáver y se quedó contemplándolo con una mezcla de desprecio y espanto.

—No lo entiendo —murmuró—. ¿Por qué no ha quedado reducido a un puñado de cenizas, como Drakul?

Corvino también avanzó hacia el cadáver y se arrodilló respetuosamente junto a él.

—Porque Erik era un verdadero rey —musitó, observando el noble rostro del muchacho—. Porque no antepuso su ambición al destino de su pueblo. Mirad la corona. No le ha quemado. Se quedará en sus sienes, ardiendo para siempre.

—¡Eso no puede ser! —exclamó Argo, precipitándose sobre el cadáver—. Hay que quitarle la corona, hay que devolver el poder a la Caverna. El trono... Sin el trono, estamos acabados.

Con ambas manos, intentó aferrar el aro de luz blanca que ceñía los cabellos de Erik, pero una fuerza brutal lo lanzó contra el suelo, alejándole del joven drakul.

El guardián trató de ponerse en pie entre gruñidos. Por un momento pareció que iba a intentar nuevamente arrancarle a Erik la corona, pero luego se lo pensó mejor y se quedó donde estaba, murmurando palabras ininteligibles.

—Es inútil, Argo —murmuró Nieve—. Nuestro tiempo ha pasado. Ese muchacho, con su sacrificio, lo ha cambiado todo...

—¿Y ahora qué va a ocurrir? —gimió Jana.

Corvino miró fijamente el rostro cubierto de tatuajes de Alex, que seguía inclinado sobre el cuerpo de Erik.

—Ahora, la decisión está en sus manos —dijo—. Él es el Último Guardián, él decide...

Álex alzó los ojos hacia él con expresión serena.

—Sí —murmuró—. Sí, yo decido.

Entonces se puso en pie, y las sombras comenzaron a abandonar su cuerpo, desprendiéndose como adornos vacíos. Poco a poco, su piel fue liberándose de la infinidad de tatuajes que la cubrían, y estos volaban en todas direcciones como el hollín de una vieja máquina de vapor, alejándose para siempre.

La hoguera que ardía en el centro de la cueva se apagó de golpe, y con ella se extinguieron las siluetas oscuras que danzaban sobre las paredes. Al mismo tiempo, el resplandor que bañaba el rostro de los guardianes se fue debilitando hasta desaparecer por completo. De pronto ya no parecían más que un puñado de personas

corrientes, pálidas y cansadas.

—¿Qué has hecho? —vociferó Argo, encarándose fieramente con Álex. Aún conservaba las alas, que habían cambiado sus refulgentes ojos plateados por un gris polvoriento y sin brillo—. ¿Qué has hecho, estúpido? ¡Has dejado escapar todos los símbolos!

—Solo se los he devuelto a sus legítimos propietarios —repuso Álex con calma.

Argo se echó a reír con amargura.

—A tus amigos los medu —gruñó—. En el fondo, te sientes uno de ellos...

—Te equivocas —Álex dio un paso hacia él y buscó su mirada—. No me refiero a los medu. Me refiero a los hombres.

Aquella respuesta pareció dejar sin argumentos a Argo. Perplejo, paseó una confusa mirada sobre los rostros de todos los presentes. Luego, con una mueca de desdén, batió las alas y empezó a elevarse. Su mueca se transformó en una sonrisa de satisfacción al comprobar que aún podía remontar el vuelo.

—¡Estúpidos! —bramó—. ¡Os arrepentiréis...!

Antes de que nadie pudiera replicarle, se lanzó hacia la salida de la gruta como un relámpago. Jana oyó retumbar largamente su risa en las paredes de la cueva, cada vez más distorsionada y cuando el sonido se perdió en la distancia, Nieve y Corvino se miraron, aturdidos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nieve.

Corvino tardó unos instantes en contestar.

—Lo primero —dijo— es honrar al difunto. He luchado con este joven, como antes luché con muchos de sus antepasados. Cuando luchas contra alguien, llegas a conocerlo bien... Incluso si el combate no dura demasiado. Por eso puedo afirmar que este guerrero era más puro que todos los que le precedieron. En sus manos, la espada Aranox se convirtió en un arma de virtud... Y así fue como, de repente, me encontré luchando contra mi propio orgullo. Os cuento esto para que comprendáis lo grande que podría haber llegado a ser este muchacho si hubiese llegado a reinar sobre los medu. Habría cambiado la historia para siempre.

—Ya la ha cambiado —murmuró Álex—. La historia de los medu y la de los hombres. Ya nada volverá a ser lo mismo.

—Que esa piedra que un día fue el trono de sus enemigos acoja sus restos para toda la eternidad —sentenció Corvino—. Jana, Nieve, Álex... Ayudadme.

Entre los cuatro transportaron el cuerpo hacia la sombría losa que había aparecido en el lugar del trono. Era una tumba perfecta.

Sobre su fría superficie, el cuerpo de Erik, todavía cubierto de una reluciente armadura de escamas negras, parecía el de un héroe de la Antigüedad, y la piel de su rostro refulgía de un modo extraño bajo la luz de su corona de fuego.

Lenta y solemnemente, Álex recogió la espada de los drakul y la colocó sobre el

pecho de Erik.

—Que la corrupción del tiempo no se atreva a tocarlo —murmuró Corvino—. Que los siglos respeten su grandeza.

Los cuatro rodearon la tumba y permanecieron largamente ante ella con los ojos bajos, honrando en silencio la memoria de Erik.

El silencio se rompió cuando David irrumpió en la cueva, convertida ahora en una cámara mortuoria.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, mirando perplejo a su alrededor—. Erik... ¿Cómo ha sido? ¿Está muerto?

Jana se acercó a su hermano y le abrazó sollozando.

—Todo ha terminado, David —dijo con voz entrecortada—. La guerra se ha acabado...

Por encima del hombro de su hermana, David buscó los ojos de Álex.

—¿Y ahora? —preguntó en un susurro—. ¿Qué va a ser de nosotros?

Alex sostuvo con firmeza su mirada.

—Ahora eres libre, David —dijo—. Ahora todos somos libres. Lo que hagas con esa libertad es cosa tuya... Que cada uno escriba su propio destino.

# Epílogo

Encerrada en su habitación, Laura escuchaba música tendida en la cama, con los ojos cerrados y la cara enterrada en el almohadón E granate. Hacía rato que no prestaba atención a la letra de las canciones, abstraída en sus propios pensamientos, y cuando el disco terminó, ni siquiera se molestó en reiniciarlo o en seleccionar otro álbum en su reproductor.

Pensaba en Álex, en los meses que llevaba sin tener noticias de él, y una vez más, como casi todas las tardes, sintió que, pese a todos sus esfuerzos, le invadía un horrible pesimismo.

No volverían a verlo; su madre estaba convencida de ello. Llevaba desaparecido desde el otoño pasado, y en todo ese tiempo no habían recibido ni una sola llamada suya, ni un correo en Internet. Ninguna señal... Nada. Solo aquella misteriosa llamada de la mujer que le había asegurado que estaba bien, y que no era preciso acudir a la policía. Pensando que podían haberle secuestrado, su madre había decidido informar de aquello al agente que se encargaba del caso, pero, al parecer, la Brigada Científica no había conseguido rastrear el origen de la llamada.

Lo más extraño de todo era que Laura la había creído. Quizá por la forma en que había hablado de su padre, como si supiese lo especial que era; o quizá porque su voz destilaba compasión y sinceridad... El caso era que, pese a lo poco que le había revelado, aquella llamada había sido para ella el único destello de esperanza en medio de la angustia. Era una lástima que no hubiese podido transmitirle la misma esperanza a su madre.

Durante algún tiempo trató de ponerse en contacto con Jana y con Erik, pero ninguno de los dos iba ya al colegio. Cuando Laura preguntó en secretaría si se habían trasladado a otro centro, le contestaron que no había habido ningún traslado de matrícula. Por lo visto, ninguno de los dos había ofrecido explicaciones antes de ausentarse. Era raro, decididamente raro...

Una mañana de sábado, cediendo a un impulso, Laura se había ido ella sola a la Antigua Colonia para intentar localizar la casa de Jana. Sabía que vivía allí, aunque ignoraba la calle y el número. Era una búsqueda absurda, desde luego; pero, aun así, quería intentarlo. Callejeó durante horas por aquel laberinto de casas y jardines abandonados, que le parecieron más sombríos y amenazadores que nunca. Vio a media docena de extraños personajes salir juntos de un patio, y todos ellos echaron a correr al notar su presencia. Se movían de un modo elástico, casi felino. Y ese fue el único signo de actividad humana que pudo vislumbrar...

Cuando regresó a la Ciudad Nueva, agotada y deprimida, decidió que no volvería

a poner los pies en aquel siniestro lugar nunca más.

Y así, lentamente, habían ido pasando los meses sin traer cambio alguno, salvo en el estado de ánimo de su madre, que empeoraba día a día. Cada vez parecía más ausente, más aislada en su propia desesperación. Ni siquiera su hija lograba llegar hasta ella... Se negaba a hablar, se entregaba día y noche a su trabajo, e incluso evitaba, siempre que podía, pasar un rato a solas con Laura. Era la misma reacción que había tenido después de la muerte de Hugo; solo que, esta vez, Laura no tenía a Álex para compartir su preocupación. Estaba sola, completamente sola... Y no entendía por qué la desgracia se cebaba en su familia.

En el exterior había oscurecido, y Laura estiró un brazo para encender la lámpara de la mesilla. Su mano tropezó con un libro que llevaba algún tiempo allí abandonado, junto a la lámpara. Sin mucho entusiasmo, lo abrió por el marcador que señalaba la última página leída y recorrió con los ojos algunos párrafos. Últimamente le costaba un gran esfuerzo concentrarse en la lectura. Las aventuras imaginarias de los personajes de las novelas no conseguían engancharla. Bastante tenía ya con los misterios de su propia vida...

Suspirando, cerró el libro y se quedó largo rato mirando al techo.

De pronto la luz se apagó. Al mismo tiempo, Laura notó que la oscuridad del retazo de cielo que se veía a través de la ventana era más densa que antes. Se trataba de un apagón general, estaba claro...

En ese instante sintió un cosquilleo en el dorso de las manos. Al mirárselas, comprobó asombrada que ambas emitían un suave resplandor dorado que parecía brotar de la propia piel. Al mismo tiempo, tuvo la sensación de que ese resplandor la bañaba por dentro, desterrando sus preocupaciones como si fuesen sombras. En pocos segundos, su estado de ánimo había cambiado radicalmente. Se sentía tranquila y en paz consigo misma, y a la vez experimentaba una inexplicable alegría. Mirándose el dorso luminoso de ambas manos, pensó en el milagro que suponía estar viva, en la asombrosa perfección de todos los mecanismos que le permitían ver, oír, moverse y respirar. ¿Acaso todas aquellas cosas no eran más impresionantes que la más poderosa magia? Y, sin embargo, casi todo el mundo las pasaba por alto...

Desde la calle le llegaron voces y gritos alborozados. Llena de curiosidad, se levantó y abrió la ventana. La gente estaba saliendo de sus casas, se formaban grupos en las aceras, y todos comentaban el increíble prodigio que acababa de sucederles. Laura se echó a reír de asombro y felicidad al darse cuenta de que todo el mundo tenía aquel mismo resplandor dorado en las manos. Cientos de luces cálidas y alegres danzaban en la oscuridad, expresando con sus movimientos la maravillosa transformación que cada persona había sentido en su interior.

El suministro eléctrico se restableció enseguida, y en cuanto volvió, Laura comprobó que el resplandor de sus manos había desaparecido. Sin embargo, la luz

interior que lo había acompañado seguía allí, más resplandeciente y cálida que nunca.

En ese momento oyó unos pasos precipitados en el pasillo. Un instante después, la puerta se abrió.

—¿Has visto eso? —le preguntó su madre desde el umbral.

Sonreía confiadamente, como Laura no la había visto sonreír en mucho tiempo. Su hija supo entonces con absoluta certeza que dentro de las dos brillaba la misma luz suave y aterciopelada; una luz que les decía que confiaran, que pronto volverían a ver a Álex, y que nunca habían sido tan fuertes como en ese momento.

—Vengo de la calle —dijo Helena—. Ese resplandor en la piel de la gente, y sus caras... ¡Tendrías que haberlas visto! Parecían tan contentos, tan seguros de sí mismos... ¿Qué ha pasado, Laura? Parece cosa de magia. Pero la magia no existe, he dedicado toda mi vida a la ciencia y sé de lo que hablo...

—Quizá ha existido siempre, mamá; quizá lo único que ocurre es que no hemos sabido verla.

Las dos se cogieron de las manos y se miraron sonriendo. Luego, Laura sintió el abrazo firme y acogedor de su madre. Lo había echado terriblemente de menos en los últimos meses, pero allí estaba. Y eso sí que era mágico.

—Es como si, de pronto, lo viese todo más claro, mamá —confesó—. Es como si de repente las cosas tuvieran más sentido... ¿Qué crees que ha podido pasar?

Su madre se apartó un momento y la miró una vez más con una de aquellas sonrisas esplendorosas que Laura ya casi no recordaba.

—No sé lo que ha pasado, hija —murmuró—. No sé lo que ha pasado... Pero sí estoy segura de una cosa: a partir de hoy, todo será distinto.





Ana Alonso, Bióloga de formación, es escritora y traductora. Autora de nueve poemarios, ha recibido, entre otros, el accésit del Premio Adonais de 2003 por *Vidrios, vasos, luz, tardes*, el Premio de Poesía Hiperión de 2005 por *Atlas*, por el que también recibió el Premio Ojo Crítico de 2006, y el Premio Internacional de Poesía Antonio Machado en Baeza con su obra *Rostros*. También ha recibido el premio Marius Sempere por su libro *Colores* y el Alfons el Magnànim por *Zapatos de cristal*, publicado por la editorial Hiperión. Asimismo, ha publicado la novela *Los cabellos de Santa Cristina* (Instituto Leonés de Cultura, 2003) y numerosos libros infantiles (*Versos piratas, piratas en verso*, 2009, seis títulos de la colección *Pizca de Sal*, 2010, todos ellos con la editorial Anaya). Junto con Javier Pelegrín es coautora de la serie de fantasía y ciencia-ficción dirigida al público juvenil, *La llave del tiempo*, un conjunto de novelas publicadas por Anaya, que narran las aventuras de cinco jóvenes en una fantástica civilización futura, y cuya última entrega hasta la fecha es *El palacio del silencio*, séptimo título de la serie. En el año 2008 ambos autores obtuvieron el Premio Barco de Vapor por el libro *El secreto de If* (SM, 2008). Javier Pelegrín es filólogo por la Universidad de Murcia y completó sus estudios en París y Turín. Profesor de literatura española en secundaria, es un profundo conocedor de la literatura juvenil y del género fantástico en general. Fruto de «una aventura en común y de una visión de vida compartida» son la serie *La llave del tiempo* y *El secreto de If*, escritas en colaboración con Ana Alonso.